



TU PIEL
DE AZÚCAR
ENCARNA
MAGÍN

Tu piel, 3

zafiro[♥]

TU PIEL DE AZÚCAR

Encarna Magín

zafiro 

Índice

[Tu piel de azucar](#)

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Biografía](#)

[Referencia canciones](#)

Sinopsis

Varek Farrow y Mady Wilson no lo van a tener fácil para salir adelante. Él se enfrentará a una acusación de asesinato; ella, al odio visceral de Rebeca, cuyas intrigas provocarán dolor, no sólo a la pareja, sino a las personas que los rodean. Su amor deberá superar duras pruebas, provocadas por los engaños y las manipulaciones de los Holden y los Hernández, que convertirán sus vidas en un infierno teñido de sangre.

El futuro de Mady y Varek es incierto, el desenlace se acerca, y tal vez la verdad no sea suficiente para alcanzar la felicidad.

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Capítulo 1

Había amanecido en Miami. No era un amanecer cualquiera, de esos amaneceres donde la esperanza, fraccionada en miles de rayos de sol, asomaba por las ventanas de los hogares besando a sus habitantes con verdadera devoción. La felicidad había hecho la maleta y había huido espantada como nunca antes debido a los últimos acontecimientos. Su equipaje eran semillas de promesas; se las llevaba lejos, pues bien sabía que necesitaba de tierra fértil para que brotaran. Ahora, en su lugar, había aparecido la maldad, que había sido recibida como una estrella de cine, entre los aplausos de sus vasallos y fans terrenales. Sus intrigas, urdidas a la sombra, habían cuajado, y Miami, una ciudad acostumbrada a no sonrojarse ante nada, parecía haber enmudecido debido al impacto de tanta injusticia, que se olía en el ambiente como si se tratara de la podredumbre de un vertedero.

Mady Wilson y Varek Farow salían en todos los noticiarios. Los periódicos estaban imprimiendo succulentos artículos en los que las especulaciones sin contrastar cubrían páginas enteras. A esas horas de la mañana, ya todos contenían la respiración esperando el siguiente avance informativo. La pareja estaba en comisaría prestando declaración sobre el asesinato de Roger Harmond, al que apodaban Shark, no sin razón. No hacía falta ser muy listo para saber que durante días, meses o quizá incluso años, ríos de tinta mantendrían a la ciudad en vilo y exigiendo saber los detalles más escabrosos. Los *paparazzi* venidos de muchos lugares, muertos de hambre por saber más que ningún otro medio informativo, preguntaban frente a la comisaría a fuerza de empujones y zancadillas, con el fin de hacerse con una exclusiva que les permitiera adelantarse a la competencia.

De modo que nadie se escandalizó cuando una masa de carne con muchos brazos en alto, que agarraban móviles, cámaras o cualquier dispositivo que les permitiera grabar, avasallaran con total impunidad a todo ser viviente que quisiera entrar o salir de la comisaría. Cualquier cosa servía: una palabra, una frase, una imagen reveladora, una mueca, un insulto... Ellos se encargarían de tergiversarlo según su conveniencia, aunque fuera añadiendo alguna mentira. Cualquier cosa valía si aquello les permitía mantener a su audiencia entretenida y engañada.

«No hay sociedad que se precie como tal que no quiera ver en primera fila cómo se despedaza a una víctima, tal como hicieron otrora los romanos en los circos con gladiadores. Cuanta más sangre, más divertido, más audiencia, más ventas de revistas y diarios. Tantos años de evolución para estar como entonces... Si es que nunca cambiaremos», así de frustrado meditaba Daniel Baker mientras dirigía una mirada plúmbea hacia el exterior. El espectáculo que representaba ver aquella marea de *paparazzi* y curiosos comportándose como verdaderos salvajes era vergonzoso, y sintió una profunda tristeza.

Hacía ya horas que habían detenido a Mady y Varek, que llegaron a la comisaría en diferentes coches a fin de que no se comunicaran entre ellos. Con ello, los investigadores habían querido evitar que se pusieran de acuerdo en la narración de los hechos. En realidad, siempre procedían de la misma manera, porque era mucho más fácil coger a los delincuentes cuando se detectaban fisuras en sus declaraciones. Pero no había sido el caso de Varek y Mady, que habían sido interrogados por separado y ella no había hecho ninguna declaración. De nada había servido que la intimidaran, ya que de inmediato reclamó un abogado. Por suerte, Daniel era abogado y se estaba haciendo cargo de la defensa de Mady, solicitando su inmediata puesta en libertad. Como no tenían cargos contra ella, el trabajo fue fácil. No fue así el caso de su amigo y socio Varek, que se negó en rotundo a que lo representara.

Daniel aguardaba en la zona de espera de la comisaría, que estaba en el fondo. El lugar no era cómodo, y mucho menos acogedor, aunque tampoco

esperaba otra cosa. Las sillas de plástico eran duras como la piedra y crujían cada vez que se removía nervioso, un sonido que resultaba desagradable tanto para él como para los demás que estaban allí sentados. Acababa de fumarse un cigarrillo, y esta vez no había sido un acto placentero, sino que le había dejado un sabor amargo en la boca. Era el amargor típico que dejaba la bilis, después de ascender desde el hígado a la garganta, consecuencia de la impresión de ver a sus amigos detenidos por un crimen que ninguno de los dos había cometido. Si una cosa tenía clara, tan clara como el agua, era que ellos no eran unos asesinos, apostaría su cuello; y le dolía en el alma que alguien pudiera pensar lo contrario.

Mady había ido al baño y a Varek aún lo estaban interrogando, y considerando que se había declarado culpable del asesinato de Roger Harmond, no le extrañaba. Varek no era estúpido; a esas alturas ya debía dar por sentado que lo acusarían formalmente de asesinato, motivo por el cual no entendía su comportamiento o, mejor dicho, no entendía su estrategia. De hecho, sospechaba que pretendía mantener a Mady a salvo, pero los dos eran abogados y bien sabía que una buena defensa lo era todo. Dadas las circunstancias lo mejor sería que llevara su caso, pues dos cabezas sumaban más que una sola. En cualquier caso, intuía que se estaba sacrificando por ella, aunque le costara permanecer en la cárcel el resto de la vida, o peor todavía: que lo condenaran a pena de muerte. Era tan grande y sincero el amor que sentía por Mady que estaba seguro de que su amigo consideraba que perder la vida era poco sacrificio.

Mady ejercía una influencia poderosa en Varek, una bendita influencia. Desde que la conociera en el Crystal Paradise nunca más había sido el mismo. Su historia de amor no empezó muy bien: él se aprovechó de la desesperación de ella utilizando su condición de hombre rico y poderoso. Se salió con la suya mintiendo y manipulando, pero todo junto le acabó estallando en la cara y aprendió una lección que lo había marcado para siempre.

En fin..., no se quedaría de brazos cruzados. Por nada del mundo dejaría

que su amigo acabara en prisión; ya averiguaría más sobre su plan de defensa en cuanto pudiera hablar con él. Entonces, lo convencería para llevar a cabo una estrategia; de hecho, es algo que hacían a diario en su bufete Farrow & Baker Lawyers de Nueva York, ellos se crecían con los casos complicados. No era casualidad que Varek y él tuvieran fama de ser los mejores abogados del país, formaban un tándem indestructible y estaban acostumbrados a lidiar con cualquier cosa.

El letrado miró su reloj. Los minutos parecían hacerse eternos, tenía la sensación de que cada segundo era una espina clavada en el cuerpo. Ya era de día, pero el nuevo amanecer no había traído consigo la tranquilidad que conllevaba una nueva jornada, sino todo lo contrario, ya que los problemas irían en aumento a medida que pasaran las horas. Se lo decía su intuición, esa misma de la que siempre había alardeado. Nunca nada escapaba a su mirada, era capaz de ver más allá de las palabras, un rasgo de su personalidad que Varek le admiraba.

Daniel vio aparecer por el pasillo a Mady, que regresaba del baño. Su mundo interior se apiadó de ella, y la rabia por la injusticia que se estaba cometiendo contra sus amigos le dio un latigazo. Mady llevaba todavía puesto el vestido negro de fiesta de la noche anterior, pues la detención se hizo en la inauguración de El Iber de Manuel y Mercè. Tal como iba, desentonaba en un lugar como aquél, pero no le habían dejado cambiarse. Su recogido empezaba a desmoronarse y las hebras pelirrojas más rebeldes caían siguiendo el contorno de las mejillas, pero aun así, continuaba estando hermosa. Sus párpados abiertos enseñaban unas esferas acuosas en exceso, y en sus pupilas casi podía ver cómo su alma iba a la deriva; tuvo claro que había ido al baño a llorar. Ella era el reflejo de la desolación en toda su plenitud.

—¿Estás bien? —preguntó el abogado al tiempo que se levantaba.

Pronto se dio cuenta de lo estúpido de su pregunta, claro que no estaba bien. ¿Cómo iba a estar bien después de lo que había pasado?

—Sí... —contestó la mujer.

Fue un «sí» con sabor a «no». Llevaba en su interior un disgusto íntimo que iba mucho más allá del dolor físico. No. No estaba bien. Estaba rota y perdida, y no entendía qué estaba sucediendo, el porqué de todo. En su boca se había adherido una costra alargada de dolor que le impedía sonreír.

—Mady... —susurró Daniel con pesar mientras la abrazaba.

Ella no tardó ni un segundo en derrumbarse. Ya hacía demasiadas horas que aguantaba su tristeza en su corazón y acabó por salir a chorros. Y lloró, lloró tristeza, tanta tristeza que al letrado, contagiado por ese pesar que los rodeaba como aliento oscuro, se le escapó una lágrima que se apresuró a limpiar disimuladamente.

—Y de Varek, ¿sabes algo? —preguntó ella, en sus ojos grises había toneladas de tristeza.

Daniel negó con la cabeza al tiempo que le contestaba.

—No, no sé nada aún.

Le entregó un pañuelo, que ella utilizó para limpiarse las lágrimas recién derramadas. Dicen que cuando se vacían los ojos de tristeza se abre paso al alivio; no fue así para Mady, que lejos de sentir calma, notaba cómo nuevas lágrimas nacían en lo más hondo de su ser.

—Y si lo acusan de asesinato, ¿qué vamos a hacer? —preguntó ella con voz temblorosa.

La dura realidad la empujaba a pensar que las esperadas noticias no fueran las deseadas y significaran un cambio de la situación a peor.

—No pienses en eso, ya verás como todo se arregla —predijo a la desesperada el letrado.

—¿Tú crees?

—Quien no tiene fe, no tiene nada. La fe puede con todo. No pierdas la fe, Mady.

La chica se llevó la mano a su colgante redondo de oro donde había una sirena burilada por las manos de un maestro. Acarició la superficie y apreció la silueta; ya a esas alturas sus yemas habían memorizado las líneas y curvas,

pues durante todo el tiempo que había estado en comisaría, no había dejado de tocar la joya con intención de fortalecer su fe, la misma fe de la que hablaba Daniel. La joya se la había regalado Varek, y no quería olvidar que sus brillos dorados contaban una historia de amor tejida de lágrimas y sonrisas. Era su amuleto, capaz de insuflarle fuerzas, que buena falta le hacían; notó cómo el alma de él tocaba la suya propia y se sintió revivir.

Se sentó en la silla y alargó la mano a su vientre, lugar donde estaba alojada la semilla del amor y del futuro. Todo junto se había materializado en un embrión, cuyo pequeño corazón latía con esperanza. A su pequeñín se agarraría para salir adelante; él, con la fuerza que daba la vida, la sostendría segura en un abrazo enorme. Con eso había más que suficiente para no hundirse. Varek no sabía que iba a ser papá, el motivo de su decisión no había sido otro que darle una sorpresa en el momento adecuado, como si se tratara de una ofrenda al amor que se profesaban. Había decidido que fuera después de la inauguración y había planeado una velada íntima en su habitación. Aún sobre la almohada debía estar la cajita con la foto de la ecografía del bebé en su interior. No obstante, el amargo destino se había confabulado en su contra y nada había salido como había previsto. Ahora no sabía qué haría, ni cuándo se lo diría. Primero había que saber si lo acusaban o no de asesinato; no podía darle una noticia tan importante en tales condiciones y en un lugar como ése.

La mujer sacudió la cabeza. Le dolía el cuerpo, el alma, el corazón... y tenía sueño, pero sabía que si se metía en la cama le sería imposible dormir. De pronto se acordó de sus amigos, éstos estarían preocupados, de modo que se dispuso a averiguarlo antes de hacer llamadas.

—Y Cam, ¿has podido hablar con ella?

—Está en casa —aclaró Daniel sentándose al su lado—. No te preocupes, la voy informando por WhatsApp, y a su vez ella mantiene informada a Sofia.

—Mercè y Manuel también deben de estar preocupados, ¿les has dicho algo?

—Los llamé hace un rato para hacerles saber que tú quedabas libre. Les

prometí que en cuanto tuviera noticias de Varek los volvería a llamar.

—Está bien, te doy las gracias por...

El letrado la interrumpió.

—No me des las gracias, tú hubieras hecho lo mismo.

Ella suspiró.

—Estaba preocupada por ellos, también quiero agradecerte que me hayas defendido ante los que me acusaban de ser una asesina.

—Repito, no hay nada que agradecer —confirmó posando su mano sobre la de ella en un gesto de afecto.

En aquel momento, Ben Willis, el inspector que llevaba la investigación del asesinato de Shark, salía de la sala donde estaba Varek. Ben era un hombre bajito de mediana edad, pelo castaño y mirada del mismo tono. Tenía un punto de delgadez que acentuaba aún más su corta estatura, por lo que siempre recurría a un sombrero panamá para ganar unos centímetros visualmente. En general, en los lugares cerrados, como por ejemplo en el trabajo, prescindía de su sombrero, pero como Varek era tan alto, había decidido llevarlo puesto por aquello de sentirse ridículo y poca cosa frente a un hombre que representaba la perfección de la belleza masculina.

En realidad, admitía que hubiera querido ser más guapo y alto para agradar al sexo femenino. Más o menos había superado su «defecto», pero siempre había hombres como Varek que le recordaban que, tal vez, estaría casado y con hijos con una «fachada» diferente.

El inspector había pedido a Ronald, su amigo y compañero, que lo esperara en el baño. No era el lugar idóneo para mantener una rápida reunión, pero al menos allí no había micrófonos, ya lo había revisado. Dada la naturaleza delicada de la entrevista que había mantenido días antes con la gobernadora exigiéndole que detuviera a Mady y la acusara del asesinato de Shark, no se fiaba de nadie, sólo de Ronald.

De camino al baño, Ben oyó unos tacones que caminaban precipitados hacia él, y al girarse se encontró con Mady, que lo había visto nada más salir

de la sala de interrogatorios y, llevada por la necesidad de saber de Varek, había asaltado al funcionario con desesperación. Ben contempló la silueta femenina iluminada por el foco del techo que había detrás de ella. Su pelo lanzaba destellos rojos y su piel nívea quedaba blanqueada y repasaba el contorno de la mujer de manera espectacular, dotándola de una áurea sobrenatural. Realmente hubiera tenido el aspecto de una diosa si no hubiera sido por su mirada color plata, que desprendía un efluvio derrotista, y unos labios apretados que temblaban de miedo. Toda su persona revelaba que estaba más cerca del precipicio que de la salvación.

Pero incluso abatida en lo más hondo de su interior resultaba el ser más encantador que hubiera conocido en su vida, porque aunque pareciera mentira, él percibía el poso de la bondad que se alojaba en el corazón de la muchacha como algo extraordinario. Siempre había sido del parecer que las mujeres eran seres misteriosos difíciles de comprender. No obstante, intuía que todo en Mady parecía confesarle que ella era clara como el agua, que no había secretos, y mucho menos asesinatos que descubrirle. Por tanto, le costaba poco llegar a la conclusión que esa mujer jamás mataría a nadie y nunca urdiría con malicia a fin de hacer daño. Tampoco creía que hubiera sido Varek, sólo se estaba sacrificando por ella, porque la amaba. Y lo entendía, ¡claro que lo entendía! Si la vida lo hubiera premiado con una fémica como ella, él también se hubiera sacrificado.

El inspector había tratado con todo tipo de miserables a lo largo de sus años en su oficio de policía, y sabía muy bien escudriñar el interior de las personas; de modo que tenía claro que Varek y Mady no eran asesinos. Darse cuenta de ello aún lo enfurecía más y esa parte irracional de su persona proyectaba un odio profundo hacia la gobernadora por obligarlo a romper el juramento que hizo al inicio de su carrera: proteger a los inocentes y encarcelar a los culpables. Supo que ese caso le iba a quitar el sueño en los próximos días, pues debía descubrir al verdadero asesino de Shark.

—Inspector Willis, perdóneme por asaltarle de esta manera, pero necesito

saber de Varek —rogó una alterada Mady.

—Señorita Wilson, no puedo informarla; todavía lo estamos interrogando.

Ben no mostró predisposición al diálogo, Daniel lo percibió en cuanto se situó a la altura de Mady. Observó su tensión facial y el ademán ligero que hizo su cuerpo de dar el primer paso para marcharse. Sin embargo, empezaba a sospechar de la legalidad de todo el proceso y no lo iba a dejar retirarse sin presentar batalla de una manera educada y serena, tal como siempre hacía.

—De eso ya hace muchas horas, inspector —aclaró el letrado con rapidez, impidiendo la huida del funcionario y dando un paso hacia delante—. Le recuerdo que Varek tiene sus derechos, y si no lo va a acusar de nada, más vale que lo dejen en libertad. La línea entre un interrogatorio y el acoso es muy delgada, podría estar incurriendo en un delito.

—Y yo le recuerdo que el señor Farrow ha denegado la presencia de un abogado y que ha accedido a que lo interrogara, además él sabe de leyes y debe de estar informado sobre sus derechos.

—No se deje llevar por las apariencias, inspector Willis, conoce la reputación de Varek como abogado. Piense en ello.

Ben sabía a qué se refería: Varek era el mejor en su oficio, su manera de actuar correspondía siempre a una estrategia. Que no quisiera un abogado y que se hubiera limitado a defender a Mady después de declararse culpable del asesinato de Shark, correspondía, sin duda, a algún plan. Pero él también era el mejor en su oficio como inspector y no dejaría que lo manipularan, así que decidió zanjar la conversación, pues corría el peligro de expresar realmente lo que pensaba del asunto: ni Varek ni Mady eran culpables de asesinar a Shark.

—Si me disculpan, tengo un asunto pendiente que requiere mi atención —concluyó el funcionario.

El inspector calculaba muy bien sus palabras. De hecho, había aprendido a manejarlas debido a su trabajo, no hacerlo significaba dar pistas a los menos indicados; y todavía no podía confiar en nadie. De momento sería suficiente para que lo dejaran en paz. La realidad era que no podía contarles que ese

«asunto pendiente» tenía que ver con Varek. Quería dejarlo libre, pero éste se había asegurado de que lo viera como al verdadero asesino, y su deber como policía era hablar con el fiscal para presentar cargos de inmediato. De modo que no dejó que a Daniel y a Mady les diera tiempo de hacerle alguna pregunta más y se fue al baño.

Nada más entrar se arrepintió de haber escogido aquel lugar. Era pequeño, con una ventana diminuta al fondo que estaba atascada y no se podía abrir. Tampoco había ventilación de ninguna clase, por lo que la concentración de aromas fisiológicos se acumulaba en exceso. El olor a orines rancios le dio un buen puñetazo. Al lugar le hacía falta una buena reforma, pues todo allí evocaba a otra época.

—Has tardado mucho —le recriminó Ronald cuando lo vio aparecer.

—Mady y Daniel me han entretenido. ¿Has revisado que no hubiera nadie? —preguntó mirando las puertas cerradas de los cubículos.

—Sí, tranquilo, está todo controlado.

Ben cogió el letrero de detrás de la puerta que advertía que los lavabos estaban fuera de servicio y que se fueran al de otra planta. Después, con la ayuda del palo de una fregona que había en un rincón, bloqueó la puerta; no quería que nadie los importunara.

Ronald también era inspector como Ben. El primero estaba apoyado en unos de los lavabos, de espalda a un espejo salpicado de gotas, ya secas. Su constitución ósea estaba más rígida de lo normal y todo en él evidenciaba tensión. Se estaba fumando un cigarrillo en un intento por calmarse. Su cabello encrespado y su bigote eran de un negro mate muy intenso que contrastaba con su piel blanca y lampiña. Llevaba puesto unos tejanos oscuros y una camisa de manga corta con un estampado tropical, cuyos faldones llevaba por fuera; bien podría confundirse con un turista recién llegado a Miami. Ben, por el contrario, era más serio al vestirse y sus pantalones de pitillo grises y su camisa blanca discrepaban con el atuendo más playero de su amigo.

Ben se acercó a uno de los lavabos, se quitó el sombrero y se miró en el

espejo. Después abrió el grifo, que había perdido la brillantez que les caracteriza, y de cuya punta salía un chorro diminuto de agua, debido a que se había formado una costra de sedimentos en él. La necesidad de cambiarlo era evidente, como todo el lugar. Se mojó los dedos y se peinó el pelo castaño

—¿Vas a dejar en libertad a Varek? —preguntó Ronald expulsando la última bocanada de humo y apagando el cigarro en el interior del lavabo, que después tiró a la basura desde la distancia, un par de metros, como si fuera una pequeña pelota de básquet.

—Estoy a punto.

—¿Y a qué esperas? Ambos sabemos que no es culpable.

—A que me digas qué hacemos.

—Las evidencias son claras. Haz lo que tu conciencia te diga, es tu deber.

Ronald disimulaba muy bien, pero a Ben no lo engañaba. Habían sido muchos los años que habían trabajado juntos, y también habían sido muchas las cenas, los almuerzos y las veladas en días especiales que había pasado con su familia. Quiso estrangularlo allí mismo por intentar esconder su preocupación. Prefería que le pidiera acatar las órdenes de la gobernadora, bien sabía que si él se lo pedía lo haría. Valía la pena traicionar su ética por la mujer e hijos de Ronald; en realidad los consideraba su familia.

—Sabes muy bien lo que quiero decir —dijo Ben en un tono recriminatorio—. Y no disimules.

Su colega hundió los hombros y se pasó la mano por la cara en un gesto que evidenciaba su desesperación.

—Lo sé, la gobernadora quiere la cabeza de Mady, no la de Varek —señaló Ronald—. Y la hemos dejado libre, ya sabes las consecuencias.

—Nos echarán del cuerpo con alguna acusación falsa y nos dejarán sin sueldo. A mí no me preocupa, ya me las arreglaré, pero tú tienes dos hijos y una mujer, sois mi familia, lo sabes muy bien.

—Tú siempre has sido parte de nuestra familia, pero mi mujer y mis hijos son mi problema, no el tuyo.

—En eso te equivocas, lucharé por ellos también. Hay que reconsiderar nuestra decisión.

—¿Qué sugieres?

—Tal vez no hemos hecho bien en dejar libre a Mady. Podríamos detenerla alegando que nos ha llegado una prueba nueva que descarta a Varek y la culpa a ella. De este modo tendríamos a la gobernadora contenta y nosotros más tiempo para trazar un plan.

—¡No digas tonterías! Tú y yo no somos de éstos, deja de pensar en mí y en mi familia, de eso me encargo yo. Además, Daniel es un excelente abogado, no dejará que nos metamos con ella otra vez.

—Varek irá a prisión para protegerla, aun a riesgo de que lo condenen a muerte. Dirá lo que sea. Ese letrado es buenísimo, su fama es merecida, sabe cómo controlar la situación. —Sacudió la cabeza y apretó los labios, afirmando sus palabras—. Ha marcado el ritmo del interrogatorio a su antojo y lo ha llevado a su terreno, o sea, haciendo que lo detengan a él y no a ella. De nada han funcionado los faroles que le he lanzado para pillarlo y los ha detectado todos, increíble.

—Necesitamos tiempo para investigar —sugirió Ronald.

—Tenemos la grabación del hospital donde estaba Shark recuperándose del primer intento de asesinato sufrido en su apartamento. En el segundo intento consiguieron matarlo con una dosis letal de tiopentato que pusieron en su suero, y se ve claramente cómo una mujer clavada a Mady entra en el hospital a la hora en que está estimada la defunción.

—Sí, pero ya sabes que la individua no se asemeja en peso y altura con la verdadera Mady.

—Ya, eso sólo lo sabemos nosotros; tu amigo informático es un crack, has escogido bien el profesor de tus hijos, el tío tuvo las medidas de la desconocida en un momento. Si nuestro jefe se entera de que estamos investigando por nuestra cuenta, se nos va a caer el pelo.

—¿Confías en el jefe?

—No, en absoluto, y menos después de la charla que nos ha dado de buena mañana, sonaba a amenaza. Es evidente que ha recibido presión desde arriba, lo más seguro es que haya sido la gobernadora.

—Entonces será mejor que no comentemos nada de nuestro descubrimiento.

—Por otro lado, están los dos cabellos; uno corresponde a una peluca, pero la gobernadora hará lo impensable para que dicho informe desaparezca, lo deduje en cuanto se lo comenté. Y el otro es un cabello natural

—Que fue recogido en el primer escenario y que Varek ya ha descartado diciendo que era una transferencia de él a Shark. Mady es su pareja, cualquier jurado le dará la razón, seguramente si revisan mis ropas encontrarán cabellos de mi mujer de cuando me he despedido esta mañana y la he abrazado.

—Claro, normal; como he dicho, es un hombre listo. ¿Sabes...? Empieza a caerme bien; la verdad es que no se amedraña ante nada ni nadie. Revisaré de nuevo esta prueba, tal vez se nos esté escapando algo, y también revisaré todas las grabaciones del hospital desde el día en que Shark entró en ambulancia.

—De acuerdo, eso es un trabajo de chinos, te ayudaré, pero ven a cenar a casa esta noche, los niños tienen ganas de verte, y cuando se vayan a la cama aprovecharemos para repasar las grabaciones; no podemos hacerlo en el trabajo si no queremos levantar sospechas.

—Tienes razón.

—¿Y qué hacemos con Varek?

—Hace dos minutos tenía pensado soltarlo, pero ahora se me ocurre que, si lo detenemos formalmente y el fiscal lo acusa de asesinato, quizá el verdadero asesino, al ver que no hemos detenido a Mady, se ponga nervioso y cometa un error.

—Me gusta la idea, los asesinos siempre se dejan algo. Aunque nos van a caer amenazas por todos lados.

—Las amenazas no me preocupan, puedo con ellas. Lo que de verdad me preocupa es tu mujer e hijos. Si te suspenden de sueldo y trabajo...

Ronald lo interrumpió.

—¡Joder, deja ya de preocuparte! Mi mujer trabaja, tendremos su sueldo. Además, por encima de todo eso está la dignidad y la ética del trabajo bien hecho, es la mejor lección que les puedo dar a mis hijos. Sé que encontraremos una salida.

—Yo tengo unos ahorros en el caso de que las cosas se pongan feas y nos veamos obligados a sacar a tu familia de Miami.

—Espero no llegar a eso.

—Ni yo, pero no sabemos quién hay detrás del asesinato de Shark ni cuán peligroso puede llegar a ser. Piensa que a partir de ahora nos espera el infierno.

Ronald respiró profundamente. Lo sabía demasiado bien.

—Muy bien, pues allá vamos.

Ben y Ronald se miraron y salieron del baño camino al infierno.

Capítulo 2

La gran cantidad de guardaespaldas que llevaba Rebeca Holden detrás impidieron que los *paparazzi* la avasallaran a la entrada de la comisaría. La susodicha estaba que escupía fuego por la boca, tanto que un dragón hubiera parecido una lagartija a su lado.

Por la mañana, apenas se levantó, se enteró de los últimos acontecimientos. Nada esperados, por cierto, porque era Varek el detenido y no Mady. La noticia la recibió entre gritos e insultos con los que Harry Cook, su secretario y mano derecha, tuvo que lidiar. Pero ni el inicial desahogo logró templar su sangre y aquietar su lengua; al contrario, pues la dejaron sumida en un nubarrón oscuro de incógnitas. De modo que echó mano de sus contactos para saber qué sucedía en la comisaría.

Su desesperación fue en aumento cuando le informaron de que Varek se había culpabilizado de la muerte de Shark. A cada minuto, su cólera había ido creciendo hasta convertirse en una tormenta de rayos y truenos. No daba crédito a su mala suerte, ya que había planeado todo con esmero. Aun así, esperaba separar a Varek de Mady y atraerlo con su embarazo. Lo conocía, no la dejaría sola y encinta, y no tendría más remedio que casarse con ella. Además, su familia, los Holden, no permitiría que Varek eludiera sus responsabilidades, aunque lo tuvieran que amenazar o darle una lección. Reconocía que había sido una jugada maestra utilizar Rohypnol para hacerle creer que se había acostado con ella. Ahora, en sus entrañas, llevaba el bebé de Harry, al que había utilizado como semental, pero Varek jamás lo sabría. Una vez se casase con ella, después de certificar su embarazo con un médico, que con seguridad sería escogido por Varek, abortaría el monstruo que crecía

en sus entrañas. Por nada llevaría a buen término un embarazo que no deseaba, y mucho menos siendo su secretario el padre, un hombre al que consideraba un fallido ser humano en todos los sentidos. Ni tan solo la había hecho gozar mientras practicaba sexo con ella, aunque considerando que era gay y que lo había amenazado con destrozarle la vida si no la dejaba embarazada, no esperaba otra cosa.

No obstante, las cosas no estaban saliendo como había planeado y debía actuar con rapidez antes de que todo se fuera al traste. De modo que, cargada de desesperación e impaciencia, se presentó junto a Harry, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, en la comisaría. Lejos de querer pasar desapercibida, ordenó al chófer que aparcara delante de los periodistas, que estaban apostados en sus puestos con sus impresionantes cámaras fotográficas como armas.

Los *paparazzi*, en cuanto la reconocieron, rodearon la limusina sin miramientos. No los intimidaba el sol de justicia que caía en aquellos momentos sobre Miami: se apretujaban, se daban codazos y se insultaban con tal de encontrar la foto del día, o una declaración que los llevara a conquistar la gloria periodística. En un primer momento ella no dijo nada, pues Rebeca contaba con el beneplácito de la prensa; nadie la increpaba ni osaba llevarle la contraria. Ella se aprovechaba, y los aprovechados eran conscientes, pues valía la pena si con ello sacaban jugosos titulares.

El problema surgió cuando tuvo que cruzar la marea de periodistas, pero los guardaespaldas desempeñaron a la perfección su trabajo. Más de uno se llevaría de recuerdo a su hogar un buen morado, con todo, eso no los intimidaba. Después de unos momentos tensos, en los que caminar resultó una odisea, Rebeca llegó sana y salva al cordón de seguridad que había habilitado la policía. Harry, que era discreto y no ansiaba ningún protagonismo, se las ingenió para situarse detrás de un grupo de policías mientras esperaba a que su jefa decidiera entrar. El hombre era alto, delgado, medio calvo y poco

agraciado, no destacaba entre la multitud, por lo que pasaba desapercibido, algo que agradecía.

Sin embargo, la dama se mantenía erguida mirando a los *paparazzi*; era consciente de las fotos que le estaban haciendo, así que posó con disimulo y naturalidad, tal y como siempre solía hacer, consciente de que los medios analizarían cada detalle de su persona e indumentaria, que sería copiada por cadenas de ropa *low cost*. Iba ataviada con un vestido entallado largo hasta las rodillas, su cuerpo de líneas dulces y elegantes quedaba realzado por el color rojo de la prenda, porque su diseñador la había personalizado para ella. Llevaba el cabello recogido en un sencillo tocado, ningún mechón adornaba su rostro; tampoco le hacía falta, dado que sus mejillas tersas, adornadas con un peculiar rubor rosado de inocencia, y sus labios abultados, pintados de rojo, embellecían un rostro de líneas angelicales. Sí, cierto, parecía un ángel, aunque si todos hubieran sido conscientes del veneno que desprendían sus ojos verdes, escondidos tras unas gafas de sol, hubieran sabido que no se trataba de un ángel, sino del demonio. Tal como suelen decir: la mirada es el espejo del alma.

De pronto, sus labios se tensaron hasta convertirse en una línea roja. Siempre lo hacía cuando maquinaba algo, pues una idea cruzó su cerebro de lado a lado. Se quitó las gafas y suavizó su mirada, forzándose a derramar unas lágrimas, ya que el factor dramático le hacía ganar puntos ante el público. Miró a un grupo de *paparazzi*, a los que conocía y podría usar a su antojo. Éstos aceptaban su juego, ya que a cambio recibían suculentos titulares de los que se beneficiaban de una manera u otra.

La dama se acercó a ellos. Como siempre, manejaba la expectación a su antojo, y todos contuvieron el aliento. Rebeca, con su elegancia y calculadas palabras, atraía a las masas hambrientas de cotilleos. Se tomó su tiempo para limpiarse las lágrimas de cocodrilo que derramaban sus ojos y, después, fingió que se reponía del disgusto. Dejó que durante un par de minutos la avasallaran a preguntas, y respondía con divertidas muecas y sonrisas. En realidad, sus

labios curvados eran venenosos, ya que siempre ocultaban un fin, un maquiavélico plan, como en esos momentos.

—Señores, quiero agradeceros vuestra paciencia, estoy segura de que Varek saldrá pronto de aquí. Sin duda, se trata de una equivocación. —Rebeca se llevó las manos a su vientre, hizo una pausa calculada—. Ahora que estamos esperando un bebé lo necesito más que nunca.

Los periodistas querían saber más, gritaban como locos a fin de ser escuchados por su musa y premiados con alguna respuesta. Sin embargo, la egocéntrica Rebeca se dio la vuelta con unos aires de triunfo que asquearon a Harry. Su jefa había lanzado una bomba que había explotado con fuerza: su embarazo sería portada de toda la prensa mundial, y ella lo sabía. Poco importaba que Varek no la amara, Rebeca había apostado por él. Respiraba por él. Maquinaba por él. Odiaba por él. Él, y siempre él, el motivo de sus insomnios y de sus frustraciones, aunque ella jamás lo reconocería. Su pasión por el abogado era desmedida y ya había traspasado la línea que separaba la cordura de la locura. Harry estaba convencido de que su enfermedad obsesiva no tenía cura; es más, aumentaba con el paso de los días, y casi podía asegurar que gozaba con la íntima amistad de Satanás, que la ayudaba en sus conspiraciones. Hacía tiempo que intuía el desastre y no quería que lo arrastrara ni a él ni al hijo que ella esperaba, por eso se estaba asegurando de recopilar información comprometedoras de su jefa para cuando lo necesitara.

Rebeca se negó a coger el ascensor y se dirigió a la escalera. Fuera del alcance de los *paparazzi* mostró más que un evidente nerviosismo; todo eran insultos y recriminaciones dirigidas a cualquiera que se cruzara en su camino. Cogió su móvil, estaba dispuesta a sacar a Varek de allí, costara lo que costase, así que no dudó en conspirar de nuevo. Mientras subía los escalones hablaba con la gobernadora, sólo la necesidad de salirse con la suya contuvo su lengua viperina, pues nunca reconocía que sus problemas eran culpa suya y solía acusar a los demás. Harry lo sabía, al igual que sabía que la voz que utilizaba con la gobernadora, dulce y melodiosa, formaba parte de su

estrategia. Era tan hábil que no tardó en tener a su interlocutora comiendo de la mano.

—Todo arreglado —comentó la mujer a Harry cuando apretó el botón de fin de llamada—. La gobernadora debe de estar llamando al sargento. Voy a sacar a Varek de aquí ahora mismo.

Los ánimos estaban revueltos, por ese motivo Harry se limitó a asentir con la cabeza, más por precaución que por convicción. No estaba de acuerdo en cómo su jefa estaba llevando el tema, pero ella ya había tomado sus decisiones al margen de los consejos que él le había expuesto después de haber investigado al inspector Ben Willis. Éste era un hombre íntegro, en su carrera como policía no había nada que sugiriera corrupción o mala praxis, por tanto, no había a lo que aferrarse en el caso de que lo quisieran extorsionar. El inspector era un hombre incorruptible que luchaba, precisamente, contra personas como Rebeca. Sería una batalla desigual, desde luego, pues Ben tenía la ética y Rebeca el poder. Aun así, fue David quien derrotó a Goliat.

La mujer atravesó el departamento donde se encontraban los lugares de trabajo de los funcionarios. Algunos estaban sentados en las sillas frente a sus escritorios y otros estaban fotocopiando o llevando informes de un lugar otro, pero todos centraron su atención en Rebeca formando un espeso silencio, sólo roto por el ruido de los tacones de ella. Sus pasos firmes y enérgicos movimientos de cadera indicaban que iba a por todas. La orgullosa dama no se molestó en saludar a nadie, ni siquiera por educación, fue Harry quien tuvo que acercarse a un trabajador y preguntarle que dónde estaba el despacho del sargento, en el cual entraron sin tan siquiera llamar a la puerta. Los guardaespaldas se quedaron fuera, a ambos lados de la puerta, con una pose rígida y expectante.

El sargento, un hombre mayor, calvo y con cierto sobrepeso, estaba atendiendo una llamada telefónica. Fue consciente de la presencia de la joven Holden y colgó, no sin antes despedirse amablemente de su interlocutora.

—¿La gobernadora? —dijo una triunfante Rebeca. Su tono cortaba como filos de cuchillos.

Harry quiso detenerla, pues la diplomacia siempre ganaba frente a la amenaza, y ella había empezado con un autoritarismo que la llevaría a fracasar. Sin embargo, no dijo nada, ya que su amor por Varek se había convertido en una obsesión enfermiza y le traían sin cuidado sus sugerencias. Se dio cuenta de que ella evaluaba el despacho; sus ojos verdes mostraban asco, un asco que no intentó disimular. El secretario levantó las cejas; a él el lugar no le parecía tan horrible, y aunque carecía del estilo que otorgaba el buen gusto y el dinero, sí que estaba limpio y ordenado, que era más de lo que albergaba el corazón de la altiva dama.

La sonrisa de hiena de Rebeca dejó poco margen al sargento para especular sobre las intenciones de la susodicha. De acuerdo que no la conocía personalmente, pero de todos eran sabidas las artimañas a las que recurrían los Holden.

Se hizo un silencio que sirvió para que ella y el sargento se estudiaran. Éste se tomó una pequeña pausa para coger el teléfono y hablar con su secretaria.

—Marta, dile al inspector Willis que venga a mi despacho ahora mismo —ordenó.

El sargento rodeó su escritorio y se acercó a Rebeca, tendiéndole la mano a modo de cortesía.

—¡Dejémonos de formalidades, no estoy aquí para hacer amigos! —escupió la mujer.

Harry, siempre acostumbrado a arreglar los destrozos de su jefa, dio un paso al frente y apretó la mano extendida del sargento para saludarlo.

—Me llamo Harry Cook, señor...

—Soy el sargento James Carter.

—Encantado, señor Carter.

—Por Dios, Harry —intervino una ofuscada Rebeca que no se tomó bien la iniciativa de su secretario—, no hay tiempo que perder, deja la diplomacia

para otro momento. Recuerda que soy tu dueña.

Rebeca no dudó en regañar a su secretario de una manera humillante frente al desconocido; ella manejaba la situación, sabía lo que quería y nada ni nadie la detendría. Harry era consciente de ello, pero aun así no podía dejar a un lado esa parte suya más diplomática que tantas veces había salvado a Rebeca. Por mucho que lo ofuscara, desde que él había decidido luchar por el hijo que ella llevaba en sus entrañas, notaba en su jefa un interés calculado por apartarlo de sus funciones y de su vida. Al secretario no le gustaba el cariz que estaba tomando la relación entre ellos y se obligó a apretar los labios a fin de que no se le escapara un mal comentario. En el fondo, muy en el fondo, le dieron ganas de reír, porque cada día la odiaba más; casi sentía una satisfacción morbosa por verla derrotada. De todas maneras, decidió intentarlo una última vez; no necesitaban más enemigos.

—Rebeca, por favor...

—¡Cállate, Harry, si no quieres que te eche de aquí a patadas!

El secretario dio un respingo. Rebeca se había transformado en un monstruo odioso en el instante en que dejó de manejar a Varek por culpa de Mady; y de eso ya hacía varios meses. Si antes intentaba disimularlo, ahora ya no le importaba mostrarse tal cómo era. A Harry no le cupo duda alguna de que la estrategia de su jefa estaba abocada al fracaso, si no a corto, sí a largo plazo. Casi podía asegurar que su final como secretario de los Holden estaba llegando a su fin, y, sinceramente, hasta lo deseaba. Si en el pasado había considerado que trabajar para tan poderosa familia había sido un premio a su esfuerzo, en ese punto de su vida se le antojaba un castigo por su avaricia. El motivo de su cambio de pensar lo tenía su hijo, no podía dejar de pensar en él. Sin haber aún nacido, le llevaba a recapacitar de lo verdaderamente importante en la vida. Deseaba ser un buen padre, un padre con valores humanos que sirviera de ejemplo para su crecimiento, pues ansiaba que su vástago fuera lo contrario a él.

Harry miró con disimulo el vientre, todavía liso, de Rebeca. Sólo de pensar

que su bebé crecía en aquellas entrañas envenenadas, la bilis le subía hasta la boca. Aquel niño era la víctima de una mente obcecada y enfermiza. En cuanto ella se saliera con la suya, con certeza se desharía de aquel ser indefenso como quien tira un utensilio inútil a la basura. El secretario no quiso angustiarse pensando en aquella posibilidad y se llevó la mano al interior del bolsillo de su pantalón gris oscuro. Cuando detectó la ecografía de su hijo, la acarició con las yemas de los dedos. Eso le daba fuerzas para seguir adelante, de modo que se quedó al lado de Rebeca a la espera de un desenlace, quizá amargo para su jefa, pues su instinto le advertía de que el inspector Ben Willis se lo iba a poner difícil. En los próximos minutos se vería quién de los dos ganaba el pulso.

—Quiero que deje en libertad a Varek —exigió la joven Holden—. Supongo que la gobernadora le ha informado que el fiscal renuncia a presentar cargos.

La sonrisa de la mujer, una curva muy marcada, auguraba victoria.

—No es tan fácil, el señor Farrow ha confesado ser el autor del asesinato de Roger Harmond, apodado Shark, nombre por el que todo el mundo lo conocía.

—¿Sabe que puedo arruinarle la vida si no acata mis órdenes?

El sargento James Carter no consideró fruto de exageraciones los relatos que se contaban sobre el poder y la crueldad de la familia Holden. De pronto todas aquellas leyendas quedaron disminuidas a la sensación helada que sintió su piel al darse cuenta de que la mujer que tenía delante y que se erguía como una serpiente a punto de atacar sería capaz de todo. De todos modos, quiso argumentar su punto de vista, pero el toqueteo de un puño llamando a su puerta abortó su intención.

—Soy el inspector Ben Willis, señor. —Su voz sonaba grave incluso detrás de la barrera de madera que suponía la puerta.

—Pase, inspector —pidió el sargento.

El aludido entró, y antes de cerrar la puerta se dio cuenta de que los ojos de

sus compañeros estaban fijos en su persona. Como buen policía, podía detectar las emociones de lástima que le dirigían sentados frente a sus escritorios. Si lo conocieran bien, sabrían que él nunca se dejaba intimidar por nadie, siempre sacaba su trabajo adelante con la mayor dignidad posible. Su juramento hacia los más débiles fue hecho desde la humanidad que sentía su corazón. De acuerdo que de aquello hacía muchos años, sin embargo, a pesar de haber visto la podredumbre del sistema no se había desmoralizado nunca, y menos lo haría en aquel instante.

El inspector cerró la puerta al tiempo que el sargento decía:

—Señorita Holden, le presento...

La altiva dama lo interrumpió.

—Sé quién es.

Se acercó al hombre como si fuera una loba; la baja estatura del inspector en contraste con su figura ofrecía una imagen de depredadora y presa muy poco edificante. Ben Willis maldijo en silencio por no haber entrado en el despacho con su sombrero panamá, pero aun así dio un paso al frente como un soldado ante la batalla, dispuesto a luchar contra quien fuera. Fue directo al grano, pues no quería estar más tiempo de la cuenta en un despacho que apestaba a maldad.

—Yo también la conozco, deduzco que no trae buenas intenciones, así que dejemos la buena educación a un lado y diga qué quiere.

Ben escuchó cómo el sargento bufaba con fuerza; sabía que censuraba su estilo y estaba seguro de que si hubieran estado solos le habría reprendido. Por su parte, Rebeca se sintió contrariada, siempre le era más fácil desplegar sus cuchillos frente a gente que le temiera, sin embargo, no parecía ser el caso de ese hombrecillo.

—Como le decía a su superior, quiero que deje en libertad a Varek, el fiscal no presentará cargos contra él, está todo arreglado.

—Entiendo... —Una sonrisa lánguida se esbozó en los labios del inspector Ben—. Supongo que la gobernadora y usted han llegado a un acuerdo —

argumentó con ironía.

El sargento rebufó de nuevo. Ben lo miró de reojo; tenía el rostro enrojecido de ira.

—Mire, me da igual lo que usted piense —manifestó la mujer—, quiero que le quede claro que puede perder su trabajo si me lo propongo.

—¿Me amenaza, señorita Holden?

—Sí, y si es inteligente sabrá lo que le conviene.

—Me convienen muchas cosas, pero nunca nadie me dirá cómo tengo que hacer mi trabajo. Los Holden siempre han sido un cáncer para la sociedad.

—¿Cómo se atreve? —dijo una enfadada Rebeca con sus puños pegados al cuerpo.

—¡Inspector, discúlpese ahora mismo! —exigió el sargento.

Harry miraba la escena atónito. En su interior, el regocijo de que alguien plantara cara a su jefa fue balsámico.

—¿Y si no me disculpo? —preguntó Ben mirando a su superior.

—Tendré que sancionarle.

—No me disculparé, señor, pero dejaré libre a Varek, tal como la señorita Holden exige.

En realidad, el inspector tenía claro que Varek no era un asesino, complacerla en ese punto no iba a suponerle ningún remordimiento de conciencia.

—Me alegro de que haya tomado tal decisión —aclamó ella llena de júbilo, las comisuras de sus labios se alzaron y mostraron una sonrisa radiante—. A partir de ahora no interfiera más en este asunto, de modo que le sugiero que se mantenga al margen. —La expresión de su bello rostro evocaba victoria y felicidad.

El inspector no dijo nada, pues hacerlo sería darle pistas a esa serpiente de cascabel vestida con las más elegantes ropas. Prefería ser discreto a fin de no enseñar sus cartas y empezaba a atar cabos en el asesinato Shark; sólo hacía falta leer entre líneas para comprender muchas cosas. Además, tenía

experiencia en la investigación de crímenes, y el amor, los celos y el dinero se convertían en los principales temas por los que cualquiera mataría a sangre fría. Apostaría su cuello a que los celos y el amor habían sido los motivos por los cuales el periodista estaba criando malvas. Lo tenía decidido: en silencio y en secreto llevaría una investigación paralela.

—Si me disculpan, voy a darle la noticia al interesado.

—No tan deprisa, inspector —soltó Rebeca de manera autoritaria—. Exijo que detenga a Mady, ella es la verdadera asesina.

—Señorita Holden, la investigación sigue su curso, ni usted con su poder puede agilizar el resultado de unas pruebas de laboratorio que necesitan su tiempo. Esto no es como la serie del CSI, en la que al momento tienen las respuestas a todo.

—Inspector, dudo que sepa hacer bien su trabajo, si fuera competente Mady estaría detenida y acusada de asesinato. —La mujer miró en dirección a su secretario—. Vámonos, Harry, esperemos fuera a Varek. Además, tengo que hacer unas llamadas; me aseguraré de que investiguen este caso tal y como mi futuro marido merece.

Salió de allí haciendo gala de su mala educación, la soberbia se reflejaba en cada paso. La puerta quedó abierta, el sargento se acercó y la cerró, e inmediatamente después centró toda su atención en su subordinado.

—Será mejor que cierres el caso cuanto antes, y te sugiero que encuentres algo con lo que inculpar a Mady.

¿Sugerir? Ben por poco se destornilla de risa. La mirada del sargento era severa, su tono de voz no «sugería», sino que ordenaba. Los ojos castaños del subordinado se enfrentaron al jefe. No le hacía falta ninguna prueba para saber que había sucumbido a las exigencias de la gobernadora y a las de Rebeca, y no pudo evitar odiarlo.

—Señor, permítame recordarle que nosotros nos debemos a la verdad.

—¿Y esa verdad te dará de comer, Ben? —espetó con dureza; hundió los hombros y continuó en un tono más suavizado—: A veces hay que mirar a otro

lado para sobrevivir. Te conozco, eres como un perro con un hueso, hasta ahora te lo he permitido, pero esta vez se trata de pelear contra gente poderosa, y perderemos todas las batallas. No dejaré que me arrastre, tengo familia, ¿comprendes lo que quiero decirte?

Ben había entendido esa velada amenaza, por lo que asintió, más por prudencia que por convicción, pues las ganas de rebelarse eran grandes. De hecho, no soportaba a los cobardes, capaces de dejar atrás la ética y la justicia por miedo y por comodidad. Ese hombre, su jefe, al que había puesto en un pedestal en el pasado, porque consideraba que honoraba su puesto, lo había decepcionado. No era mejor que los demás corruptos con los que había tratado a lo largo de su carrera. Sin embargo, no meditaría más sobre el asunto y se limitaría a ser fiel a su juramento de servir a la verdad, así tuviera que pasar por encima de todas las gobernadoras y todas la Rebecas del mundo.

Ben salió del despacho y una bocanada de aire frío proveniente del aire acondicionado del techo le dio de lleno en el cuerpo. Agradeció el cambio de temperatura, pues en el despacho de su jefe se había acumulado el calor y el ambiente se había hecho irrespirable. Se tomó unos segundos —que buena falta le hacían— para asimilar todo lo que había sucedido en los últimos minutos.

Mientras tanto, Rebeca y Harry se dirigían hacia la sala de espera, la mujer se detuvo, y mientras escribía un whatsapp a la gobernadora, dijo:

—Harry, quiero que averigües las personas que componen el laboratorio donde analizan las pruebas.

El secretario captó al vuelo sus intenciones, no pudo evitar desplegar su sarcasmo.

—¿Qué pretendes hacer, Rebeca? Ahhh, ya sé. Vas a dictarles el resultado y, si no lo hacen, les arrancarás la cabeza.

La mujer levantó la vista del móvil y sonrió con cinismo. Harry no era el mismo de antes, que la complacía en todo, y empezaba a estar harta de él.

—Muy bien, Harry, ¿quieres una galletita de premio? —soltó con burla.

El cuarentón guardó silencio, aunque hervía por dentro. Pero él mismo había provocado a su jefa y lo dejó estar, con diligencia apuntó en su libreta las nuevas órdenes.

Fue en aquel instante cuando un destello pelirrojo de una melena atrajo a Rebeca, cuando enfocó la mirada, se dio cuenta de que se trataba de Mady, que estaba de pie al lado de una ventana por donde entraba el sol, cuyos rayos acariciaban el cabello de la chica. Daniel estaba frente a ella y parecían tener una conversación. El rencor circuló caliente por las venas de Rebeca, sus pies cogieron carrerilla y se acercó a la que consideraba su peor enemiga. Cuando estuvo lo suficiente cerca, la agarró del brazo, la separó de Daniel y la empujó con tanta fuerza que perdió el equilibrio. El abogado reaccionó rápido y agarró a Mady antes de que cayera al suelo.

—¡Tú, puta! —gritó una ofuscada Rebeca—. ¡Márchate de aquí!

—¡Cállate! —dijo Daniel.

A pesar de que nada le sorprendía de Rebeca, sus ojos verdes desorbitados le advertían que estaba fuera de sí, por lo que se las arregló para interponerse entre ella y Mady.

—Rebeca, será mejor que nos vayamos a esperar a otro sitio —sugirió el secretario rogándole con sus ojos pardos, pero su jefa estaba demasiado descontrolada y ésta no dudó en empujarlo a él también, tirándolo al suelo.

—¡Deja en paz a Varek, maldita oportunista! —grito Rebeca.

Mady controló sus ganas de salir corriendo, además estaba demasiado impresionada, pues jamás en la vida había visto tanto odio en la mirada de una persona. Quiso decirle que Varek y ella se amaban, pero sus palabras se congelaron en su garganta.

Harry ya se había levantado y se apiadó de Mady, sabía muy bien cómo era ser el centro de las iras de Rebeca, por lo que volvió a insistir.

—Por favor, Rebeca, vayámonos...

Daniel sintió la respiración acelerada de Mady cerca de él, dedujo que estaba impactada, se giró, la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó con infinito

cariño mientras maldecía entre dientes a la serpiente que tenía delante. Había visto de todo en la vida, pero jamás hubiera pensado que la maldad pudiera ser una semilla capaz de engordar de tal manera en el corazón de una persona que lo pudriera incluso estando vivo.

—Haz caso a tu secretario —aconsejó el abogado—. Sabes muy bien que a los Holden no les gustan los escándalos y tú estás dando uno de grandes proporciones, mira a tu alrededor...

Ella giró el rostro, sólo lo justo para darse cuenta de que Daniel estaba en lo cierto. Incluso había gente grabando con los móviles, ¡malditos fueran todos! Se enderezó y alzó la barbilla con superioridad; tenía claro que no se iba a ir de allí sin su premio, y su premio era lastimar a Mady. Dio un paso adelante, y le susurró:

—No voy a permitir que el hijo que llevo en mi vientre crezca sin padre, ¿o eres tan zorra que destrozará la vida de un niño?

Sus palabras cubrieron el cuerpo de Mady con una capa de hielo. Se derrumbó por dentro y la impresión la enmudeció; no era capaz de pensar y miraba descompuesta a una Rebeca altiva. Empezó a temblar y Daniel captó las sacudidas del cuerpo femenino; eran escalofríos de miedo y tristeza, él había aprendido a reconocerlos cuando era un maldito alcohólico. El letrado también estaba impactado y necesitó más de un segundo para recomponerse y asimilar que Rebeca estaba embarazada; esa mujer era el diablo personificado. Le vinieron ganas de increparla, pues conocía la historia en la que ella y Varek se acostaron, una noche muy confusa en la que su amigo no recordaba nada, como si lo hubieran drogado. Sin embargo, debía pensar en Mady y en lo mucho que estaba sufriendo en esos momentos.

—Te voy a llevar a casa, Mady.

No permitió que aquella víbora elegante y hermosa los detuviera. Por suerte aún quedaban buenos policías, que los condujeron por un pasillo donde al final había una puerta trasera. De esta manera, les habían ahorrado el mal

trago que suponía cruzar por la marea de periodistas que se encontraba a la entrada de la comisaría.

Ya en el exterior, Mady se detuvo.

—¿Y Varek? —preguntó.

—No te preocupes; yo me ocuparé de todo.

Mady se dejó arrastrar por Daniel. Éste intuía su abatimiento, apenas se mantenía erguida, caminaba con cierta dificultad y mostraba síntomas de estar mareada. Estaba impresionada y desconcertada, pues saber del embarazo de Rebeca la había dejado en *shock*. Ya en el Mercedes deportivo, Daniel observó su rostro, que estaba de un blanco preocupante, y de sus ojos se escapaban gruesas lágrimas. No sabía muy bien qué decirle, pues cuando la desesperación devoraba por dentro, uno se vaciaba por completo, y sólo el paso del tiempo tenía la virtud de sanar. Sintió una punzada de desánimo por no haberle podido evitar los últimos minutos, pero no había visto a Rebeca acercarse a ellos.

—No te preocupes, Mady. Rebeca miente más que habla.

Ella se limpió las lágrimas con manos temblorosas y negó con la cabeza mientras apretaba los labios. No le salían las palabras y tenía una enorme bola de tristeza atascada en su garganta. Bajó la mirada porque era incapaz de hacer otra cosa.

Llegaron al hogar de Daniel, una mansión de alquiler en Indian Creek, una de las islas de Bahía Bizcayne. Su diseño atemporal de líneas rectas la convertían en una belleza estructural, no era de extrañar que saliera en las revistas especializadas sobre arquitectura.

Nada más escuchar el ruido del coche de su marido, Camila Guerrero salió a recibirlos. Sus conocidos la llamaban Cam. La mujer de tez oscura, ojos negros y cabellos cortos rizados negros, llevaba puesta una camisola exótica con motivos de su país de origen, Cuba. No disimuló su preocupación cuando vio a su amiga como ida y con claros síntomas de haber llorado.

—Mady, ¿qué te pasa?

La aludida ni siquiera saludó a su amiga. Como si fuera un robot, se dirigió al interior de la casa y la pareja oyó cómo sus tacones hacían ruido al subir los escalones con pesadez.

—Tengo que ir con ella —dijo Cam con la voz rota de la impresión.

Cuando hizo ademán de marchar tras su compañera, Daniel la cogió del brazo.

—Déjala, ha tenido una mañana muy dura. Te aseguro que necesita unos instantes de soledad para asumir todo lo sucedido.

Cam asintió de mala gana. Sólo una vez había visto a su amiga perdida de aquella manera: cuando la encontró en un contenedor de basura de un restaurante rebuscando algo que comer y un hombre se le acercó para ofrecerle dinero a cambio de sexo. Ella la vio y evitó que cometiera el error más grande de su vida y se la llevó a vivir a su apartamento de Overtown. Por aquel entonces, Mady estaba perdida, sin rumbo por la desgracia de haber perdido a su padre y por tener a su madre en el hospital. Nunca creyó que volvería a ver a aquella Mady desgarrada de arriba abajo, convertida en un bulto de pesares. Habían pasado por mucho juntas, y siempre habían salido adelante; ahora no sería diferente. Le dejaría el espacio que necesitaba y luego la ayudaría a renacer de nuevo.

—Entremos en casa —sugirió Daniel. Le partía el alma ver a su bella princesa triste; le dio un beso en la mejilla—. Te explicaré todo lo que ha pasado mientras me tomo uno de tus cafés, después me ducharé, me cambiaré de ropa y regresaré a la comisaría.

Entrelazó los dedos con los de su mujer y entraron. Él se sentó en el sofá y el barboteo de la cafetera italiana indicó al hombre que pronto saborearía un café. Su esposa era una especialista y huía de las cápsulas y las cafeteras modernas, prefería el sabor antiguo que le daba su cafetera vieja, capaz de atrapar el sabor de unos granos recién molidos.

—¿Y Lionel? —preguntó él, dando un sorbo a su café.

—Mi madre lo ha llevado a la escuela y luego se ha ido a trabajar a El

Iber... —Hizo una mueca—. Bueno, trabajar no, diría que va al restaurante a divertirse con Manuel y Mercè mientras cocinan platos nuevos, menudo trío. —Suspiró; ella quería hablar de sus amigos—. Daniel, ¿qué está pasando con Mady y Varek?

Su esposo dejó la taza en la mesita de enfrente. Se colocó de lado para poder mirar a su esposa a la cara y le explicó que Varek había confesado que había matado al *paparazzi*. Después le contó lo sucedido con Rebeca y lo de su embarazo. Cam miraba a su marido buscando algún signo en su rostro que delatara que se estaba burlando, pero Daniel la sacó de su error.

—No, mi bella princesa, no estoy bromeando. Rebeca dice que está embarazada de Varek.

—Dios mío, Daniel, esto es surrealista. Me cuesta creer todo lo que está pasando.

Una oleada de impotencia la sacudió con fuerza.

—De Rebeca me lo espero todo, nos vamos a tener que acostumbrar, está obsesionada con Varek, lo quiere a su lado sí o sí y hará lo que sea.

—¿Hasta matar?

Daniel contuvo la respiración, y no dudó en contestar.

—La creo capaz de eso y mucho más. Si alguien no le para los pies pronto, me temo que muchos vamos a sufrir las consecuencias de una mujer obcecada y perturbada. ¡Maldita sea, estoy harto de los Holden! Hacen y deshacen a su conveniencia, y una loca como Rebeca debería estar ingresada en un psiquiátrico...

Daniel se detuvo, pues se dio cuenta de que su mujer no lo escuchaba, pues tenía la mirada perdida, como si estuviera pensando en otra cosa.

—Cariño, ¿te sucede algo?

Ella dio un respingo.

—Pensaba en Mady, entiendo que esté mal, apenas hace un día estaba tan feliz... ¿Sabes...? Quería darle una noticia muy importante a Varek y deseaba hacerlo después de la inauguración de El Iber, pero todo salió mal.

Daniel frunció el entrecejo.

—¿Una noticia importante? Pero ¿cuál?

Cam suspiró y agarró las manos de su esposo.

—Mady está embarazada, y te aseguro que el papá del bebé es Varek.

Daniel no podía creerse lo que estaba oyendo; se levantó y se llevó las manos a la cabeza en un gesto desesperado.

—¿Entonces Varek no sabe nada? —preguntó él caminando nerviosamente de un lado a otro.

—No, ya te he dicho que quería darle la sorpresa después de la inauguración. De hecho, Varek deseaba tener un hijo con Mady, pero ella quería esperar. —Se levantó del sofá—. A veces las cosas pasan cuando menos te lo esperas, y cuando se enteró de que estaba embarazada se sorprendió, pero desea con locura tener el niño y formar una familia con Varek.

Daniel se acercó a su esposa y la agarró suavemente de los hombros.

—Me voy enseguida a comisaría. Varek debe saber que Mady está embarazada antes de que cometa la locura de culparse por un asesinato que no ha cometido.

—¿Y le dirás también que Rebeca está embarazada? Le va a dar algo.

—También lo sabrá, pero a diferencia de Mady, con Rebeca deberá asegurarse de que el hijo es suyo, deberá hacerse las pruebas de paternidad cuando nazca.

Daniel le dio un beso en los labios.

—¿Pero no te ibas a duchar y a cambiar antes de irte a comisaría? Tienes la ropa arrugada; además, si no te duchas creo que la gente no se acercará a ti.

Daniel se olió la ropa y puso cara de repulsión. A Cam le dieron ganas de reír, y lo habría hecho si ése hubiera sido un día normal; sin embargo, los últimos acontecimientos la tenían aturdida y en su corazón no había espacio para risas en esos instantes tan delicados.

—Tienes razón —afirmó él.

—Mientras te das una ducha rápida, yo te preparo la ropa, así ganas tiempo. ¡Trabajo en equipo!

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

Ella le sonrió como agradecimiento, dudaba mucho que algún día se cansara de los halagos de su esposo. No sabía cómo había podido vivir sin él hasta el momento. Negó con la cabeza, quería olvidar para siempre las vejaciones de su padre y de su exmarido, no permitiría que lo que había dejado atrás condicionara su presente y su futuro.

Capítulo 3

Ben entró en la sala de interrogatorios en la que estaba Varek Farrow. Éste se había quitado la americana y la corbata y se había arremangado la camisa. A pesar de llevar la ropa arrugada no perdía su esencia masculina de hombre poderoso por dentro y por fuera. Su cabello castaño oscuro, ligeramente ondulado con algún mechón rubio, no estaba despeinado tal como cabría esperar de un detenido al que habían sometido a un interrogatorio exhaustivo. Sus ojos azul océano tampoco revelaban desesperación, si acaso lucían un brillo de fortaleza digno de elogio. Llevaba toda la noche y parte de la mañana sentado en una silla que bien sabía el inspector que era de todo menos cómoda, pero él la ocupaba con una entereza que Ben admiraba. Por mucho que él y su compañero Ronald lo habían presionado, no había sucumbido en ningún momento y mantenía su confesión de haber matado al *paparazzi*.

—¿Tiene calor, señor Farrow?

El aludido sonrió.

—No se preocupe por mí, inspector, estoy bien.

Ben se sentó en la silla que estaba frente a la de Varek. Entre ellos había una mesa pequeña de madera, algo desgastada, no había ventanas y una lámpara del techo ofrecía una luz escasa. En la pared frente a Varek había un vidrio negro de grandes dimensiones, y detrás de éste se situaba el equipo policial que se encargaba de grabar y estudiar a los detenidos. El ambiente tenía un aroma pestilente a calcetines sucios debido a la falta de ventilación. El aire acumulado se cerraba en torno a las personas que entraban y salían como un boa provocándoles claustrofobia, menos a ellos dos, que eran inmunes a esa sensación. Además, no había aire acondicionado y tal sensación

se multiplicaba por mucho. Sí, cierto, la sala no era un lugar cómodo y mucho menos hogareño, todo estaba estudiado para poner nerviosos a los que interrogaban. Por ello, Ben admiraba la fortaleza del abogado que contemplaba, pues controlaba su cuerpo y sus emociones. No le sorprendía que fuera un reconocido letrado.

—¿Sabe, señor Farrow? Llevo muchos años viendo de todo, pero es la primera vez que alguien tan famoso como usted, que huiría de un escándalo como de la peste, desea que se lo inculpe de asesinato.

—Soy abogado, me debo a la verdad.

Ben rio sin ganas.

—Ambos sabemos que los abogados trabajan para el diablo. Su bufete no es diferente: ha defendido a auténticos desalmados que, gracias a usted, están en la calle.

Varek apretó los labios y una línea tensa se dibujó en su rostro. No era algo de lo que estuviera orgulloso. Desde que había conocido a Mady su concepto de la justicia había dado un vuelco. Tenía claro que su bufete Farrow & Baker Lawyers nunca más defendería a la basura de la sociedad. Quería hacer justicia de verdad y tener su conciencia limpia, pues era la mejor manera de amar a Mady y de lo que ella representaba en su vida, que era todo.

—No estoy aquí para hablar de mis clientes, inspector, no tienen nada que ver con el caso que usted investiga.

—Cierto, sólo era una opinión, pero no se alarme, por favor, he venido por otro asunto...

Varek arqueó sus cejas.

—Me imagino que el fiscal debe estar presentando la acusación —dijo el detenido—, pero ahórrese los detalles, llevo en este mundo demasiado tiempo, sé lo que me va a pasar...

—No, no es eso —le interrumpió el policía—, sino todo lo contrario. En cuanto el papeleo esté listo, podrá salir en libertad sin cargos. Por mucho que ha intentado convencernos, sabemos que no mató a Roger Harmond.

Una sirena de alarma sonó en la mente del letrado. Sus ojos se abrieron de par en par, pues sabía muy bien lo que significaba: Mady había confesado ser la autora del crimen.

—¿Y Mady? ¿Dónde está Mady?

Si hasta al momento había mantenido una pose tranquila, en ese instante le resultó imposible. Se estaba angustiando y su cuerpo se resentía; su frente empezó a transpirar y su respiración se agitó.

—Vaya, parece que la noticia lo ha puesto nervioso.

Varek se levantó de golpe, puso las palmas de las manos encima de la mesa e increpó al inspector.

—¡Dígame dónde está Mady!

Ben no permitía que nadie le levantara la voz. En otras circunstancias lo hubiera provocado, precisamente, para que le pegara y así poder detenerlo por agresión a la autoridad, para retenerlo hasta encontrar pruebas concluyentes. No obstante, se compadeció de ese hombre que era capaz de sacrificarse porque su amor hacia Mady era sincero y puro. Reconocía que incluso él estaba afectado por cómo estaban yendo las cosas, ya que ni Varek ni Mady merecían pasar por ese mal trago. No eran asesinos, así que decidió decirle la verdad.

—Mady está libre, tal como lo estará usted en breves momentos.

Varek se sentó, su rostro mostraba perplejidad.

—¿Libre?

Ben le hubiera querido explicar que Rebeca había estado en comisaría exigiendo su liberación y la detención de Mady, sin embargo, sabía que detrás del cristal oscuro había policías que los escuchaban y grababan. Debía andar con pies de plomo en esta investigación, si bien tenía ganas de hablar con Varek en privado para que le diera alguna pista, debía esperar a otra ocasión.

El inspector oyó cómo alguien abría la puerta, giró el cuello y era Ronald. Éste se acercó y le entregó un papel, después se marchó cerrando la puerta con suavidad.

—Señor Farrow, si firma aquí —dijo señalando con el dedo un recuadro en blanco— quedará libre de inmediato y podrá regresar junto a Mady.

Varek contempló a ese hombrecillo de corta estatura y flaco que parecía frágil, pero su mirada castaña mostraba todo lo contrario. Incluso percibió un deje de agrado en sus pupilas abiertas, como si de verdad le gustara que él y Mady se reencontraran. Sin embargo, se sacó tales impresiones de su cabeza y lo achacó a las horas que llevaba sin dormir. Se concentró en leer el folio y cuando se aseguró de que todo estaba correcto, cogió el bolígrafo que el policía le ofrecía y firmó.

Varek se levantó y el inspector hizo lo propio. Éste no llevaba su sombrero panamá, se le había olvidado, por lo que la diferencia de estatura y corpulencia era más que evidente; incluso la imagen resultaba cómica a ojos de los demás.

—Espero poder verlo en unas circunstancias mejores, señor Farrow, en el mostrador de la entrada le darán sus pertenencias —dijo alargando la mano a modo de despedida.

Varek le ofreció la suya, se dieron un ligero apretón.

—Que tenga un buen día —dijo el letrado.

—Le deseo lo mismo.

Varek no dijo nada más y salió de allí a paso acelerado. Se dirigió al mostrador y una agente muy simpática le dio una bolsa, en cuyo interior estaba las llaves de su Bentley Continental GT, su móvil, su reloj de oro y su cartera. Ni siquiera miró que estuvieran las tarjetas y el dinero, sus ganas por ver a Mady eran tan grandes que no podía pensar en nada más. Se puso el reloj y miró su teléfono, necesitaba llamarla y asegurarse de que estaba bien, pero estaba sin batería.

—¡Mierda! —Se resignó. En ese momento recordó que estaba sin el coche, pues todavía debía estar frente a El Iber, de modo que acercó de nuevo al mostrador y le pidió a la agente—: ¿Podría llamar a un taxi, por favor?

—Ya te llevo yo, cariño.

Una punzada de odio atravesó el corazón de Varek en cuanto reconoció esa meliflua voz: Rebeca. La inocencia del rostro femenino no lo engañó, bien sabía que su mente albergaba oscuras intenciones. No quiso pensar en el motivo por el que estaba en la comisaría, estaba preocupado por Mady y no podía esperar un segundo más para verla.

—Hola, Rebeca, gracias, pero no, prefiero irme en taxi.

Miró por encima del hombro de la mujer, y Harry, como siempre, estaba pegado a las faldas de su dueña.

—Necesito hablar contigo, es importante. Muy importante —pidió la mujer.

Se llevó las manos a su vientre. Varek vio el gesto y la saliva se le atragantó, sabía lo que significaba y lo que ella le exigiría, y prefería recibir una puñalada en el corazón antes que casarse con Rebeca.

—Hablaemos a solas —dijo Varek mirando al secretario—. ¿De acuerdo? —añadió en un tono autoritario.

El abogado la agarró del brazo y se la llevó a un rincón apartado, donde nadie los escuchara.

—Muy bien, ¿qué tienes que decirme? —exigió Varek.

Se insultó mentalmente, pues sabía muy bien qué le diría: que estaba embarazada, aunque reconocía que tenía la esperanza de que fuera otra cosa.

—¿Aquí? —se quejó ella mirando con asco todo a su alrededor—. ¿No podemos hablar en un lugar más romántico?

—Tengo prisa, Rebeca.

—¿Es así cómo me agradeces que te haya sacado de este embrollo?

Varek se tensó. De modo que detrás de su libertad estaban Rebeca y sus manipulaciones, ¿por qué no le sorprendía? Lo tendría que haber deducido, ya que la conocía muy bien.

—¡Malditas seas, Rebeca! Deja de meterte en mis asuntos, tú y yo no somos nada, te aborrezco como nunca he aborrecido a nadie, ¿acaso no tienes dignidad?

—¡Si no fuera por mí te hubieran encerrado en prisión!

—Te aseguro que la perspectiva de estar encerrado es mejor que tener que aguantarte.

—No tomaré en cuenta tus palabras, ya cambiarás de opinión en breve.

—¡Ya basta, Rebeca! Dime lo que tengas que decirme y acabemos de una puta vez.

—¡Está bien! —se sulfuró ella—. Quería darte la noticia de que vas a ser papá de otra manera, pero tú lo haces imposible, espero que cuando estemos casados cambies tu actitud hacia mí.

Varek se apartó de ella y apoyó la espalda en la pared; se sentía desfallecer, esa mujer era tóxica en exceso. No obstante, el niño que llevaba en las entrañas no tenía ninguna culpa.

—De modo que tu jugarreta te ha salido bien —logró decir Varek después de la primera impresión.

—¿Jugarreta? Te recuerdo que hace falta un hombre para que una mujer se quede embarazada. Me follaste, Varek, y debes asumir tu responsabilidad.

—Por fin nos ponemos de acuerdo en algo.

Rebeca suspiró de alivio.

—No esperaba menos de ti, cariño.

Se acercó a él caminando con sensualidad. Quiso darle un beso, pero él se apartó.

—Asumiré mi responsabilidad, pero no antes de que nazca el bebé. Cuando eso ocurra, interpondré una demanda de paternidad, si soy el padre me tendrá a su lado. Los tiempos cambian, así que no hace falta que me case contigo para desempeñar mi paternidad, ¿te ha quedado claro?

La mano de Rebeca salió en dirección a la mejilla del hombre; la bofetada fue sonora. Varek hizo rechinar sus dientes, si bien había magullado su carne y un ligero quemazón cubrió la zona, no había sido así con su temple, que seguía intacto y fuerte. Se irguió y le sonrió con ironía, actitud que enfadó a la mujer.

—A mí no me hace ninguna gracia, desgraciado, sabes muy bien que los Holden somos muy tradicionales, será muy duro para mí y mi familia que no

nos casemos cuando se enteren de que espero un hijo.

—Lo que quieras tú y tu familia me trae sin cuidado. Evolucionad de una vez; me haré responsable de mi hijo en todos los sentidos cuando sepa que es mío.

—¡Es tuyo!

—Te conozco, Rebeca, sé de lo que eres capaz. Tu palabra vale lo mismo que un chicle pegado en el asfalto.

La mujer se estaba poniendo muy nerviosa, su plan no estaba saliendo del todo bien y las manos empezaron a temblarle. No obstante, era demasiado altiva y vanidosa para reconocerlo, por lo que se recompuso rápido.

—Será un escándalo para los Holden, la prensa se enterará, y más cuando sepan que exiges prueba de paternidad. ¿Es que no te das cuenta? Incluso puede haber consecuencias políticas, muchos de mis familiares son políticos, eso ya lo sabes.

—Pues arréglatelas; tú nos has puesto en esta situación.

—¿Y tú no? El problema es de ambos.

Sus ojos se entrecerraron, pero aun así, Varek podía apreciar las llamas destructivas de sus córneas verdes.

—No sé qué pasó la noche en la que tú dices que nos acostamos. Sí, de acuerdo, me desperté en la cama contigo, ambos desnudos, la situación invitaba a pensar que follamos. Pero a veces las cosas no son lo que parecen, y menos cuando una alimaña como tú está implicada.

Rebeca intentó abofetearlo por segunda vez, sin embargo, en esta ocasión no lo cogió desprevenido y él le agarró la muñeca al vuelo. Ella se sacudió la mano y se liberó.

—Por lo que más quieras, Varek, cástate conmigo; te haré feliz y te daré tantos hijos como desees. A mi lado serás un hombre poderoso e inmensamente rico. Yo te amo.

—Confundes amor con posesión. Lo tuyo es enfermizo.

—¡No es verdad! —gritó con los puños pegados a los costados—. ¡Es

Mady la que no te ama, abre los ojos o lo pagarás caro, lo juro! Sabes muy bien lo que te conviene.

Varek estaba harto de sus amenazas.

—Ni tú con tu poder vas a cambiar el amor que siento por Mady.

—Nada me está vetado. Tú, en el fondo, eres tan ambicioso como yo, ¿o no te acuerdas de cuando éramos novios, antes de conocer a Mady?

El hombre la ignoró. No quería recordar esa parte de su existencia, más que nunca se daba cuenta de que por aquel entonces estaba muerto por dentro. En cambio, ahora, le pasaba lo contrario: se sentía más vivo que nunca gracias a Mady. Sólo de pensar en ella su corazón se agitó, necesitaba buscar la paz en sus brazos.

—Me tengo que ir, Rebeca. Envíame el teléfono de tu ginecólogo, quiero que sea él el que me mantenga informado del embarazo; tú y yo no tenemos nada más que hablar. No te acerques a mí ni a Mady, te lo advierto.

Rebeca lo siguió con la mirada hasta que lo perdió de vista cuando éste bajó por la escalera. La cólera se había espesado en sus venas, apretó los dientes y no dejó de hacerlo hasta que le dolió la mandíbula. En aquel preciso momento su secretario subía por los mismos escalones por los que acababa de bajar el abogado. Se acercó a ella.

—He visto a Varek marcharse. ¿Se lo has contado?

—Sí.

Harry esperó una explicación, y como no llegaba, preguntó:

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no se va a casar conmigo, aunque el niño sea suyo, además va a solicitar pruebas de paternidad cuando nazca.

Harry bufó, cada célula de su cuerpo se rejuveneció. Tal como había pronosticado, su jefa había fracasado estrepitosamente, y le había alegrado el día.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó él.

—No lo sé todavía, tengo que pensar —Sus labios se tensaron en una fina

línea, tal y como le sucedía cuando maquinaba, pues su mente se estaba engrasando para rendir al máximo—. No me voy a dar por vencida, encontraré una salida, siempre lo hago, ¿verdad? Te juro que Varek se casará conmigo. Mady tiene la culpa, esa... esa... oh, Dios, me gustaría verla muerta y bailar sobre su tumba.

—¿Y el bebé? ¿Acaso no piensas en él?

—¡Deja de pensar en el bebé, porque no verá la luz de sol!

Harry abrió la boca para replicarle, pero su jefa lo fulminó con la mirada advirtiéndole de las consecuencias, por lo que la cerró enseguida.

La dama optó por marcharse por la puerta de atrás, consciente de que su rostro mostraría una furia difícil de disimular y no quería cometer ningún error frente a los periodistas. Tenía que encerrarse en su casa y pensar, pensar en cómo llevar a Varek al altar. No cesaría en su empeño hasta conseguirlo.

* * *

Era mediodía cuando Javier Hernández paró su todoterreno negro recientemente comprado. Había amordazado y atado a Mimí como un pavo en Navidad y la llevaba en la parte de atrás. Desde que había salido de casa de su padre, ella no había dejado de revolverse, y no entendía cómo no estaba agotada. Había conducido hacia el nordeste toda la noche y parte del día por una carretera poco transitada.

Salió del vehículo y lo primero que notó fue el cuerpo agarrotado debido a las horas que había pasado conduciendo sin descanso. Se estiró alzando los brazos al aire, movió los músculos y el esqueleto. Entonces, su espalda y sus cervicales crujieron; un gemido de alivio escapó de su boca. Luego se acercó a un seto y orinó, y otro jadeo de satisfacción salió entre dientes. No pudo evitar pensar que, seguramente, Mimí también tendría ganas de vaciar la vejiga, además debía de estar entumecida, pero cuando la escuchó agitarse de nuevo dentro del todoterreno dejó de pensar en ello. Esa mujer estaba hecha

de otra pasta, no era ni por asomo igual que las demás féminas a las que había conocido.

El hombre se sentó en una gran roca y miró el paisaje otoñal desplegarse ante sus ojos. La vegetación era espesa, pinos y robles circundaban el paisaje. No muy lejos de allí había una cueva en la que se había refugiado en más de una ocasión para escapar del control de Juan Hernández, su padre, al que detestaba porque para él representaba la maldad y lo que nunca quería llegar a ser.

Negó con la cabeza. No había podido matar a Mimí tal como le había prometido al todopoderoso Juan, además no era un asesino y nunca mataría a nadie. De acuerdo, él pertenecía al clan de los Hernández, un clan que se dedicaba a traficar con droga, personas y armas. Sin embargo, nunca se sintió parte de la familia, pues jamás había querido entrar en los negocios corruptos de su progenitor, y si ahora lo estaba haciendo había sido para proteger a Mady, a la mujer que él había amado.

Sí, amado. En pasado, porque sin darse cuenta, y casi sin querer, se había enamorado de la esposa de su padre. Nunca había conocido una mujer como ella, tan sexual, tan visceral, tan... tan destructiva, pues enamorarse de una hembra como Mimí era sentenciarse a muerte; la necesitaba como un *yonki* una dosis de heroína, y eso lo enfurecía. Se había dado cuenta de que no podía vivir sin ella el día que la descubrió follando con dos de los socios de su padre. El impacto había sido brutal y todo su interior se había revolucionado como nunca antes. Primero la quiso matar, pues quería a Mimí sólo para él, y empujado por esa necesidad oscura, por los celos y por el deseo de su padre por verla muerta, había decidido cometer el crimen.

Pero con ironía reconocía que estaba atrapado; ella lo había hipnotizado de tal manera que no podía sacársela de la cabeza. Sólo de pensar en las veces que había penetrado su vagina caliente se ponía duro como la roca en la que estaba sentado.

De todos modos, sabía que no podía continuar de aquella manera y debía

evitarla como fuera. Sin embargo, antes de perderla de vista para siempre debía arrancarle la verdad. Ya hacía demasiado tiempo que ella tonteaba con él y se burlaba de sus preguntas a fin de que no le sonsacara la verdad. Pero todo cambiaría a partir de ese instante, lo tenía claro y no había vuelta atrás.

Javier llevaba puestos unos vaqueros y una camiseta de manga corta en un tono gris. Sus bíceps estaban tan desarrollados que la prenda quedaba sensualmente pegada a su torso y brazos. Hacía frío, pero él lo ignoró y se levantó, se dirigió a la parte lateral derecha del todoterreno y abrió la puerta. Mimí había logrado sentarse pese a que estaba atada y amordazada. Lo primero que hizo la chica fue mirarlo con sus ojos azules y lanzarle dardos venenosos. Después, Javier no supo muy bien cómo ella se las ingenió para lanzarse sobre él. De pronto se encontró tirado en el suelo con la mujer encima revolviéndose en un intento por liberarse. Él la apartó a un lado, se colocó encima de la chica y la miró. Tenía la melena rubia desmadejada y le encantaba ese aire a fierecilla. A decir verdad, le costaba poco excitarse cuando estaba cerca de ella y se obligó a no sucumbir a lo que realmente su cuerpo le reclamaba. Pegó su cara a la de Mimí.

—Estaba pensando soltarte, supongo que tienes pis, pero no sé si es buena idea, estás muy violenta, quizá será mejor que te lo hagas encima.

Ella negó con la cabeza con verdadero desespero.

—Vale, te soltaré si me prometes comportarte —dijo el hombre.

Ella asintió con la misma desesperación de antes, así que Javier le quitó la cinta adhesiva que llevaba en la boca.

—¡Hijo de puta, voy a ma...!

El hombre se la volvió a colocar y ella negó con la cabeza.

—No me gustan los gritos, ¿mantendrás tu boquita cerrada? O te aseguro que esta cinta se quedará mucho tiempo donde está.

Ella lo miró con odio, tuvieron que pasar cinco segundos para que asintiera, y lo hizo sólo una vez.

—¿Lo prometes? —insistió, pues había captado que no estaba muy

convencida.

Ella afirmó enseguida. El hombre le quitó la cinta adhesiva y ella apretó los labios. Estaba claro que se aguantaba las ganas de insultarlo hasta quedarse ronca.

—Así me gusta, que no digas nada.

—Vete al infierno.

—No me provoques, aquí mando yo. No me importará tenerte el resto del día amordazada, de modo que controla tu lengua, cariño.

—No me llames cariño.

—No lo decía con afecto.

—Perfecto. ¿Me sueltas? Necesito hacer pis.

Javier salió de encima de ella y la levantó. Tenía las manos atadas a la espalda con cinta adhesiva también, y los tobillos unidos del mismo modo. Él se situó detrás de ella y, con un cuchillo que se sacó del bolsillo, le cortó primero las ataduras de los pies y después las de las manos. Cuando ella se dio la vuelta, se dio cuenta de que la apuntaba con un arma.

—¿Vas a matarme después o antes de mear?

—No sé..., depende de ti, ¿cuándo quieres morir?

Mimí sabía que se burlaba de ella, deducía que no quería asesinarla, al menos de momento.

—¿Por qué me has secuestrado? Cuando tu padre se entere, te va a matar, pero eso ya lo sabes.

—Te responderé a su debido tiempo.

—Si no te importa, voy a aquel matorral —dijo señalando con el índice una espesa mata verde.

La chica empezó a caminar y, como iba descalza, se le clavaban lo que parecían ser pequeños trozos de ramitas. No obstante, apretó los dientes y no se quejó, no le daría el gusto a Javier. Se detuvo al percibir que él la seguía y se dio la vuelta para increparlo.

—No necesito ayuda para bajarme las bragas.

—¿Te crees que voy a perderte de vista? Arréglatelas para que te vea, joder, he visto tu coño muchas veces, no vengas ahora a hacerte la remilgada.

A Mimí le vinieron ganas de insultarlo y escupirlo; sin embargo, la pistola con la que la apuntaba y la certeza de que la ataría y amordazaría, evitaron que lo hiciera.

—Bien, veo que entiendes la situación... —se regocijó él al darse cuenta de que ella controlaba sus impulsos vengativos.

Sin decir nada más, se dirigió al matorral y se las ingenió para quedar medio oculta. Si bien él había dicho una gran verdad, pues le había visto su sexo en demasiadas ocasiones, hacer pis frente a él no era algo con lo que disfrutara. Pero no le había dejado alternativa y tuvo que apañárselas como pudo. El aire frío acarició su trasero y no resultaba placentero, por lo que se espabiló y terminó enseguida. Después de subirse las bragas y los *leggings* rosa fucsia, lo miró y le sonrió con desprecio.

—Tengo frío —dijo ella, echando de menos el sol de Miami.

—Yo también.

—¿Y no se te ha ocurrido traer nada para abrigarnos?

Javier no pudo evitar que su mirada acariciara los pezones erectos que se marcaban en su top de tirantes con un dibujo de Minnie Mouse. Ella advirtió el deseo del hombre extenderse por su mirada negra y su boca medio abierta, sabía que imaginaba que mordía esa parte de su anatomía. Mimí, a pesar de que estaba enfadada, no pudo evitar que su cuerpo despertara, y la mujer traviesa que habitaba en su interior no tardó en aparecer. Sin vergüenza, se levantó el top y acarició sus pezones, un gemido lujurioso salió de su boca.

—Mentiroso... —susurró melosamente.

—¿Mentiroso por qué? —dijo Javier en un tono roto de deseo debido a la erección que le sobrevino de golpe y no había podido detener.

Mimí miró el ecuador de su anatomía masculina, le complacía ver esa parte tan excitada. El frío de momentos antes desapreció y dio paso a un calor que la abrasó por dentro.

—Te la pongo tan dura que no te cabe en la bragueta, me dijiste que no querías volver a follar conmigo, y veo que no es cierto. Si te sirve de consuelo, las pollas de los socios de tus padres no eran como la tuya... — Hizo una pausa mientras se acercaba a él—. La tuya me gusta más.

Las facciones latinas de Javier se tensaron en el momento en que la imagen de la piscina afloró en su cabeza y sus ojos negros se transformaron en dos bolas oscuras de odio. Ella supo que se había equivocado y se insultó mentalmente, se había acostado con los socios de su padre con intención de que la aborreciera. Y su plan había salido a las mil maravillas, pero nunca llegó a imaginar que la odiaría tanto como para matarla. Se sentía en peligro y su instinto de supervivencia la empujó a aprovechar el momento para desarmarlo.

Mimí dio un paso e hizo un movimiento rápido con las manos. Sin embargo, pisó una piedra, cuya arista le lastimó la planta del pie evitando que fuera lo suficientemente ágil. Javier reaccionó y la rodeó con sus enormes y fuertes brazos como si fueran cuerdas. Ella quedó atrapada en un abrazo de hierro, y se odió por no haberlo impedido, pues tenía experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo. Había matado a muchos hombres en las mismas circunstancias.

—Estoy pensando que si estuvieras muerta todo me resultaría más fácil.

Ella ni siquiera le debatió, no iba a malgastar energías cuando sabía que no tenía escapatoria; mejor guardarlas para otra ocasión. No obstante, le dolía su rechazo y no pudo evitar provocarlo.

—No tienes huevos... Eres un cobarde.

Javier la empujó, la tiró al suelo, la apuntó con el arma y la contempló. Ahí tumbada, apoyada por los codos, con el pelo revuelto, la mirada furiosa, sus labios jugosos humedecidos por su respiración agitada, con el top levantado y sus enormes pechos expuestos, que temblaban con cada inhalación rabiosa, parecía la reina de la lujuria. La imagen entraba por sus pupilas abiertas y se instalaba en su corazón.

—¡Tápate! —exigió él incapaz de controlar su deseo por ella.

—¡Yo no acepto órdenes de nadie!

—¡Maldita sea, tápate! —gritó caminando a grandes zancadas hacia ella.

Mimí se bajó el top y se levantó, azuzar a un león fuera de sí era peligroso y ella ya lo había provocado demasiado. Debía tener en cuenta que él dominaba la situación por la maldita pistola que llevaba agarrada en su puño de hierro.

—¡Vamos, camina! —tronó el hombre mientras le daba un empujón. Se compadeció de ella cuando la vio cojear—. ¿Qué te pasa en el pie?

—Me he hecho una herida con una piedra. ¡Tú tienes la culpa, cabrón!

Él no dijo nada y ella siguió caminando hasta que llegaron al todoterreno, entonces él la agarró del brazo para que se detuviera. De reojo, la mujer observó cómo abría la puerta del acompañante, sacaba una mochila de montaña y se la colgaba a la espalda. Después agarró una lona de camuflaje y tapó el vehículo. Cuando terminó, la asió del brazo y la condujo hacia un grupo de robles que voltearon. Siguió entre unos matorrales, algunos tenían espinas, por lo que ambos recibieron diversos arañazos en los brazos.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella que ya no soportaba el tenso silencio que se había instalado entre ellos.

—En un lugar seguro.

—¿Seguro para ti o para mí?

—Para ambos. Basta de charla y sigue caminando.

Al cabo de unos metros se detuvieron. Frente a ellos se alzaba una montaña rocosa, subieron una pequeña cuesta que no llevaba a ninguna parte, o eso parecía, porque Javier le señaló una especie de camino tapado por enredaderas. El hombre despejó la vía arrancando un puñado de hierbajos.

—Sigue el camino —ordenó él.

Ella así lo hizo, Javier la seguía, enseguida se encontraron unos arbustos que impedían ir más allá; sin embargo, pegado al suelo parecía haber un hueco por el cual cruzar. Javier se arrodilló e inspeccionó como pudo al otro lado, pues de reojo echaba miradas a Mimí porque la creía capaz de atacarlo de

nuevo. Se dio cuenta que en algunos arbustos había enganchado pelo de animal, concluyó que alguno debía pasar habitualmente por allí. Según su experiencia, eso podía ser una mala noticia.

—¿Qué buscas? —preguntó ella.

—Me aseguro de que no haya ningún oso o lobo al otro lado, es un lugar concurrido por animales. Pasa por aquí —ordenó señalando el lugar donde había menos acumulación de vegetación.

Mimí gateó por aquel hueco y él lo hizo detrás de ella. Cuando cruzaron los arbustos, se alzaron; frente a ellos había una pared de roca enorme, en la base se hallaba una gran cueva abierta. Javier sacó una linterna de la mochila y alumbró los rincones más oscuros por si acaso había algún animal escondido.

Mimí contempló un montón de leña acumulada en un lateral.

—¿Entonces has estado aquí antes? —dedujo ella.

—Más o menos.

—¿Por qué me has traído aquí?

Javier ignoró la pregunta y sacó dos sudaderas de la mochila.

—Abrígate —le dijo tirándole una de las piezas.

Después sacó unos calcetines, unas deportivas y lo que parecía ser un botiquín. Mimí suspiró, pues si se preocupaba por ella era porque no quería asesinarla, al menos de momento. De todos modos, debía estar a la expectativa para encontrar una manera de escaparse si la cosa se ponía fea.

—Siéntate —ordenó él en cuanto ella sacó la cabeza por el cuello de la sudadera—. Hay que desinfectar la herida.

Mimí sabía que él tenía razón y eso la cabreaba. En su interior había una necesidad demasiado grande por llevarle la contraria, como una manera de aliviar su enfado, pero mientras estuviera en inferioridad de condiciones era mejor no provocarle. Se sentó en una roca y le ofreció la planta del pie. Javier se colocó la pistola en la espalda, se arrodilló y procedió a curarla.

—No es grave, sólo es un corte sin importancia, no hacen falta ni puntos.

Le humedeció la herida con una gasa empapada de yodo, Mimí dio un

respingo al sentir escozor en su carne lastimada y un siseo escapó de su boca. Javier terminó las curas y mientras la mujer se colocaba los calcetines y deportivas, él empezó a apilar un buen puñado de leña.

La chica se sentó y observó cómo encendía una buena hoguera. Todo en él era fuerza y virilidad, cada movimiento que hacía la llevaba a imaginarlo desnudo, con su miembro erecto, ese que ella conocía tan bien: su gran tamaño, su dureza, su peso, su anchura, con su glande goloso, siempre a punto de satisfacer esa necesidad sexual que había despertado en ella el deseo hasta la desesperación. Nunca tenía bastante cuando estaba con Javier, y lo que más le chocaba era que no sentía la necesidad de buscar a otro hombre. Incluso notaba mariposillas en el estómago cuando lo tenía cerca. Ella, que siempre había visto el amor como algo cursi y de mojigatas... Sin querer rio tontamente, el hombre levantó la vista del fuego, que empezaba a prender con fuerza, y la miró.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Créeme, no te gustará saberlo... ¡O quizá sí!

Javier entrecerró los ojos y decidió no insistir, conociéndola como la conocía sabía que su mente no barruntaba nada bueno, al menos para él. Después sacó de la mochila una cantimplora, dos manzanas y unas galletas energéticas. Le ofreció la mitad de todo a la mujer.

El hombre se sentó frente a Mimí, el fuego se interponía entre ellos. Se colocó la sudadera y puso su pistola cerca de él; la quería tener a mano por lo que pudiera suceder, en realidad no se fiaba de Mimí. Ella había dado sobradas muestras de estar más que preparada para defenderse, incluso apostaría todo lo que tenía a que era una experta luchadora. Otro punto que se sumaba a los demás y que lo llevaba a pensar que esa mujer escondía demasiado.

—Cuando comamos y descansemos un rato, tú y yo hablaremos muy en serio —dijo en un tono autoritario.

—¿Y si yo no quiero hablar contigo? Te recuerdo que me has secuestrado,

no tengo nada que decirte.

Javier mordió su manzana, la fruta crujió entre sus dientes blancos, masticó y tragó.

—Si regresamos a Miami ya nos podemos dar por muertos y enterrados. — A pesar de la furia que circulaba por sus venas, su tono fue suave—. Será mejor que hables, por el bien de ambos... y para que no te mate, claro.

Mimí no supo qué pensar. Toda su vida había cambiado desde que conoció a ese hombre, además sus vidas ya hacía tiempo que estaban en peligro. Quizá él sabía algo de su comando secreto, o el motivo por el cual estaba casada con su padre, pero lo dudaba, de modo que debía tratarse de otra cosa. No le quedaba otra solución que confiar en él, pues detectaba que el asunto era serio y sospechaba que se necesitaban. Le contestaría a todas sus preguntas, aun así, no le contaría nada de su hermano Carlos, que estaba en manos de sus jefes y que algo planeaban hacer con él. Javier creía que estaba muerto, mejor que siguiera así de momento. Pero ¿cómo reaccionaría cuando supiera parte de la verdad? No lo sabía, aunque pronto saldría de dudas.

Capítulo 4

Daniel se había duchado y vestido en tiempo récord. Se despidió de Cam con un efusivo beso y salió del hogar dispuesto a coger su Mercedes y acercarse a la comisaría para sacar a Varek de allí. Por mucho que él le dijera que lo tenía todo controlado, no quería que cometiera la locura de declararse culpable de un asesinato que no había cometido. Y menos ahora que Mady estaba embarazada, aunque sabía con certeza que cuando se lo contara entraría en razón. Ninguno de los dos eran asesinos, así que la verdad acabaría imponiéndose. Además, siempre había alardeado de su intuición con las personas, y dicha intuición le decía que el inspector Ben Willis, con el que había tratado desde que había comenzado aquella pesadilla, investigaría el caso y esclarecería el asesinato de Roger Harmond, pues parecía un policía competente y correcto que no se dejaría avasallar por la mano negra que había detrás de aquel crimen. No hacía falta ser muy listo para saber que todo en ese asesinato olía a podrido.

Subió al auto y, cuando lo estaba poniendo en marcha, contempló cómo un taxi se detenía frente a su hogar y Varek salía de él. Daniel se sorprendió, ¿lo habían dejado en libertad? ¡Ahora sí que no entendía nada!

—¡Hola, Varek! —exclamó apeándose de su Mercedes con rapidez.

Varek le sonrió, y cuando estuvieron uno frente al otro se abrazaron.

—¿Sorprendido? —dijo con cierto humor negro Varek.

Una carcajada escapó de la boca de su amigo.

—Mucho. Dios es testigo de que me alegro de verte aquí, daba por hecho que te encerrarían por tu tozudez de declararte culpable. Desde luego que este caso mejora por momentos, no entiendo nada.

—¿Y si te doy un nombre?

Daniel empezó a entender.

—¿Rebeca?

—Sí. Ella es la que ha conseguido que el fiscal no presente cargos, pero ya te lo explicaré todo después, necesito ver a Mady.

Varek echó a andar, pero Daniel lo detuvo apoyando la mano en su hombro.

—Tal vez es mejor que antes sepas una cosa... —dijo éste, era de vital importancia que supiera del embarazo de Mady.

Varek se asustó y lo interrumpió.

—¿Mady está bien?

—Sí, no te preocupes, está descansando en la habitación.

Varek expulsó un sonoro suspiro de alivio.

—Si es sobre el embarazo de Rebeca, ya lo sé.

—Mady también lo sabe. Rebeca estaba en la comisaría y se mostró agresiva, esa mujer es peligrosa en todos los sentidos.

Su colega se quedó lívido.

—¿Le hizo algo a Mady?

—No, conseguí mantenerla a distancia, pero los ojos de esa serpiente hasta a mí me asustaron, que ya es decir.

—Gracias, si le sucede algo a Mady...

—Para eso están los amigos, aunque no es de eso de lo que te quería hablar, sino de otra cosa...

Varek lo volvió a interrumpir.

—Sea lo que sea puede esperar. Necesito verla, Daniel, tengo el corazón en un puño.

Las ganas de estar con su chica se habían hecho tan indispensables como el respirar. Su amigo lo dejó marchar, ya habría tiempo de hablar. De hecho, era mejor que se enterara de que Mady estaba embarazada por ella misma.

Varek subió los escalones de tres en tres y entró en el dormitorio que ambos compartían. Se encontró a su chica en la cama, con un pijama sencillo y el

pelo mojado, pues debía haberse dado una ducha. Estaba dormida de lado en una pose encogida, como si buscara consuelo. En el suelo había una cajita rústica de madera apoyada por un lateral y con la tapa abierta, dedujo que se le había escurrido de la mano. Cuando se acercó a ella observó que tenía entre sus dedos un papel, pero lo que más le dolió fue ver los restos cristalizados en las esquinas de sus ojos producidos por torrentes de lágrimas. Casi podría asegurar que se había quedado dormida llorando.

Varek se sentó a su lado. Ella, al notar una presencia a su costado, se movió, y el papel que tenía en la mano cayó al suelo. El hombre se inclinó y lo recuperó; al principio no le prestó atención, pero cuando creyó leer en la parte superior la palabra «ecografía», enfocó la mirada y observó pasmado lo que parecía ser un embrión.

Mady abrió los ojos y primero pensó que estaba soñando al ver a Varek a su lado. No tardó mucho en darse cuenta de que de verdad él estaba allí y su corazón saltó de su pecho a su garganta por la emoción. Se fijó en que miraba la ecografía con los ojos abiertos por la sorpresa.

—No es ésta la manera en que quería que te enteraras... —susurró ella con la voz rota—. Yo... yo... había planeado otra cosa.

Varek centró su atención en ella; los labios le temblaban, sus ojos se estaban llenando otra vez de lágrimas. Fue tanta la ternura que le provocó que un gemido espontáneo salió de su garganta. Acunó el rostro femenino en un mano y miró la foto, y a ella, y a la foto de nuevo, para anclarse definitivamente en la mirada gris de Mady.

—Vamos a tener un hijo —logró pronunciar él.

—Sí...

Asintió con la cabeza como reforzando la afirmación.

—Hablamos de ello una vez, pero no creí nunca que mi sueño se cumpliera tan pronto.

—Yo tampoco, fui de visita a la ginecóloga para tomar precauciones, pero ya estaba embarazada.

Varek no pudo evitar besarla con profundidad, cuando se separó de ella pegó su frente a la de Mady y abarcó su rostro dulce con sus grandes manos.

—Cariño, es el mejor regalo que podías darme.

—Sé que te hace mucha ilusión, a mí también, pero...

Varek la silenció posando su dedo índice en los labios de ella.

—Chist... La culminación de nuestro amor crece en tu vientre; no imagino mejor milagro que éste. Estoy tan emocionado que no sé qué decir.

Volvió a besarla y empezó a acariciarla por todas partes, Mady captó de inmediato sus intenciones.

—Varek, antes de... de eso... tenemos que hablar.

—Luego, me haces falta. Por primera vez en mi vida he tenido miedo de que te hicieran daño y no poderlo evitar. Necesito sentirte, cariño, te necesito más que nunca... —pidió con voz seductora mientras acariciaba sus pechos bajo el jersey del pijama.

¿Cómo negarle nada cuando ella se sentía igual? Ya habría tiempo de hablar, por lo que dejó que Varek le quitara las prendas que cubrían su cuerpo de mujer, y él no tardó en desprenderse de las suyas.

Mady abrió los muslos para su hombre y Varek tuvo la sensación de que la primavera aparecía en la habitación. Se colocó encima, apoyó las manos a ambos lados de la cabeza de ella y le entregó ternura en cada beso que depositó en regueros por su cuello. Sus labios descendieron y abrió caminos de pasión a fin de alcanzar las cumbres rosadas de sus pechos. Ella se arqueó con el frenesí de la mujer que quería ser sometida con caricias. Varek entendió el mensaje, chupó los pezones, los pellizcó, los lamió..., y ella se aferró a las sábanas y gimió de felicidad.

Varek dejó de atormentar sus pechos, necesitaba sentirla, y guio su miembro a la entrada de su sexo. Mady levantó ligeramente la pelvis incitándolo a que la penetrara.

—Tú también me necesitas tanto como yo —ronroneó él.

—Sí, te necesito...

Varek dejó que sólo entrara un par de centímetros, y enseguida su interior de terciopelo se amoldó a la erección. Sus gemidos deshicieron el silencio, la urgencia de enterrarse en ella era grande, pero se tomó su tiempo, por lo que se contuvo unos segundos. Después entró, salió, entró, salió..., centímetro a centímetro, su carne dura desaparecía una y otra vez entre miel y oscuridad. Quiso ser delicado; sin embargo, sus instintos masculinos y su ansia por sentirla muy adentro ganaron la batalla y empezó a embestirla con salvaje urgencia. Ella no se quejó y le hundió las uñas en la espalda como si lo azuzara a que se lo diera todo.

Y así lo hizo él: colocó las piernas de Mady sobre sus hombros y la penetró con profundidad una, otra vez, y otra vez más. A cada embestida, Varek ofrecía su amor, que su pareja acogía en su interior entre jadeos. Sus respiraciones eran profundas, estaban extasiados y fuera de sí, consumidos por la necesidad de fusionarse. Bailaron al son del deseo, se entregaron a un amor con aroma a dulce sexo.

Con un movimiento salvaje llegó la última embestida, los músculos de ambos se tensaron y gritaron de pasión mientras sus cuerpos ingravidos subían al infinito. Sus carnes se estremecieron de goce. Sus pupilas se abrieron para absorber la energía que les había proporcionado la cópula. Luego, los jadeos se ralentizaron y las horas oscuras que habían pasado quedaron derribadas por nuevos besos y caricias, y por la unión de dos cuerpos que encajaban a la perfección más allá de lo físico.

Varek, agotado, se dejó caer sobre ella, pero cuando se acordó de que estaba embarazada salió de encima. Se puso de lado y la atrajo a su cuerpo, hundió la cara en el cuello femenino y olió su aroma tentador de mujer. Después de unos susurros prometiéndose amor, y también debido a los últimos acontecimientos que los habían dejado cansados física y mentalmente, sucumbieron a la necesidad de reponer fuerzas y no tardaron en quedar sumidos en un revitalizante sueño.

* * *

La bóveda celeste, poco a poco, iba perdiendo su color azul radiante. La oscuridad navegaba con celeridad mientras el sol anaranjado de otoño se escondía tras los picos de las montañas. Alguna estrella se atrevía a salir anunciando que la noche sería fría y tranquila.

Javier echó un vistazo al montón de leña, hacía tanto tiempo que estaba allí que se había quedado seca en exceso y quemaba como si fuera papel. Aun así, estaba seguro que tendrían suficiente para toda la noche.

—Creo que ha llegado el momento de las confesiones —dijo Javier.

Mimí, que hasta ese momento había tenido la mirada perdida en las llamas del fuego, alzó el rostro y observó a Javier. Las sombras de la noche otorgaban profundidad a las facciones varoniles, le daban un aire temerario y sexual que calentaba el interior de la mujer de una manera poderosa y peligrosa. Le gustaba ese hombre, le gustaba cómo se la follaba, le gustaba la hombría que exudaba todo su cuerpo, y si no fuera por las circunstancias, se tiraría encima de él en busca de una cópula salvaje. Lo necesitaba de una manera que no lograba comprender, lo amaba y era como si buscara en sus feroces encuentros sexuales confirmar su amor sin saber si era aquélla la manera. Nunca había estado enamorada y no sabía cómo sobrellevar sus sentimientos ni cómo expresarlos.

La mujer sacudió la cabeza expulsando tales pensamientos. Suspiró hastiada, pues el momento había llegado.

—¿Qué quieres saber? —preguntó ésta.

—Todo.

—Está bien, pero yo también quiero saber por qué me has arrastrado hasta aquí.

—Si lo que me cuentas me satisface, te lo diré.

Mimí se acercó al fuego. En sus ojos azules las llamas danzaban divertidas, como si hubieran encontrado su hogar. Javier no pudo evitar que su hombría

reaccionara y se revolucionó. El interior de Mimí era una masa incandescente de sexualidad que jamás había visto en ninguna otra fémmina con la que hubiera estado y que contrastaba con su rostro de líneas inocentes y adolescentes. Mimí era el tipo de mujer que no encajaba en el típico grupo de chicas corrientes. Nada en ella era normal: su manera de vestir infantil, esa ansiedad sexual violenta, su cuerpo espectacular de grandes pechos... Ciertamente, ella era el prototipo de mujer de la que él debería huir si no quería que lo llevara a la perdición. Pero su corazón no deseaba escaparse, se sentía atrapado porque la amaba.

—Pertenezco a Base Tarántula, que trabaja para el mejor postor —relató ella—. En realidad Base Tarántula no existe, yo no existo, nadie sabe de nosotros. Soy como una actriz que cambia de papel según la misión.

Javier se tomó unos segundos antes de hablar.

—A ver que lo entienda, sois unos mercenarios de élite.

—Sí, y muy buenos, tenemos un porcentaje de éxito del cien por cien en las misiones.

El fuego chisporroteó envolviendo el silencio. Javier la miraba esperando a que continuara, y al ver que no lo hacía, dijo:

—¿Sólo eso me vas a contar? ¿Te crees que soy idiota?

—Ya sé que no eres idiota —le increpó—, pero parece no entender que cuanto menos sepas, más seguro estarás. Si mis superiores se enteran de que sabes de su existencia, te eliminarán sin más.

—Te aseguro que eso es lo que menos me preocupa. Quiero la verdad, necesito tomar decisiones que nos implican a los dos.

—¿A los dos?

—Sí, a los dos. De modo que ya puedes ir contándome todo.

—¿Qué más quieres saber?

—Has dicho que trabajáis para el mejor postor, ¿quién os ha contratado?

—El FBI.

—Deduzco que te casaste con mi padre para espiarlo y conseguir pruebas.

—Sí.

—Pero él te odia, y sospecho que ha sido siempre de este modo, no entiendo cómo se casó contigo, ¿con qué lo chantajeaste?

La mujer apretó los labios, había llegado el momento, así que habló.

—Tu padre necesitaba una mujer tonta y superficial para acallar cotilleos, yo representé un papel para que se fijara en mí. Él me ofreció una especie de trato: que me casara con él y a cambio me proporcionaría una vida lujosa.

La cosa se estaba poniendo muy interesante, Javier se moría por saber más.

—¿Qué cotilleos necesitaba acallar?

—Nunca me he acostado con tu padre, le dan asco las mujeres; a él le gustan los muchachos imberbes, se acuesta con ellos y después los mata para que no hablen.

Javier no podía creerse lo que le estaba contando; todo su ser se estaba rebelando contra su padre. A Mimí le dolía ver cómo le afectaba la verdad, sabía que no era fácil, de modo que continuó: si quería saber la verdad, la tendría.

—Alguien de su entorno lo descubrió por casualidad practicando sexo con un muchachito. Guardó el secreto, pero terminó por chantajearlo y Juan no dudó en matarlo. Sin embargo, ese hombre se lo había explicado a sus conocidos y empezaron a circular rumores. Entiende que un hombre como tu padre, con la autoestima por las nubes, jamás permitiría que se perjudique su reputación de hombre mujeriego, déspota y duro, que muchos idolatran. El mundo en el cual se mueve Juan es tremendamente machista y homófobo, todos en su círculo quieren ser como él, y un hombre al que no le gustan las mujeres es un hazmerreír.

—Pero se casó con mi madre.

—Porque necesitaba herederos y se obligó a acostarse con ella, ya sabes cómo acabó tu madre...

—¿Así que lo sabes? —le interrumpió. Su tono era duro, pues Mimí parecía saberlo todo de su familia, incluso tenía conocimiento de cosas que él

desconocía por completo.

—Sí, lo sé. Tu padre la convirtió en una prostituta adicta a las drogas, y cuando se hartó mandó a tu hermano a que la mata...

—¡Calla, no quiero oírlo!

Siempre había sabido la verdad de su madre, aunque su padre y su hermano nunca se lo explicaran. No obstante, que ella le certificara lo que siempre había sospechado le dolía en el corazón.

—¡Me has pedido la verdad y yo te la estoy dando!

Javier estaba tenso y la fulminó con la mirada. Sabía que ella no tenía la culpa de la muerte de su madre ni de que su padre fuera un desgraciado, pero aun así, necesitaba descargar su ira. El hombre se acercó a ella, la agarró de los hombros y la obligó a levantarse.

—Entonces siempre habéis sabido que mi madre fue asesinada y no hicisteis justicia. Al igual que nunca detuvisteis a mi padre cuando asesinó a esos muchachos con los que se acostaba.

—Nuestro comando no está para eso; esas muertes son daños colaterales.

Javier la miró perplejo.

—¿Salvar vidas no es importante para vosotros? ¿Acaso en vez de corazón tenéis un bloque de hielo en el pecho?

—Nuestro objetivo es destruir su imperio de droga y corrupción. Si lo hubiéramos detenido por asesinar, nada hubiera cambiado y desde la cárcel habría continuado con el negocio.

—Por eso te casaste con él, para conseguir información.

—En parte, sí, pero al mismo tiempo trazamos un plan, convertimos al Cuerdas en un traidor a ojos de tu padre para ponerlo de nuestra parte. Era su mano derecha, él más que nadie nos hubiera facilitado información muy valiosa.

—¿Así que fuiste tú la que me salvaste del Cuerdas en el puerto? ¿Tú lo degollaste?

—¡Sí!

—¿Por qué me salvaste? Yo hubiera sido otro daño colateral.

Ella guardó silencio; no pretendía decirle la verdad, pues hacerlo significaba desnudar sus sentimientos y no quería que la hiriera. Un hombre tan excepcional como él no se enamoraba de mujeres como ella. Nunca la amaría, sólo era un polvo salvaje, nada más, y cuanto antes lo aceptara, mejor.

—¡Contesta! —insistió él.

Se miraron fijamente. Javier contuvo el aliento a la espera de la respuesta. La mujer sentía la tensión del momento revolverle las entrañas; de ningún modo le diría la verdad, así que soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—Tuve que decidir entre el Cuerdas y tú, tu padre te ha convertido en su heredero, eras la mejor opción para la misión.

Javier dejó salir el aire que sus pulmones retenían sin darse cuenta y escondió su decepción, pues esperaba otra explicación y se sintió estúpido.

—Con el tiempo, me hubieras chantajeado con contarle a mi padre nuestra relación si no te daba información sobre sus negocios.

—Sí —dijo en apenas un susurro.

—De modo que yo soy parte del plan, y deduzco que tu seducción también fue parte del plan.

Todos sus músculos se tensaron, aun así, se obligó a relajarse. Le dolía, le dolía demasiado, más de lo que nunca hubiera creído posible. Pero sobre todo le dolía por todas las veces que se habían unido sexualmente, porque eso significaba que lo hacía por trabajo y que su atracción por él era ficticia.

Mimí percibió el sufrimiento del hombre y estuvo a punto de sincerarse, pero le daba un miedo atroz que descubriera la naturaleza de sus sentimientos. Ellos nunca podrían estar juntos, era mejor que se sintiera utilizado y la odiara, pues todo sería más fácil para ambos.

—Creo que yo he cumplido con mi palabra —comentó ella—, ahora te toca a ti.

Javier tenía deseos de marcharse de allí, dar la espalda a todo y empezar de nuevo con otra identidad, tal como había hecho en el pasado. Sin embargo,

si lo hacía, temía que su padre descargara su ira con la gente que a él le importaba. Se acordó de Mady, Cam, Manuel y Mercè y no quería ponerlos en peligro. Descartó la idea y se centró en Mimí y en la verdad que le explicaría.

—Mi padre estaba harto de ti y me ordenó matarte.

—¡Vaya! Sabía que tarde o temprano llegaría el día, pero esperaba que lo hiciera dentro de un par de años hasta encontrar otra estúpida que me sustituyera.

—A lo mejor ha descubierto que no eres quien dices ser.

—Te aseguro que si sospechara algo no te hubiera mandado matarme. Me hubiera llevado a uno de sus antros de tortura para sonsacarme información.

—Tienes razón. De todos modos, no puedes regresar a Miami, si sabe que no he cumplido mi palabra de darte muerte, nos matará a los dos de la manera más dolorosa posible. Si algo no soporta el gran Juan Hernández es la traición.

—¿Es por eso por lo que me has traído aquí? ¿Para que me oculte?

—Es un lugar seguro, yo he pasado temporadas por aquí y no hay nadie, salvo osos y lobos a los que debes evitar, sobre todo a los osos, que se están preparando para hibernar y se ponen nerviosos buscando comida.

—No me quedaré aquí, Javi, tengo una misión que cumplir. Tú puedes regresar a Miami y decirle a tu padre que me has matado. Por mí no te preocupes, sé pasar desapercibida.

—No te marcharás de aquí.

—Tendrás que matarme, porque pienso largarme mañana mismo.

Fue entonces cuando él tuvo una idea.

—¿Y si hacemos un trato?

Ella arqueó las cejas.

—No me comprometo a nada hasta escucharte, espero que valga la pena.

—Quiero destruir a mi padre, ayudémonos y acabemos con él.

—Estás loco, es un trabajo peligroso, además mis superiores nos matarían si supieran que te he contado lo de la misión.

—Bueno, no hace falta que en Base Tarántula sepan nada. De hecho, no están al tanto de la intención de Juan de matarte. Sugiero que sigas con la misión, haciendo ver a tus superiores que estás en Miami, yo a cambio te pasaré información de los negocios —la contempló con rabia—. Piensa en las ventajas: no necesitarás actuar como una puta con el fin de chantajearme.

Vio cómo ella se tensaba, sus ojos azules brillaban de culpabilidad y él se sintió satisfecho por herirla.

—¡Es muy peligroso! —exclamó ella. Decía la verdad, su comando era de temer, nadie escapaba a ellos.

—Entonces, ¿qué sugieres? —puntualizó en un tono elevado—. Supongo que tus deseos de perderme de vista son tan grandes como los míos, pero estamos atrapados tanto de un lado como del otro. Te guste o no, nos necesitamos en esto.

A la mujer le importaba que no la quisiera ver más, aunque si lo pensaba fríamente era lo mejor. Por otro lado, llegó a la conclusión de que tenía razón: estaban atrapados y se necesitaban.

—De acuerdo, mañana por la mañana tú vas a ver a tu padre y le dices que me has matado, y yo iré a ver a mi superior. Por tu culpa debe estar preguntándose dónde me he metido, tendré que buscar una excusa muy buena.

—Entonces durmamos, mañana nos levantaremos temprano.

Javier alimentó el fuego con más leña, después preparó el saco de dormir que había traído y ahuecó la mochila a base de puñetazos, ya que la usaría de almohada. La verdad era que necesitaba descargar adrenalina como fuera. Notaba su sangre espesa y barboteaba como si hirviera por dentro. Cuando se tumbó, buscó a Mimí, se había apoyado en la pared rocosa y se abrazaba como si tuviera frío. No quiso darle importancia, pero se apiadó a pesar de estar enfadado con ella.

—Esta noche hará frío, tendríamos que compartir el calor corporal.

Mimí dejó a un lado sus reticencias y asintió, pues en su oficio había que ser práctico si se quería salir adelante. Se tumbó a su lado, quedó de espaldas

a él y se pegó lo suficiente para que los cuerpos se calentaran mutuamente.

Sin embargo, ninguno de los dos calculó la peligrosidad de estar tan juntos, el trasero de ella quedó encajado en la pelvis del hombre y la distancia entre ellos no era suficiente para disimular la erección. Ella notó la dureza pegarse en el culo y su respiración se agitó, abrió los ojos y se concentró en las llamas del fuego en un intento por entretenerse, pero su esfuerzo no daba resultado. Además, la hombría de él cada vez la sentía más dura y grande y eso le hizo perder la cabeza. Deslizó su mano por detrás y acarició el pene por encima de los vaqueros. En un primer momento pensó que Javier la detendría; no obstante, hizo todo lo contrario, ya que se desabrochó la cremallera de los pantalones para que tuviera mejor acceso.

Ella aceptó la invitación y se dio la vuelta, introdujo su mano en el slip, atrapó aquella dura carne y empezó a masturbarlo. Javier gimió y meditó que sólo se permitiría un minuto de placer, pues deseaba sentir su deliciosa mano; después la apartaría. Pero Mimí, una mujer acostumbrada a todo, reptó hacia abajo y se introdujo el miembro en la boca mientras seguía masturbándolo. A pesar de que el sexo de Javier era grande lo abarcó por completo. A ella le gustaba tenerlo en sus manos, gozarlo en su boca de manera ebria porque no se conformaba con un solo sorbo. Mimí se emborrachó de Javier; sus labios apretaron la hombría mientras sus uñas se clavaban en los testículos causándole un dolor placentero, y él soltó un gemido.

Fue entonces cuando Javier sintió los dientes de Mimí hundirse en su carne trémula. Un siseo doloroso se alargó más allá de las montañas, pero no se quejó porque le gustaba. La testosterona viajó rápido por su cuerpo y la necesidad de follársela como un salvaje afloraron en su ser de una manera peligrosa. Estaba a un paso de perder el control, pero, por suerte, un golpe de aire frío le devolvió una pizca de cordura.

—¡Basta! —gritó, levantándose y apartándose de ella. Se abrochó los pantalones con rapidez; tenía su miembro tan duro que no le cabía y tuvo que

forzar la cremallera, cosa que le provocó dolor, y apretó los dientes—. Esta noche no necesito una puta.

Mimí estaba de rodillas, sus cabellos despeinados caían a ambos lados de las mejillas y sus labios estaban húmedos y rojos debido a la fuerte felación que le había practicado. Lo miraba con ojos de lascivia; sus parpadeos de lujuria lo impactaron y lo desarmaron, se sintió como el guerrero que pierde la batalla de su vida. La sensualidad de esa mujer lo dejaba sin aliento y la odió, la odió por hacer que la deseara con una urgencia peligrosa.

—¡Desgraciado, tú has empezado! —se defendió ella levantándose.

Se acercó a él decidida a enfrentarse, deseaba a ese hombre en aquel instante y le dolía no tenerlo entre sus piernas.

—¡Cierto, yo lo he empezado y yo lo he terminado!

Se dio la vuelta para marcharse, necesitaba alejarse de ella antes de cometer una locura. Sin embargo, la frustración de ambos había calentado unas mentes y unos cuerpos ya al límite. A esas alturas Mimí había perdido la paciencia porque la privaba de algo que necesitaba, por lo que corrió a él y le aporreó la espalda con todas sus fuerzas.

—¡Hijo de puta, tú me deseas tanto como yo! ¡Acaba con lo que has empezado!

Javier se dio la vuelta y la mujer le dio un puñetazo, la cara masculina se ladeó a un lado. El hombre no lo pensó, la miró lanzando llamas negras por sus pupilas abiertas y la abofeteó. Ella no se amilanó y le devolvió la bofetada, pero lo que más impactó a Javier fue la manera lujuriosa con que lo miraba, como si tal golpe encendiera aún más sus entrañas. Esa parte salvaje de ella, que había salido a flote, atrajo a Javier de una manera feroz y, sin pensarlo, la tiró al suelo y la besó sin ningún romanticismo. Ella reaccionó de la misma manera salvaje y se mordieron las lenguas, pronto sintieron el sabor metálico de la sangre.

Javier le quitó los *leggings* rosa fucsia con violencia, le arrancó las bragas y se desabrochó la cremallera de sus vaqueros. Inmediatamente le separó los

muslos y se ubicó entre ellos. Ella estaba colérica y lo empujó para sacárselo de encima.

—¡Déjame, cabronazo! —gritó hecha una furia, aporreando con sus puños el torso de él.

Javier la agarró de las muñecas y se las sujetó por encima de la cabeza. La tenía a su merced, eso motivó al animal que habitaba en él y, sin más, la penetró con la sed y el hambre que convertía al lobo en un despiadado asesino. No hubo marcha atrás y su conciencia se extravió en una lujuria enfermiza.

—¿Es esto lo que quieres? —gritó como un poseso embistiéndola con agresividad—. ¿Es esto lo que quieres que termine? ¿Es así cómo te gusta?

Mimí se debatía como una fiera; intentó morderlo, pero le gustaba la brutalidad que sentía entre sus piernas. Era demasiado adictivo, demasiado poderoso como para negarse, por muy enfadada que estuviera con él.

—¡Sí!

Las fricciones de su clítoris por la carne erecta la estaban volviendo loca, le gustaba el Javier bárbaro, ese que no temía romperla. Alzó sus caderas para que la embistiera hasta el fondo, él gruñó como un animal desbocado y se clavó en ella una y otra vez. Javier había perdido el control de su deseo y la penetró a más velocidad. Tenía los testículos tensos y, cuando las caderas chocaban con violencia, sentía latigazos entre placenteros y dolorosos que lo acercaban al orgasmo.

A Mimí le costaba respirar por la ferocidad que él mostraba y supo que se había descontrolado. Casi tenía los ojos fuera de las órbitas y las venas de su sien y cuello eran surcos muy marcados que ella, incluso en la penumbra, veía latir de impaciencia.

La mujer se notó el clítoris en carne viva, estaba hinchado y la espiral del orgasmo subía desde su bajo vientre. Ninguno de los dos podía detenerse, sus cuerpos pertenecían a una lujuria violenta y se sentían atrapados en una oscuridad peligrosa que los llevaba a la destrucción. Aun así, nada los hubiera

detenido en aquel momento, porque lo necesitaban. Entonces, ambos inspiraron al mismo tiempo y de sus bocas salieron gritos desgarradores que rompieron el silencio de la noche mientras el orgasmo los vaciaba por dentro.

Cuando Javier se dio cuenta de la manera tan feroz en la que había reaccionado, salió de ella y le soltó las muñecas. Entre jadeos logró decir:

—Maldita seas, Mimí, por hacer que te desee de esta manera tan cruel.

—No me eches la culpa, no tener límites te excita tanto como a mí.

Él se levantó y se abrochó los pantalones. Desde la altura la miró y, mientras recuperaba la respiración, observó cómo a la chica la brutal cópula la había dejado dolorida; sólo hacía falta ver cómo toda ella se contraía en un intento de aliviarse. La mujer no podía levantarse debido a su cuerpo magullado, lo volvió a intentar una segunda vez y tampoco dio resultado, sus músculos se resentían. Javier se sintió culpable y le alargó la mano para ayudarla, pero ella la rechazó dándole un manotazo.

—Tú misma —soltó con desprecio el hombre.

Se acercó al saco de dormir y lo agarró de mala manera para después tirárselo a Mimí, que lo atrapó al vuelo.

—Métete en el saco de una puta vez y mantente toda la noche callada.

—Tú no me das órdenes.

Javier no estaba de humor para aguantarla, y menos después de lo que había pasado, pues su conciencia le avisaba que se estaba convirtiendo en un animal lascivo, y su control, en ese momento, pendía de un hilo maltrecho. El hombre acortó la distancia que los separaba y la agarró con fuerza de los hombros, la alzó y se cernió sobre ella. Ésta echó la cabeza hacia atrás, dado que él era mucho más alto que ella. Pegó su cara varonil, ofuscada como nunca, a la femenina, y al ver que le sonreía de manera burlona su enfado creció hasta cotas peligrosas.

—Mala decisión, deberías aprender a temerme —rugió cabreado entre dientes.

El hombre la arrastró con él hasta su mochila y sacó la cinta adhesiva.

Mimí quiso defenderse, pero de poco le sirvió, ya que Javier había recuperado todas las fuerzas y ella tenía el cuerpo dolorido. En un abrir y cerrar de ojos, la amarró de pies y manos y la metió en el saco. Se revolvió como una lagartija atrapada y lo insultó, incluso le escupió, y a Javier no le quedó más remedio que taparle la boca con otro buen trozo de cinta. Seguidamente echó más troncos al fuego y se ubicó cerca de la lumbre asegurándose de tenerla a la vista. Se tumbó en el suelo y no le importó que estuviera frío, su cuerpo estaba tan caliente que lo agradecía. Miró hacia la mujer, sus bellos ojos azules lo seguían insultando en silencio.

—¡Por fin hay calma! —exclamó él en un tono sarcástico.

Ella se agitó, pareció gritar bajo la cinta y eso arrancó carcajadas al hombre.

—¡Repítelo, que no te he entendido! —se burló.

Mimí se conformó con insultarlo hacia adentro y lo dejó estar, de nada servía malgastar fuerzas en una batalla perdida. Como pudo, giró sobre sí misma y quedó de espaldas a él; no quería contemplar su expresión victoriosa, ya que la sacaba de quicio. Aunque la postura no era cómoda se dispuso a dormir como pudiera. Javier hizo lo mismo; por suerte el sueño lo alcanzó pronto, pues no quería dar vueltas a su comportamiento sexual tan brutal de hacía un momento. Sabía de cierto que las conclusiones que sacaría no le gustarían nada de nada.

Capítulo 5

El sol entraba por la ventana del dormitorio de Varek y Mady como si fueran puntas que se clavan en los ojos. El sopor se mantenía adherido a las pieles calientes de los amantes, por lo que tardaron un buen rato en poder abrir los párpados por completo y despertar en medio de bostezos. Se desperezaron todo lo que su estado adormecido les permitió.

—¿Qué hora es? —preguntó Mady, que no lograba enfocar la mirada en el reloj por la modorra que aún tenía.

Varek levantó la cabeza, sólo lo justo para ver el reloj digital posado en la mesita de al lado. Se restregó los ojos, pues no podía creerse la hora que era.

—Si mi vista no me falla, son casi las ocho de la mañana.

Fue todo lo que necesitó Mady para sacarse el sueño de encima y se sentó en el acto. No concebía que hubieran pasado parte de la tarde de ayer y toda la noche durmiendo sin despertarse ni una sola vez.

—¡Pues sí que hemos dormido! —farfulló ella levantándose.

Se puso la bata y fue al baño, regresó al dormitorio y empezó a preparar la ropa para darse una ducha fría, la necesitaba para terminar de espabilarse.

—Supongo que Cam y Daniel no quisieron despertarnos —comentó él—, ayer no comimos en todo el día y tengo tanta hambre que me comería un buen plato de huevos revueltos con bacon.

Mady casi podía percibir el olor de los huevos y el bacon y le vinieron unas náuseas debido al embarazo, así que tuvo que sentarse en la cama.

—No hables de comida, por favor —pidió ella tapándose la boca.

Varek entendió y se sentó a su lado. La abrazó atrayéndola a su cuerpo.

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes, se me pasará rápido.

Y así fue, su mente dejó de ver huevos y bacon y su nariz sustituyó el olor a comida por el aroma a mar profundo que desprendía el cuerpo de Varek. Acarició su torso desnudo; el vello que cubría de manera seductora parte del pecho y del abdomen le hizo cosquillas en los dedos. El hombre notó la caricia entrarle en las entrañas, una electricidad agradable lo sacudió de arriba abajo y su hombría no tardó en reaccionar. Como estaba desnudo, Mady vio cómo su miembro crecía.

—¿Necesitas ayuda en la ducha? —preguntó traviesamente él, y le mordisqueó el cuello.

—¡No! —exclamó entre risas levantándose rápido de la cama. Cuando estaba a punto de entrar en el baño, se dio la vuelta, lo miró y añadió—: Varek, después de ducharme, tú y yo tenemos que hablar.

Su voz sonaba triste. Varek asintió, pues era consciente de que tenían que conversar sobre Rebeca y su embarazo. Con pesar, se puso los pantalones y mientras esperaba a que ella terminara, preparó su ropa para ducharse después. Como tenía intención de visitar a un agente inmobiliario a fin de que le buscara un lugar donde trasladar su bufete Farrow & Baker Lawyers, cogió unos slips, unos vaqueros *slim* ajustados, una camisa celeste de corte *custom fit* y una americana gris claro de tejido elástico. También tenía que hablar con Daniel, pues que los hubieran dejado libres y sin cargos no quería decir que estuvieran salvados, ya que Rebeca debía de estar detrás de todo este sinsentido y volvería a atacar de nuevo. Su obsesión era separarlo de Mady, pero la muy estúpida no entendía que, aunque no estuvieran juntos, él jamás regresaría con ella.

Mady salió del baño y dejó que Varek también se duchara, pues lo necesitaba. Entre tanto, ella se vistió con un mono pantalón blanco de manga corta. Se estaba peinando su melena pelirroja con un peine sentada en la silla del tocador, cuando Varek salió con los slips puestos; en un momento se puso los pantalones y la camisa.

Ella lo observaba a través del espejo, se levantó, se dio la vuelta y lo miró. Sus ojos se buscaron. Varek se detuvo a unos metros de ella y hundió los hombros, pues no deseaba tener aquella conversación. No porque no quisiera asumir sus responsabilidades, sino porque no quería hacerle daño hablando de un tema que sabía que le producía dolor. Sólo hacía falta contemplar sus labios tensos y sus ojos grises acuosos para que su corazón se desangrara por dentro. El Varek de antes jamás hubiera dado explicaciones y se habría escudado en su orgullo de hombre dominante, pero el amor de Mady había suavizado todo lo incorrecto que había en su interior.

Él acortó la distancia que los separaba, besó sus labios con afecto y consideración, a pequeños sorbos, tal como se saboreaba un buen vino.

—Varek, por favor... —dijo ella, en un tono suplicante, consciente de que el tiempo pasaba y debían conversar.

—Lo sé, cariño. —Se sentó en el taburete del tocador y la instó a que se acomodara sobre sus muslos—. Hablaremos, no es que no quiera, es porque no quiero lastimarte.

Mady apoyó la cabeza en el hombro de él.

—El bebé de Rebeca tiene tanto derecho a tener a su padre como que el que yo llevo en mi vientre —declaró ella llevándose la mano a la zona mencionada.

Varek le acarició el muslo con cariño y la admiró. Mady nunca lo decepcionaba, ella era todo bondad, no albergaba odio o venganza en su corazón. Cualquiera otra mujer estaría intentando separarlo de Rebeca y del hijo que esperaba por temor a perderlo. Pero ella no, ella deseaba que no dejara a un lado su otro supuesto vástago. Y apostaría su cuello sin dudarlo que Mady amaría el retoño de Rebeca sin importarle que su madre fuera un monstruo.

—Si el hijo que va a tener Rebeca es mío por supuesto que no crecerá sin padre, lo reconoceré y me tendrá a su lado. Pero no voy a renunciar a ti,

quiero estar contigo; ya hace tiempo que mi corazón te escogió y las artimañas de esa mujer no me van a hacer cambiar de parecer.

—¿Acaso piensas que no pueda ser tuyo? —Tomó aire a fin de que no le temblara la voz—. Te acostaste con ella, debe ser tuyo.

—Ése es el problema: no sé con seguridad si me acosté con ella... —A pesar de que Mady sabía la historia, no quería entrar en detalles del día que se despertó en la cama junto a Rebeca, prefería olvidar esa mañana. Se odiaba por no haberse dado cuenta de sus planes maquiavélicos—. Rebeca es muy manipuladora, no me fio y así se lo he hice saber ayer. Quiero pruebas de ADN que demuestren que es mío.

Mady se incorporó y lo miró a los ojos.

—¿Así que ya has hablado con ella del tema?

—Sí, estaba esperándome fuera cuando me dejaron en libertad y me ha exigido que me case con ella. —El hombre notó cómo Mady se tensaba y se apresuró a dar más detalles del asunto—. Pero jamás me casaré con Rebeca, le he dicho que asumiría mi responsabilidad como padre si la prueba de paternidad dice que es mío en cuanto el bebé nazca.

—Buf, no le habrá gustado.

Varek se acordó de lo que le había contado su amigo Daniel cuando Rebeca reconoció a Mady en la comisaría y se mostró agresiva. Tarde o temprano se enteraría de que esperaba un hijo suyo, entonces las puertas del infierno se abrirían para ayudar a Rebeca en su obsesión por derrotar a la que consideraba su rival. Mady estaba en peligro y él no permitiría que la lastimara, por lo que había que adelantarse a los acontecimientos, y en un segundo tomó una decisión.

—No, no le ha gustado, y temo su reacción cuando se entere de que esperas un hijo mío. Es por eso que irás con un ejército de guardaespaldas a todos lados a partir de hoy. Esa mujer es maldad pura, no me fio de ella.

—Pero...

Varek la silenció con un beso, después dijo:

—No hay peros que valgan. Estás embarazada, son dos vidas que protegeré a cualquier precio. En esto no tienes ni voz ni voto.

Ella meditó, y tenía razón.

—Está bien, no me opondré.

—Además tengo la sospecha de que detrás del asesinato de Roger Harmond ella está implicada de una manera u otra.

Mady pensó en lo que le acababa de decir. Se acordó de Rebeca y del odio enfermizo que había visto en sus ojos, muy parecido a la ira maligna que había percibido en Juan Hernández cuando la tuvo secuestrada en la Hacienda Hernández. Un escalofrío le recorrió las entrañas; sabía que Varek no estaba equivocado con sus deducciones.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la mujer cuando pensó en el futuro incierto que se avecinaba.

—Casarnos.

—¿Casarnos?

Varek acarició el bajo vientre de Mady.

—Sí, cariño, casarnos.

—No quiero que te cases porque esté embarazada.

—Me duele que pienses así. Te quiero, ¿acaso no es motivo suficiente? Ya hace tiempo que deseo casarme contigo, hablamos de ello en una ocasión y de mis ganas de formar una familia junto a ti, el embarazo sólo lo adelanta.

Mady trató de no desesperarse, eran el tipo de conversaciones que no acababan bien, porque no era la primera vez que hablaban del tema. No quería ser una mantenida sin oficio ni beneficio, y él parecía no querer entenderlo.

—Hay otras cosas, Varek. Quiero tener este hijo, pero también quiero ser independiente y valerme por mí misma.

—Lo sé, cariño, pero no creo que sea un drama que yo pague todos los gastos hasta que tú puedas valerte por ti sola con tu negocio de muebles reciclados o en otro negocio. No entiendo por qué esto supone un problema, dinero es lo que me sobra.

Mady se estaba enfadando, lo que más odiaba era depender económicamente de otra persona. Desde que había dejado de ser la rica heredera de las azucareras BrowSugar Wilson había aprendido, a marchas forzadas, la importancia de valerse por sí misma para no caer en el abismo, como le sucedió cuando su padre lo perdió todo y se suicidó.

—Veo que no lo entiendes —comentó la chica.

No se molestó en ocultar su enojo, se levantó y caminó erguida hacia la puerta. Quiso salir de la habitación, pues no deseaba pelear, pero Varek se lo impidió.

—Ehhh, no quiero que te enfades, cariño —se apresuró a decir él deteniendo su huida, le dio la vuelta y la abrazó—. Te entiendo más de lo que crees. Todo saldrá bien.

En un principio, ella se mantuvo tensa; no obstante, él logró que se relajara en sus brazos. Varek llegó a la conclusión de que debía acelerar la compra de las azucareras que habían pertenecido a la familia de ella durante varias generaciones. Sólo así Mady ganaría dinero con su esfuerzo y se sentiría parte de algo; no dependería de él económicamente, algo que a ella la hacía sentir mal. Como le había dicho, lo entendía demasiado bien, comprendía que haber pasado de ser una mujer rica a estar arruinada de un día para otro sin tener culpa de nada, habían hecho mella en ella. Necesitaba la seguridad de que, si su vida se torcía de nuevo, no acabaría en la calle mendigando un trozo de pan.

—Cariño —murmuró Varek—. Si no quieres casarte todavía lo dejaremos para cuando estés preparada.

—Gracias.

Varek suspiró.

—¿Vamos a desayunar?

Ella le dio un beso en la mejilla antes de contestar.

—Sí.

* * *

Era casi hora de almorzar. Rebeca estaba en su despacho, había mantenido las persianas cerradas porque necesitaba la oscuridad para recomponerse. Jamás en la vida se había sentido tan frustrada, siempre conseguía lo que quería, pero Varek se le resistía. No había podido dormir en toda la noche en busca de una estrategia que le permitiera separar a Varek de Mady. Bien sabía que necesitaba de un nuevo plan, uno que fuera el definitivo, pues el tiempo se le acababa. Llevaba en sus entrañas un embrión que odiaba y quería sacárselo de encima cuanto antes mejor, pero para eso debía casarse con Varek y simular un aborto.

Un inoportuno toqueo en la puerta la sacó de sus pensamientos, conocía esos golpes secos y continuos, casi imperceptibles.

—Pasa, Harry.

Éste abrió la puerta y entró tragando saliva, pues no estaba muy convencido; le daba la impresión de que se metía en la cueva de una bruja para convertirlo en sapo. Conocía a Rebeca desde hacía muchos años y ella pasaba por sus peores momentos. Jamás la había visto tan agresiva; estaba sacando una parte de su personalidad más acorde con un sociópata peligroso.

—Abre las persianas —ordenó ella con hastío.

Rebeca siempre ordenaba, nunca acompañaba sus peticiones con un «por favor», su superioridad la manifestaba en todas sus acciones. El secretario obedeció como siempre, sin embargo, la relación entre ambos, en el pasado muy fluida y cordial, se estaba agriando debido a la obsesión de la dama por un hombre que jamás la amaría, y la joven Holden era incapaz de aceptarlo. No entendía que el amor no se imponía, no se compraba, pues nacía cuando menos se esperaba y florecía entre besos y caricias.

Una vez las persianas estuvieron abiertas, Rebeca se tapó los ojos con los antebrazos a fin de acostumbrar sus pupilas a la luz. Miró el reloj y se sorprendió que fuera casi la una del mediodía; no había sido consciente de las

horas que había pasado sentada frente al escritorio; llevaba ahí desde las nueve de la mañana. Saber las horas que habían transcurrido sin que se le ocurriera ninguna forma de separar a Varek de Mady la llenó aún de más veneno.

—Siento importunarte —dijo Harry—, pero llevas mucho rato encerrada y pensé que a lo mejor te encontrabas mal.

—Necesitaba estar sola. ¿Qué quieres?

—Esta tarde tienes una entrevista en un programa con mucha audiencia y me preguntaba si te acordabas, debemos preparar la entrevista.

—¡Anúlala! —gritó—. No quiero hablar con nadie, no estoy de humor.

Harry observó los puños cerrados de la mujer, que estaban sobre el reposabrazos del sillón. Sus nudillos estaban blancos, al igual que su rostro angelical. Sabía que lo más inteligente era salir de allí para que se lamiera las heridas en soledad; a pesar de todo, había decidido luchar por su hijo. Le había dado muchas vueltas y había decidido ser claro con ella, y empezaría por exigirle que continuara con el embarazo, aunque la tuviera que chantajear con contarle todo. A esas alturas ya había recopilado bastante material comprometedor, de modo que se armó de valor.

—No creo que sea buena idea anular la entrevista —aclaró él.

Rebeca se levantó con sus ojos inyectados en sangre, agarró la grapadora que había encima del escritorio y se la tiró. Harry no pudo esquivarla y la pieza impactó de lleno en la cabeza, cerca de la oreja; un grito de dolor salió de la boca del secretario. No hizo falta que se llevara los dedos al lugar que le escocía para saber que había un boquete por el cual le salía un reguero de sangre. Se sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se presionó la herida.

—Así aprenderás a acatar mis órdenes —dijo la joven Holden alzando la barbilla con soberbia.

El secretario ignoró su comentario. Estaba allí por un solo motivo: su hijo.

—¿Qué vas a hacer ahora que tu plan ha fracasado?

Intentó que su tono fuera neutro, sin embargo, sus palabras sonaron algo

cáusticas y ella se dio cuenta.

—Y a ti parece haberte gustado mi fracaso.

—No es eso, Rebeca.

—Dime, Harry, ¿qué pasa contigo? Hace días que te noto raro, pareces más mi enemigo que mi amigo.

—¿Alguna vez me has visto como amigo? —preguntó guardándose el pañuelo en el bolsillo, pues sentía que la herida había dejado de sangrar.

Rebeca sonrió con sarna; era tan evidente su repulsa que su rostro angelical parecía haberse esfumado para ser sustituido por el del diablo. Harry tuvo la respuesta, de modo que cambió de tema antes de que le lanzara otro objeto a la cabeza.

—Creo que, dadas las circunstancias, sería mejor que siguieras con tu embarazo —soltó él.

Rebeca echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse sin pudor alguno. De golpe, guardó silencio y sus ojos, dos cuchillos afilados, lo contemplaron. El fino vello de la nuca del secretario se erizó.

—¡Nunca! Esta cosa no nacerá jamás —escupió ella con firme convicción.

De todas las respuestas que podría haber dicho, ésa fue la peor, porque nombrar a su hijo como una «cosa», con aquella indiferencia tan típica y poco humana de la familia Holden, le dolió profundamente. Se acordó de porqué estaba allí y no dudó en defender lo que más amaba.

—No te atrevas a abortar, porque si lo haces lo contaré todo, y cuando digo todo es todo, nadie te libraré de ser juzgada y repudiada por tu familia y la sociedad. Los Holden no pueden permitirse el escándalo público que supone un aborto y haber planeado un asesinato.

Rebeca se agarró al borde del escritorio. Se sentía mareada e impactada; entrecerró los ojos, pues era incapaz de creerse que Harry la estuviera amenazando. Siempre había sido su persona de confianza, quien acataba todas las órdenes sin rechistar, y era nuevo para ella que la estuviera increpando. El demonio que habitaba en su interior tomó las riendas.

—Fingiré que no te he oído, Harry.

—Estoy hablando en serio, me reafirmo en lo dicho. Yo caeré, pero tú caerás conmigo.

—¡No te atreverás!

El secretario alzó la barbilla. Todos los desprecios e insultos eran una bola enorme que apretaba dolorosamente el interior de su cuerpo alto y delgado. No se iba a mover un ápice, quería que su hijo naciera y estaba dispuesto a defender su vida.

—Tú ponme a prueba y lo comprobarás por ti misma.

Rebeca volteó el escritorio, el taconeó en el suelo daba fe de lo agitada que estaba. El hombre quiso defenderse con palabras, pero sus pensamientos se desvanecieron debido a esos ojos que lo acribillaban con crueldad y que lo estaban sentenciando a muerte. Sin meditar en las consecuencias, la mujer empujó a Harry y lo tiró al suelo, se puso a horcajadas sobre su vientre y empezó a estrangularlo.

—¡Traidor! ¡No lo voy a permitir!

Harry contemplaba los ojos desorbitados e inyectados en sangre de su agresora; estaba seguro de que quería matarlo, por lo que agarró las muñecas de la mujer y tiró de ellas en un intento por liberarse. Pero la rabia de Rebeca le proporcionaba una fuerza que en condiciones normales nunca se darían, y por más que el enjuto hombre intentó que aflojara su agarre, no lo consiguió. Apenas le quedaba aire en los pulmones y aprovechó esos pocos segundos para sacar fuerzas de flaqueza y defenderse con palabras.

—Si... si... si muero... llegará un *pendrive* a un... un... periodista —dijo en un susurro agónico.

Rebeca respiraba con agitación, estaba como en trance y las palabras del hombre se asentaron en su mente. Si lo que decía él era cierto, estaba atrapada y no podía cometer un paso en falso sin analizar la situación. Dejó de apretar el cuello de su secretario y se levantó. El hombre se incorporó y se quedó sentado en el suelo con un ataque de tos. Su pecho subía y bajaba deprisa en

un intento por recuperar la respiración. Se llevó las manos al cuello, notaba esa zona caliente y supo que los dedos de aquella bruja los tendría tatuados durante días.

—No sé cómo te atreves a morder la mano que te da de comer —reprochó ella, cruzándose de brazos—. Esto te va a salir caro.

Había pronunciado cada palabra con una calculada violencia a fin de atemorizarlo; aun así, a esas alturas, al secretario sólo le quedaba la opción de luchar. Contempló a la mujer, que alzó el rostro en una actitud desafiante. Detrás de ella estaba la ventana y el sol entraba a raudales. Su figura contorneada le atribuía un aire místico de diosa, pero era la engañosa imagen de una mujer podrida por dentro que no tenía nada de divino. En realidad, ella era una sombra sin vida, porque la vida nacía del amor y no del odio.

—No te atrevas a hacerle algo a nuestro hijo o a mí, o será a ti a quien le va a costar caro.

—¡Cállate! ¡No es mi hijo, lo odio!

—Tendrías que escucharte...

Se levantó; estaba mareado por lo que se tambaleó ligeramente. Se sentía nervioso, además se notaba el rostro y la calva sudada y sacó de nuevo el pañuelo del bolsillo, esta vez para limpiarse la pegadiza transpiración.

—Fíjate, sudas como un puerco, das asco —apuntó llena de furia.

—Eso no te importó cuando me pediste que te follara para quedarte embarazada a sabiendas de que soy homosexual. Tú no quieres ese hijo, pero yo sí lo quiero, él no tiene la culpa de tener un monstruo como madre.

Ella alzó la mano para abofetearlo.

—¡Ni se te ocurra! —gritó él; la aludida detuvo la mano en el aire impresionada por haberle gritado con una furia que nunca le había mostrado—. No te voy a permitir que me maltrates nunca más.

Rebeca le escupió en la cara y él ni se inmutó.

—Estás despedido, márchate de esta casa, ¡no quiero verte en mi vida!

—No hasta que nazca el bebé y me lo entregues. Después me perderás de

vista para siempre, mientras tanto me convertiré en tu sombra.

Harry no se quedaría ni un minuto más en el despacho junto a ella,apestaba a maldad y necesitaba recomponerse. Aún no entendía de dónde había sacado el valor para enfrentarse a Rebeca. Cerró la puerta de un portazo, se apoyó en ella y empezó a llorar de lo nervioso que estaba. A partir de ese momento debería andar con pies de plomo, pues no le había dicho toda la verdad. Tenía un *pendrive* a punto; sin embargo, no sabía a quién entregárselo para que lo guardara y lo sacara a la luz si le sucedía algo.

Con tristeza, reconocía que no tenía amigos; siempre se había dedicado en cuerpo y alma a servir a Rebeca y eso le había creado más enemigos que amigos. Por otro lado, cabía la posibilidad de que ella contratara a alguien para que le sonsacara la información. Con pesar, reconoció que no era fuerte y que si ella recurría a alguien con habilidades para torturarlo lo contaría todo. Dios... se había metido en la boca del lobo, pero por su hijo bien valía la pena. No quiso pensar en ello y enfiló hacia su habitación; necesitaba soledad para recomponerse.

Mientras tanto, al otro lado de la puerta, Rebeca insultaba al secretario en silencio, no podía dejar que la chantajeara. Debía idear un plan para hacerse con el *pendrive* y, al mismo tiempo, que le permitiera matarlo lenta y dolorosamente. Era lo que se merecía por haberla desafiado.

—Nadie osa meterse con una Holden sin que salga muerto en el intento. Juro que me las vas a pagar, Harry.

* * *

Era bien entrada la tarde cuando Javier llegó a Miami. Había dejado a Mimí por el camino, en el lugar que ella le había indicado. Había confiado en la mujer, pues estaban ambos atrapados y no se atrevería a traicionarlo, ya que, si caía él, caía ella, no había más.

Esa tarde había llovido en la ciudad. Una tormenta había refrescado lo

suficiente el ambiente para no tener frío ni calor; por lo general los otoños solían ser suaves en Miami. No era de extrañar, pues, que muchos aprovecharan para pasear por una ciudad rebotante de actividad. Se dio cuenta de que tenía hambre, sin embargo, decidió no pararse en ningún restaurante, su prioridad en aquellos instantes era hablar con su padre.

Llegó a la mansión bien entrada la tarde. Desde la puerta se olía el puro que Juan se debía de estar fumando. Agradeció que estuviera en casa, pues no quería esperar al día siguiente. Su padre tenía la puerta del despacho abierta, miraba abstraído la punta incandescente del puro que se reflejaba en sus ojos negros. Escuchaba un narcocorrido, la letra hablaba de un sicario que se enamoraba de la chica del jefe de un cártel de Sinaloa, éste los encontró en su cama y se vengó matándolos a los dos disparándoles en el corazón. El gran Juan Hernández tenía una expresión tranquila; incluso sus arrugas y su perigallo se habían suavizado y no lucían el refunfuño de otras veces, tan típico de los Hernández y que Javier había heredado. La crueldad de la canción tranquilizaba un corazón que bombeaba violencia. A pesar de su edad avanzada la similitud física entre padre e hijo era más que evidente, eso siempre había ofuscado a Javier, pues no quería parecerse a su padre en ningún sentido.

—Hola, hijo —dijo Juan, se levantó y se acercó a él—, hace rato que te espero.

—¿Me esperabas? —preguntó el hijo, frunció el entrecejo.

El tono de voz intensa y grave de padre e hijo eran muy similares y llenaba la estancia haciéndola parecer diminuta.

—Sí, me han avisado.

Javier desconfió.

—¿Acaso me vigilas?

Su padre dejó el puro en el cenicero, silenció el narcocorrido, se levantó y se acercó a él.

—Hijo, recuerda que estás a prueba, no puedo despistarme.

Javier se tensó, su padre siempre estaba listo para la batalla y era difícil, por no decir imposible, cogerlo desprevenido. Aun así, había tomado precauciones y estaba seguro de que cuando secuestró a Mimí y se fue a la montaña, no lo seguía nadie; apostararía su cuello. Empezó a sudar y su corazón incrementó el ritmo, pues su padre era listo, demasiado, y tal vez intuía algo. Si era así se lo sonsacaría de una manera u otra, aunque tuviera que recurrir a la violencia contra él. A lo mejor había subestimado sus capacidades, nunca se hubiera tenido que creer más inteligente. Javier se preparó por si tenía que salir corriendo.

—Tranquilízate —aseguró Juan—, sólo que por casualidad te han visto en ese todoterreno nuevo que te has comprado y me han avisado.

Javier hubiera expulsado un gran suspiro de alivio si no hubiera estado su padre delante.

—Supongo que vienes a darme la noticia que tanto he esperado —expresó el anciano.

—Sí. Mimí está muerta y bajo tierra.

A diferencia de él, su padre sí que lanzó un gran suspiro de alivio.

—Tenía ganas de deshacerme de ella. Has cumplido con tu palabra, hijo. —Le palmeó el hombro—. Ya eres todo un Hernández. Presiento que haremos grandes cosas juntos.

Javier rabiaba por dentro, su corazón burbujeaba una furia difícil de contener. No recordaba haber odiado a nadie tanto en la vida como a su propio padre, y lo peor de todo era que no sentía remordimientos. Se lo había ganado a pulso, y su conciencia no le recriminaría entregarlo a la justicia, pues estaba haciendo lo correcto.

—Dentro de unos días —habló Javier— o cuando lo consideres necesario, tendrías que hacer una denuncia por la desaparición de Mimí. La policía no la encontrará nunca, pero debes fingir que te preocupa para no levantar sospechas.

—Sí, tenía pensado hacerlo; de hecho, ya tengo a otra candidata para

casarme en cuanto pase un prudencial tiempo.

—¿Otra rubia tonta?

Javier sabía que no era prudente provocarlo, ya que podría recelar de él. Se esforzó en mostrar una falsa sonrisa, como si le resultara gracioso su propio comentario. Aunque, en realidad, bajo sus labios engañosamente curvados se escondía una animadversión profunda hacia su progenitor. No sólo era un desgraciado traficante asesino, sino que disfrutaba con muchachos imberbes que luego asesinaba sin compasión. No descansaría hasta que pagara todo el sufrimiento causado a gente inocente.

—Y dime, ¿cómo la mataste? —quiso saber Juan. Estaba ansioso por saber los detalles.

A Javier le impactó la pregunta, en el tono de su padre se encontraba el regocijo morboso del asesino que disfrutaba matando y se maldijo a sí mismo. Con su padre estaba experimentando las diferentes fases de las que se compone el odio, y temía llegar al grado de odio enfermizo que lo consumiera por dentro. Si eso ocurriera se acabaría destruyendo, y debía evitarlo a toda costa.

—Intenté que sufriera, pero aún tengo que aprender mucho de ti.

Las comisuras del anciano se alzaron formando una espléndida expresión de satisfacción. Javier se dio por satisfecho, pues no estaba en condiciones de inventarse un relato de sangre y tortura y, encima, simular que le gustaba. Miró a su padre con ojos analíticos: por muy lujosa que fuera su vestimenta, sólo era un ser ridículo con aires de grandeza. De hecho, era esclavo de su ego, y ese ego sería el que acabaría por destruirlo.

—Yo te enseñaré, hijo. Ahora Mimi es agua pasada, hablemos de negocios. La demanda de cocaína en Miami ha crecido y tengo que abrir una nueva ruta, la policía descubrió unos túneles que nos servían para llevar la droga desde México a Estados Unidos.

—El Cuerdas llevaba las rutas marítimas, ¿qué ha pasado con ellas?

—El Cuerdas era muy listo y sólo él las sabía, el muy cabrón se llevó el

secreto a la tumba. Desgraciado traidor...

—Si acaso empieza por ahí, investiga a los amigos del Cuerdas, quizá ellos sepan alguna ruta. ¿No has pensado en abrir de nuevas? Podemos investigar y trazar otras, mejores incluso que las del Cuerdas.

Una sonrisa tímida se esbozó en los labios del padre.

—Bien, veo que piensas con inteligencia, te dejaré ese trabajo a ti. Me gusta tu iniciativa, hijo, vas a ser mi orgullo.

Javier asintió. Lo hizo porque no le quedaba alternativa si quería engañar a su padre. Su plan consistiría en alargar el proyecto con alguna excusa, pues de ninguna manera planeaba colaborar con él. No quería ser el culpable de que la gente se drogara, su conciencia no lo soportaría.

Hablaron un rato más, pero esta vez dejaron a un lado los negocios y se dedicaron a saborear un buen tequila. Javier se quedó sólo lo justo para cumplir con su cupo de hijo perfecto, pues no quería pasar con él ni un minuto más del necesario.

Capítulo 6

El brillo oscuro que traía la noche hizo su aparición. El viento arrastraba la tormenta, y los truenos se dilataban en el ambiente debido al eco. Presagiaban traición, una traición que se pegaba a la piel de Mimí y provocaba que su corazón latiera con una intensidad dolorosa dentro de sus costillas. Lo más seguro hubiera sido desaparecer y no dejar pistas para que su comando no diera con ella ni con Javier. Pero si lo hacía no podría descubrir qué se traía su jefe con Carlos.

Mimí llegó a una fábrica al noreste de Florida, una infraestructura que servía de apoyo a la gran base ubicada en las entrañas del desierto del Gran Cañón de Arizona a la que llamaban Base Tarántula. El nombre por sí solo evocaba tenebrosidad, sigilo, traición, muerte, dolor... Unas certeras definiciones que casaban a la perfección con el espíritu de su comando. Base Tarántula disponía de otras pequeñas sedes por todo el país y por el mundo como si fueran embajadas, como en la que estaba en aquellos momentos.

A simple vista, el lugar estaba abandonado y daba cierto repelús más típico de una película de terror. Un descolorido letrero amarillo, que anunciaba que el edificio de dos plantas se vendía, era lo único que otorgaba algo de color a una construcción gris y lúgubre, circundada por un suelo de cemento agrietado, por donde se escapaba la vida en forma de hierbajos. Lo curioso era que antes no lo percibía de aquella manera, y la evidencia de que estaba cambiando por dentro, desde que había conocido a Javier, crecía cada día; al igual que su necesidad de borrar su pasado y reescribir un nuevo futuro.

Para esa ocasión se había vestido con un top blanco tan delgado que sus pezones color canela eran dos sombras redondas estampadas en la prenda.

Había optado por unos tejanos elásticos que se ceñían a sus curvas seductoras; su trasero tenía un aspecto muy tentador y excitaría a sus colegas nada más pusieran los ojos en sus glúteos redondeados. Toda ella rezumaba sexo, sexo del bueno, del que hacía arder a un hombre al instante. Necesitaba recurrir a su arma más segura para sonsacarles a sus compañeros información sobre Carlos, pues tenía un mal presentimiento. Sólo esperaba que el jefe no estuviera, la conocía demasiado bien, ya que llevaban años trabajando juntos y adivinaría sus intenciones.

En cambio, a los demás sabía que sus grandes tetas los atraerían. De hecho, se lo habían dicho muchas veces cuando habían practicado sexo, que habían sido muchas, demasiadas; reconocía que ella no se hacía de rogar. Unos polvos que no quería recordar, porque no podía evitar comparar todo aquello con lo que tenía con Javier. Con él la vida era destrucción lujuriosa, que la excitaba más allá de lo que nunca hubiera creído, hasta el punto de no querer fornicar con nadie más, sólo con él. Sin embargo, esa necesidad estaba dejando paso a otra más devastadora, si cabe, y más profunda que parecía ahogarla. Empezaba a necesitarlo de otras maneras y eso la asustaba, pues nunca había sido mujer de un solo hombre.

Mimí entró en el edificio, dispuesta a sonsacarles información a sus colegas. Estaba segura de que una mente consumida por la lujuria dejaba de pensar y se convertía en un títere fácil de manipular. Como su vestimenta tan ajustada no le permitía esconder su arma, había decidido llevar su bolso de mano especial, su asa era una llave de pugilato que la ayudaría en el caso de que tuviera que defenderse. Subió a la segunda planta y caminó por un pasillo sin ventanas, sólo iluminado por unas bombillas que parpadeaban, evidenciando la nefasta instalación eléctrica. Llevaba zapatos de tacón y el eco entre las paredes se hacía molesto. Ella no intentó disimular el ruido, pues era consciente de las cámaras ocultas que habían escondidas y de los sensores de movimiento desplegados por todo el perímetro exterior.

Llegó al final del pasillo, que se unía a otro que había a mano derecha

construido para despistar, pues en sentido contrario había una puerta oculta tras una pared de ladrillos. Ella activó el dispositivo de obertura apretando un tocho en particular y la puerta se deslizó, pero había otra de acero. No tardó en abrirse cuando la cámara de reconocimiento detectó que era ella, los clics sonoros de las cerraduras le indicaron que podía entrar sin problema.

El interior era igual de tétrico que el exterior, con la única diferencia de que allí la corriente eléctrica era de buena calidad debido a instalaciones secundarias ocultas. Las bombillas iluminaban correctamente y había una larga mesa con ordenadores abiertos. Frente a dos de ellos se hallaban dos de sus compañeros, ambos casados. Pero eso nunca les había supuesto un problema para que practicasen sexo con ella.

Cuando la vieron la miraron de arriba abajo, sus pupilas abiertas daban fe de lo mucho que les gustaba lo que contemplaban. Mimí supo que lo tendría fácil, hasta sintió lástima de esos dos desgraciados. Se acercó a sus víctimas desparramando sensualidad a cada paso. Ellos, uno joven con el pelo rapado y el otro más mayor, la seguían con la mirada, atentos al movimiento de sus pechos, que se sacudían a cada paso. Dejó su bolso de mano cerca, por si tenía que utilizarlo, y se sentó encima de la mesa, entre los dos; éstos estaban sentados en unas sillas con ruedas y con sus piernas giraron en dirección a ella para mirarla cara a cara o, mejor dicho, para devorarla de pies a cabeza.

—¿Y el jefe? —preguntó la chica, pues debía asegurarse de que no estuviera para llevar a cabo su argucia.

—No está, se fue sin dar explicaciones, ya sabes cómo es... —informó el más joven.

Mimí sonrió para sus adentros.

—Por cierto... —empezó a decir el más mayor, que lucía ya unas canas en las patillas—, el jefe está que trina, no te localizaba, que sepas que no está muy contento con tu actitud. Últimamente estás haciendo lo que te da la gana y ya sabes que no perdona insubordinaciones de ninguna clase. Estás avisada.

Bien lo sabía ella, desde que mató al Cuerdas, por iniciativa propia,

saltándose la cadena mando, se había convertido en una paria dentro del equipo. No le comentaban nada sobre las nuevas misiones y la habían excluido de las reuniones, incluso de las que no eran importantes. Y que Javier se la hubiera llevado lejos no había hecho otra cosa que añadir recelos a su superior, al que le debería dar una explicación convincente, acompañada de alguna información jugosa sobre los negocios de Juan, que Javier le filtraría. De este modo cejaría la presión sobre ella y la dejarían tranquila durante un tiempo.

Pero eso sería otro día, ahora tenía en mente sonsacar a esos dos bobos información sobre Carlos. Mimi acarició los músculos de los brazos masculinos con una ligereza sensual que arrancó respiraciones profundas a sus colegas.

—¿Me habéis echado de menos, pillines?

Los hombres sonrieron casi al mismo tiempo, bien sabían que aquel juego los llevaría a una sesión de sexo sin limitaciones. Casi babeaban de la emoción.

—Ya sabes que sí... —dijo el individuo más joven, sobando sus pechos descaradamente.

—Oye, qué buena idea que ha tenido el jefe con lo de Carlos... —dijo la chica como quien no quiere la cosa.

El individuo de las patillas con canas la agarró de la cintura y la sentó en su regazo, levantó el top y le pellizó los pezones, ella notó su erección clavarse en su trasero. Otras veces esa dureza la hubiera llevado a gemir con desesperación, sin embargo, sintió lo contrario: un asco profundo subió desde su estómago a su garganta. Se obligó a tragarse aquel nudo; por nada del mundo podían sospechar.

—¿Entonces lo sabes? —dijo el sujeto de la cabeza rapada mientras se levantaba de su silla, se arrodillaba ante ella y se metía unos de los pezones en la boca.

Ella quiso gritar de dolor, el mordisco había sido fuerte. No lo culpaba,

pues él sabía que le gustaba la agresividad, pero no la de ellos, sino la de Javier. Una lágrima salió de su mirada y, con disimulo, se la enjuagó con la mano.

—¡Claro que lo sé! —dijo la mujer—. El jefe me lo ha dicho.

Fue en ese momento cuando el varón más joven se sentó en la mesa y se sacó su pene, el mayor la hizo levantar y le quitó los tejanos y el tanga, se abrió la bragueta, sacó su miembro inhiesto y la sentó a horcajadas, pero no de cara, sino de espaldas, para que pudiera practicar una felación al compañero que tenía delante.

—Eso de matar a Javier para sustituirlo por Carlos va a ser una jugada maestra... —dijo el tipo de las patillas blancas mientras introducía los dedos en la vagina de ella.

Mimí quiso morir allí mismo. Todo su cuerpo se tensó al saber las intenciones de su jefe, a duras penas podía lamer la polla que tenía en la boca, tuvo que obligarse para que no recelaran. Sin embargo, lo peor fue cuando el otro la penetró de una embestida y ella gritó de dolor, ellos creyeron que era de placer y unos gemidos agónicos salieron de las bocas masculinas.

—Dios... nos encanta follar contigo —dijo el colega más joven mientras agarraba la nuca de la mujer y la apretaba con violencia hacia abajo para que entrara su miembro hasta la garganta—. Chupa duro, ahhhh, es como me gusta, mi mujer nunca me la chupa así.

Ella se vio obligada a acoplar por completo el miembro erecto en el interior de su boca. En realidad, quería que todo aquello acabara de una vez, pero no sabía cómo detenerlo sin levantar recelos y lloraba por dentro por no dar con una solución.

Una alarma sonó de pronto en la estancia. Los tres se pusieron de pie en el acto y por los monitores vieron al jefe, que entraba en el edificio.

—¡Mierda! —gritó el más mayor.

Se abrochó la bragueta, al igual que su compañero. Mimí no tardó ni diez segundos en ponerse el tanga y los jeans. Se peinó la melena rubia con los

dedos y se limpió la boca con el dorso de la mano en un intento de borrar toda lujuria.

Su jefe entró en la sala y cuando vio a Mimí, se detuvo y alzó una ceja. Su jefe vestía con un traje a la moda, además tenía un rostro agradable, pero ella sabía que bajo aquella apariencia había frialdad y cinismo, dos características que lo habían llevado al éxito en sus misiones. No tenía empatía por nada, sólo le importaba su trabajo y ganar dinero con ello. Sus miradas se cruzaron, Mimí supo que la estudiaba, analizando su lenguaje corporal por lo que se esforzó en mantener una expresión neutra y su cuerpo relajado.

—Hola, Mimí, supongo que te han informado de que te buscaba.

—Hola, jefe, sí, me lo han dicho, ¿podemos hablar a solas?

El aludido miró a los dos hombres que tecleaban tranquilos frente al ordenador.

—Claro, espero que me des una explicación de tu breve desaparición. Pero antes tengo que hacer una llamada, entra en mi despacho dentro de cinco minutos.

Ella asintió con la cabeza y lo vio desaparecer por la puerta de su despacho. No supo el motivo, pero Mimí tuvo un mal presentimiento, notaba los pelillos de su nuca erizarse. Había visto algo en la mirada de su jefe que no le había gustado; tal vez fuera una señal que le advertía que saliera de allí corriendo, aun así, no le hizo caso. No obstante, tal ansiedad creció en sus entrañas y caracoleaba en su interior revolviéndole las tripas y provocándole dolor. Definitivamente algo no iba bien: debía marcharse de allí. Tragó saliva y lanzó una mirada impaciente a la puerta de salida.

—Chicos, me tengo que ir —anunció cogiendo su bolso.

No había dado ni dos pasos que el más joven dijo:

—No puedes irte, el jefe quiere hablar contigo.

Ella se volteó lo justo para mirarlos.

—Acabo de recordar una cosa importante.

—Sabes muy bien que si no obedeces tendrás problemas.

Fue terminar la frase y Mimí contempló atónita cómo a sus dos colegas les disparaban en la cabeza; cayeron de sus asientos como fardos que se lanzan al vacío. El sonido de la detonación se extendió por las cuatro paredes y la dejó momentáneamente sorda. Giró el rostro y vio a su jefe empuñando el arma, sus labios estaban curvados en una sonrisa cruel y visceral, y su mirada lucía un brillo de triunfo. Era evidente que no tenía remordimientos.

—¿Por qué los has matado? Eran buenos en...

Se detuvo cuando comprendió que su jefe debía haber instalado cámaras ocultas para vigilar a su personal y la había visto utilizando sus recursos sexuales a fin de sonsacarles información. Había cometido un error terrible en su afán por saber de Carlos. Se había metido en un buen lío, bien sabía que la traición en su comando se pagaba con la muerte.

Sus miradas se cruzaron. Su jefe la apuntó con el arma, Mimí supo que no saldría viva de allí y él dedujo lo que pensaba.

—Me alegro de que entiendas por qué debo matarte —afirmó el tipo.

—Así que vais a cambiar a Carlos por Javier.

—Sí, hemos reconvertido la mente de Carlos, trabajará para nosotros.

—Claro, entiendo, Javier te estorba y yo también, ya no soy de fiar.

—No, no eres de fiar, cometiste un error matando al Cuerdas. No soy tonto, querida, tú sientes algo por Javier, a mí no me engañas.

—Entonces esto es un adiós.

—Para ti, no para mí, yo seguiré vivo, pero quiero que sepas que guardaré buenos recuerdos de los dos.

Mimí sabía a qué se refería. Con su jefe también había mantenido relaciones sexuales. Sintió asco de sí misma y si bien no le daba miedo morir, pensar en la posibilidad de que mataran a Javier, la única persona que le había importado en la vida, la hicieron reaccionar.

—Déjame marchar —pidió ella en un tono severo, sabiendo que se negaría.

En realidad era parte del juego, el juego al que había jugado siempre, pues el peligro y vivir al límite formaban parte de ella. Su jefe lo sabía; eso tal vez

le daría una pequeña posibilidad de salir viva de aquel embrollo. Debía intentarlo.

—No puedo dejarte marchar, sabes demasiado —resaltó el sujeto.

—No interferiré.

Mimí no decía la verdad, ya que una vez saliera de allí pondría a salvo a Javier; y su jefe lo sabía por la manera en que empezó a carcajearse. El individuo se acercó a ella y pasó el cañón del arma por sus pezones.

—Pero te dejaré vivir diez minutos más si me satisfaces como las otras veces.

La pistola descendió por el torso y el vientre de la mujer y se detuvo en su sexo. Apretó el cañón en la zona e imitó los movimientos del acto sexual.

—Siempre me pones a cien, Mimí. Nunca he conocido una mujer tan fogosa como tú. Te echaré de menos.

Mimí no quería que ese bastardo la tocara nunca más y, sin pensar en las consecuencias, realizó un movimiento de piernas, atrapó la mano que empuñaba la pistola entre sus muslos e impidió que se moviera, por lo que aprovechó para golpearlo en la cabeza con su peculiar bolso. Fueron movimientos rápidos y ágiles estudiados en sus duros entrenamientos durante años. El instinto de supervivencia hizo el resto y Mimí consiguió arrebatarse el arma y le disparó en la cabeza. Todo ello no duró más de cinco segundos, su top blanco y parte de su cara quedaron salpicados de sangre. Sin embargo, no se impresionó, puesto que había matado con anterioridad en muchas misiones de formas todavía más brutales. De todas maneras, no entendía cómo su jefe se había dejado sorprender con tanta facilidad, aunque, si lo pensaba fríamente, buena culpa de su propia reacción la había tenido Javier. Sólo de pensar que estaban preparando su asesinato había sacado lo mejor de ella.

Miró a su alrededor: la muerte había atrapado esos tres cuerpos. Era tan punzante el silencio, que oía el silbido de su respiración agitada y el pulso de su corazón en sus sienes. A pesar de conocerlos y de saber de su naturaleza malvada, derramó lágrimas. No los juzgaría porque ella en el pasado había

sido igual y matar se había convertido en un acto demasiado normal donde la compasión no tenía cabida. Pero había cambiado, tanto que aún no lograba acostumbrarse, y esas lágrimas quemaban en sus ojos.

Mimí no se entretendría a manipular el escenario, ya que no tenía tiempo. Además, estaba tan alterada que temía dejar alguna pista. Para cuando el comando de Base Tarántula encontrara los cadáveres, todo debería haber desaparecido, era lo mejor. No podían saber que estaba implicada, pues no escatimarían en recursos para darles caza, a ella y a Javier, para matarlos. Decidió utilizar explosivos con el objetivo de crear una bola inmensa de fuego que lo devorara todo, por lo que derramó litros de gasolina por el edificio para ayudar en la quema de pruebas. También puso bombas en lugares estratégicos, quería desatar un infierno. Cuando terminó, salió de allí y se alejó lo suficiente; miró el edificio por última vez, inspiró profundo y apretó el botón de detonación.

La explosión fue grande, la onda expansiva hizo levantar piedras y una nube de polvo. Sabía que no tardarían en llegar los bomberos y la policía, pues el monstruo de fuego que había creado debía verse a kilómetros; eso sin contar el ruido de la explosión que habría alertado a las ciudades de alrededor. Para cuando llegaran no quedaría nada, salvo las cenizas, cenizas de un pasado que odiaba. No pudo evitar admirar las llamas anaranjadas, que se reflejaron en sus pupilas abiertas como queriendo entrar y quemar todo a su paso.

Cuanto más lo pensaba, más segura estaba que en el equipo de submarinistas de la policía había varios infiltrados de Base Tarántula. Sólo de este modo habían podido rescatar del pantano a un Carlos agonizante para revivirlo de entre los muertos con un solo fin: primero para sustituirlo por Javier y, después, destruir al padre. Carlos sería el heredero del imperio Hernández, un plan magistral, había que reconocerlo. Conociendo como conocía a sus superiores de Base Tarántula debían haber sopesado las alternativas y habían decidido apropiarse del negocio del clan Hernández desde la sombra a través de Carlos. Eso les proporcionaría información tan

importante que atraería a muchos gobiernos y contratarían, por desorbitadas cifras de dinero, a Base Tarántula para atrapar a terroristas, capos de la mafia y delincuentes de todo tipo. ¿El fin justificaba los medios? La Mimí de antes sin duda hubiera pensado que sí, incluso hubiera colaborado, pero la Mimí de ahora pensaba en los daños colaterales, o sea en las muertes y en la esclavitud de muchos inocentes. ¿Valía la pena? No. Porque si las columnas de la justicia se alzaban sobre cadáveres de individuos honestos desde luego que no valía la pena.

Mimí se alejó del infierno que ella misma había provocado. Después de lanzar un gran suspiro se fue en busca de Javier. Debía ponerlo a salvo e idear un plan para engañar a los jefes de Base Tarántula a fin de que creyeran que estaban muertos.

* * *

Ben y Ronald estaban sentados en el sofá de la casa del segundo. Su mujer estaba trabajando y a sus dos hijos los había dejado en el colegio de camino a la oficina donde trabajaba como administrativa. Ellos habían acabado de desayunar y se habían puesto con el caso del *paparazzi* Roger Harmond. No podían hacerlo en el despacho, pues su jefe, el sargento James Carter, había ordenado que dejaran estar esa línea de investigación y se limitaran a inculpar a Mady, aunque se tuviera que manipular alguna prueba, algo que los inspectores no harían aunque perdieran su trabajo. De modo que sólo les quedaba actuar a escondidas a fin de buscar una verdad que, de momento, se les resistía. Únicamente tenían su empeño y la necesidad de hacer justicia para que sus intenciones llegaran a buen puerto.

El salón estaba amueblado con sencillez y sin grandes lujos. Había coches y muñecas esparcidos cerca de la mesa auxiliar que había frente al sofá, y en una esquina se encontraba una silla con varias piezas de ropa sin doblar. Esa estampa tan hogareña actuaba de bálsamo para Ben, pues en su casa reinaba el

orden, una manía que había adquirido de jovencito. No obstante, con el paso del tiempo la cosa había cambiado y ahora odiaba la pulcritud de su casa, pues era un recuerdo constante de lo que no tenía. No estaba casado, tampoco tenía hijos y le daba la sensación de haberse perdido algo en la vida. Por suerte, Ronald y su familia llenaban un hueco en su interior. Ellos eran su familia. Sus hijos lo llamaban tío y se sentía orgulloso de pertenecer a algo maravilloso.

La luz de la mañana entraba por un gran ventanal, que había al lado derecho de donde los inspectores estaban sentados, y creaba sombras alargadas. Desde allí se tenía una buena perspectiva del jardín, el viento bufaba a intervalos y alborotaba las plantas.

—El cabello pelirrojo que había en el cadáver del periodista no coincide con el encontrado en el primer escenario, o sea en el apartamento de Shark —dijo Ben sacando un folio de la carpeta con los datos sobre las pruebas.

—Sin embargo, el del apartamento sí que es de Mady, ya que coincide con su ADN. Por otro lado, el cabello del hospital pertenece a una mujer que vive en Noruega. Por suerte, un amigo detective europeo me debía un favor y cuando interrogó a la propietaria, le explicó que había vendido su melena para la fabricación de pelucas.

—¿Pero no te parece sospechoso que el pelo del apartamento no estuviera en la mano de Shark? Según los del laboratorio ese pelo tiene folículo y había señales de haber sido arrancado. Además, sólo había uno y llevamos mucho tiempo en este mundillo para saber que, si la víctima agarra el cabello de su agresor para defenderse, le arranca un buen puñado.

—Pondría la mano en el fuego a que cogieron el cabello de Mady, posiblemente sin que ella fuera consciente, para inculparla —proclamó Ronald categórico y sin vacilación.

—Varek y Mady no han hecho nada; ésta es la única verdad del caso.

Ronald asintió mientras agarraba un puñado de cacahuetes que había en la mesa auxiliar de enfrente, llena de papeles, carpetas y el sombrero panamá de

Ben.

—De hecho, es Mady a la que quieren meter en la cárcel para que le apliquen la pena de muerte —señaló Ronald.

Alargó la mano y le ofreció cacahuetses a su colega, éste negó con la cabeza mientras decía:

—Sólo hace falta pensar a quién beneficia que desaparezca.

—A Rebeca, es un ogro con cara de princesa, ama a Varek.

Se llevó el último fruto seco a la boca.

—Entonces ya tenemos el móvil del asesinato —dijo Ben. La sensación de que iba por buen camino renovó sus esperanzas. Sonrió abiertamente.

—Los celos, los malditos celos.

—¿Por qué no me sorprende?

—Mucho me temo que todo es circunstancial —se inquietó Ronald. Su pose, ya por costumbre rígida, aún se tensó más—. ¿Y qué vamos a hacer? Esa mujer es una Holden, los Holden son intocables, no podemos investigarla, no nos dejarán, antes nos echan de nuestro trabajo. Eso en el mejor de los casos, en el peor nos pueden llegar a matar.

—Jugaremos en su terreno.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, y entrecerró los ojos.

—Filtraremos a la prensa lo del cabello, eso la pondrá nerviosa.

Ronald puso cara de estar pensando e hizo una mueca torcida, al cabo de unos segundos comentó:

—Entiendo, además creará una reacción en cadena y los periodistas empezarán a investigar el caso desde otra perspectiva, Rebeca tendrá más dificultades para controlarlos y se pondrá muy nerviosa. Ella solita se irá delatando.

—Los Holden no lo permitirán, detrás de Rebeca hay un imperio que nos puede aplastar como si fuéramos mosquitos.

Miró a su compañero. Ronald se acariciaba el bigote negro, giró el rostro y sus ojos, unos castaños y los otros oscuros, se cruzaron.

—Ya hemos hablado de ello. No voy a cambiar de opinión —aclaró Ronald, pasándose la mano por su cabello oscuro encrespado—. Tenemos que arriesgarnos, estaremos al tanto por si hay que poner a mi familia a salvo.

Ben asintió. Ya tenían un plan por si las cosas se ponían feas.

—Si no ganamos, lo perderemos todo. ¿Eres consciente? —enfaticó Ben.

—¡Sí, pesado! —soltó cansinamente.

—¿Estás seguro de que quieres seguir en el caso? Porque a partir de ahora ya no hay vuelta atrás.

—¡Sí, joder! Hasta las últimas consecuencias, ¿cómo tengo que decírtelo?

—Bien, pues entonces filtremos la noticia y a ver qué pasa.

—De todos modos, deberíamos hablar con Varek, nos puede ayudar.

Ben sopesó esa posibilidad; era buena idea y había que explotarla. Y más dadas las circunstancias, pues se enfrentarían a gente sin escrúpulos, y Varek se movía por los mismos círculos que la alimaña de Rebeca.

—Quizá tengas razón —comentó Ben—, ese hombre no es lo que parece, me ha sorprendido gratamente.

—Se hubiera sacrificado por la mujer que ama.

—Dicen que era un déspota, de hecho, era la versión masculina de Rebeca.

—Supongo que Mady ha tenido que ver en este cambio, y debemos aprovecharnos para que nos ayude.

—Está bien, lo telefonaré para una reunión informal, tal vez nos dé algún dato de interés que podamos filtrar también, aceleraría todo el proceso.

Ben y Ronald estuvieron un rato más ultimando los detalles hasta que su superior los requirió para investigar otro asesinato. En Miami la policía nunca descansaba.

Capítulo 7

Cam y Daniel estaban en su dormitorio arreglándose para salir. Ella había decidido ir con Mady a visitar a su madre, María, al centro en el que estaba internada desde que tuvo un accidente años atrás. Daniel tenía previsto acompañar a Varek a una cita con el inspector Ben, algo muy extraño, pues el policía había pedido reunirse en un parque apartado y no en la comisaría, como cabría esperar. Tanto él como Varek dedujeron que se trataba de un encuentro clandestino del que Ben no quería que se enteraran sus superiores, pues el asunto a tratar sería el del periodista asesinado. La verdad era que Daniel se moría de ganas por que llegara la hora de la reunión; la curiosidad lo estaba matando y su buen olfato le decía que las cosas cambiarían para Mady y su buen amigo.

La pareja estaba en el vestidor. Cam se había puesto un sencillo vestido floreado de manga corta y Daniel, como siempre, era la perfección personificada. Tanto que cuando se echó un vistazo en el espejo y advirtió que había una pequeña arruga en su camisa gris con pequeñas líneas azules se la cambió por una blanca.

—Eres un exagerado, Daniel —dijo ella mientras le acababa de poner el cuello de la prenda bien—. Apenas se veía la arruga.

—Me gusta lo perfecto, por eso me casé contigo.

Ella sonrió con afecto; su rostro resplandecía.

—Sabes cómo conquistar a una mujer.

—A mi mujer —puntualizó él.

Cam acarició la mejilla de Daniel; le había dado tanto que nunca se lo agradecería lo suficiente. Él le había brindado la oportunidad de vivir, de

sentirse amada y amar en toda la plenitud, sin miedos, sin palizas, sin sangre...

—Daniel, me siento tan bien a tu lado.

Él la abrazó por la cintura y la atrajo a su cuerpo.

—Y yo también, mi bella princesa. Me siento el hombre más feliz del universo.

Ella echó la cabeza atrás y se carcajeó.

—¡Exagerado!

—¿No te acabo de decir que sé cómo conquistar a mi mujer? —Besó su cuello y ella suspiró—. ¿Lo estoy consiguiendo?

La feliz pareja se sostuvo la mirada, la alegría brillaba en aquellas esferas acuosas llenas de todo lo bueno que la vida les ofrecía.

—Daniel, creo que ya estoy preparada... —murmuró en un susurro dulce como el almíbar.

El corazón del hombre intensificó el ritmo, bien sabía lo que ella le estaba diciendo. Desde que se habían casado aún no habían consumado el matrimonio hasta el final. De acuerdo que tenían sus sesiones de sexo, pero sin llegar a culminar. Él estaba cumpliendo su palabra y no la había tocado como le hubiera gustado, pues era consciente de las heridas interiores que le habían provocado haber sido violada por su padre y su marido en el pasado. Pero, poco a poco, Cam se estaba abriendo a él como una flor de loto.

—Es lo que más deseo, mi bella princesa, expresarte con mi cuerpo todo mi amor por ti.

Le acarició la nuca con los pulgares.

—Yo también lo deseo, cariño.

—Pero lo haremos bien. Te seduciré lentamente y nos tomaremos todo el tiempo del mundo. Quiero que nuestra primera vez sea especial.

La mujer ya estaba ansiosa por que llegara el momento. Deseaba a su marido como nunca jamás había deseado a un hombre.

—Si no fuera porque he quedado con Mady... —susurró ella.

Daniel la besó en la mejilla.

—¡Oh, y yo con Varek! Tendremos que esperar, ¡se me va a hacer eterno!

La atrajo con intimidad a su cuerpo para que su esposa apreciara su deseo erecto.

—Daniel... —jadeó.

La notificación de un whatsapp entrante los interrumpió; miró de reojo el reloj de su muñeca y vio que era tarde. Sólo tenía el tiempo justo para llegar a la cita con Ben.

—Debe de ser Varek metiéndome prisa. Me tengo que marchar, casi es la hora.

Su mujercita asintió y bajaron a la planta de abajo. Mady y ella se fueron a visitar a María y Daniel y Varek al punto de encuentro, a las afueras de Miami. Se trataba de un parque bastante alejado de la urbe, por lo que no era muy visitado. Como Varek conducía a mucha velocidad llegaron cinco minutos antes.

—¿No te has parado a pensar que vas a ser papá y que, si conduces como un loco, tal vez no veas a tu hijo nacer? —se quejó Daniel mientras se apeaba del vehículo.

—Lo tengo controlado.

Caminaron hacia las sombras de un grupo de árboles donde había unas mesas con bancos.

—Eso es lo que también dijeron los que hay en el cementerio enterrados por conducir como locos —señaló Daniel.

—A ti te da la sensación de que voy deprisa, porque estás acostumbrado a conducir esas cafeteras antiguas que no van más deprisa que un caracol.

—¡Ehhhh! ¡Algunas de esas cafeteras valen más que tu Bentley!

—Estaba bromeando, estás muy sensible, eh.

Daniel no pudo evitar reírse, le gustaba compartir la vida con Varek, y ahora también con Mady, ambos aportaban a su vida felicidad. Escogieron una mesa y se sentaron en uno de los bancos. Pequeños rayos de sol se filtraban

entre las hojas mecidas por un ligero viento e iluminaban intermitentemente los rostros de los hombres. Parecían chispas de luz jugueteando aquí y allá.

—Sabes, me alegra verte tan dichoso —dijo Daniel.

—Nunca llegué a pensar que se pudiera ser tan feliz, tengo a Mady y me va a dar un hijo.

—No quiero ser aguafiestas, pero...

Sus ojos castaños con forma almendrada le dijeron en silencio lo que no quería decir en palabras: Rebeca le haría la vida imposible, por lo que su felicidad junto a Mady no sería completa.

—Sí, lo sé —dijo Varek intuyendo los pensamientos de su socio—. Rebeca no me dejará en paz, se las ingeniará para romper mi relación con Mady.

—Cierto, y tiene poder para hacerlo.

Varek oteó el horizonte; desde allí no se veía el mar, sin embargo, percibía la brisa bochornosa.

—Bueno, de momento no se ha salido con la suya, volverá a intentarlo, y si el hijo que espera de verdad es mío me hará la vida imposible, lo sé. Tengo que estar preparado para todo.

—No creo que sea tuyo, fíate de mi sexto sentido, ella te puso alguna cosa en la bebida que te dejó K.O. Una vez inconsciente lo tuvo fácil para manipularte. El problema es que no se puede demostrar.

—Sólo quiero ser feliz con Mady, ¿por qué no lo dejará estar?

—Porque su obsesión se ha convertido en un cáncer en su interior.

—Cambiemos de tema. No quiero hablar de ella, me pone de mal humor.

—A todos nos pone de mal humor, no sólo a ti.

—Por cierto, el agente inmobiliario ya tiene a punto la compra del edificio que vimos el otro día para trasladar nuestro bufete de Nueva York a Miami. Mañana irán los decoradores y empezarán con el proyecto para dejarlo a nuestro gusto.

—¡Perfecto! Ya tengo ganas, Cam se pondrá muy contenta.

—También he comprado la casa que te enseñé...

Su amigo le interrumpió.

—¿La has comprado? —dijo sorprendido.

—¿Acaso no te gusta?

—No es eso, es preciosa, una de las mejores mansiones de Miami, pero creo que antes tendrías que consultarlo con Mady.

—Quiero que sea una sorpresa.

—Una sorpresa que puede salirte mal. Será el hogar de ambos y ella debe tener voz y voto; no te comportes como un rematado egoísta.

No pudieron continuar, pues Ben Willis acababa de llegar. Los abogados se levantaron y saludaron al recién llegado con un apretón de manos. Se sentaron, Varek y Daniel en el mismo banco y el inspector frente a los letrados. La mesa se interponía entre ellos.

—Primero de todo quiero agradecerles haber aceptado hablar conmigo, sé que mi petición les ha debido de sonar extraña —aclaró Ben. Se quitó el sombrero panamá y lo dejó encima de la mesa, y después se pasó la mano por el pelo, como peinándose.

—La verdad es que sí —mencionó Varek.

—No quería arriesgarme y no podíamos hablar en comisaría, hay mucho en juego. Supongo que entienden que no pueda ser más explícito.

—Claro —dijo Daniel.

—Lo entendemos —añadió su socio.

Y era verdad, comprendían que Ben no pudiera dar detalles de la investigación.

—Les he pedido que vinieran para que me hablen de Rebeca, extraoficialmente, claro, porque todo lo que me digan no podré ponerlo en el informe.

—¿Y por qué tanto interés por mi antigua prometida?

—Señor Varek, no puedo hablar del asunto, si lo hiciera tendría que informarle de las pruebas que tenemos. Pero quiero que sepa que le creo, a usted y a Mady.

Daniel y Varek se miraron, el inspector hablaba de una manera muy críptica, pero lo comprendieron. A su manera estaba dando a entender que creía en la inocencia de Mady y de Varek y que los descartaba como asesinos.

—¿Cree que ha sido Rebeca quien asesinó al periodista? —preguntó Daniel.

—¿La creen capaz de matar a alguien? —indagó el inspector mirándolos alternativamente.

Varek no dudó en dar su respuesta.

—Sí. ¿Qué quiere saber de Rebeca que pueda ayudarle? Bueno, supongo que la conoció en la comisaría, no se deje engañar por su rostro angelical.

—Me di cuenta, pero yo quiero algo más jugoso, algo íntimo de ustedes que pueda causar conmoción. Tengo un plan, y les conviene que lo lleve a cabo.

—Me pide que le dé información privada. ¿Cómo sé que es usted de fiar?

—Señor Varek, déjeme decirle que yo trabajo para la verdad y creo adivinar que usted también, si no confía en mí, esa verdad se mantendrá oculta. Tendrá que arriesgarse si quiere que les ayude a Mady y a usted. Deme algo que perjudique a Rebeca y por ende a su familia y no a usted.

Varek creyó adivinar las intenciones del inspector. Se quedó pensativo unos minutos; después miró de soslayo a su compañero y éste asintió, él también había deducido el plan. Se quedó más tranquilo, pues se fiaba del sexto sentido de Daniel. Dos mujeres pasaron corriendo delante de ellos, desaparecieron unos metros más allá entre unos arbustos que atravesaron con decisión.

—Está bien —dijo al fin Varek cuando perdió de vista a las corredoras—, le diré algo muy personal: no me casaré ni ahora ni nunca con Rebeca, además dudo que yo sea el padre del hijo que espera, por este motivo solicitaré una prueba de paternidad en cuanto nazca. ¿Le vale?

—Sí, creo que tendré bastante, de momento.

—¿Sabe usted que meterse con los Holden le puede costar su puesto? Le pueden hundir en la miseria —soltó Varek—. Vaya con cuidado.

—Señor Varek, no me subestime, por eso tenemos esta reunión informal, del resto me encargaré yo. No puedo decirle más, sólo que esté pendiente de la prensa y entenderá.

Ben, un inspector entregado a la verdad, intentaba hacer bien su trabajo y su claridad de mente lo ayudaba sobremanera.

Por su parte, Varek empezaba a entender a ese hombre, que si bien era diminuto de cuerpo no así de convicción. Se sintió estúpido por no haber pensado él en la posibilidad de filtrar alguna noticia. Si hasta el momento toda la presión recaía sobre él, cambiaría de bando y pondría nerviosa a Rebeca. Sus planes volverían a fracasar a pesar de sus malas artes; con un poco de suerte cometería un error y la verdad del asesinato de Shark se resolvería a favor de él y Mady.

* * *

Juan había organizado una fiesta en un lujoso restaurante para que su hijo conociera a la gente con la que tendría que tratar. A Javier no le cupo duda alguna de que nunca había visto tanto delincuente junto en su vida: cocineros de droga, contrabandistas, coyotes, chulos con sus prostitutas preferidas, políticos, banqueros, periodistas..., todos ellos con un denominador común: el imperio Hernández. Cualquiera de los presentes se dejaría arrancar un brazo por hacer negocios con Juan Hernández, puesto que su padre era sinónimo de dinero y poder.

Javier aguantó estoicamente las conversaciones de esos despojos humanos, porque sí, porque él nunca consideraría humanos a aquellos buitres. Disimuladamente, hizo fotos con el móvil para que Mimí los identificara. Utilizando su habilidad, se pudo escabullir en cuanto aparecieron bandejas con cocaína para consumir y prostitutas con las que disfrutar de una buena orgía. Todas las fiestas de su padre acababan de la misma manera, de ahí que fueran tan famosas; nadie quería perderse un evento como aquél.

Javier pidió un taxi y se fue a su apartamento asqueado de la vida por darle un padre como Juan. Tenía claro que cuando tuviera hijos les enseñaría a ser buenas personas y a honrar la bondad. Lo primero que le vino a la cabeza no fueron niños correteando a su alrededor, sino que fue Mimí quien acaparó sus pensamientos. Sonrió de manera idiota, dudaba que Mimí tuviera hijos alguna vez por la vida que llevaba, y más dudaba todavía de que lo eligiera como padre de sus hijos. El hombre achacó al alcohol sus desvaríos, la bebida consumida en la maldita fiesta estaba haciendo estragos en su persona.

Otra vez rio tontamente mientras introducía la llave en la cerradura. De pronto, se puso en alerta y todo su cuerpo se tensó; su mente de despejó de golpe. Estaba completamente seguro de haber dados dos vueltas a la llave para cerrar la puerta, sin embargo, sólo había necesitado una para abrirla. Javier nunca llevaba pistola, por lo que se sintió desprotegido. De todos modos, no tenía miedo, pues confiaba en sus puños y en su habilidad como luchador. Entró y cerró en silencio y se sorprendió al encontrar las luces abiertas y a Mimí sentada en un taburete de la barra de desayuno de su pequeña cocina.

—¿Estás loca? ¿Se puede saber qué haces aquí? —dijo enfadado, corriendo las cortinas de una puerta francesa que daba acceso a una pequeña terraza—. ¿Y si alguien te ve?

—He tomado precauciones —dijo ella dando un sorbo a una Coca-Cola que había sacado de la nevera, alzó la lata y añadió—: ¿Acaso no tienes nada más fuerte que esto?

—¿Has registrado mi casa? —se indignó el hombre.

—Sí, primero en busca de micrófonos y cámaras ocultas, y luego buscando algo de alcohol, pero este jodido apartamento parece la cueva de un monje, no hay alcohol ni pelis porno.

Javier se acercó a ella, ésta dejó la lata en la barra y se levantó.

—¿Qué haces aquí? —exigió él—. ¿Acaso no eres consciente de que estamos en peligro los dos? ¡Miami es el último lugar al que tendrías que

haber venido!

Quería decirle de todo, pero cuando miró los ojos de esa diosa rubia, su corazón dio un vuelco, porque veía lágrimas sin derramar. Mimí no era de las que lloraba, algo le sucedía.

—¿Qué te sucede? —preguntó él muy sorprendido, compadeciéndose de la mujer que tenía delante. Todo su enfado se diluyó.

—No me encuentro bien... —susurró con voz rota.

—Mimí...

—¿Puedes fingir que me amas un poquito y hacerme el amor tal como haría un hombre enamorado de una mujer? ¿Harías eso por mí, lo harías, serías capaz? Quiero saber qué me estoy perdiendo...

El mundo se detuvo para Javier, no podía creerse lo que oía. Esa diosa rubia no dejaba nunca de sorprenderlo. ¿Desde cuándo Mimí necesitaba sentirse amada? La mente del hombre burbujeaba, era incapaz de entender su petición y la analizaba en busca de un motivo: ¿Sexo? ¿Placer? ¿Lujuria?... Algo escapaba a su comprensión. De pronto sintió que se ahogaba y respiró hondo cuando comprendió que ella lo necesitaba más allá de la atracción sexual. No podía dejar de mirarla, su rostro no tenía la expresión picarona de otras veces, sino que su semblante parecía el de una niña que se había extraviado por el camino de la vida. ¿Cómo negarse a darle lo que ella le pedía, a pesar de saber que sería su perdición porque la amaba? En el fondo era lo que deseaba: hacerle el amor, porque hacer el amor era lo que no habían hecho hasta el momento.

Con los ojos brillantes de emoción, Javier se acercó a ella, la cogió en brazos y la llevó a su dormitorio. La tumbó en la cama con delicadeza, ella se apoyó por los codos y se incorporó un poco. Observó cómo Javier se despojaba de su ropa, le emocionó su rostro varonil que resplandecía a pesar de la penumbra del ambiente, además la expectación habitaba en sus ojos y se concentraba en un miembro ya erecto. Mimí parpadeó de deseo y se mordió el labio inferior sin darse cuenta.

Javier corrió las cortinas del dormitorio y encendió las lámparas de las mesitas. Se quedó unos instantes de pie, al lado de la cama contemplando a Mimí. Sus miradas se encontraron, ambas resplandecientes, suaves como el terciopelo; no había rastro del brillo primitivo de las anteriores veces.

Después, él se arrodilló a horcajadas sobre la mujer y, sin prisa pero sin pausa, se deshizo de la poca ropa que cubría el cuerpo de ella. Seguidamente se inclinó y se apoyó en ambas manos para quedar suspendido encima de su diosa rubia. Sus caras estaban bastante cerca y se contemplaron unos segundos.

—Eres tan bonita que hechizas —susurró él antes de pegar sus labios a los de Mimí.

Javier no la besaba como siempre solía hacerlo, cuando devorarla era lo que importaba, sino que sus labios se movían sobre los suyos con ternura. Si bien el contacto no era feroz como las anteriores veces, logró despertar en ella unas sensaciones intensas que se expandieron por todo su cuerpo. Cada terminación nerviosa era sacudida de un gozo demasiado increíble que la dejó sin aliento y no quiso que terminara nunca.

El hombre abandonó su boca, se tomó su tiempo y descendió lentamente por su cuello y clavícula, depositando amorosos besos en la piel de la mujer. Javier levantó el rostro y buscó los ojos de su compañera; estaban ebrios de placer, y su deseo por poseerla, tal como ella le había pedido, se hicieron grandes en su interior.

—No pares... —musitó ella.

Sin perder un segundo y empujado por la necesidad de amarla, Javier adoró sus grandes pechos, lamió sus pezones y los mordisqueó con suavidad. Ella se deshacía entre caricia y caricia y se asombró de que le gustara tanto. Su cuerpo empezó a temblar por el placer sereno que le provocaba, que no había experimentado nunca porque jamás creyó que existiera. Aunque pareciera estúpido estaba descubriendo un mundo nuevo de sensaciones, y le gustaba demasiado.

Fue entonces cuando Javier siguió su descenso; ella sentía su aliento tibio por el abdomen, que se contrajo como una ola de mar. Le abrió las piernas y contempló con avidez los pliegues rosados y, con su corazón bombeando amor, empezó a lamer esa parte cremosa. Sus labios ardían saboreando su secreto de mujer, su lengua juguetona recorría aquella línea vertical con el mimo de un amante considerado, lengüetazos de amor que hicieron a la mujer gemir de pasión. Tantas bocas diferentes habían estado entre sus piernas y ninguna, salvo la de Javier, la habían hecho gemir de aquella manera. Sí, cierto, empezaba a comprender que la pasión con amor no era lo mismo que el desenfreno lujurioso, pues lo primero se sentía desde dentro y la llenaba de felicidad; lo segundo se disfrutaba desde fuera para al final dejarle un vacío de frustración.

Entonces, Javier agarró su pene y lo llevó a su sexo abierto. Con el glande acarició la abertura con extrema lentitud, un siseo poderoso escapó de su boca medio abierta. Después empujó y la penetró, y su hombría quedó por completo enterrada en la vagina. Ella gritó de placer, su corazón estaba desbocado; pareciera que todo el sentimiento que estaba poniendo Javier en penetrarla había formado un nido de felicidad en su corazón.

El hombre empezó a moverse con extrema lentitud, sus respiraciones se intensificaron, los susurros se derretían en sus labios entreabiertos y sus cuerpos calientes expresaban lo que de verdad sentían. Javier entraba y salía, su carne erecta abría la de ella, sus pétalos de mujer resbalaban por su pene humedecido y cada fricción se transformaba en gemidos en su garganta.

—Siénteme dentro de ti, cariño, aprecia cada centímetro, te lo doy todo, absolutamente todo, mi amor, mi dulzura, todo yo te pertenezco.

Esta vez no hubo palabrotas ni exigencias lujuriosas, sólo los jadeos melosos de dos corazones unidos en plena armonía. Javier siguió penetrándola, sin prisas, al tiempo que le hacía el amor con la mirada, con las manos, con su boca, con sonrisas que, de vez en cuando, se escapan de sus labios húmedos y que ella le devolvía con la misma ternura que él.

—Quiero ser tuya... tuya para siempre... —gimió ella con lágrimas en los ojos, impactada por las maravillosas sensaciones que experimentaba su cuerpo.

Javier introdujo la mano por debajo de su trasero y le alzó las caderas para penetrarla más profundamente. Entonces incrementó el ritmo, ella acarició los músculos tensos de la espalda de él y rodeó con sus largas piernas sus caderas. Los empujones aumentaron en velocidad y fuerza, sin perder en ningún momento la esencia de sentirse unidos en lo más profundo. Cada embestida era una declaración de amor y ambos se rindieron a ella incluso después de tocar el cielo.

Sólo se oían gemidos entre las cuatro paredes cuando él se desplomó encima de ella. El olor dulce de buen sexo flotaba en el ambiente. Tardaron unos segundos en recuperar el aliento, Javier atrajo a Mimi a su cuerpo y la abrazó con consideración. Por un momento a la mujer se le atascó la respiración al sentirse amada por él; pero pronto volvió a la amarga realidad, cuando recordó que ella le había pedido que la tratara como si la amara de verdad.

Sin decir una palabra se deshizo del abrazo y se sentó en el borde de la cama. Se rodeó de silencios buscando recomponerse; además le estaba dando la espalda adrede porque no quería que viera en su rostro su sufrimiento.

Javier se puso de lado, se apoyó en el codo y sostuvo la cabeza en la palma abierta.

—Estás muy callada, ¿acaso no es lo que esperabas?

Javier percibió como ella respiraba con profundidad.

—¿Es así cómo le hacías el amor a Mady?

Javier se quedó perplejo, se sentó en la cama.

—¿Qué tiene que ver Mady con lo que hemos hecho?

Ella seguía dándole la espalda, tenía la mirada fija en sus pies desnudos, la tristeza se adhería en sus tripas. Y le dolía, le dolía una barbaridad.

—La amabas, eso saltaba a la vista en la Hacienda Hernández.

Era cierto, Mimí había sido testimonio de un amor no correspondido. Por aquel entonces ni le había prestado atención a tal sentimiento, pues sólo le interesaba Javier por el sexo. Sin embargo, todo era diferente ahora.

—Tú lo has dicho: amaba, en pasado. Amo a Mady, pero no como tú crees. Además, nunca he hecho el amor con Mady, ella no me deseaba y no necesito forzar a ninguna mujer.

La mujer suspiró de alivio, incluso Javier se dio cuenta.

—¿Por qué te importa tanto? —preguntó él incrédulo.

—Por nada —se apresuró a contestar.

No obstante, a Javier no lo había engañado, se levantó y se puso unos slips y unos tejanos que sacó del armario; cuando se dio la vuelta ella también se había vestido. Estaba confundido, Mimí le reclamaba por otra mujer, pero por otro lado, ella también se había entregado a él como si de verdad lo amara. Lo que acababan de compartir había sido único y no lo olvidaría mientras viviera. Tenía miedo de estropearlo con cualquier comentario desafortunado; aun así, no dejaría que ella jugara con él. La conocía demasiado bien y sabía de lo que era capaz.

—No entiendo qué pasa, Mimí. He hecho lo que me has pedido y si esto es alguno de tus juegucitos lo vas a pagar caro.

Ella se apoyó en la pared, al lado de la ventana con las cortinas corridas.

—No es ningún juego. Ha sido tan maravilloso que no tengo palabras.

Javier cada vez estaba más sorprendido, pues la expresión de Mimí denotaba una tristeza tan profunda que incluso sus ojos estaban hundidos, casi ni brillaban.

—Entonces, ¿por qué tienes cara de no haberlo disfrutado? Dime qué es lo que no te ha gustado.

—Me ha gustado todo, nunca creí que sentirse amada sería de esta manera.

Su parte masculina tomó las riendas, ya que se sentía complacido consigo mismo, entonces dijo:

—Puedo fingir siempre que quieras, sólo tienes que pedírmelo y mi polla

follará tu coño.

Nada más terminar la última palabra se dio cuenta de lo grosero que estaba siendo. A la Mimí de antes no le hubiera afectado, pero después de lo que habían compartido, un desprecio le dolía, un insulto le dolía, una falsa sonrisa le dolía.

—¡Imbécil! —le insultó ella acercándose a él con intención de darle un puñetazo.

Él le agarró las muñecas evitando que lo golpeará.

—Perdóname, no quería decir eso.

Ella asintió aceptando las disculpas.

—Me duele, me duele que me hayas enseñado el paraíso.

Javier se dejó llevar por sus sentimientos y la abrazó, cogió aire para decirle que él no había fingido y que se lo había dado todo porque así lo sentía y lo necesitaba. Pero cuando abrió la boca para hablar recordó el desamor de Mady y lo mucho que había sufrido porque ella nunca lo había amado. Bajo ninguna circunstancia quería volver a pasar por aquel infierno. Cerró los ojos y apoyó la barbilla en la cabeza de la mujer y se limitó a abrazarla fuerte. Disfrutaría del momento como si se tratara de un regalo, era lo máximo que, probablemente, conseguiría. Mimí era una bomba siempre a punto de explotar, ella no amaba, sólo deseaba y cogía lo que ansiaba sin vergüenza. Mimí pertenecía al peligro, y el peligro no entendía de nada que no fuera vivir al límite.

Como no quería exponer más su corazón, Javier decidió que era el momento de dar por terminada la farsa. Se separó de ella y rebuscó en el armario una camiseta.

—Todavía no me has dicho qué haces aquí —dijo el hombre.

Mimí sacudió la cabeza, se recompuso y se centró. Estaba en casa de Javier por un solo motivo: ponerlo a salvo. Lo lógico sería explicarle que Carlos estaba vivo y que sus jefes pretendían que lo sustituyera a costa de quitarle la vida. Pero si se lo decía, y conociéndolo como lo conocía, seguramente

entraría en cólera y no lo podría dominar. Además, Carlos era su hermano, y si bien no se merecía que lo compadeciera, pues era malvado como su padre, no podía olvidar que se trataba de una parte de él, de su familia, y que había sido la maldad de Juan la que había convertido a Carlos en lo que era. Con toda seguridad, Javier intentaría salvar a su gemelo, y eso era lo que ella más temía. En su trabajo había visto demasiadas veces cómo buenas personas morían porque se habían creído capaces de rescatar a gente que había seguido la senda equivocada.

Mimí sólo esperaba que su plan saliera bien y nada se le escapara de las manos, por lo que debía meditar cada paso, pues todo dependería de la capacidad de Javier para asimilar la noticia de que su hermano vivía y que estaba en las peores manos. Sabía que la rabia y la desesperación llevaban al fracaso y lo más conveniente para él sería actuar en consecuencia, sin dejarse llevar por malos sentimientos. Concluyó que ya era hora de poner su estrategia en marcha, no podía perder más el tiempo, pues debían marcharse del apartamento cuanto antes.

Mimí caminó hacia la puerta y Javier la detuvo cogiéndola del brazo.

—Aún no me has contado por qué estás aquí.

Su voz era dura, Mimí percibió un brillo peligroso en sus ojos negros, también sus rasgos latinos se habían ensombrecido. Definitivamente el Javier tierno y amoroso, que había descubierto mientras le hacía el amor, había desaparecido; en su lugar estaba el hombre duro de siempre.

Mimí se sacudió del agarre.

—Voy a la cocina, tengo sed, te lo diré después.

—No tengo ganas de jugar —soltó intuyendo que no se lo diría, su ceño era severo.

—Eres insoportable.

Dicho esto, se dio media vuelta y salió de la habitación. Javier se sentó en la cama y se calzó con unas deportivas. Después se dirigió a la cocina,

dispuesto a sacarle la verdad a Mimí. Algo le escondía, no hacía falta tener un máster para deducirlo.

Cuando llegó a la cocina, Mimí había vaciado una lata de Coca-Cola en dos vasos a los que había puesto un poco de hielo.

—¿Brindamos? —dijo ella entregándole un vaso, él arqueó una ceja, pero aceptó la bebida y cogió el refresco.

—¿Por?

—Hay muchas cosas por las que podemos brindar, ¿no crees? Elige una.

Sonrió, con una sonrisa tan deslumbrante que lo dejó sin aliento, y deseó besarla, pero se contuvo. Apretó los dientes y ordenó a su hombría que parara de crecer.

—Cuando me digas qué haces aquí brindaremos por ello —insistió él.

Mimí arqueó una ceja.

—Todo a su tiempo. ¡Brindo por nosotros! —exclamó la mujer alzando su vaso e instándole a que hiciera lo mismo.

El chocar de los vasos emitió un sonido ligero a una campana repicando con gracia. Ambos bebieron de sus respectivos vasos; Javier también tenía sed y bebió un buen trago. Sin embargo, a los pocos segundos, empezó a estar mareado, miró la bebida y pronto comprendió: ella le había puesto algo en su refresco. Miró a Mimí con ojos vidriosos, intentó enfocar, pero veía a la mujer borrosa.

—¿Qué me has puesto en la Coca-Cola? —preguntó con agonía, temiendo que fuera algún tipo de veneno mortal.

Ella intuyó su preocupación.

—No es veneno, se trata de un potente somnífero.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó mientras hacía esfuerzos sobrehumanos por mantenerse de pie y despierto.

—Hay un motivo muy poderoso.

El vaso resbaló entre los dedos de Javier y cayó al suelo rompiéndose en pedazos. Ella cogió su bolso, se acercó a él y lo agarró de la cintura, se pasó

el brazo de él por encima de su hombro para que, de este modo, Javier tuviera apoyo; entonces empezaron a caminar. El hombre lo hacía como si estuviera borracho, y eso es lo que pensó un vecino cuando se lo encontraron mientras se dirigían al parking.

Mimí lo acomodó en la parte de atrás de su coche. Admiraba la fortaleza de Javier, pues era evidente que se esforzaba por mantenerse despierto. Sin embargo, no tardó en desplomarse sobre el asiento y quedó sumido en un profundo sueño.

Mimí suspiró de alivio, subió al coche y lo puso en marcha. Tenía que darse prisa porque Javier no tardaría en despertar y, cuando lo hiciera, deberían estar lejos de Miami y en un lugar seguro. Supuso que lo primero que haría sería estrangularla, pero encontraría la manera de que entrara en razón, costara lo que le costase. Una empresa difícil, pues no entendería que Carlos estaba vivo, que le habían hecho un lavado de cerebro y que no lo reconocería como hermano, sino como un enemigo que abatir. En Base Tarántula lo habrían convertido en un soldado fácil de manipular al que le habrían dado la orden de matarlo. Ella amaba a Javier y no permitiría que nadie le hiciera daño.

Capítulo 8

Anocheecía cuando Harry subía los escalones camino a su dormitorio. Un golpe, otro y otro más lo hicieron detenerse en lo alto de la escalera. Hubiera jurado que el sonido provenía de su habitación, por lo que enfocó su mirada al lugar del pasillo donde se ubicaba. No obstante, a esas horas del día sus ojos cansados y la edad no jugaban a su favor. Aun así, percibió un hilo de luz que se escapaba por la puerta un poco abierta. Sin duda había alguien dentro.

Se acercó sigilosamente y cuando abrió la puerta, se encontró a Rebeca revolviendo sus cosas. La habitación estaba hecha un desastre: ropa tirada por el suelo, carpetas rotas, papeles desparramados por todas partes, cajones abiertos de par en par, las sábanas arrancadas del colchón..., nada había escapado a la furia de Rebeca.

El secretario hundió los hombros. Su desánimo se mostró en sus facciones poco atractivas, ya que lo que más le apetecía era dormir. Aunque sabía de cierto que aún tardaría en hacerlo, pues se avecinaba otra pelea.

—El *pendrive* no lo vas a encontrar aquí —dijo él.

Fue en ese momento en el que la mujer se dio cuenta de su presencia; estaba agachada abriendo un cajón de la mesita de noche. Miró a Harry y lo fulminó con sus ojos verdes. Él se mantuvo imperturbable, aunque temblara por dentro. Hubo un tiempo en que ante esos ojos se hubiera amilanado como un gusano al que estaban a punto de aplastar, pero el hijo que ella esperaba había sacado una fortaleza que nunca había mostrado antes.

—Maldito seas, Harry. Juro que te mataré con mis propias manos si no me dices dónde lo tienes. Me estás dando muchos dolores de cabeza y mi paciencia tiene un límite.

Tiró al suelo el cajón que acababa de abrir y se alzó. Llevaba puesto un camisón blanco con su bata a juego, sus brazos estaban pegados al cuerpo y sus dedos habían adquirido la forma de garras. Harry sabía que aquel gesto significaba agresividad, así que se mantuvo lejos de ella, lo justo para poder reaccionar en el caso de que se tirara encima de él. Esta vez no lo cogería desprevenido.

—Tendrías que verte con mis ojos, Rebeca. Estás tan obsesionada que no ves más allá. Si fueras lista lo dejarías estar... Aún estás a tiempo.

—¡Nunca!

—Eres patética, siempre mendigando la atención de Varek. Pero Varek jamás será tuyo.

—Estás equivocado. Varek es mío, me pertenece.

Harry suspiró. Intentar razonar con ella era como hablarle a una pared.

—Rebeca, tengo sueño y quiero dormir —dijo con hastío.

Se agachó y cogió las sábanas del suelo con intención de hacer la cama.

—Tú no te vas a dormir hasta que arregles lo que has hecho hoy, sé que has sido tú.

Harry dejó las sábanas encima del colchón, pues no entendía su acusación.

—He estado todo el día fuera, dudo... —Se detuvo—. Entiendo, lo dices por la noticia que sale en todos los medios que hablan del cabello que no es de Mady y de que Varek no se va a casar contigo porque duda de la paternidad del niño que llevas en el vientre, ¿no?

Al hombre se le escapaba la risa. Ella se acercó a él y lo miró cara a cara, vomitando por sus ojos la repulsión que le causaba ese hombre enjuto en carnes.

—¡A mí no me hace gracia! —estalló la joven Holden—. ¿Has sido tú el que ha filtrado la noticia?

—No, pero reconozco que ha sido una buena idea —se regodeó con sarna, dio unos pasos atrás a fin de mantener una distancia prudente.

—¿Ahora te pasas al bando contrario? —Su tono era sarcástico.

—No me has dejado alternativa.

—Estúpido... —Lo señaló con el dedo en un gesto amenazador—. Si sale la verdad te echaré la culpa de todo, de absolutamente todo.

Estalló en risas, risas que evocaban maldad.

—¿Te crees que saldrás indemne? —amenazó él. Era consciente de que las cosas entre ellos nunca serían igual, de modo que no tenía nada que perder si decía la verdad de lo que sentía, pues ahora no tenía que proteger su puesto de trabajo—. Tengo el *pendrive*. Además a estas alturas tu querida familia debe estar leyendo las noticias, ¿te crees que dejarán que los expongas a la opinión pública? Antes de eso te destronarán y te repudiarán, no serías la primera. No eres tan lista como te crees, si has llegado donde estás es por mí, por mis habilidades y mi buen hacer. ¡Sin mí no eres nada, sólo un cero a la izquierda que los Holden se sacarán de encima!

Harry cada día estaba más sorprendido, seguía sin comprender de dónde sacaba la valentía para hablarle a Rebeca de aquella manera, pero, con todo, se sintió feliz. Y teniendo en cuenta que últimamente tenía pocos motivos para sonreír, se dejó atrapar por esa sensación de plenitud que actuaba de bálsamo en su cuerpo delgado y agotado.

—De verdad, Harry, me tienes harta. Tarde o temprano te mataré, y no es una amenaza, es una promesa que pienso cumplir, lo juro.

La mujer apretó los labios y se marchó, pues las ganas de quitarle la vida eran tan grandes que no podía dominarlas. Encontraría la manera de deshacerse de su secretario, aunque le llevara noches de insomnio. Aun así, no podía dejar de pensar en lo que él le había soltado tan alegremente, y tenía razón: su familia la despellejaría viva si se enteraban de lo que estaba haciendo para amarrar a Varek. En realidad, ella no actuaba de forma distinta que cualquier otro miembro, pero, a diferencia de ellos, sus planes estaban saliendo mal y podían traer consecuencias, algo que no le perdonarían en la vida.

Se fue a su habitación y su móvil empezó a sonar, miró la pantalla y tragó

saliva. Sin excepción de ninguno, los Holden ya debían de haberse enterado de las filtraciones a la prensa, porque empezaba a recibir llamadas. Más valía que los tranquilizara si no quería salir malparada.

Por su parte, Harry echó un vistazo al dormitorio: el desorden era monumental, le llevaría horas dejarlo todo tal como estaba, pero estaba cansado. Abrió la ventana para que la habitación se ventilara e hiciera desaparecer el perfume almendrado de Rebeca. Lo único que deseaba era dormir, por lo que empezó a hacer la cama, de lo demás se encargaría al día siguiente. También le dolía la cabeza de tanto pensar para no llegar a ninguna conclusión y se tomó un calmante. Si una cosa daba por hecha era que, de momento, tenía a Rebeca controlada; la amenaza de delatarla la mantenía a raya y ya no hablaba con tanta insistencia de abortar a su hijo.

De todos modos, Rebeca era como las cucarachas y se adaptaba a cualquier situación por muy mala que ésta fuera. Sería cuestión de tiempo que ella diera con la manera de matarlo y de deshacerse del hijo que llevaba en sus entrañas. Y más valía que encontrara una solución pronto, pues ella se sentía acorralada, ya que nada le estaba saliendo bien y eso la hacía aún más peligrosa.

Estaba poniendo la almohada encima de la cama cuando una idea cruzó como un relámpago su mente: Varek. ¿Por qué no había pensado antes en esa posibilidad? Si le contaba la verdad a cambio de que protegiera a su hijo, entonces Rebeca lo perdería todo, incluso a su familia. El abogado tenía recursos para ayudarlo, siempre había tenido el don de arreglarlo todo. Junto a Daniel formaban un tándem único.

Harry cerró la ventana, se quitó la ropa y se puso el pijama. Se metió en la cama con ánimos renovados y el sueño lo alcanzó con una gran sonrisa en la boca.

* * *

Daniel, Cam, Mady y Varek habían salido a cenar a El Iber. Después de lo

ocurrido días atrás, cuando en la inauguración del restaurante se apersonaron los inspectores Ben y Ronald para detener a Mady, necesitaban quitarse el mal sabor que había dejado el suceso en los corazones de las parejas. Manuel, Mercè, Sandrita, Lionel y Adela se sumaron a la velada y cenaron entre risas y felicidad, tal como lo haría una familia unida de corazón. Pero como siempre sucedía cuando se estaba en buena compañía y comida, el tiempo transcurrió a una velocidad supersónica. Llegó la hora de despedirse más pronto de lo que hubieran deseado.

La pareja de ancianos y Sandrita estaban frente al restaurante, observando cómo Daniel, Cam, Adela y Lionel se iban en un coche. La nieta se despedía de su amigo sacudiendo rápidamente la mano.

—Muchachos, hay que repetirlo —dijo Mercè con su característica amabilidad mientras Mady y Varek subían al Bentley.

—Por supuesto —dijo Mady, que mantenía la puerta abierta—. Lo repetiremos muchas veces.

—Me alegro tanto de tu embarazo, era lo que os faltaba para ser felices.

Varek sonrió con afecto. Empezaba a amar a esa peculiar pareja de ancianos como si fueran los abuelos que nunca conoció. Pensó en sus padres y en la frialdad que siempre mostraban con él y que seguramente mostrarían con Mady y con su hijo. Sólo les interesaba viajar y regodearse con gente de dinero y, a esas alturas de la vida, ya no cambiarían. Se sorprendió que no le doliera, pues mientras en su vida hubiera gente como Mercè y Manuel, que llenaban el vacío de su propia familia, no tenía nada que temer. Se prometió que él no sería como sus progenitores, porque a su hijo pensaba amarlo por encima de todo y se lo demostraría cada día de su existencia.

—¿A dónde vamos? —preguntó Mady cerrando la puerta del vehículo y despidiéndose haciendo un gesto con la mano de la pareja de ancianos y de Sandrita.

—Es una sorpresa.

Varek emprendió la marcha y no tardó en llegar a la mansión que recién

había comprado, en cuyo interior había otra sorpresa mucho mayor. El nuevo hogar estaba situado en el prestigioso y lujoso North Bay Road. Entraron por una puerta enorme de dos batientes de hierro forjado que se abrió cuando el guardia, que custodiaba la entrada, los vio aparecer. Lo primero que había hecho Varek, nada más había adquirido la propiedad, había sido desplegar por la zona medidas de seguridad extraordinarias, dado que no quería que nada ni nadie perturbara la felicidad de su familia. Con el mando a distancia, Varek abrió la puerta del inmenso garaje y aparcó el coche.

—Varek, no entiendo nada; no sé qué hacemos aquí.

El hombre no le dijo nada, se apeó y abrió la puerta de ella. Sus miradas se cruzaron y él le ofreció su mano. Ella titubeó, pues tenía un mal presentimiento.

—No temas, cariño —dijo él al ver la cara de preocupación de ella—. Estás en tu casa.

Mady, entonces, comprendió y abrió la boca, aunque no de sorpresa, sino de decepción. Rechazó la mano que él le ofrecía y se apeó sin ayuda.

—¿Has comprado esta casa sin consultarme? —soltó tensa y en un tono bastante ácido.

Era evidente que estaba enfadada y Varek se acordó de Daniel cuando le advirtió que adquirir un hogar sin acordarlo con ella no era buena idea. Pero él sólo pretendía hacerle la vida más fácil y darle una sorpresa.

—Primero dale un vistazo antes de juzgarme —pidió él sin saber cómo conducir la situación.

—No necesito darle un vistazo para saber que se trata de una mansión ultralujosa, algo que no deseo. ¿Cómo has podido hacer una cosa como ésta?

—Estás embarazada, no quería que te estresaras innecesariamente.

—Sí, estoy embarazada, pero no inválida. Por el amor de Dios, ¡no me trates como si lo estuviera y no pudiera tomar decisiones!

—No era ésa mi intención, de verdad...

Se acercó a ella y quiso abrazarla.

—¡Suéltame, no quiero tus abrazos!

Varek injurió entre dientes y deseó volver atrás y hacer las cosas de otra manera. Ella, que ya estaba sensibilizada debido a su estado, se puso a llorar con desconsuelo.

—Quiero marcharme de aquí —pidió Mady entre lloros, dándose la vuelta para subir al coche.

Sin embargo, Varek se lo impidió y la agarró del brazo.

—Daniel y Cam necesitan su casa para ellos solos —expresó el abogado—. Ya hemos abusado bastante y no hay necesidad.

Ella se sacudió y se libró de su agarre. En eso no le llevaría la contraria, dejó de llorar y se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Tienes razón... —afirmó ella. Percibió cómo él suspiraba de alivio, aunque no le daría el gusto—. Pero no me pienso quedar aquí. Aún tengo mi apartamento y quiero irme allí.

—No te lo voy a permitir.

—¿Es así como va a ser nuestra vida juntos? ¿Tú ordenas y yo obedezco?

Varek estaba perdiendo la paciencia. ¿Por qué le costaba tanto entenderlo? Sabía que su visión de la situación cambiaría en cuanto viera la sorpresa que había dentro esperándola.

—¡Maldita sea, Mady! Sabes muy bien que no, perdóname, lo siento, no quería que este momento fuera así, sólo se trata de una casa.

—No es una casa, sino una mansión que yo jamás me voy a poder permitir.

—¡Deja de dar vueltas a lo mismo, tengo dinero suficiente para los dos!

La mujer no tenía intención de claudicar en algo que para ella era muy importante.

—¡Es tuyo, no mío! Nunca has querido entender que no quiero ser una mantenida. Necesito valerme por mí misma.

—Lo sé, necesitas tener la seguridad de que no volverás a acabar como en el pasado cuando tu padre se arruinó. Pero eso no te va a pasar nunca más.

Varek acortó la poca distancia que los separaba y la abrazó. Ella se

debatíó, pero cuando se dio cuenta de que todo esfuerzo era en vano, dejó de luchar.

—Suéltame... —exigió ella con más pena que gloria.

—No hasta que me escuches. Ahora vamos a entrar en esta casa y nos vamos a tomar unos minutos para tranquilizarnos; después hablaremos de lo que quieras.

Mady respiró cansinamente y asintió con la cabeza. A decir verdad, necesitaba calmarse, no sólo por ella, sino por el hijo que llevaba en su vientre.

Entraron y las luces se encendieron en cuanto notaron su presencia. El interior era, simplemente, espectacular, y a la mujer se le escaparon varios suspiros de sorpresa. La decoración era vanguardista al igual que la arquitectura, los espacios amplios creaban sensación de desasosiego y comunicaban con el exterior a través de unos enormes ventanales; daba la impresión de vivir sobre el mar.

—Esto es demasiado... —susurró la mujer, incapaz de imaginarse viviendo ahí.

Varek se acercó a su chica con cautela, que tenía la mirada fija en la de él; la agarró de la mano y, como Mady estaba tan impresionada, no ofreció resistencia. La condujo a un jardín presidido por una piscina de grandes dimensiones abierta a la bahía. Más suspiros salieron de la boca femenina y más expresiones de sorpresa cruzaron su mirada gris.

—Ahora es de noche —empezó a decir él—, pero, desde aquí, veremos las puestas del sol durante todo el año.

Ella no negaba que era un lugar de ensueño, y veía a Varek tan entusiasmado que le dolía no poderlo complacer.

—Es preciosa, Varek, pero lo siento..., no puedo vivir aquí.

Él la silenció dándole un suave beso en los labios, pues aún no estaba todo dicho.

—Nos traeremos a tu madre a vivir aquí, le encantará ver las puestas de sol

y tenerte cerca.

A Mady le complacería la idea, incluso sonrió de alegría, una alegría que duro un suspiro, pues chocó contra su realidad como un coche contra un muro. Una sensación incómoda se amoldó en su corazón, como a pérdida, porque, sin duda, a su madre le agradaría ver cada día la puesta de sol junto a ella y al nieto cuando naciera.

—Mi madre necesita cuidados especiales —recalcó ella.

—Contrataremos a personal especializado.

Varek le estaba ofreciendo un futuro de ensueño, no obstante, debía ser realista.

—¿Y quién pagará todo eso? Varek, por favor, siempre estamos dando vueltas a lo mismo, no me lo hagas más difícil. —Por mucho que se esforzaba en no enfadarse no lo lograba, y su tono era exigente y punzante. Concluyó que ya había tenido bastante, por lo que añadió—: Quiero marcharme, por favor.

Varek le acarició la mejilla y la besó tal como haría un hombre enamorado; aspiró su aroma dulce a mujer.

—Primero quiero que veas un regalo que tengo para ti.

—Varek, no creo que pueda aguantar más sorpresas esta noche —dijo con un desánimo más que evidente, temiendo que fuera otra muestra lujosa de la vida que le podía ofrecer y que tan mal la hacía sentirse.

El hombre la agarró de la cintura y la llevó hasta el comedor en cuyo centro había una gran mesa rectangular. Sobre la superficie de vidrio se hallaba una carpeta, que Varek cogió y ofreció a la mujer como si entregara una promesa de amor sincero. En realidad, detrás de ese gesto estaba su necesidad de hacer justicia ante un acto indecente, que había cometido él como el miserable que era cuando la conoció.

Mady miró la carpeta con desconcierto, arrugando el ceño.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —dijo él en un tono grave.

Ella posó su mirada en la de él. Varek sonrió esperanzado porque, esta vez, no había ni gota de recriminación en los ojos que contemplaba con devoción,

sino una dulzura suave.

—¿Qué es? —preguntó temerosa.

Le daba miedo abrir la carpeta, una carpeta que empezó a temblar entre sus manos. Varek se dio cuenta y acunó sus manos entre las suyas evitando que siguieran temblando.

—Son los papeles que demuestran que las azucareras BrowSugar Wilson son tuyas. No te puedo devolver a tu padre, pero sí que regrese a ti un pedacito de su corazón. Nunca debí aprovecharme de tu situación. Lo siento, cariño, me comporté mal y es justo que las azucareras regresen a su verdadera propietaria.

Mady se había quedado sin voz de la emoción. Sólo era consciente de aquellos ojos azul océano que derrochaban amor y le pedían perdón. Su corazón empezó a latir deprisa; lo sentía dentro de su pecho como si fueran tambores que tocan para venerar la felicidad que sentía en esos momentos. Su pasado familiar regresaba a ella, casi podía oír la satisfacción de su padre cuando le hablaba de las azucareras y le decía que algún día serían suyas. Y ese día había llegado.

No pudo evitarlo y torrentes de felicidad bajaron mejilla abajo. Varek nunca olvidaría la cara que tenía en aquellos instantes la mujer que amaba: sus labios evocaban la sonrisa más cálida que había visto jamás y sus mejillas eran redondeces sonrosadas. Toda ella temblaba de plenitud y Varek se sintió el hombre más dichoso del mundo.

—Ahora tienes tu propio negocio —dijo él con un matiz emotivo en el tono —, un negocio próspero que te dará muchos beneficios. Y ya no te sentirás insegura, podrás abrir tu tienda de muebles reciclados. En fin..., podrás forjarte tu futuro, un futuro que te pertenece y yo quise arrebatarte.

—Varek...

—No digas nada, tu rostro refleja demasiado lo feliz que estás.

Y era cierto: su expresión era una fuente de alegría; sus ojos, bellas cascadas, y sus labios, ríos placenteros. Ella, que aún no podía articular

ninguna palabra por la sorpresa, se aclaró la garganta.

—No sé llevar las azucareras, a mi padre no le dio tiempo a enseñarme.

—Eso no es ningún problema, recuerda que, aparte de abogado, soy un hombre de negocios y llevo meses tratando con BrowSugar Wilson, aprendí del negocio e hice mejoras que han resultado ser acertadas. De modo que te enseñaré y, poco a poco, tú iras mejorando la empresa a tu manera. —Agarró la carpeta que ella seguía aguantando con ambas manos y la dejó sobre la mesa—. Pero empezaremos mañana...

Sonrió con una sonrisa ladeada de chico malo y Mady se pegó a él provocándolo con su cercanía. Le rodeó el cuello con los brazos y con la punta de la lengua repasó el labio inferior del hombre. Él respondió a la invitación besándola con el ímpetu feroz del que se prepara para la cópula. Los cuerpos despertaron, estaban ansiosos por sentirse, por saborearse, por perderse entre los embates del deseo.

—¿Vamos a estrenar nuestra habitación? —preguntó él.

Se hizo un silencio tan intenso que hasta el aleteo de una mosca se hubiera escuchado. Varek se mantenía rígido a la espera de que ella le contestara. Sabía que si accedía, esa casa se convertiría en su hogar, ¡y cuánto lo deseaba! Mady se perdió en los ojos azules del hombre, ella amaba esos redondos cielos incrustados en su mirada que la adoraban a todas horas. Aun así, tendría que estar enfadada, pero le costaba tanto..., además él no se lo merecía. Acarició con el dedo su barbilla rasposa debido a la incipiente barba. Entonces dijo:

—Sí.

Él la cargó en sus brazos. Para un hombre corpulento como Varek no le supuso ningún esfuerzo subir con Mady por la escalera. Llegó a la habitación; siguiendo con el estilo de la planta inferior, la estancia era enorme y los suelos estaban cubiertos de mármol blanco, un color que también predominaba en los muebles, dándole al lugar una sensación de pureza y limpieza. Por el gran ventanal del fondo, que iba de punta a punta de la pared, se podía disfrutar de

unas vistas magníficas. El mar parecía un gran diamante negro que brillaba por efecto de la luna. A lo lejos se percibían las luces coloridas de la ciudad. Mady se asombró por la espectacularidad de todo, pero dejó a un lado su inspección cuando Varek la despojó de sus ropas y la tumbó con delicadeza en la cama de grandes dimensiones.

Varek la contempló un instante: su melena pelirroja desparramada contrastaba con las sábanas blancas. Sus ojos grises resaltaban entre la pureza del ambiente como si fueran dos grandes piedras preciosas con el don de iluminar las sombras. Mady era su diosa, su alma gemela y su corazón se hinchó de felicidad. Acarició su sexo, que se abrió a él al instante; sus dedos resbalaban con maestría por esos labios inflamados trazando círculos de placer. Ella lanzó un jadeo. Le encantaba cómo agasajaba sus carnes calientes hasta hacerla temblar de desesperación.

Después de unos segundos deliciosos, Mady se arrodilló a su lado y lo instó a que se tumbara de espaldas al colchón. El brillo de los ojos femeninos advertía de sus intenciones.

—Niña mala..., esta noche quieres el control.

Ella le respondió besando la punta de su miembro, y a él se le acabaron las palabras. Miró hacia abajo y la boquita de ella introduciéndose su hombría lo hizo temblar de placer. Mady lo succionaba, lo chupaba, agarraba con su pequeña mano su carne trémula, y subía, y ascendía, y subía, y ascendía. Lo envolvía con su boca tibia y le hizo notar sus dientes en el glande. Aquello era tremendamente bueno, como si su lengua fuera una llama ardiente que lo quemaba con delicia.

Varek, poseído por un deseo irrefrenable, empujó sus caderas, introduciendo su miembro hasta la garganta. Lejos de apartarse, ella lo siguió chupando con hambrienta necesidad; lo succionó fuerte, a ratos se concentraba en la punta y utilizaba dientes y lengua en una marea de caricias eróticas. Varek notó sus testículos tensos; pronto iba a estallar de gozo, devastado por lo que ella le provocaba.

—Estoy a punto..., no aguanto más... —logró murmurar entre jadeos, con un placer intenso recorriéndole el cuerpo de arriba abajo.

Mady dejó de torturar su pene para sentarse a horcajadas sobre su amante. Varek se revolvió inquieto al sentir cómo la punta de su hombría rozaba el sexo de ella. Estaba llegando a la cúspide y se arqueó para ayudarla a introducirse su pene. Empujó un poco hacia arriba y, centímetro a centímetro, entró en la cremosa humedad. Varek movió sus caderas hacia arriba y ella lo hizo en sentido contrario. Estaban tan desesperados que ninguno de los dos pudo detenerse, la entrega fue máxima y sus pieles brillaron debido al deseo que los calentaba hasta hacerlos hervir de goce.

Entonces, Varek agarró las caderas de Mady, salió, entró, salió, entró, penetrándola con extrema urgencia, como si le fuera la vida en ello. Ella se inclinó y posó las manos sobre el torso masculino, y la postura de su cuerpo provocó que él pudiera entrar más profundamente dentro de ella. Varek balanceó sus caderas para que su miembro se encajara en toda su longitud y grosor en la vagina. La sensación era deliciosa. De nuevo ambos empezaron a moverse, cada vez más rápido, con más frenesí, con más desespero. Perdieron la noción del tiempo y los cuerpos vibraron desesperados levitando en el aire que respiraban.

Los gemidos aumentaron, las sonrisas en sus rostros deslumbraban como el sol en el firmamento, pues era demasiado bueno como para no sonreír, demasiado adictivo para no sucumbir. El final llegó y lo recibieron con sus corazones abiertos mientras bocanadas de aire desesperantes salían de sus bocas. Ella se derrumbó sobre él, lo justo para recuperar el aliento; después salió de encima y se tumbó a su lado. Varek aún tardó un poco más en recuperar la respiración y, cuando lo hizo, la atrajo a su cuerpo y la abrazó renaciendo en la dulzura del amor.

—Cada día es mejor —dijo él, aún borracho de placer.

—Pues aprovecha, porque cuando tenga barriga creo que vamos a estar algo limitados.

Varek giró sobre sí mismo y se puso encima de ella, apoyado por las manos a fin de no aplastarla.

—¿Es una invitación?

Ella le sonrió con picardía.

—Sí.

Y empezaron otra vez a amarse como si no existiera el mañana.

Capítulo 9

La claridad de un nuevo día entraba por los ojos ya abiertos de la gente. La luz se filtraba en las sombras y las diluía sin contemplaciones. Hacía un día bonito, uno de esos para sonreír a la vida y, aunque no hubiera sido así, Daniel y Cam lo estaban iniciando con tanta felicidad que hubiera sido suficiente para disipar cualquier nubarrón que perturbara el azul celeste del cielo. Se amaban. Se deseaban. Lo llevaban grabado en cada sonrisa y cada mirada. Aún no habían consumado ese amor; Daniel estaba teniendo una consideración hacia su mujer que lo hacía merecedor de las más grandes muestras de amor. Y Cam lo sabía, y el momento que ella tanto había temido en el pasado, ya no le atemorizaba. De algún modo, sentía que estaba preparada en cuerpo y alma para entregarse a su marido. Ya se lo había hecho saber a él que estaba más que dispuesta, pero por algún motivo, Daniel, la noche anterior, se había controlado en el último momento. Necesitaba saber el motivo, y la ocasión de preguntar llegó esa misma mañana.

Habían acabado de desayunar. La madre de la chica había llevado a Lionel al colegio. Daniel estaba esperando a su mujer para acercarla a la tienda de muebles reciclados que abrirían en breve entre Mady, Sofía y ella. Suspiró con hastío, pues no entendía la tardanza de Cam. Para hacer tiempo, se miró en el espejo de la entrada a fin de dar un último vistazo a su atuendo. Ese día era importante, pues él y Varek empezaban a poner en marcha el traslado de Nueva York a Miami del bufete Farrow & Baker Lawyers. Al final, habían decidido dar el paso y algunos de los abogados, detectives y administrativos que conformaban el gran bufete, se habían sumado al cambio, atraídos por la aventura y las expectativas de un nuevo comienzo. Varek y Daniel entendieron

que los demás no lo hicieran, pues unos se sentían ya muy mayores para lanzarse y otros estaban arraigados con sus respectivas familias en Nueva York, y el cambio hubiera supuesto un altibajo difícil de asumir por los hijos. Suplirían a los que faltaban con nuevos fichajes; ya que buenos abogados, detectives y administrativos había en todas partes, sólo hacía falta efectuar entrevistas para detectarlos. Estaban convencidos de que formarían un nuevo equipo tan formidable como el de Nueva York.

Daniel se pasó la palma de la mano por su cabello rubio oscuro con un corte muy clásico; no soportaba las hebras rebeldes y se aseguró de estar pulcramente peinado. En ese momento su mujercita bajaba los escalones, el ruido de sus tacones le hicieron darse la vuelta. La miró de arriba abajo, llevaba un vestido rojo muy sensual y esa parte viril suya le hizo notar su agrado.

—¿Parecería muy bruto si te dijera que quiero arrancarte el vestido a bocados?

Ella se detuvo, le quedaban cuatro escalones por bajar. Lo miró y le sonrió, su interior ardió cuando se imaginó a su marido quitarle la ropa con desespero. No se dejó llevar por su mente e inmediatamente después descendió y se acercó a él. Entre ellos sólo había un palmo de distancia.

—¿Y qué me harías cuando me hubieras arrancado el vestido a bocados? ¿Lo mismo de siempre?

Daniel encerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Te dije que estaba preparada, por eso ayer por la noche, cuando llegamos de la cena y nos fuimos a dormir, esperaba que me hicieras el amor, pero te detuviste en el último momento.

Daniel entendió y se sintió culpable.

—Quiero que la primera vez que me recibas en tu interior sea perfecta, seducirte con una romántica cena a la luz de las velas y con buena música,

amarte primero con la mirada, conquistar todos tus sentidos uno por uno; ayer noche era como las demás noches, no había nada de especial.

—Estás equivocado, tú haces especial todas las noches, ninguna es igual.

—Pero...

Ella calló su boca con un beso, tomó sus labios con avidez, absorbió su calor con intención de poseerlo por dentro, de marcarlo con su lengua enredándose en la de él. Con Daniel había aprendido a mirar la luna, a besar los besos, a saborear el aire, a acariciar el amor, a flotar entre risas. Con Daniel había nacido de nuevo. Y a él se lo daría todo.

—A veces, la improvisación es la mejor seducción... —dijo ella cuando se despegó de sus labios.

La muchacha, que ya se había desinhibido por completo con su marido, acarició su abultada erección. A través de la ropa, Daniel pudo sentir aquella palma abrasarlo.

—Si no paras te estamparé contra la pared y te follaré, y lo haré de verdad, mi bella princesa.

Cam se levantó la falda del vestido y se quitó las bragas negras, las alzó en lo alto y se las mostró. Después parpadeó lentamente, con mucha sensualidad y Daniel se excitó.

—Vale, yo te lo pongo fácil —dijo ella con atrevimiento dejando que aquella prenda interior resbalara por el dedo para que cayera al suelo—. Quiero sentirte dentro de mí, y no quiero que me trates como a una princesa, sino como a una mujer ansiosa que te necesita.

Daniel estaba descubriendo a la Cam anhelante, atrevida y picante. ¡Y le encantaba! Por el flujo de su sangre ya corría adrenalina, e hizo lo que ella le pedía y que él tanto necesitaba. Se desabrochó los pantalones y su hombría saltó a su mano al instante. Ella miró esa parte de él y con la punta de la lengua repasó su labio inferior; en sus ojos brillaba la codicia por tenerlo entre sus piernas embistiéndola sin contemplaciones.

Daniel entendió el mensaje, la alzó y la aprisionó contra la pared, y ella le

rodeó la cintura con las piernas. Cam sintió la dureza en su pubis y, llevada por su instinto sexual, removió sus caderas para restregarse contra aquella dureza. El hombre sintió un latigazo de placer en el lugar, su eco se extendió por toda su anatomía y provocó que lanzara un gemido descarnado contra la boca de ella.

—Me encanta provocarte hasta la desesperación —susurró ella, frotándose con más ahínco.

—Joder, Cam, no conocía esta parte salvaje de ti, ¿dónde has estado toda mi vida?

—Esperándote en la oscuridad.

—¿Estás preparada, mi bella princesa?

Ella asintió con la cabeza. Daniel podía escuchar cómo el corazón de su amante latía; ella lo deseaba con un fervor que le cortaba el aliento. Nunca una mujer lo había deseado con aquella intensidad. Sin perder ni un segundo, apoyó a Cam en la pared, con una mano la sostuvo de las nalgas, la otra la deslizó entre los cuerpos, agarró su miembro y colocó la punta entre los labios vaginales. Acarició la zona humedecida de néctar, aquellos pétalos esponjosos lo acogieron con dulzura y un jadeo escapó de su garganta. Ella echó las caderas hacia delante provocando que su miembro se introdujera un poco. El hombre se hundió en la curva de su cuello y la mordió con suavidad.

—Mi traviesa princesa no quiere esperar más.

—No hables tanto y dame lo que quiero, por favor, por favor, te necesito...

A Daniel se le escapó la risa, era tanta la sensualidad de Cam que nunca hubiera creído que una mujer tuviera tanto calor en sus entrañas como para quemarlo vivo. Y Cam era suya, sólo suya, y disfrutaría de ella y de su cuerpo durante toda su existencia. Casi no se creía que la vida le diera tanto.

Daniel no perdió ni un instante más y la penetró con fuerza. Ella no se quejó y lo recibió con la boca entreabierta jadeando de placer. Cerró los ojos y él empezó a embestirla con vigor, la sensación de plenitud que Cam experimentaba le provocó que los pelos de la nuca se le erizaran. Tenerlo

dentro no le provocaba dolor, sino un placer que jamás había experimentado. Nada era comparable, pues la conexión que sentía con su marido tomaba forma con cada una de sus penetraciones y la alzaban más allá del suelo hasta alcanzar el firmamento.

Daniel exudaba deseo. No se detuvo ni le concedió un segundo de descanso y siguió embistiéndola sin pausa. Su pene salía y entraba en una vagina tierna que lo envolvía de miel y placer. Sus bocas, por instinto, se buscaron, y también se fundieron al ritmo de las acometidas. Sus cuerpos temblorosos eran el vivo reflejo de lo que ambos estaban sintiendo por dentro: se amaban con una locura dulce y se entregaban completamente. Y unidos de la manera más íntima posible llegaron al mismo tiempo al goce más grande jamás habido.

Aún pegados cuerpo contra cuerpo por sus sexos, ella dijo:

—Guau, ¿siempre es así?

—Es mucho mejor, esta noche te lo demostraré.

—Pues yo no sé de dónde voy a sacar las fuerzas para no desmayarme de placer.

—Te va a gustar tanto que me veo follándote a todas horas.

Ella estalló en risas.

—Te tomo la palabra, luego no te quejes, eh... —reveló su bella princesa.

—Ohhhh, Dios, ¡Jamás me quejaría! Ha sido mi sueño desde que te vi por primera vez.

Después se arreglaron a toda prisa, ya que era tarde. Daniel acercó a Cam a la tienda, dentro estaba Sofía.

—Siento no haber sido puntual —se disculpó Cam.

—No pasa nada —contestó la amiga—. Somos las dueñas y podemos tomarnos ciertas libertades.

Cam apenas la escuchaba. Tuvo que pararse un momento para respirar con profundidad, su sexo aún temblaba de placer. Estaba segura de que no podría sacarse de la cabeza en todo el día lo que habían hecho ella y su viril marido

en la entrada de la casa. Lo peor de todo era que quería que se volviera a repetir. Sólo esperaba que Sofia no se diera cuenta, casi notaba que lo llevaba escrito en su cara; además se sentía hervir de deseo. Estaba descubriendo un mundo junto a Daniel que la mantenía en una nube, y le gustaba esa sensación de flotar a todas horas.

La mujer sacudió la cabeza y corrió al baño, que estaba en la parte de atrás de la tienda. Había que pasar por una habitación donde se impartirían cursos sobre reciclaje de muebles. Se lavó la cara con agua fría, no se dio cuenta de que su compañera la había seguido.

—Cam, estás temblando.

La aludida se sobresaltó, se secó el rostro con una toalla y miró a su amiga. Estaba con los brazos cruzados y se apoyaba por el hombro izquierdo en el marco de la puerta; la miraba con preocupación, sin saber cómo aliviar su malestar. Si supiera que su agitación se debía a lo que su marido le había hecho, se sonrojaría de pies a cabeza.

Sofia llevaba su melena rubia recogida en un moño alto; su rostro había mejorado desde que cambiara una vida vacía de todo por una de verdad gracias a Mady. En su cara se habían suavizado las curvas desfiguradas a causa de una operación estética de labios nada afortunada. No lucía un aspecto tan deforme como el día que la encontraron en la playa, a un suspiro de suicidarse cuando aún se llamaba Barbie, una diva de la prensa sensacionalista. Su caída en desgracia le había provocado una terrible depresión y el rechazo despiadado de la alta sociedad en la que siempre se había regodeado. Pero nunca era tarde para cambiar, y ella era el fiel reflejo que cuando había voluntad de salir adelante y gente a tu lado para hacer más llevadero el proceso, se conseguía.

—Oye, ¿te encuentras bien? —preguntó una preocupada Sofia.

—No es nada, sólo que estoy un poco acalorada —contestó la cubana con cierta vergüenza.

—De todos modos, si no estás bien, puedes irte a casa a descansar, yo me

ocuparé del negocio.

Cam se acercó a ella y le agarró las manos en un gesto amable de agradecimiento.

—Gracias, eres un tesoro, no hace falta, en serio.

—No me des las gracias, tú hubieras hecho lo mismo. ¿Y Mady? Es raro que todavía no haya llegado.

Cam se dio un golpecito en la cabeza con la punta de los dedos.

—¡Qué despiste! De buena mañana me ha enviado un whatsapp para decirme que llegaría tarde. Varek y ella se han comprado una casa, además Daniel me ha chivado que le ha devuelto las azucareras de su familia.

—Oh, Dios, ¡qué gran noticia!

—La muy pillina debe estar celebrándolo y nos ha dejado a nosotras el trabajo.

Ambas estallaron en carcajadas, pues sabían muy bien cómo lo celebrarían. El sonido de la campanilla de la puerta de entrada silenció a las mujeres. Ambas se apresuraron a acercarse a la parte delantera, pues no veían nada desde donde estaban. Contuvieron el aliento cuando comprobaron quién era.

—Buenos días, Rebeca, ¿cómo sabes dónde encontrarnos?

Cam se insultó por la estúpida pregunta. Rebeca era una Holden, de modo que con sólo hacer una llamada a las personas adecuadas le habrían informado del nuevo negocio de Mady. La examinó con cautela, pues la mirada de la intrusa era de todo menos cordial.

—Para vosotras soy la señorita Holden —dijo con altivez Rebeca. No perdía ninguna oportunidad de marcar líneas entre ella y a los que consideraba de baja estirpe.

El comentario no sorprendió a Cam y Sofía. La primera se preguntó cómo podía ser que la maldad fuera hermosa, ya que detrás de aquella belleza angelical se escondía una mente retorcida que intrigaba con un solo fin: separar a Mady de Varek. Su orgullo de mujer no había podido aceptar el rechazo del único hombre que le había importado a la joven Holden.

Rebeca miró con mucho disimulo el nuevo negocio de Mady. La exquisitez y el buen gusto anidaban en cada rincón y en cada mueble expuesto. Pero Rebeca, muerta de envidia, no lo reconocería ante nadie.

—¿Y qué la trae por aquí, señorita Holden? —preguntó Cam en un tono afilado que no intentó disimular.

—No vengo a veros a vosotras, sino...

Cam la interrumpió.

—Señorita Holden, para usted soy la señora Baker.

A Sofía se le escapaba la risa. Se tapó la boca con la mano, aun así no se libró de la mirada venenosa de la joven Holden.

—Señora Baker, busco a Mady.

Cam se cruzó de brazos y ladeó sus labios gruesos dando como resultado una mueca graciosa; no perdería la oportunidad de darle donde más le dolía.

—Mady y Varek están en su casa recién estrenada. Tienen mucho que celebrar, esperan un hijo... A diferencia de usted, el hijo de Mady es de Varek, él se lo confirmará al cien por cien y no le hará falta solicitar una prueba de paternidad cuando nazca. Están muy felices.

Rebeca perdió el color del rostro, casi parecía un cadáver. Agarraba el asa del bolso con fuerza y sus labios apretados temblaban. Sus ojos parecían dos carámbanos verdes sin vida. Cam y Sofía temieron que se desmayara allí mismo y la cubana se arrepintió de su acción. No había sido buena idea provocarla de aquella manera.

El silencio de las mujeres se alargó y espesó el aire de tal manera que costaba respirar. Cam fue la primera en reaccionar.

—¿Se encuentra bien, señorita Holden?

La aludida pareció salir del trance en que estaba sumida, las miró alternativamente, y no con agradecimiento. Rebeca alzó la barbilla, dio media vuelta y salió de allí sin despedirse, casi se olvida de abrir la puerta y estuvo a un suspiro de chocar contra el vidrio. Cam no la detuvo, sólo quería quitarse de encima tan agobiante visita y desinfectar el local con sosa cáustica. Las

mujeres se acercaron con rapidez al aparador y a través del impoluto cristal vieron cómo Rebeca subía a la limusina.

—Creo que le has provocado un cortocircuito cerebral —dijo Sofía viendo como el automóvil marchaba por la carretera y desaparecía entre el denso tráfico.

—Incluso se le ha paralizado la lengua. Se ha quedado sin habla.

Cam y Sofía se miraron y no pudieron evitarlo: estallaron en carcajadas.

—La cara que ha puesto cuando se ha enterado de que Mady espera un bebé de Varek ha sido épica —farfulló entre risas Sofía.

—No podré olvidarla mientras viva, ¡qué pena no haberla fotografiado! Me la hubiera puesto de perfil en el WhatsApp para Halloween

—¡Por lo que más quieras, para ya! —exclamó Sofía en pleno ataque de risa, encogiéndose—. ¡Me duele la barriga de tanto reír!

—¡Yo tampoco puedo parar de reír! —dijo limpiándose las lágrimas que le provocaban las risas descontroladas—. ¿Y has visto cómo le temblaban los labios?

Las carcajadas se intensificaron, y así estuvieron un rato: bromeando y haciendo suposiciones sobre cómo estaría Rebeca en aquellos momentos.

La verdad era que Rebeca, en aquellos momentos, intentaba asimilar la noticia sin éxito. ¿Mady embarazada de Varek? No podía creerse que todo le estuviera saliendo tan mal. Había ido a ver a Mady para que abandonara a Varek a cambio de una buena suma de dinero, y si se hubiera negado, la hubiera amenazado con matarla. Sin embargo, debía encontrar otra manera ahora que sabía de su embarazo.

La joven Holden pidió al chófer que la acercara a su mansión. Cuando llegó, pegó al primer criado que vio como la única manera de desfogarse, después fue al cuarto de Harry, ya que necesitaba matar a alguien en aquellos instantes, pero él no estaba.

Incapaz de irse a su cuarto, se dejó caer en el lecho y miró el techo. Sólo había una manera de deshacerse de una vez por todas de Mady y era asesinarla

antes de que tuviera al bebé. Sin embargo, una chispa estalló en su cabeza llenándola de vitalidad; hasta su rostro adquirió un tono sonrosado y sus ojos empezaron a recuperar el brillo perdido. Se levantó de la cama y empezó a pasearse... Si lo pensaba fríamente, que Mady estuviera embarazada no era tan mala idea, pues le evitaría fracasar, sólo necesitaba a alguien que la ayudara, pero descartó de inmediato a Harry. Hizo memoria sobre la vida de Mady, de la cual se había mantenido informada y había alguien que le echaría una mano a cambio de una oferta que no podría rechazar. «Juan Hernández me ayudará, sé cómo convencerlo», pensó.

En aquel momento se escucharon unos pasos, cada vez más cerca, pero ella ni se inmutó. Era Harry, que entró y miró a su alrededor. Estaba todo limpio y ordenado y no entendía qué hacía otra vez Rebeca allí, si no era para registrar de nuevo el dormitorio en busca del *pendrive* esperando tener más suerte.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Harry.

Rebeca se dio la vuelta y lo miró, decidió que pondría en marcha su plan en aquel mismo instante.

—Venía a informarte que seguiré con el embarazo. Es lo que querías, ¿no?

¡Claro que era lo que quería! Sin embargo, la magnífica sonrisa de Rebeca no era normal, algo tramaba y sabía que no era bueno ni para su hijo ni para él.

—Me alegro, entonces, de momento, el *pendrive* no saldrá a la luz —informó el secretario, sabía que era mejor seguirle la corriente hasta averiguar qué planeaba.

—De pronto tengo mucha hambre, te invito a comer para hacer las paces —dijo Rebeca con efusividad.

A Harry seguía sorprendiéndole que siguiera tan eufórica. Además, ella no perdonaba a los díscolos; jamás haría las paces con alguien que la había amenazado, porque era una virtud inexistente en su naturaleza. Mejor tomar precauciones, era capaz de ponerle cianuro a su comida.

—Gracias, pero tengo otro compromiso —se disculpó el secretario.

—Está bien, otro día será —dijo ella.

El hombre suspiró de alivio cuando la vio desaparecer, pues había sobrevivido y eso era una victoria para él. Por su parte, ella se marchó de allí tan contenta que casi flotaba. Con su nuevo plan mataría a tres pájaros de un tiro: Mady, Harry y el hijo que llevaba en las entrañas tenían los días contados.

* * *

Mimí había llevado a un motel a Javier. No se trataba de un lugar lujoso, pues carecía de comodidades, y lo que había estaba bastante viejo y sucio. Pero a la mujer aquello no le importaba, ya que si se pagaba por adelantado no pedían nombres, que era lo que buscaba. El sitio era perfecto para pasar desapercibido, estaba alejado de Miami y de cualquier carretera principal y de las zonas habitadas. En conjunto, la zona serviría para una película de terror y no invitaba a quedarse mucho tiempo.

Además, la chica no tenía mucho efectivo, por lo que tenía que ahorrar de ahora en adelante. Sacar dinero del banco suponía un riesgo demasiado grande, sería como tatuarse una diana en la frente y no podía ponérselo tan fácil a los de Base Tarántula. También se había deshecho del móvil y de las tarjetas de crédito; había hecho lo mismo con el móvil y las tarjetas de Javier, aprovechándose de su inconsciencia.

Era media tarde, y no había ni una sola nube en el cielo. El sol entraba por las ventanas cubiertas con unas roñosas cortinas de visillo. La cama estaba en paralelo y un cuadrado de sol iluminaba el cuerpo desnudo de Javier. Mimí lo había desvestido por precaución, pues si se despertaba con ganas de marcharse sin que escuchara todo lo que debía contarle, se lo pensaría dos veces. Sabía que era una temeridad no atarlo a la cama, porque cuando recuperara la conciencia la estrangularía, de eso estaba segura. Pero no quería tratar a Javier como a un vulgar delincuente y no merecía ataduras de ninguna

clase. Le estaba costando asimilar que lo amaba, ella no había amado nunca a ningún hombre y lastimarlo sería como lastimarse a sí misma.

Un quejido largo y sonoro la puso en alerta: Javier empezaba a despertarse. Ella estaba sentada en una silla frente a una mesa que se hallaba entre la cama y la puerta. Lo había dispuesto de esta manera a fin de tener todos los puntos vigilados por si entraban intrusos en la habitación, de modo que podría reaccionar rápido y dispararía a matar, lo tenía claro. El comando de Base Tarántula era muy listo, a esas horas ya sabrían de la destrucción de la sede secundaria que ella había hecho saltar por los aires, en cuyo interior encontrarían tres cuerpos carbonizados.

No contaba con tener la suerte de que todo se hubiera convertido en ceniza, pues para eso hubiera hecho falta una bomba nuclear. Ella se había limitado a ponérselo difícil con la investigación con el objetivo de ganar tiempo. En esos instantes, con toda seguridad, ya habrían iniciado las investigaciones, algo en lo que eran muy buenos. Además, en cuanto no dieran con Javier para asesinarlo y sustituirlo por Carlos y se enteraran de que ella había desaparecido, sólo les haría falta ligar cabos. Lo más seguro era que dieran la orden de matarlos a los dos, algo que tenía asumido. Vivir a partir de ahora sería una difícil empresa.

Mimí se estaba comiendo un sándwich de jamón, queso, lechuga y tomate con una Coca-Cola. Había comprado lo mismo para él antes de llegar al motel; estaba segura de que se despertaría con hambre, pues hacía casi veinticuatro horas que dormía como un bebé gracias a los somníferos.

Javier se pasó la mano por la cara, como si tal gesto pudiera sacarlo del sopor en el que estaba sumido. Tardó unos buenos cinco minutos antes de recuperar algo del control de su cuerpo y mente. Después intentó ubicarse; aunque la vista la tenía nublada enseguida percibió que aquel lugar no le era conocido. A lo lejos, escuchaba la cisterna de un váter que perdía agua; se restregó los ojos y enfocó la mirada. Se dio cuenta de que estaba desnudo y no entendía por qué. Intentó hacer memoria: estaba bebiéndose un refresco y se

encontró mal enseguida. A duras penas recordó, antes de caer en el abismo de la oscuridad, que Mimí le había puesto algo en su bebida. ¡Maldita fuera mil veces!

—Buenas tardes —dijo Mimí.

Javier no se tomó muy bien aquel «buenas tardes», le daba la sensación de que se burlaba. Se levantó tan bruscamente que la cabeza le dio vueltas y tuvo que permanecer sentado en la cama. Cuando se recuperó, vio a Mimí a un par de metros de donde estaba él. La furia que sintió fue suficiente para reactivar su cuerpo por completo. Las ganas de estrangularla fueron una bola de nieve cuesta abajo. Se levantó y apretó los dientes furioso, dispuesto a todo. Sus bíceps se hincharon rabiosos y los espinos tatuados tomaron un aspecto demasiado peligroso. Aun así, ella se mantuvo a la expectativa, pero cuando advirtió que se acercaba a ella a grandes zancadas y sin buenas intenciones, lo apuntó con su arma.

—¡Quieto o te reviento las pelotas! —exclamó apuntando directamente a su entrepierna—. Te caparé en un abrir y cerrar de ojos, y tendrás que mear sentado el resto de tu vida. No me obligues.

Javier miró su miembro, no estaba dispuesto a perder una parte tan importante de él, quizá la más importante.

—¿Por qué, Mimí?

Ella sabía a qué refería.

—Porque estamos en peligro, Javi, te estoy salvando la vida, y la mía también. Tenemos que desaparecer.

—¡No me hagas reír, siempre me dices lo mismo! —Era tan grande su enfado que no podía dejar de gritar—. ¡Estoy harto, sé cuidarme solito! Además, ¡tú y yo teníamos un acuerdo!

Mimí agradeció que no hubiera más huéspedes; también el propietario era un hombre dado a la bebida, con lo cual no se enteraría de nada y dejó que gritara, pues necesitaba desahogarse.

—Cierto, pero nuestro acuerdo sufrió un cambio cuando me enteré de los

planes de Base Tarántula. Te lo explicaré todo, pero después de que comas.

Más valía que cuando Javier se enterara de que su hermano Carlos estaba vivo lo cogiera con el estómago lleno. Le alargó la bolsa de papel, en cuyo interior estaban el sándwich y la Coca-Cola. El hombre se resignó, no podía hacer otra cosa que fiarse de ella, además ella jugaba con ventaja, al menos de momento. La cisterna seguía perdiendo agua, pero ambos ya se habían aislado del molesto e insistente sonido.

Javier no era consciente del hambre que tenía hasta oler el delicioso pan de molde untado con mayonesa. Fue ver el jamón, queso, tomate y lechuga salir por los bordes y la boca se le hizo agua. Empezó a devorarlo con ansia. Mimí disfrutaba viendo esa voracidad, era la misma que mostraba cuando la poseía. Se obligó a no pensar en ello, ya que ése no era el momento, además se sentía nerviosa porque le preocupaba que Javier no la creyera.

El hombre se zampó su comida en un santiamén, sólo le faltó chuparse los dedos. Bebió un buen trago de su lata, y ya más recompuesto, dijo:

—Vale, ya he terminado de comer; ahora cumple tu palabra.

Mimí no se iba a andar por las ramas, no cuando el tiempo corría en su contra.

—Se trata de tu hermano Carlos.

—Deja a Carlos descansar tranquilo —espetó malhumorado—. No hay nada que me puedas decir que sea lo suficientemente importante para romper nuestro pacto y disculpar el hecho de drogarme en tu obsesión por alejarme de Miami.

—¿Y si te digo que Carlos está vivo?

Se hizo un espeso silencio, sólo perturbado por la cisterna del váter.

—Te diría que mientes. Es imposible, imposible del todo.

—No cuando se pertenece a un comando como el mío. Lo imposible lo hacemos posible. Doy fe.

—No me mientas, estás jugando con fuego, Mimí —dijo el hombre entre dientes.

—¡No miento, joder! —Golpeó la mesa—. Tu hermano está vivo, tan vivo como tú y yo.

A Javier le resultaba difícil creerla, pero lo decía con tanto ímpetu... Se puso nervioso y se levantó dispuesto a marcharse de allí, pero se acordó de que estaba desnudo. No podía atraer la atención tan descaradamente, y era temerario, dadas las circunstancias.

—¿Dónde está mi ropa? —dijo mirando a un lado y a otro de la habitación.

Mimí ignoró la pregunta.

—No estoy mintiendo, sé que es difícil de creer, incluso para una persona como yo. Pero Carlos está vivo, han reprogramado su cerebro para que actúe como tú valiéndose de su odio hacia ti y tu padre.

—¡Estás loca! Lo que cuentas no tiene ni pies ni cabeza.

Ella siguió ignorándolo.

—El plan es matarte y que Carlos te sustituya. Si no te hubiera sedado y te hubiera traído aquí, seguramente a estas horas estarías muerto, y yo también.

—¡Maldita sea, cállate!

Al ver que Javier iba hacia ella con agresividad, optó por amenazarlo de nuevo.

—¡Siéntate! —le exigió—. O si no, te pegaré un tiro.

El hombre se quedó mirando el cañón del arma. Desde su perspectiva la pistola tomaba un cariz de respeto que no podía ignorar. Que algo más pequeño que él tuviera más fuerza y que aquel instrumento sin vida propia ni alma lo amenazara con más autoridad que las palabras, lo hacían sentirse frustrado e indefenso, y no le gustaba esa sensación. Por esto, y mucho más, no le gustaban las armas.

La pistola se mantenía firme en la mano de la mujer y Javier tuvo la certeza de que le dispararía si la provocaba, de modo que obedeció y se sentó con tanta fuerza que la silla crujió bajo su peso.

—Y ahora vas a escucharme —dijo con autoridad la chica—, tengo mucho que contarte y tenemos poco tiempo. No tardarán en dar con nosotros, no

podemos quedarnos más tiempo del necesario en el mismo lugar.

Mimí le explicó la experiencia sufrida con sus compañeros y su jefe en la base secundaria, sólo omitió la parte en que seducía a sus compañeros con su sexualidad. No quería que pensara mal de ella, pues le dolía demasiado. Y después de cómo Javier había reaccionado cuando la vio en la piscina con dos de los socios de su padre mejor no tantear a la suerte, ya que había demasiado en juego. También le contó que habían tenido a Carlos en la Base Tarántula, y le hizo un resumen de cómo hacer lavados de cerebro usando las tácticas de las sectas. Era un recurso que solían utilizar y daba muy buenos resultados, ella lo había visto.

Javier la escuchaba con dolor; si bien la rabia lo obligaba a revelarse contra una verdad que no asimilaba, su instinto le advertía que ella no mentía. La vida se hacía pedazos ante él y no podía evitarlo. Era tan surrealista que parecía el guion de una película de ciencia ficción, pero bien sabía, por experiencia propia, que la realidad superaba siempre a la ficción. Aun así, no pensaba dejar a su hermano a su suerte, aunque no se lo mereciera por todo el daño que había causado en el pasado. Iba a ayudarlo, se lo pedía su corazón.

—¿Ahora entiendes por qué he actuado como lo he hecho? —Mimí habló con seguridad, sabiendo que había procedido correctamente—. Debía contártelo todo lejos de Miami para que no cometieras ninguna locura. No te he drogado para lastimarte.

Javier la miró con los ojos entrecerrados. Ahora que las cosas se estaban poniendo tan feas, se había tomado demasiadas molestias, cuando lo hubiera tenido fácil para deshacerse de él anteriormente. No entenderlo lo ponía nervioso, por lo que intentaría sonsacarle el motivo.

—Has perdido la oportunidad de deshacerte de mí, con lo fácil que lo tenías...

Ella negó con la cabeza en un gesto inconsciente.

—No quería ver cómo te destruías acudiendo a casa de tu padre para enfrentarte a él y a tu hermano. Hubieras acabado muerto por Carlos o por

alguno de mis compañeros de Base Tarántula.

—Que acabe muerto te beneficia.

—Ya tuve ocasión con el Cuerdas, ¿recuerdas?

—Sigo sin entender los motivos y prefiero conocerlos para saber a qué atenerme.

Era evidente que él buscaba una explicación, Mimí también era consciente. La conversación se estaba poniendo demasiado intensa para la mujer y la hacía sentirse desprotegida. No podía sacarse el escudo ante Javier y que viera que lo amaba con locura.

—Ahora eso no tiene importancia —dijo ella—. Lo verdaderamente importante, en estos momentos, es desaparecer de la faz de la tierra sin dejar rastro.

Javier se levantó, se acercó a la ventana y miró a través de las cortinas sucias. Mimí contemplaba la espalda ancha y el trasero prieto de Javier. Se quedó sin aire, estaba aturdida de deseo y se mordió el labio inferior. Él era un hombre de belleza perfecta, y su piel bronceada, tan típica de los latinos, acrecentaba esa aura tan viril que la ponía a cien por hora.

Javier se dio la vuelta de golpe y la miró con intensidad, diciendo:

—No voy a dejar a mi hermano en manos de unos locos.

Mimí sacudió la cabeza y descendió de la nube de pasión desenfrenada en la cual se había instalado. La frase se filtró en su mente y, cuando la procesó, abrió los ojos por la sorpresa. En su mirada azul se fraguó una tormenta peligrosa de rayos y truenos. Se levantó de la silla de un salto.

—¡Estúpido! Tú tienes la oportunidad de salir adelante, Carlos no. ¿Acaso no entiendes que vas a tratar con gente sin escrúpulos? Son mercenarios, y de los buenos.

—No son mejores que mi padre, así que no me viene de nuevo. Además, no te estoy pidiendo permiso ni que vengas conmigo, tú puedes hacer con tu vida lo que te dé la gana, que es lo que voy a hacer yo con la mía.

Mimí tenía ganas de darle una paliza hasta que entrara en razón, pero su

mirada oscura y sus labios apretados le advertían de que no lo dejaría estar. Aun así, debía reconocer que tenía razón: podía hacer con su futuro lo que le diera la gana y ella no podía impedirselo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó la mujer.

—Dame mi ropa —pidió acercándose a ella.

—No hasta que me digas qué vas a hacer.

—Nuestros caminos van a separarse y es más seguro para ti que no lo sepas.

A Mimi no le gustó que utilizara la palabra «separarse». El estómago se le revolvió, pues no quería alejarse de Javier, por lo que decidió en una fracción de segundo quedarse a su lado y ayudarlo.

—Voy a ayudarte —reveló ella.

—No te lo he pedido.

—Lo sé.

—No creo que sea buena idea, me gusta trabajar solo, siempre lo he hecho.

—Eres un gilipollas, deja tu orgullo a un lado, eso no salvará a Carlos. Yo formaba parte del comando, sé cómo piensan, cómo actúan, lo tendrás más fácil si te ayudo.

Javier se tomó unos segundos para meditarlo.

—Está bien —decidió éste al fin.

—Vale, ahora dime tu plan.

—Cambiaremos de nombre y de vida.

—Para eso hace falta recurrir a contactos, y no puedo acudir a los míos, pues están relacionados con Base Tarántula.

En ese instante Javier se acordó de Varek cuando le pidió ayuda para la familia del Cuerdas con el fin de salvarles la vida.

—Varek nos ayudará —dijo de pronto el hombre.

—¿Nos podemos fiar de él?

—Con los ojos cerrados. —Se pasó la mano por su cabello rapado—. Me dejaré crecer el pelo y también la barba, cambiaré mi estilo de vida y de ropa.

Javier se acercó a ella y tomó en la mano un mechón de su cabello rubio, lo acarició y le agradó su tacto satinado. Se entretuvo a propósito, pues quería alargar el instante porque le gustaba tenerla cerca.

—¿Qué haces? —preguntó ella en un susurro temblando de deseo.

La cercanía de Javier, su piel caliente y su olor masculino le humedecieron su sexo; tuvo la sensación de que la habitación se empequeñecía ante tantas emociones.

—Estaría bien que cambiaras tu aspecto, teñirte el cabello de moreno... — Se quedó sin habla. Notaba la respiración jadeante de ella cerca de su mandíbula, sus pechos apretados en un top rosa chicle con sus pezones marcados lo excitaron; su pene creció rápido, sus testículos se tensaron de dolor y un siseo brotó de su boca. No quiso que ella se diera cuenta, se dio la vuelta y se alejó hasta la ventana—. Necesito mi ropa.

De pronto precisaba de sus prendas para esconder su deseo por ella, que ya no era lujuria descarnada, había mutado y deseaba hacerle el amor como la última vez. A su espalda escuchó cómo ella caminaba, miró de reojo y vio que sacaba las prendas de debajo del colchón. Javier sonrió, Mimi era una chica lista.

—Aquí la tienes —dijo acercándose por detrás.

Javier se volteó y ella apreció la hombría alzarse por encima de aquella mata de vello púbico rizado. La boca se le hizo agua y dejó caer de sus manos la ropa.

—Sé que debemos marcharnos, pero aún tenemos un poquito de tiempo. Te deseo, Javi, aquí y ahora. Fóllame.

Javier la agarró de las muñecas y la atrajo a su cuerpo.

—No quiero follarte, quiero hacerte el amor una vez más —susurró él cerca de su boca húmeda.

—¿Fingirás que me amas?

En sus labios ella puso la sonrisa más extraordinaria jamás habida y él quedó hipnotizado; ni los pétalos de una rosa eran más perfectos que aquella

boca.

—¿Fingir? —musitó él con tristeza, no podía fingir cuando un sentimiento tan profundo le salía del corazón por sí solo, pero no estaba dispuesto a que ella lo supiera—. Fingiremos que nos amamos.

Se abandonaron al deseo y a lo que sus almas sentían, que silenciaron cuando de sus bocas estuvieron a punto de pronunciar un «te quiero» sincero.

Después se fueron del motel dispuestos a sobrevivir en un mundo que tenían en contra.

Capítulo 10

El negro de la noche desapareció y dio paso a la luz y el color del amanecer. El ajeteo de la ciudad bullía como cada día y sus ruidos inundaban el ambiente. El mar era un revuelto de espuma y plata. El cielo azul estaba teñido de esperanza y de historias por vivir.

Varek había ido temprano a su nueva oficina del bufete Farrow & Baker Lawyers. En Nueva York tenía un despacho igual de grande y lujoso decorado con muebles minimalistas que aportaban al ambiente un aire impersonal y distante. En cambio, el nuevo de Miami había decidido amueblarlo de forma más tradicional y clásica, con toques más modernos y vanguardistas como su butaca, sillas, sillones y el sofá todo en blanco. Su decorador había sabido darle forma a su idea; el resultado le encantaba, pues tenía un aire acogedor, cercano y familiar que activaba en la mente recuerdos de antiguas generaciones, y eso daba confianza al cliente. Sin duda había sido un acierto.

Estaba muy ilusionado con la nueva etapa laboral que se abría ante Daniel y él. No sólo seguirían con lo que estaban haciendo, sino que habían montado un departamento dentro del bufete para ayudar a defender a gente sin recursos. Siempre había personas víctimas de sujetos sin escrúpulos, tal como había sido él en el pasado cuando dejó en la miseria a Mady. Pero, por suerte, todo aquello había cambiado y no dejaría las injusticias sin castigo. Suspiró de alivio, nunca hubiera pensado que intentar ser mejor persona lo descargara de un peso que no sabía que llevaba encima. Además, tenía claro que a su hijo lo educaría para que hiciera el bien y fuera un ser humano. ¡Más valía que se pareciera a su madre!

Varek había estado trabajando un buen rato y en aquellos instantes estaba

tomándose un descanso, cavilando con sus cosas. Siempre quiso dedicarse a la política, pero adentrarse en ese mundo requería grandes dosis de hipocresía y recurrir a la mentira cuando hiciera falta. Él no deseaba ser esa clase de político, no quería volver a ser el mismo de antes de conocer a Mady. Sin embargo, estaba decidido a tirar su proyecto adelante con ayuda de Daniel. Ambos darían lo mejor de sí mismos, lucharían contra gente como los Holden, que actuaban como si el mundo les perteneciera. Estaba muy motivado con los nuevos proyectos que se abrían ante él, pues los retos lo motivaban.

Dejó de pensar en el futuro y se centró en el presente. Estaba saboreando un café sentado frente a su gran escritorio de directivo de madera noble. Detrás de él, la pared la formaba un gran ventanal; se impulsó con el pie para mover su sillón giratorio. Dio un sorbo observando un mar algo revuelto, no le prestaba mucha atención, pues pensaba en la llamada que había recibido de buena mañana de Javier y se sentía intrigado, ya que él no le había querido contar nada. En unos días se verían en el mismo sitio que quedaron tiempo atrás para que lo ayudara con el asunto familiar del Cuerdas.

No le dio más vueltas, tenía trabajo, por lo que se terminó el café y se impulsó con el pie, de nuevo, para que su sillón diera otra media vuelta. Dejó la taza encima de su flamante escritorio y miró el reloj: eran casi las diez, la hora en la que Harry le había pedido una entrevista. Si venía a convencerlo para que se casara con Rebeca lo iba a echar rápido. En el fondo no tenía ganas de hablar con el perro faldero de su ex, pero había insistido tanto y lo había notado tan nervioso que accedió de mala gana. Además, Mady no tardaría en llegar para que la acompañara al médico, algo que no quería perderse porque le harían una ecografía y se moría de ganas de ver a su hijo, o hija. Varek sonrió tontamente, la idea de formar una familia lo llenaba de una felicidad tan grande que no cabía en sí de gozo.

Respiró profundamente: las aletas de la nariz se abrieron y captó el aroma a nuevo que flotaba en el ambiente. Pensó que era un olor que definía a la perfección su vida: nuevos proyectos, nuevas ilusiones... Lo tenía todo para

ser feliz, no había excusas para no serlo. Agradecía al cielo que le hubiera dado tanto y se esforzaría por ser mejor en todo, como una manera de rendir homenaje a las oportunidades que se abrían ante él.

Harry llegó puntual a la cita. El abogado lo recibió con cierta frialdad, aun así, le ofreció un café o una bebida que el secretario rechazó, no por mala educación, sino porque debido a los nervios tenía el estómago revuelto.

—Gracias, Varek, por recibirme —dijo Harry tomando asiento en una butaca de delante del escritorio.

—Admito que estuve a punto de no hacerlo. Pero yo no soy como Rebeca.

Harry no se mostró molesto, en el fondo lo entendía.

—Nuestra relación nunca fue buena —dijo el secretario—, así que no me ofendo.

—De todos modos, si vienes a convencerme de algo relacionado con la bruja de tu jefa, creo que pierdes el tiempo. De entrada, ya te digo que no, sea lo que sea.

Harry lo observó. No se andaba por las ramas, y eso le gustó; de hecho, siempre había sido así, pero nunca lo valoró suficiente. Desde que no trabajaba con Rebeca la perspectiva de muchas cosas estaban cambiando para bien. De pronto no supo cómo continuar la conversación, quería encontrar las palabras idóneas, necesitaba que diera la sensación de que se merecía ser escuchado.

—Rebeca y yo hemos roto nuestra relación laboral —informó Harry—, aunque sigo viviendo en su casa por otros motivos. Si pudiera me echaría a patadas; bueno... eso es demasiado optimista, estoy seguro de que quiere verme muerto.

Varek arqueó las cejas en un gesto que mostraba sorpresa. Dedujo que, tal vez, estaba allí para pedirle un puesto en su bufete, por lo que no perdió ni un segundo en dejarle clara su opinión.

—Si me vienes a pedir trabajo, no creo que éste sea el lugar, me costaría confiar en ti, a pesar de que sé que eres muy bueno en lo que haces y que

serías un buen fichaje para Farrow & Baker Lawyers.

Ésa era otra cualidad que admiraba de Varek: la diplomacia. Lo rechazaba con buenas palabras, evitaba con ello una confrontación verbal que no llevaría a ninguna parte. Varek había llegado a la cima del éxito por méritos propios y no por haber tenido como novia a una Holden, algo que Rebeca tampoco quería entender. Cuando una persona tenía talento, los contactos o los tráficos de influencia poco importaban. De acuerdo que al salir con ella su fama se había disparado y, en consecuencia, su cartera de clientes había crecido más de lo esperado. Sin embargo, de nada hubiera servido si no hubiera ganado los juicios. Además, era guapo y rico, y ya antes de conocer a Rebeca estaba entre los hombres solteros más deseados y entre las personalidades más influyentes.

—No estoy aquí para pedirte trabajo, pero te agradezco la sinceridad. Yo venía a hablar de Rebeca y del padre del hijo que espera.

«Vaya, la conversación se está poniendo interesante», pensó Varek. Observó al hombre sentado; a pesar de que no lo podía ver en su totalidad porque el escritorio se interponía entre ambos, podía advertir que se agarraba las manos como intentando controlar los temblores. Definitivamente estaba muy nervioso, y reconocía que jamás lo había visto en aquel estado. Además, había adelgazado y su calva parecía estar creciendo a pasos agigantados. Ese hombre no estaba bien.

—Supongo que sabes que solicité una prueba de paternidad, si es mío asumiré mi papel de padre.

—No hará falta que pidas tal prueba, ese hijo no es tuyo.

Varek se acomodó en su sillón; en cierto modo se sentía tranquilo. Y aliviado. Aun así, que le mintieran lo ponía de muy mal humor. A esas alturas ya no debería sorprenderle, pero no podía evitar enfadarse.

—¿Estás diciendo que Rebeca me ha engañado? —preguntó el abogado.

—Sí.

—¿Quién es el padre?

—Yo.

Varek alzó la comisura izquierda de su labio esbozando una sonrisa sarcástica; bien sabía que Harry era homosexual, y que él intentara tomarle el pelo era más de lo que podía tolerar. Le vinieron ganas de echarlo a patadas, sin embargo, se lo pensó y no lo hizo, pues quería ver hasta dónde llegaba.

—Harry, no estoy para bromas, sé tu orientación sexual.

—No niego mi homosexualidad, pero eso no me incapacita para concebir.

Varek echó su cuerpo hacia delante y apoyó las manos en el escritorio en un gesto autoritario, había cosas que escapaban a su raciocinio y eso le daba desventaja. Debía saber toda la historia ya mismo, porque había mucho en juego.

—Explícate —exigió el abogado.

Harry lo miró con cierto temor, no obstante, no tenía miedo y no se achantaría. La verdad debía salir.

—Rebeca me amenazó, quería atraparte como fuera y me obligó a... —su voz se apagaba lentamente, en sus ojos pardos habitaba la vergüenza—... a acostarme con ella... Yo... yo... utilizaba la viagra que ella me proporcionaba...

Sólo de acordarse de esa etapa le vinieron arcadas. Varek se dio cuenta, se levantó y le sirvió un vaso de agua. El secretario no lo miraba por vergüenza, aun así, se lo agradeció con un «gracias» susurrado a media voz. Sus manos temblaban tanto que el líquido estuvo a punto de desbordarse. Varek se compadeció y quiso brindarle consuelo; le apretó el hombro en un gesto amable. Entonces, Harry giró el rostro y se contemplaron mutuamente, el abogado pudo apreciar en el rostro y ojos el sentimiento de culpabilidad, por lo que decidió no preguntarle por los detalles. No hurgaría en una herida que parecía ser demasiado profunda.

—¿Entonces tú eres el padre? —preguntó Varek volviéndose a sentar en su sillón.

El aludido asintió con la cabeza, carraspeó para aclararse la garganta y expulsarse la vergüenza que parecía haberse acumulado en su interior.

—La idea de Rebeca era abortar cuanto tú te hubieras casado con ella.

—¿Cómo ha podido Rebeca caer tan bajo? Entonces nunca me acosté con ella.

—No. Te drogó para que pareciera lo que no era.

Una parte de Varek sentía un alivio inmenso, pero la otra tenía ganas de estrangular a Rebeca. Suerte que no estaba en el despacho, pues no creía poderse controlar.

—Y casi le sale bien, por poco pierdo a la mujer que amo.

—Rebeca contaba en que Mady te dejaría, pero todo le ha salido mal. Está obsesionada y eso la hace peligrosa.

—Lo sé, estoy tomando medidas para que no se acerque a Mady. Y dime: ¿por qué me lo cuentas? ¿Qué sacas haciéndolo?

—Yo no saco nada, lo estoy haciendo por mi hijo.

—No te entiendo, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

—He venido a pedirte ayuda, no para mí sino para mi hijo. No sé qué va a suceder, pero Rebeca está planeando algo, ha decidido tirar su embarazo adelante y no lo entiendo, no creo que haya sido por mis amenazas. Ella es retorcida, malvada y se deshará del bebé en cuanto nazca, lo odia, me lo ha dicho muchas veces. Necesito que cuides de mi hijo.

—Harry, ése es tu papel, eres el padre.

—Yo no sé si estaré cuando nazca.

—Hay algo que no me cuentas, ¿verdad?

—Siempre fuiste muy suspicaz, de ahí tu éxito como abogado y empresario.

—No estamos hablando de mí.

—Está bien, sí, tienes razón, hay más, pero es mejor que no lo sepas, todavía. Confía en mí, por favor, el día que se sepa la verdad querrá decir que estaré muerto y eso sucederá más pronto que tarde.

—Quiero saberlo todo, así que habla.

—Piensa en Mady, si no te digo nada ahora es para protegeros de los Holden, todos son tan retorcidos como Rebeca. Intentarán esconder la verdad

a cualquier precio y quiero asegurarme de que no puedan. Sólo te pido un poco más de tiempo.

Varek lo entendió y transigió.

—Está bien, de momento creeré en ti, pero si me decepcionas...

—No te decepcionaré, por mi hijo haré lo que sea. Y ahora, ¿me prometes que lo cuidarás y que harás de él una persona de provecho?

—¿Cómo sabes que cumpliré mi palabra si te digo que sí?

—Porque Mady te ha cambiado y eres una persona digna de mi confianza. ¿Te crees que pondría la vida de mi hijo en unas manos que no fueran seguras?

Varek se tomó unos segundos para pensar, decidió que no daría la espalda a un inocente dejándolo en manos de Rebeca.

—De acuerdo, yo me encargaré de tu hijo.

—Gracias...

Los ojos se le llenaron de lágrimas, sentía cómo un peso desaparecía, incluso podía respirar con más facilidad. Varek se dio cuenta.

—Ehhhh... no tan deprisa —comentó el abogado—, me encargaré de tu hijo siempre que tú no estés para hacerlo. Un niño debe estar con su padre.

Harry sabía que para cuando naciera no estaría en el mundo de los vivos, por lo que sería fácil decirle que sí.

—De acuerdo, si yo no estoy, te encargarás de él —concluyó Harry, se levantó y le alargó la mano, su interlocutor también se alzó y le aceptó la despedida—. Muchas gracias, Varek, no sabes lo que significa para mí. Pronto tendrás noticias mías sobre el otro asunto.

—Está bien, nos mantenemos en contacto.

Harry salió del despacho con ánimos renovados, ahora podía morir tranquilo. Cuando entró en el ascensor, se sacó la ecografía de su hijo del bolsillo y la besó.

—Hijo, te he dejado en las mejores manos. Te quiero —afirmó en voz alta, pues no había nadie salvo él en el habitáculo.

Sólo esperaba que si algún día su hijo se enteraba de la verdad no lo

odiara. Harry suspiró sabiendo que Varek y Mady se lo harían entender y le explicarían que su padre murió para salvarlo.

Varek seguía en el despacho, miró su reloj, pronto vendría Mady para que fueran juntos al médico. Mientras se tomaba otro café repasó la conversación; aún no daba crédito a lo que había oído. Rebeca era mucho peor de lo que creía, de una buena se había librado. Si se hubiera casado con ella, su vida hubiera sido un infierno, y bien lo hubiera merecido, porque antes de conocer a Mady él era muy parecido a Rebeca. Su ambición no había tenido límites, y habían sido muchas las veces que había recurrido a las argucias más mezquinas para salirse con la suya. Pero por otra parte agradecía al cielo haber cambiado gracias a su diosa pelirroja. Si de una cosa se sentía satisfecho era de empezar una nueva vida junto a Mady.

Habían pasado unos cinco minutos cuando ella hizo aparición.

—Hola, ¿se puede? —pidió la mujer sacando la cabeza por la puerta un poco abierta.

—Hola, cariño —saludó Varek, su rostro se iluminó—. Claro que sí, tú jamás tienes que pedir permiso para entrar.

Mady entró, el hombre se levantó y se acercó a ella, la besó y abrazó, buscando en ese contacto una paz que sólo llegaba cuando estaba con ella. Mady tenía el don de sosegar su rabia, y en ese instante había alcanzado cotas demasiado elevadas para su paz mental debido a las revelaciones de Harry.

—No sabía si estabas reunido —dijo la chica.

—No te preocupes por eso, mi secretaria te hubiera avisado.

—Me ha ocurrido una cosa sorprendente. Al entrar en el edificio me he encontrado a Harry Cook. Ha sido muy amable, incluso me ha dado las gracias y no sé por qué —dijo encogiéndose de hombros.

—Ha venido a verme.

—¿Ah sí? —soltó sorprendida.

—Sí, y hemos tenido una charla de lo más interesante sobre Rebeca. —Advirtió como la mirada de Mady se agitaba—. No te preocupes, cariño.

Harry me ha quitado un peso de encima. El hijo de Rebeca no es mío, nunca me acosté con ella.

La sorpresa se reflejó en cada rasgo del rostro de Mady, pronto se transformó en una expresión de desahogo, porque saber la verdad le había quitado un peso de encima. Varek le explicó toda la conversación, Mady lo escuchaba y no pudo evitar sentir pena por Harry y, a la vez, compadecerse de su hijo.

—Me alegro de que quieras ayudar al hijo de Harry —dijo la mujer agarrando las manos del hombre; las apretó con cariño.

—¿No te importa? Es algo que también te afectará, por eso Harry te ha dado las gracias.

—Ambos cuidaremos del hijo de Harry si es necesario, esperemos que no.

—Ahora me estoy dando cuenta de que me he comprometido en un asunto en el que no te he pedido opinión, y tú y yo formamos un equipo.

—Cariño, esto no es como comprar una casa —dijo ella haciendo alusión a que Varek decidió adquirir un hogar sin consultarle—. Se trata de personas, de un bebé. Pero no podemos olvidar que ese bebé tiene madre y padre.

—Padre sí, madre no.

—Quizá Rebeca cambie cuando nazca y lo sostenga en sus brazos, a veces sucede.

—No en una mujer como Rebeca, ella es supremacista, retorcida, manipuladora... —Se censuró cuando se dio cuenta que su afán por insultarla iba en aumento, hizo una rápida exhalación para sacarse la rabia de encima y continuó—: Dar a luz un hijo de un hombre inferior en clase a ella, y que encima es gay, es una deshonra, los Holden también lo verán así. Se desharán del niño tan pronto como salga del vientre de su madre en el caso de que Harry no esté para evitarlo, lo tengo claro.

—¿Tan crueles son los Holden?

—Sí, siempre han sido así y no cambiarán.

—¿Y qué vas a hacer con Rebeca ahora que sabes la verdad?

—Mi primer impulso ha sido el de ir a verla, pero no quiero más peleas, porque pondría en una situación muy mala a Harry y a su hijo. Creo que lo mejor es que pase el tiempo y decidir sobre la marcha. Con Rebeca es imposible llegar a un acuerdo, al menos de momento. Quizá, más adelante..., pero creo que es más un deseo por mi parte que una realidad.

—También pienso que es mejor esperar un poco a ver qué pasa.

Varek miró su reloj.

—Llegaremos tarde al médico si no nos vamos ahora mismo. —La besó en la mejilla, después la cogió de la mano y enfilaron a la salida agarrados, tal como la vida se agarra a la felicidad—. Por el camino te explicaré las novedades que tengo sobre Javier y Mimí.

* * *

Base Tarántula había tomado la decisión de poner en marcha su plan, a pesar de no haber podido ejecutar una parte: asesinar a Javier. El tiempo apremiaba y la avaricia de sus dirigentes más todavía, por lo que Carlos había sustituido a su hermano Javier. Llevaba tatuados los brazos con espinos como su gemelo, se había rapado el cabello, vestía con ropa estilo casual y también había ensayado la expresión de refunfuño, tan característica en la familia Hernández, pero que en Javier se pronunciaba más. Además, había ensayado varias posibles escenas con sus gestos y conversaciones como una manera de interiorizar que él era el verdadero Javier. De todos modos, había una parte en su interior que debía ocultar, pues su pierna derecha fue amputada por debajo de la rodilla por las mordidas de los cocodrilos y los aligátores. Llevaba una prótesis especial que habían diseñado para él, aunque a veces, cuando estaba cansado o nervioso, tenía tendencia a cojear, algo que debería evitar si no quería ser descubierto por su padre.

De momento, todo estaba saliendo tal como se había planeado. Si bien Carlos moría por asesinar a su gemelo de la manera más cruel posible, se

conformó, o mejor dicho: le hicieron ver que aquello no era importante y que con el tiempo podría cumplir su deseo de matarlo. En realidad, Carlos era una sombra hecha de retazos que habían incrustado en su cerebro. Le habían hecho creer que Javier, desde pequeño, había manipulado a su padre y a la gente de su alrededor para que lo odiaran, que él era bueno y que tenía derecho a matar a su gemelo y quedarse con el imperio Hernández a fin de hacer justicia. Esa parte había sido fácil, otras no tanto, pues habían precisado más tiempo del necesario dada la complejidad de la mente de Carlos, pues enseñarle a comportarse como su hermano requirió sesiones duras, incluso torturas psicológicas. Aun así, la crueldad innata de Carlos seguía viva en sus entrañas. Era algo que en Base Tarántula no habían cambiado porque necesitaban de su violencia enajenada. Carlos se había convertido en un hombre perdido en el pasado, presente y futuro, un futuro que no le pertenecía y que ya tenía dueño. Los dirigentes de Base Tarántula decidían por él, sólo era un pelele en manos expertas.

Juan Hernández, ajeno a la verdad del Javier que contemplaba, estaba eufórico. Su hijo, en el que había depositado toda su confianza, no lo estaba defraudando, era su heredero y su mejor baza para seguir con su estirpe. Apenas hacía unos minutos su ascendente acababa de matar, delante de sus narices, a un díscolo coyote que había echado por tierra un buen negocio por avaricia. El tráfico de inmigrantes le proporcionaba unos beneficios enormes de los que no pensaba prescindir y le habían dado su merecido. Ahora ese hombre y su familia eran pasto para los gusanos.

Padre e hijo estaban en la limusina de camino a casa. Juan observó a su hijo.

—¿Te pasa algo, papá?

El pecho de Juan se hinchó de orgullo. Ése era otro de los cambios de su hijo, pues lo llamaba papá con naturalidad, algo que no había hecho hasta el momento.

—Tranquilo, no me pasa nada —informó el anciano.

—Es que me miras como si estuvieras pensando algo de mí.

—Cierto, estaba pensando que me siento orgulloso.

El falso Javier meditó que ése era el momento para solicitarle volver a casa.

—Me alegro, sé que no empezamos nuestra nueva etapa con muy buen pie, pero me he propuesto recuperar el tiempo perdido y me gustaría dejar mi apartamento y regresar a casa.

—Me parece muy buena idea, ¡lo celebraremos con una gran fiesta!

El orgullo de Juan por el cambio de su hijo crecía por momentos. El hijo disimuló su maquiavélica euforia y se limitó a sonreírle falsamente. La tarea de vigilarlo le resultaría más sencilla si se mudaba, pues su misión era la de averiguar todos los entresijos de los negocios fraudulentos de su padre, en los que muchos países estaban implicados. Juan había creado una estructura mafiosa que le daba beneficios e ilimitado poder, unas redes que se extendían por todas las capas de la sociedad. Incluso dentro de las familias políticas tenía voz, eso le permitía tomar decisiones dentro de los gobiernos en beneficio propio. Juan era intocable, hacía y deshacía a su antojo y Base Tarántula ansiaban quedarse con tanto poder a través del hijo. Cuando consiguieran su objetivo, Carlos en persona, porque así se lo habían prometido, mataría a su progenitor para quedarse con el imperio Hernández.

El móvil de Juan sonó y atendió la llamada.

—De acuerdo, dile que ahora vamos para allá —dijo el anciano, dando por zanjada la llamada, y colgó.

—¿Problemas? —preguntó el hijo al darse cuenta de que las arrugas de su padre habían tomado un aire muy severo.

—No.

—Te veo preocupado.

—Más que preocupado, estoy intrigado; en casa nos espera Rebeca Holden, nunca jamás hubiera creído que una Holden pudiera pisar mi hogar. Esos orgullosos gringos no se mezclan con gente que no sea de su calaña.

—¿Rebeca Holden no era la prometida de Varek? —dijo entre dientes; odiaba a Varek y eso no había cambiado.

—Sí, no sé qué querrá, pero lo averiguaremos en los próximos minutos.

La limusina tardó aún diez minutos en llegar a la mansión debido al denso tráfico. La criada informó a padre e hijo de que Rebeca estaba esperándolos en el salón de invitados. La estancia era amplia, digna de una mansión lujosa en la que Juan hacía ostentación de su poder y dinero. En el centro había dos grandes sofás de piel puestos en paralelo; entre ellos se ubicaba una gran mesa de centro de oro y cristal. La pared del exterior era un gran ventanal que daba a un jardín rebosante de plantas tropicales y creaba la sensación de ser un gran cuadro.

Cuando los hombres entraron, se encontraron a Rebeca saboreando una copa de vino frente al ventanal. Estaba abstraída mirando las flores del jardín.

—Buenas tardes, señorita Holden —saludó Juan, sacando a Rebeca de sus pensamientos. Se acercó a ella, le cogió la mano y se la besó como haría un noble caballero—. En mis ojos no cabe tanta belleza, es usted más hermosa al natural, desde luego que las revistas no le hacen justicia.

—Señor Hernández, es usted muy gentil.

A Rebeca le encantaban los halagos, aunque éstos vinieran de un corazón tan negro como el suyo. En ese momento entró la sirvienta con una bandeja de plata y dos copas de vino para ellos, inmediatamente después se marchó y cerró la puerta.

—¿Conoce usted a mi hijo Javier? —preguntó Juan, apartándose a un lado para presentarle a su vástago con orgullo.

—No tengo el placer —comunicó ella alargando la mano y saludando al hombre.

—Encantado, señorita Holden —saludó el falso Javier.

A pesar de que Rebeca había dicho que no conocía al hijo, la verdad era que antes de acudir a la cita se había informado muy bien sobre la familia Hernández. En un principio se alegró de que fueran de todo menos honrados,

pero cambió de parecer cuando dedujo, a través de reportajes periodísticos, que se trataba de una familia tan ambiciosa y tan rica como la suya. No tenía muy claro si saldría de allí con un aliado o con un enemigo, pero había decidido jugárselo todo a una carta. El premio bien merecía la apuesta.

—Pero, por favor, siéntese —pidió con amabilidad fingida Juan, pues no le gustaban las mujeres altaneras—. Y dígame a qué debo tan extraordinaria visita.

Rebeca tomó asiento, y los hombres lo hicieron en el sofá de enfrente. La dama dejó su copa encima de la mesa de centro.

—Quisiera hablar de negocios con usted, señor Hernández. Son asuntos muy delicados y quisiera tratarlos en privado —dijo mirando al falso Javier.

Juan estuvo a punto de estallar a carcajadas; no había nada que ella le pudiera ofrecer que le resultara tentador, pues lo tenía todo: dinero y poder. Dio un sorbo a su copa, después sacó un puro de una caja de oro burilada que había en la mesa de centro y encendió el habano. Se tomó su tiempo, chupó, aspiró y expulsó el humo con una tranquilidad pasmosa. A Rebeca esa actitud la molestó, lo consideró una falta de educación y sus facciones se tensaron; a duras penas pudo disimular una mueca de desprecio. Después de unos segundos, Juan se acomodó en su asiento y se centró en la joven Holden.

—Mi hijo se queda —afirmó con dureza Juan, taladrando a la mujer con su mirada oscura. Su perigallo se tensó debido a la brusquedad que mostraba; por otra parte, le agradó ver cómo ella se encogía de miedo—. Le conviene que se quede aquí.

El falso Javier esbozó una sonrisa irónica y Rebeca se tomó tales palabras como una amenaza. La garganta se le quedó seca al instante y tuvo que agarrar su copa y dar un sorbo a su vino para humedecer su boca. Tal vez era una imprudencia estar allí sola con esos hombres que destilaban crueldad en sus miradas y poses, advirtiéndola de no contrariarlos. Jamás se había encontrado con semejantes individuos, pues estaba acostumbrada a ser ella la que intimidaba y marcaba las reglas. Aun así, decidió seguir adelante con su plan.

—Está bien —dijo Rebeca, cruzó las piernas y suspiró—. ¿Le parecería maleducada si fuera directamente al grano? Tengo algo de prisa...

—Se lo agradecería, el tiempo es oro.

Estaba claro que la joven Holden quería largarse de allí cuanto antes. A Juan no lo engañó con su excusa y la detestó todavía más, no sólo era altiva, sino mentirosa. Y odiaba a las mujeres como ella. En realidad, lo que le molestaba a Juan era darse cuenta de que se trataba de una versión de él mismo en femenino, por tanto, casi podía deducir sus pensamientos; sin duda no podría darle nunca la espalda.

—Quiero que mate a Harry Cook, mi secretario —Se sacó una foto de él del bolso y se la entregó—. Tiene un *pendrive* con información reservada, por eso antes de que lo maten debe confesar dónde lo tiene escondido para destruirlo. Me importan bien poco los métodos de tortura que empleen. Y también quiero que secuestre a Mady cuando esté a punto de dar a luz y que me entreguen al bebé, y que después la maten y hagan desaparecer el cadáver.

Las entrañas del falso Javier se removieron en cuanto escuchó el nombre de Mady, se tensó de tal manera que sus músculos se quejaron, la pierna derecha le hizo daño y la prótesis le molestó. Su recuerdo se mantenía vivo dentro de su cabeza, y una serie de imágenes de Mady, cuando vivía en la Hacienda Hernández, brotaron en su mente. Sin embargo, se esforzó por esconder sus emociones, pues debía mantenerse neutro para que su padre no sospechara nada.

Por su parte, Juan alzó las cejas y cabeceó levemente.

—¿Sabe lo que me está pidiendo? —inquirió mirándola, dio una bocanada a su puro—. Una Holden asesina... —Una carcajada burlona escapó de su boca.

La barbilla de la dama se alzó hacia arriba evidenciando su orgullo malherido, por lo que no dudó en atacar.

—Señor Hernández, usted no es quién para juzgarme, dado que su historial deja mucho que desear...

El anciano la interrumpió.

—No vaya por ese camino. No toleraré que sea irrespetuosa con mi apellido, yo no la necesito, usted a mí, sí.

Rebeca se mordió la lengua, ese hombre la sacaba de quicio, pero lo que más la molestaba era que tenía razón. No obstante, pronto lo tendría comiendo de su mano, así que se serenó y recuperó la compostura.

—Aunque no lo sepa, usted también me necesita —manifestó ella marcando cada sílaba.

—No hay nada, absolutamente nada de usted que pueda interesarme, tengo tanto poder y dinero como cualquier Holden.

A Rebeca le enfurecía que un hombre como Juan se comparara con su familia.

—No se equivoque. No sea tan vanidoso comparándose con los Holden.

—Señora mía, no voy a entrar en el juego de quién de las dos familias la tiene más larga.

—No es dinero lo que quiero ofrecerle a cambio.

—Explíquese.

—Los Holden somos propietarios de la naviera más grande del mundo.— Contempló cómo los labios de Juan se ensanchaban en una gran sonrisa; bien..., ya empezaba a comprender—. ¿Se imagina tener vía libre en todos los puertos del mundo?

Se incorporó lo justo para coger su copa de vino y darle un sorbo, un sorbo que supo a victoria. En ningún momento dejó de mirar a Juan, veía el brillo de la codicia en sus ojos. Había dado un golpe de efecto y se sentía ganadora.

—Es tentador... —señaló Juan, y se acarició la barbilla.

—Demasiado tentador —añadió su hijo que hasta ese instante se había mantenido callado.

Su padre lo miró de reojo y le agradó percibir el ansia de poder cubrir su rostro.

—Le estoy abriendo las puertas del mundo si me complace en mis

demandas —puntualizó la dama.

—Reconozco que ha captado mi interés. Me lo pensaré —dijo el anciano.

—No, necesito una respuesta ahora. O lo coge o lo deja; es una oportunidad que sólo pasa una vez en la vida.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Juan.

—Mi secretario, necesito el *pendrive* y sacarme a Harry de encima ya mismo. Con Mady es diferente, hay que esperar cuando esté casi a punto de dar a luz. —Se levantó y alargó la mano en dirección a Juan—. ¿Cerramos el trato?

Juan sostenía el puro en los labios, cuya punta acariciaba con la lengua; miró aquella delicada mano. La decisión la había tomado desde el momento en que la mujer había nombrado que los Holden poseían la naviera más grande del mundo. Pero no debía mostrarse muy alegre o ansioso, pues se trataba de que ella tuviera la impresión de que él le estaba haciendo un favor, a pesar de haberle ofrecido el mundo en bandeja de oro.

El anciano, después de unos tensos segundos, se sacó el habano de la boca y lo sostuvo entre los dedos, entonces habló.

—No me gustan las prisas.

Ella seguía con la mano tendida y entrecerró los ojos, como si lo retara.

—Si salgo por la puerta de esta casa sin una respuesta, le ofreceré mi negocio a otra persona.

Juan admiró su valentía, pocos eran los que se atrevían a presionarlo, con todo no podía dejar que fuera a la competencia. Aun así, no le gustaba esa mujer, era traidora por naturaleza, lo olía, por lo que sería él quien marcaría los tiempos. Entonces, alargó su mano y estrechó la de ella, y dijo:

—Acepto, pero con condiciones.

Separaron sus manos.

—¿Qué condiciones?

—No acepto órdenes, y menos de una mujer. Yo decidiré cuándo y cómo.

A Rebeca le gustaba controlarlo todo, sin embargo, no le importaba hacer

alguna concesión.

—Está bien.

La mujer se sacó una tarjeta de presentación del bolso y se la entregó a Juan.

—Éste es mi móvil, me encontrará a cualquier hora. No quiero errores, el precio que le pago es grande.

—Yo nunca cometo errores. Nos mantendremos en contacto. Avisaré a la sirvienta para que la acompañe a la salida.

—No hace falta; sé el camino.

Se despidieron con sonrisas fingidas que parecían témpanos puntiagudos. El odio y el dinero hacían compañeros de viaje peligrosos.

—¿Nos podemos fiar de ella? —preguntó el hijo cuando ella se marchó.

Juan dio una calada a su habano.

—No.

A decir verdad, el falso Javier no esperaba otra respuesta. Hizo amago de levantarse, pero su padre lo detuvo agarrándolo de la muñeca.

—¿Te supone un problema secuestrar a Mady, arrebatarle a su bebé y matarla? —preguntó el padre mirándolo a los ojos con intensidad.

El hijo no dudó en responder, aunque dijera algo que no pensara, se limitó a engañarlo.

—No, Mady es agua pasada.

Por mucho que quisiera imitar a su hermano Javier, por Mady sentía la misma obsesión enfermiza que tuvo en el pasado cuando era Carlos. Y ahora se le presentaba una oportunidad para tenerla en su poder sin levantar sospechas.

—Me voy a mi habitación.

—Por cierto, hijo, bienvenido a casa —le dijo sonriéndole con afecto.

—Gracias.

El falso Javier se levantó y Juan no pudo advertir la cara de asco que puso su hijo en cuanto se dio la vuelta, después se fue. Si una cosa tenían en común

él y su gemelo era la repugnancia que sentían hacia su progenitor, aunque ambos lo despreciaban por motivos diferentes. Carlos porque nunca fue el preferido y eso lo habían aprovechado en Base Tarántula para hacerle un lavado de cerebro potenciando el odio hacia Juan. Por el contrario, Javier odiaba a su padre por ser un hombre cruel que lastimaba a indefensos, pues sólo amaba el poder y el dinero.

Pero algo sucedió en la cabeza del falso Javier, pues cuando pasó por su antigua habitación se detuvo. Llevó su mano a la manilla y miró la puerta cerrada. Una cadena de *flashes* sacudió su mente, pasaban como ráfagas de luz perforando sus pensamientos. Se llevó las manos a las sienes, que masajeó con ahínco, pues quería traer a la fuerza recuerdos que su cabeza había vetado. Se veía a sí mismo cuando era pequeño junto a su madre moldeando muñequitos. Echaba de menos su caja de plastilina, era la única cosa en el mundo que le brindaba seguridad y paz. Empezó a temblar convulsivamente: necesitaba su caja, que su nariz se inundara con el olor característico de esa pasta moldeable.

Sin embargo, se contuvo y luchó contra él mismo, ya que el odio por su padre era más grande y no podía dejar que sospechara nada. Fue un bálsamo a su orgullo cuando se sintió ganador; y sonrió. Pero tras aquellos labios curvados se escondía la complacencia de engañar a su progenitor; de ningún modo podía echar por la borda el trabajo hecho hasta el momento. Concluyó que recordar tiempos pretéritos ya no le servía de nada, además no quería estar atado a un pasado que odiaba y que había apartado para siempre.

Quiso marchar de allí a grandes zancadas antes de que le sobreviniera otro ataque de angustia, pero su prótesis en la pierna impidió que lo hiciera. Entonces empezó a cojear debido a los nervios; suerte que su padre no estaba para verlo, pues se hubiera delatado. Se fue al dormitorio de Javier, a partir de ese momento sería el suyo y le provocaba una satisfacción morbosa apropiarse de algo que había pertenecido a su gemelo. Sin embargo, no estaba disfrutando el momento, porque estaba fuera de sí y con una angustia creciente

en su interior. Nunca llegó a pensar que su peor enemigo, para llevar a cabo su plan, fuera a ser él mismo.

Una vez dentro cerró las persianas y se quedó a oscuras. Se sentó en un rincón y empezó a temblar como lo haría un niño asustado por monstruos imaginarios. No sabía qué le sucedía, sólo era consciente de que durante unos segundos había perdido el control. Debía controlarse, ya que sería un problema que algo así le sucediera frente a Juan, porque estaría perdido. Tenía que olvidarse de Carlos, de su «yo» verdadero; ese hombre no existía, debía superarse y convertirse en el Javier de verdad. Y eso empezaba por vencer sus miedos.

Capítulo 11

Varek y Mady fueron al encuentro que habían programado con Javier y Mimí. Se trataba del mismo lugar solitario en la Reserva Nacional Big Cypress, al oeste de Miami y a menos de una hora en coche. La zona era conocida por ambos hombres, pues se citaron en el pasado para ayudar a la familia del Cuerdas.

Era noche cerrada, una noche sin luna; las estrellas eran ojos brillantes que parpadeaban sin cesar, atrayendo las miradas terrenales. Pero para Mady y Varek se trataba de una noche para contemplar la bóveda celeste y deleitarse con su belleza. Estaban nerviosos, dentro del Bentley, pues Javier y Mimí se retrasaban y empezaban a preocuparse. Varek intentó calmar a su chica.

—Lástima que sea de noche y no puedas apreciar los pelícanos y los canales, es una imagen preciosa...

Varek vio que ella ni lo escuchaba y no continuó. Tenían las ventanillas bajadas, a su alrededor imperaba el silencio, sólo los envolvía el ligero rumor del mar.

—¿Tú crees que les habrá sucedido alguna cosa? —preguntó Mady con evidente malestar.

Fue terminar la frase y percibir a lo lejos el destello de los faros de un coche. Varek le hizo largas con el Bentley para que supieran dónde estaban. Cuando Javi llegó a su altura, detuvo el vehículo. Ambos coches dejaron las luces de los vehículos abiertas para iluminar un ambiente muy oscuro. Antes de salir de sus respectivos autos, se pusieron repelente para los mosquitos, se podían apreciar nubes enteras de dichos insectos volar frente a los coches atraídos por la luz.

Nada más verse se saludaron. Mimí y Mady se abrazaron con gran efusividad y cariño.

—¡Me alegro tanto de verte! —celebró Mady.

Una emocionada Mimí retenía las lágrimas. Le agradaba sentirse querida, pues nunca había conocido el afecto de una amiga. Su vida siempre había transcurrido entre delincuentes a los que debía dar caza, nunca había tiempo para nada más, porque en su mundo sólo existía la supervivencia. Hasta que conoció a Javier y Mady supo lo que se estaba perdiendo.

—Gracias por venir —dijo Javier mirando a Varek.

—Ha llovido mucho desde que nos encontramos aquí tiempo atrás.

Varek no quiso especificar más, pues el asunto del Cuerdas sólo lo conocían Javier y él por seguridad. Lo habían decidido así para no poner en peligro la vida de nadie más. Las mujeres intuyeron alguna cosa, por lo que no preguntaron nada al respecto.

—Pues vengo a pedirte otro favor... —comentó Javier.

Éste miró en dirección a Mady, después miró a su interlocutor y lo censuró con sus ojos negros.

—Ya sabes cómo es —explicó Varek entendiendo su mirada—, se ha negado a quedarse en casa, no la he podido convencer.

Javier asintió. La verdad era que conocía a Mady muy bien y por nada del mundo se hubiera quedado al margen, por lo que zanjó el tema.

—Siempre ha sido muy tozuda.

—Ehhhh, no me critiques, ¡tú tampoco te quedas corto! —se defendió Mady en un tono divertido.

—No quiero ponerte en peligro; no es necesario —argumentó Javier con seriedad.

—Me tiene a mí, nunca estará en peligro —señaló Varek—. Sabes que puedes contar conmigo, sea lo que sea.

—Primero quiero explicarte de qué se trata; lo entenderé si te niegas a ayudarme.

—De acuerdo.

—¿Tus contactos estarían dispuestos a proporcionarnos nuevas identidades? Mimí y yo necesitamos una nueva vida.

—Nos quieren matar —añadió Mimí—. Tenemos que desaparecer.

—¿Quién os quiere ver muertos?

—Mis jefes —contestó Mimí.

—Y Juan Hernández también, si se entera de que hemos estado conspirando a sus espaldas —agregó Javier.

—Vaya, tenéis problemas serios —dijo sorprendido Varek.

—Mimí me ha salvado la vida y sus superiores deben estar al tanto... —bufó. La historia era tan extensa y tenían tan poco tiempo que decidió ir rápido—. Es muy largo de contar, pero resumiendo un poco os diré que Mimí estaba casada con mi padre para espiarlo y acabar con él, todo se torció y decidieron matarme y cambiar de planes.

—Hiciste muy bien tu papel —dijo Mady mirando a su amiga—. Yo me tragué que eras una rubia tonta hasta que me ayudaste a escapar de la Hacienda Hernández. Tiene su mérito haber tenido engañado a Juan Hernández tanto tiempo.

—De todos modos, hay más... —habló Mimí mirando alternativamente a Varek y Mady—, Carlos está vivo.

—¿Qué?! —exclamó la pareja con los ojos abiertos. Eran incapaces de creérselo.

Mady aún recordaba el perturbado comportamiento de Carlos, por su cabeza se sucedieron las imágenes de éste cuando estaba secuestrada en la Hacienda Hernández. Él vivía en un bucle de maldad y locura del que no había tenido voluntad de salir. Los pelos de la nuca se le erizaron y empezó a temblar; Varek se dio cuenta y le rodeó los hombros con su brazo. La atrajo hacia su cuerpo en un gesto cariñoso y protector. Besó su cabeza y dijo:

—Tranquila, ese hombre no te tocará ni un pelo, te lo prometo.

—¿Y dónde está? —preguntó Mady con voz trémula.

—Con mi padre, haciéndose pasar por mí.

—Pero ¿cómo es posible? —preguntó Varek. Le costaba creérselo, si no fuera porque el asunto era tan serio y se lo estaban diciendo Javier y Mimí, pensaría que se trataba de una broma de mal gusto.

—Le han hecho un lavado de cerebro y lo han entrenado para que haga lo que Base Tarántula quiera —contestó Mimí.

Mady se recompuso y pensó en su amigo Javier: él era lo contrario a lo que significaba el apellido Hernández y se puso en su piel. Supo, sin duda alguna, que lo estaría pasando mal y quiso darle apoyo.

—Lo siento, Javier, sé que esto debe de ser muy duro para ti. No es justo, tú eres buena persona, por favor, intenta que no te afecte. Nunca quisiste llevar el apellido Hernández y lo entiendo.

—Mi vida siendo un Hernández siempre fue así. Algún día mi padre pagará todo el mal que ha hecho. Mi hermano, en realidad, es otra víctima; creo que con ayuda profesional podría cambiar...

Su tono de voz era tan débil debido a lo emocionado que se sentía que Mady tuvo que agudizar su oído. Comprendió que detrás de sus susurros escondía un dolor tan agudo que le impedía hablar con normalidad. Ella no dijo nada, pues sabía que ayudar a Carlos era una empresa difícil, casi imposible. El mal gobernaba su ADN y no había solución para un hombre en el que habitaba la locura. Aun así, admiró a Javier por querer darle otra oportunidad, aunque significara sacrificarse en primera persona en su recuperación. Definitivamente su amigo nunca sería como Juan Hernández.

—Os ayudaré, es lo mínimo —dijo Varek. De hecho, era algo que había decidido desde el primer momento.

Miró el reloj, si bien era tarde, todavía había tiempo y, en cuanto Javier y Mimí se fueran, llamaría a sus contactos para poner en marcha las nuevas identidades.

—Gracias —agradeció Javier.

—Pero necesitaré un número de teléfono para que se pongan en contacto

con vosotros —pidió Varek.

Mimí se sacó el móvil desechable que había comprado con un tope de llamadas. Según sus cálculos, serían suficientes.

—Éste es el número —dijo ella enseñando la pantalla con el número a Varek.

El abogado lo grabó en su aparato.

—Y cuando tengáis las nuevas identidades, ¿dónde iréis?

—Aún no lo sabemos —contestó Javier.

—¡Ah, tengo una idea! —exclamó Mady de pronto—. Podéis trabajar para mí en las azucareras.

—¿Estás hablando de las azucareras BrowSugar Wilson? —quiso saber Javier algo desconcertado.

—Sí —contestó su amiga, contemplando a Varek con adoración y acariciándole el brazo. De nuevo centró su atención en Javier y Mimí—. Varek me las devolvió, necesito gente de confianza. Tú, Javier, eres muy bueno con las finanzas, en Crystal Paradise lo demostraste, y tú, Mimí, seguramente serás perfecta para otro puesto, lo sé porque me lo dice mi intuición, eres una mujer excepcional.

—No queremos ponerte en peligro... —logró articular una Mimí muy emocionada.

—De ningún modo me ponéis en peligro; Varek tiene a un ejército de guardaespaldas que me protegen cuando no estoy con él.

—¿De verdad harías eso por nosotros? —dijo Mimí que no podía creer que existiera gente como Mady.

—Tú me ayudaste en la Hacienda Hernández.

—Pero no lograste escapar.

—Ése es un detalle sin importancia, me diste esperanza cuando creí estar sola. Además, los amigos se ayudan.

—No sé ni qué decir —dijo Mimí—. Me siento... —bufó en un intento de esconder sus lágrimas, cruzó su mirada con la de Javier, ambas brillaban

emocionadas por la propuesta.

—Por favor, aceptad, ¡tendréis un buen sueldo, lo juro! —exclamó con humor Mady.

Todos rieron.

—Está bien —dijo Javier—. Pero en el caso de que el asunto se ponga feo nos marcharemos para no poneros en peligro.

Mady se dio por satisfecha.

—De acuerdo.

Entonces el ambiente se relajó; Mady anunció que esperaba un bebé y el aire nocturno se impregnó de felicidad. Una vez Mimí y Javier se marcharon, Varek telefoneó de inmediato a sus contactos; y como suponía, lo ayudarían en lo que le hiciera falta. Se sintió feliz, no sólo por poder ayudar a Javier y a Mimí, sino porque Mady necesitaba tener amigos cerca en su nueva etapa en las azucareras de su familia.

Sí, cierto, estaba feliz, muy feliz. La vida cada día le daba más.

* * *

Harry Cook sentía el aliento de la muerte en su nuca. Era frío, y serpenteaba por su espina dorsal anunciando su final. Estaba paralizado, sin saber qué hacer, escondido dentro de los baños de un comercio y encerrado en uno de los cubículos. Tapó el váter y se sentó en la tapa; en otras circunstancias la hubiera limpiado con una toallita desinfectante, pero la higiene, en esos momentos, era el menor de sus problemas. Intentó recuperar la respiración, ya que había corrido como un loco durante un buen rato. Lo estaban persiguiendo como a un conejo al que unos sabuesos le darían caza, y aunque sus perseguidores eran buenos, había logrado despistarlos, al menos por unos minutos.

Sabía que detrás de aquella persecución estaba Rebeca, ya hacía días que veía la sentencia en sus ojos verdes. Seguramente tenían intención de atraparlo

y torturarlo hasta confesar dónde estaba el *pendrive*. Tragó saliva. Estaba muerto, no habría misericordia ni aunque prometiera obediencia de rodillas. De hecho, él solito se había condenado al ponerse en contra de la joven Holden, pero había valido la pena. ¡Claro que había valido la pena!, y no se arrepentía sacrificar su vida para salvar la de su hijo. Suerte que era un hombre previsor y había recopilado clandestinamente información cuando empezó a detectar la obsesión de Rebeca por Varek.

Harry se limpió la calva empapada de sudor con un pañuelo que sacó de su bolsillo. Estaba más recompuesto después de descansar un poco y debía proceder rápidamente, pues antes de que acabara el día estaría muerto. Sin embargo, él elegiría el momento y no los hombres que lo perseguían, eso lo tenía claro. Sólo esperaba poder llevar a cabo su plan hasta el final.

Cogió su móvil y escribió un correo a Varek en el que le daba instrucciones para que recogiera un *pendrive*. Apretó el botón de enviar y la tranquilidad lo invadió, como si hubiera acabado de subir el último peldaño de una larga escalera. Había hecho lo correcto, pues la información le sería de utilidad a Varek para proteger a su hijo; y así lo entendería él cuando viera el contenido de dicho *pendrive*.

Ya con lo más importante hecho, Harry llamó al inspector Ben Willis y lo citó en lo alto del edificio donde se encontraba, e hizo lo mismo con varios periodistas. No moriría en soledad, y antes de dejar el mundo de los vivos se aseguraría de hacerlo honradamente, confesando verdades como puños que había mantenido ocultas por interés. Podía echarle la culpa a Rebeca de todo, aun así, se hacía responsable de sus actos y esperaba encontrar misericordia en el cielo por sus pecados. Nunca debería haberle vendido su alma a la joven Holden y era justo el castigo que le había enviado el karma. Su muerte la consideraba un mal menor, aunque habría deseado que le hubiera llegado más tarde que pronto.

No negaba que estaba asustado, ¿a quién no le asustaba morir? Y no era que temiera a la muerte, sino que le espantaba que sus perseguidores lo torturaran

para sacarle el lugar en el cual había escondido el *pendrive*. Nunca había sido valiente, no soportaba el dolor; no obstante, debía buscar audacia en su cuerpo a fin de llevar a cabo la última parte de su objetivo. De modo que respiró hondo varias veces y esperó todavía unos minutos; los justos para darle tiempo al inspector y a los periodistas a que llegaran.

Antes de salir del cubículo espió por la puerta abriéndola un poco: había dos hombres lavándose las manos en las picas. Bufó aliviado cuando se dio cuenta de que no eran sus perseguidores, así que decidió salir de su escondite y empezó a caminar con premura. Sin embargo, las manos, pero sobre todo las rodillas, le temblaban y sus pasos eran un poco torpes. Además, miraba a un lado y a otro y se asustaba con facilidad cuando alguien se asemejaba a sus asesinos.

Fue directo al ascensor con tan mala fortuna que, a unos metros de él, cerca de un puesto de helados, sus perseguidores lo vieron; se trataba del falso Javier y uno de los hombres de confianza de Juan. Harry maldijo entre dientes, pues correr a su edad era difícil, pero correr con el miedo en el cuerpo todavía era más complicado. Aun así, sacó fuerzas de donde pudo y consiguió meterse en el ascensor, cuya puerta se cerró delante de las narices de sus perseguidores. Lejos de tranquilizarse aún se alteró más, ya que eran individuos jóvenes y subirían por la escalera muy rápido. No quiso pensar en ello, y como el habitáculo estaba vacío se dejó llevar por sus emociones y pidió ayuda divina en voz alta. Su desesperación era más que evidente, todo él era el reflejo del miedo, de la incertidumbre y de un nerviosismo que lo tenían completamente dominado.

Llegó a la azotea. Los inspectores Ben y Ronald lo esperaban, y por el acceso al que daba la escalera aparecieron sus perseguidores. Cuando éstos vieron a los agentes y a los periodistas desaparecieron de inmediato. Harry suspiró aliviado, aunque de todos modos debía darse prisa, pues otra manera que tenían de matarlo, antes de que abriera la boca, era disparando desde la ventana de algunos de los edificios colindantes, y sabía que lo intentarían.

—Gracias por haber acudido a mi llamada —agradeció el secretario—, os aseguro que no os arrepentiréis.

Harry aprovechó la incertidumbre de los inspectores y de los *paparazzi* para acercarse al borde de la azotea. De soslayo miró hacia abajo y se sintió el hombre más insignificante del mundo. Se metió la mano en el bolsillo y se sacó la ecografía de su hijo, que llevó a su corazón.

—Harry, ¿qué está haciendo? —preguntó Ben que intuía sus intenciones.

El aludido era consciente de que a sus espaldas sólo había litros de aire, el vacío, la caída, el fin... El viento, a esa altura, lo sacudía, y a pesar de su delgadez, mantuvo sus pies anclados. Miró la ecografía, la besó y la guardó de nuevo en el bolsillo.

—Quiero confesar un crimen —informó Harry.

—De acuerdo, pero vayamos a comisaría —se apresuró a decir Ben en un intento de apartarlo del precipicio. Se agarraba el sombrero panamá para que no saliera volando.

—No, quiero confesarlo aquí.

Echó un vistazo rápido a los periodistas y todos estaban grabando con los móviles. Era lo que buscaba, que quedara constancia de su confesión para que nadie, o mejor dicho, para que Rebeca no manipulara sus últimas palabras. Lástima que no podría ver su rostro cuando viera la grabación, aunque se lo imaginaba. Si bien celebraría su muerte, no haría lo mismo cuando se sintiera el objetivo de todas las especulaciones, pues él había sido su mano derecha y muchos sacarían conclusiones.

—¡Yo maté a Roger Harmond! —gritó de pronto Harry.

Hubo un silencio, sólo desgarrado por el sonido del viento. El secretario no perdió el tiempo y continuó relatando cómo le inyectó una sustancia en el suero del enfermo y el plan de culpar a Mady contratando a alguien para que se hiciera pasar por ella. No omitió detalle, y declaró también que él fue el artífice del primer intento en el apartamento de Roger, cuando intentó asesinarlo y puso cabellos de Mady sobre el cuerpo pensando que estaba

muerto. En ningún momento confesó que él sólo cumplía órdenes de Rebeca, eso se lo dejaba a Varek; éste encontraría la oportunidad a fin de proteger a su hijo.

—¿Esta confesión bastará para exculpar a Mady y Varek? Ellos no hicieron nada, fui yo.

Ben y Ronald se miraron; de hecho, todo lo que Harry había explicado encajaba con las pruebas y con sus conjeturas. Ben, en el fondo, se alegró, pues nunca creyó que la pareja fuera culpable; además, su olfato le decía que Harry escondía más información. No escapaba a su mente analítica que era el secretario de Rebeca y que la gobernadora había presionado desde el principio en el caso, por lo que había una conexión más que evidente. Todos sabían la estrecha amistad que unía a la política con los Holden, aunque bien sabía que ambas mujeres escaparían de la justicia. Siempre pasaba lo mismo y era algo que no cambiaría: el poder y el dinero siempre ganaban.

La confesión estaba hecha y en los próximos minutos se haría viral en las redes, que era lo que buscaba Harry. Ben lo sabía, al igual que intuía que para redimirse pretendía lanzarse al vacío; como agente de la ley debía salvarle la vida. Estaba bien que Harry tuviera remordimientos por el crimen que había cometido, eso lo hacía más humano. Sin embargo, no podía cometer la locura de quitarse la vida, ya que la muerte no solucionaba nada.

—Sabíamos que Mady y Varek eran inocentes —apuntó Ben en un intento por ganar unos segundos—. Seguíamos una serie de pistas que ahora mismo con su confesión han quedado confirmadas, pero necesitamos una declaración por escrito y firmada, si nos quiere acompañar a comisaría lo dejaremos listo hoy mismo.

Ronald avanzó con cautela hacia el borde, dejó una prudencial distancia a fin de no poner nervioso al suicida, entonces adelantó la mano, y dijo:

—Vamos, Harry, deme la mano, ahora ya está.

El secretario negó con la cabeza.

—Justo empieza ahora mismo. Dígale a Rebeca que la espero en el

infierno. Por mucho dinero y poder que tenga, no podrá derrotar a la muerte. Algún día le llegará su hora.

Y dicho esto, extendió los brazos tomando la forma de una cruz y se dejó caer de espaldas al vacío. Ronald intentó agarrarlo en el último momento, pero no pudo. Los inspectores contemplaron con tristeza el cuerpo tendido en el asfalto en una posición antinatural; un charco de sangre se formó a su alrededor en segundos. Ninguno de los dos comentó nada, la muerte tenía eso: escondía las palabras, agitaba pensamientos e inundaba de tristeza los corazones.

Los periodistas se acercaron al borde y sacaron varias instantáneas del cadáver. Ronald y Ben sintieron asco de pertenecer a la misma especie que esos periodistas que sonreían por el dinero que sacarían. Nunca dejarían de ser mercaderes del dolor, prostitutas de la mentira, pues eran cuerpos sin corazones, dominados por mentes perversas adiestradas en el engaño.

Los diarios y las televisiones, aún con el cuerpo de Harry caliente, apenas tardaron en dar especiales en sus editoriales y, al cabo de una hora, la noticia era tendencia en las redes sociales. Tal como supuso el secretario antes de su muerte, Rebeca se alegró de su final. Aun así, no había sido la victoria que ella había esperado, pues Harry, hasta el último momento de su existencia, la había fastidiado por completo.

La confesión la perjudicaba más que la beneficiaba, aunque no hubiera dado su nombre. No tardó en llamar a Juan para exigirle explicaciones por no haber cumplido con lo que habían pactado. Ninguno de los dos escatimó en gritos y discutieron, pero eran conscientes de que tenían más que perder que ganar si se rompía la relación, por lo que ambos suavizaron sus voceríos para dejar paso a las exigencias disfrazadas de buenas palabras. Se necesitaban; por el momento Harry estaba muerto y era una magnífica noticia para sus intereses, pero nadie sabía dónde había escondido el *pendrive*. Juan le aseguró que su hijo estaba haciendo un buen trabajo y que pronto daría con el lápiz de memoria.

Rebeca tenía motivos para estar preocupada, porque si salían a la luz todos sus trapos sucios estaría perdida para siempre, no sólo a nivel social, sino que hasta su familia la sacrificaría. Desde luego que la destrozaban sin contemplaciones con el propósito de salvar a los Holden del escándalo.

* * *

Había amenaza de un posible huracán cerca de Miami, y Varek debía darse prisa, pues no quería dejar a Mady mucho tiempo sola por si el tiempo empeoraba de golpe. El día anterior había recibido un correo de Harry que no había visto hasta esa misma mañana. Le contaba que había escondido un *pendrive* en un jarrón de doble fondo en la lápida del padre de Mady. Teniendo en cuenta que parecía haberlo enviado minutos antes de que se lanzara al vacío, aún lo hacía más extraño, por lo que no había perdido más tiempo.

El letrado aparcó el coche en el aparcamiento del cementerio. De momento, no le había contado nada a Mady ni a Daniel hasta saber qué había en el lápiz de memoria. Además, todo parecía tan inesperado que si se trataba de una trampa prefería que sólo le perjudicara a él.

Antes de salir del Bentley se tomó unos segundos, no había dormido en toda la noche debido a la muerte sorpresiva de Harry. A regañadientes había visionado el vídeo que estaba colgado en las redes sobre el suicidio y la confesión. En condiciones normales se hubiera negado a hacerlo, porque no quería colaborar en la morbosidad con la que estaban tratando la noticia, pero como abogado debía saber los detalles para utilizarlo en la defensa de Mady y en la suya propia, si era necesario. De hecho, se podría haber ahorrado el disgusto, dado que Ben le había informado por teléfono, apenas hacía un par de horas, que el caso estaba cerrado y que habían quedado exculpados de todos los cargos. Era una grandísima noticia, aunque no podía evitar sentir un regusto amargo por cómo había sucedido.

Varek se dirigió a la tumba, para ello tuvo que atravesar parte del cementerio. Era un camino conocido por él, pues habían sido ya varias la veces que había acompañado a Mady. En ese momento, la ventolera era notable a consecuencia de la fuerte borrasca que se acercaba a las costas de Miami; aun así, se soportaba bien. En la lápida había dos jarrones que milagrosamente se habían mantenido en pie, a pesar de las sacudidas del viento. Uno sabía que lo había puesto Mady, el otro era diferente y más nuevo; por deducción supo que se trataba del que Harry le hablaba en el correo. Las flores habían perdido la vitalidad y el color y estaban dobladas, faltas de vida. Primero se cercioró que no hubiera gente a su alrededor, lo cogió, sacó las flores, que dejó en el suelo, y lo agitó cerca de su oreja con delicadeza. Oyó el repiqueteo de algo que se removía en el interior. En el mensaje Harry le decía que el florero tenía un doble fondo, de modo que tendría que romperlo. Otra vez inspeccionó a su alrededor, miró a un lado y a otro para asegurarse y decidió golpearlo en la lápida.

El *pendrive* quedó a la vista. Varek se apresuró a cogerlo del suelo y a esconderlo en su bolsillo. Después tiró los trozos de cerámica y las flores a la basura, también limpió la lápida con un pañuelo. Se fue al coche y se apersonó en el despacho; necesitaba comprobar el contenido del lápiz de memoria y quería hacerlo en soledad. Las oficinas estaban vacías debido a la alerta de huracán y había dado permiso a sus empleados para que se preparasen en sus casas. Desde la ventana, Varek se dio cuenta de que las palmeras se agitaban con fuerza a causa del viento huracanado, y supo que tenía que darse prisa. Encendió la radio para escuchar los partes meteorológicos, inmediatamente después introdujo el lápiz de memoria en su ordenador.

—Dios mío...

Varek no salía de su asombro, cuanto más descubría, más se horrorizaba. Rebeca estaba detrás del asesinato del periodista; Harry le aportaba conversaciones de ello y sobre el intento de manipular las pruebas policiales por parte de Rebeca y de la gobernadora de Florida. También había vídeos

sexuales de Rebeca y Harry. Si toda esta información salía a la luz, Rebeca sería rechazada por su familia y la expondrían sin miramientos a la opinión pública para que cargara con todos los pecados de los Holden y la descuartizaran viva en revistas y programas de televisión. La tentación por filtrar las pruebas era grande, muy tentadora, y una sonrisa pícaro se dibujó en sus labios. Esa mujer se merecía un castigo ejemplar, pero había hecho una promesa: proteger, cuidar y educar al hijo de Harry. Si éste le había enviado toda esa información era con el propósito de proteger a su bebé cuando naciera. A la vez dichas revelaciones también las utilizaría en el caso de que Rebeca atentara de nuevo contra Mady, porque no le cabía duda alguna que lo volvería a intentar.

No se lo pensó e hizo varias copias del *pendrive*. Una se la daría a Daniel, las demás las pondría en lugares seguros donde Mady tuviera acceso, por si acaso. Antes de marcharse, escuchó el último parte meteorológico en el que informaban de que la borrasca perdía fuerza y que no acabaría convirtiéndose en un fuerte huracán, tal como habían temido. Respiró aliviado y su cuerpo se relajó; era hora de regresar a casa e informar a su chica y a Daniel de todo lo que acababa de descubrir.

Capítulo 12

George Willis y Valeria Jones. Así se llamaban Javier y Mimí a ojos de la gente. Eran una pareja casada desde hacía un par de años. Ambos habían cambiado su manera de ser y vestir. George se había convertido en un contable, y de los buenos, una cualidad innata que siempre había cultivado en el pasado en las distintas personalidades a las que había echado mano en su afán por desprenderse del apellido Hernández. Ya cuando montó Cristal Paradise se encargaba de la contabilidad y consiguió en poco tiempo lo que muchos no conseguían durante años. Ahora trabajaría para las azucareras BrowSugar Wilson y estaba muy entusiasmado con la idea. A diferencia de Javier, George vestía con traje y llevaba puestas unas gafas de un estilo muy intelectual. Además, se había dejado crecer la barba y el cabello; y para no levantar sospechas se había quitado los tatuajes, algo que le había pesado sobremanera, pero más valía no jugársela.

Por su parte, Valeria había cambiado su *look* adolescente y chillón por uno completamente diferente, y había decidido vestir ropa muy formal de talle clásico. Además, se había teñido el pelo de negro y se lo había cortado a la manera de Cleopatra. Rezumaba seriedad de arriba abajo, todo un reto para una mujer como ella, que era de todo menos seria. También trabajaría en la empresa de Mady como jefa de marketing; desde luego que no le venía de nuevo, pues en algunas de sus misiones había desarrollado esa cualidad, que había perfeccionado con expertos en el tema en Base Tarántula.

Aun así, tanto George como Valeria se habían matriculado en cursos especializados en los temas que abarcaban a fin de aprender, nunca estaba de más reciclarse. Para ellos no eran unas ocupaciones cualesquiera; de verdad

querían desempeñar su trabajo a la perfección y ayudar a crecer a Mady como empresaria. Se habían tomado en serio su puesto, aunque no así su vida privada, que parecía un volcán a punto de explotar. En la intimidad del apartamento que habían alquilado dormían en diferentes dormitorios. No solían sentarse en el sofá a mirar películas o a compartir el gusto por una conversación como haría cualquier pareja. Entre los cónyuges dominaba la indiferencia, una indiferencia impuesta que a ninguno satisfacía y que utilizaban como una barrera que no se debía traspasar, porque era la única manera que creían tener para proteger sus sentimientos. Sólo fuera de las cuatro paredes guardaban las apariencias y actuaban como un matrimonio.

George y Valeria se estaban arreglando para ir a trabajar. Ella se acababa de poner una falda negra hasta la rodilla y una camisa blanca muy sencilla pero elegante. Él se había vestido con unos pantalones de talle clásico en gris y una camisa celeste. La mujer se estaba tomando una taza de café sentada en un taburete frente a la barra de la cocina que separaba la zona de la sala, de pronto sintió el peso de una mirada en su cara. Alzó la vista y se encontró con el rostro atractivo de rasgos latinos de George, se acababa de servir otra taza de café. Ni bajo aquella barba tan pulcra podía esconder su esencia poderosa, si acaso le daba un aire más masculino y más peligroso.

—Me gusta tu nuevo estilo —dijo el hombre. Se mantuvo de pie frente a ella, apoyado en el fregadero—. Estás muy guapa.

Hasta el momento él no había comentado nada sobre la nueva Valeria, por lo que cogió a la mujer desprevenida y no pudo ocultarlo en su rostro, que mostró una expresión radiante de agradecimiento. Él no supo si había hecho lo correcto, pero ya estaba dicho y no podía retirar las palabras. Esperó a que ella le respondiera con algún comentario ácido.

—Y a mí el tuyo, estás muy guapo.

—¡Gracias! —exclamó un sorprendido George.

La sonrisa de oreja a oreja de éste delató lo mucho que le había gustado la alabanza. Ella quiso restarle importancia, sólo pretendía ser educada...

Mentira. Torció su boca en una mueca adusta negando a su mente, pues su interior afirmaba cada palabra. Aun así, para su seguridad emocional, debía mantenerlo a distancia.

—Aunque preferiría vivir sola en otro apartamento. Disimular que estamos felizmente casados me produce urticaria, no entiendo por qué no puede ser de otra manera.

—¿Hace falta que te lo explique?

—No.

Ella hundió los hombros; bien sabía que la Mimí de antes jamás se hubiera casado. La conocían demasiado bien en Base Tarántula, por lo que el disfraz de mujer casada pasaría desapercibido. De hecho, si había aceptado su nueva vida era porque con Javier podía soportarlo y porque le gustaba fantasear con que la amaba y con que de verdad estaban casados. Pero eso no significaba que él lo tuviera que saber, al contrario: prefería que creyera que deseaba lo opuesto, eso le daba seguridad emocional.

—Dime una cosa, Val...

—Valeria...

—Me gusta más Val, es más cercano.

—Está bien, te lo permito, pero no te acostumbres.

George dio un sorbo al café en un intento por esconder su sonrisa. Val era tan excepcional como Mimí. Había cosas que no cambiarían, y eso le agradó.

—¿Puedo hacerte la pregunta de una puta vez, sin interrupciones?

—Vale, también te lo permito.

George tuvo ganas de estallar en risas, pero se contuvo.

—¿Alguna vez pensaste en casarte?

—No.

—¿Y la Val de ahora continúa pensando lo mismo?

La mujer no contestó, se levantó y dejó la taza dentro del lavavajillas. Cuando se dio la vuelta se encontró cara a cara con Javier, que le barraba el paso.

—Déjame pasar —exigió ella.

—No hasta que me contestes.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Simple curiosidad.

George mentía, sus sentimientos por ella cada día crecían más y más. Había decidido mantenerse a distancia a fin de proteger su corazón. Sin embargo, vivir cerca de Val se le estaba haciendo muy difícil y necesitaba algo de fe, una puerta abierta, un rayo de luz, una bocanada de aire fresco... o lo que fuera que le diera fuerzas para soportar el presente y el futuro. Alargó su mano y le acarició la barbilla y su cuerpo se estremeció de goce.

—Javier, detente... —murmuró ella utilizando su verdadero nombre debido a los nervios.

—George, Javier ya es pasado. Sé que tú y yo en condiciones normales no podríamos estar casados, pero me gusta fingir que lo estamos.

—Fingir.

—Sí, fingir, eso que me pediste que hiciera cuando te hice el amor en mi antiguo apartamento y en aquel motel de mala muerte. Aunque si te soy sincero, a mí también me gusta fingir.

Fingir. Val empezaba a odiar esa palabra. Veía en los ojos de él tanta pasión que no sabía cómo comportarse, si como Val o como Mimí. Por precaución, decidió que ninguna de las dos; debía terminar con esa conversación ya mismo.

—Ahora contéstame tú, George, ¿te casarías con una mujer como yo, capaz de ponerte los cuernos a la primera oportunidad? ¿Me querrías como madre de tus hijos aun sabiendo que a lo mejor no serían tuyos? La Mimí de antes, aquella mujer promiscua sigue viviendo en mi interior, acuérdate de la escena de la piscina. Volvería a repetirla.

El cuerpo de Javier se tensó al imaginársela en brazos de otros hombres, fue más de lo que pudo aguantar. La agarró de la cintura y la atrajo con fuerza a su cuerpo.

—Tú eres mía —dijo con la dureza del que marca su propiedad.

Val entrecerró los ojos de una manera amenazante.

—Yo no soy de nadie.

—En eso estás equivocada, mientras dure esta farsa tú me perteneces.

Ella empezó a forcejear.

—Suéltame, yo haré lo que me dé la gana.

En esos instantes Javier y Mimí tomaron el control de los cuerpos y las mentes de George y Val. Él se mostró agresivo y ella no se amilanó y reaccionó como una fiera.

—¡Imbécil, suéltame! —exigió aporreando el torso masculino.

Val quiso valerse de sus cualidades en la lucha cuerpo a cuerpo como en todo momento había hecho cuando trabajaba en Base Tarántula. Pero siempre se olvidaba de que Javier sabía tanto como ella y noqueaba cualquier avance.

—No hasta que me prometas que mientras dure nuestra farsa de matrimonio no te acostarás con nadie.

—No pienso prometerte nada.

—Ah, ¿no?

—No.

—Entonces tendré que asegurarme de dejarte sin fuerzas para que no folles con nadie.

Ella captó al vuelo sus intenciones.

—¡No quiero follar contigo!

—Ah, eso lo dices ahora, ya te vendrán las ganas, como siempre te sucede.

Val intentó pelearse con ella misma, pues había una parte que quería luchar contra él, pero la otra ansiaba que la poseyera con violencia. George le subió la falda, la obligó a sentarse sobre la encimera y se encajó con firmeza entre sus muslos abiertos. Val lo empujó y lo aporreó con fuerza, pero sus golpes se detuvieron cuando él arrancó su tanga.

La penetró sin miramientos, vaciando en esa acción la fiereza animal del que deseaba poseer sin limitaciones. Val gritó y lo insultó al tiempo que se

rendía a los embates coléricos, que la marcaban como si un hierro al rojo vivo entrara y saliera de su cuerpo. Ese dolor placentero y visceral se había convertido en una necesidad para ambos, aunque no lo quisieran reconocer, pues había un sentimiento más profundo que se negaban a sentir y que los convertía en salvajes.

Todo terminó tal como había empezado: con furia. Pero George en vez de sentirse satisfecho experimentó una sensación vacía que lo estaba dejando sin habla. No. Aquello no le había gustado, pues prefería hacerle el amor.

El hombre se abrochó la bragueta con la misma rabia con la que había poseído a Val, la miró y dijo:

—Lo siento, no es esto lo que me gusta. Prefiero fingir.

Lo había dicho sin pensar y se arrepintió de inmediato. Se insultó mentalmente y se metió en el baño, se lavó la cara y miró su rostro chorreando en el espejo. Un sentimiento de culpabilidad lo acuchillaba sin descanso, pues quería a la Mimí de antes y a la Val de ahora, pero que se lo diera todo sin fingir, algo que ella no haría jamás, pues no lo amaba.

Por su parte, Val saltó de la encimera al suelo y se metió en la habitación. Se cambió de ropa mientras gruesas lágrimas se precipitaban de sus ojos al suelo. Porque a ella tampoco le había gustado, prefería que él fingiera que la amaba.

* * *

El tiempo fue pasando. La felicidad había imperado en cada amanecer que habían compartido Mady y Varek. Habían celebrado Halloween, Día de Acción de Gracias, Navidad, Año Nuevo... en familia junto a Cam, Lionel, Daniel, George, Valeria, Sofía, María, Adela, Mercè y Manuel. Porque la familia no sólo era de sangre; había lazos de amor mucho más importantes que unían a las personas. Los días se habían convertido en semanas, las semanas en meses y la primavera apareció vestida de colores. Con ella llegaron las canciones de los

pájaros, las tardes infinitas, las sonrisas dulces. Era tiempo de contener alientos, pues Mady estaba a punto de salir de cuentas y en cualquier momento daría a luz. Varek se sentía nervioso, deseaba como un loco tener a su hijo en brazos.

No muy lejos de la dicha de Mady y de Varek estaba el odio de Rebeca. En todos esos meses apenas había salido de su mansión. Se había mantenido encerrada, pues su estado de gestación le avergonzaba y la ponía de mal humor, sin ganas de lidiar con los *paparazzi*. Sólo había una cosa en el mundo que le arrancaba una sonrisa y era saber que Mady moriría. Esa misma mañana Juan la había llamado para informarle que pronto la secuestrarían para arrebatarse el bebé y matarla después. Ya era cuestión de días.

La joven Holden estaba en el jardín, sentada en una tumbona al cobijo de la sombra del porche. Acababa de hablar con sus familiares; últimamente la presionaban bastante, pues no creían su versión de que el bebé que llevaba en sus entrañas era de Varek, y el honor de los Holden se estaba poniendo en entredicho en revistas y programas televisivos. Malditos fueran todos, poco le había faltado para insultarlos, pero dadas las circunstancias mejor mostrarse sumisa y aceptar las reprimendas. Ella los había tranquilizado asegurándoles que demostraría que no mentía en cuanto naciera el bebé y que Varek le pediría perdón en público a ella y a la familia. Los Holden sólo aceptaban disculpas si éstas iban precedidas de humillación.

De momento se habían dado por satisfechos. En consecuencia, ella estaba más tranquila, ya que daba por hecho que, esta vez, sus planes saldrían bien. Y más le valía que fuera así, porque la habían amenazado con ingresarla en un sanatorio para enfermos mentales, después la repudiarían y dejarían que la lapidaran socialmente. De modo que fallar no era una opción, pues su propia integridad estaba en juego. Rebeca no quiso pensar en ello, convertirse en una paria no estaba en sus planes. Recurriría a lo que fuera, lo tenía claro, aunque tuviera que abrir el vientre de Mady con sus propias manos.

Desvió la mirada de la piscina a su embarazo y sintió asco. Su médico le

había confirmado que esperaba una niña, pero ni las ecografías ni la certeza de dar a luz a una criatura inocente habían ablandado su corazón. Si acaso el odio y la rabia habían conseguido hacerse más fuertes en su interior. Cada día se consolaba con el hecho de que pronto, muy pronto, Mady desaparecería de la vida de Varek, que se quedaría con su bebé y que podría deshacerse del suyo.

El día con el que soñaba Rebeca llegó cabalgando entre afilados cuchillos y pistolas cargadas.

Mady estaba en sus azucareras hablando con su gente. A lo largo de la primavera había que preparar el suelo con pases de rastra, controlar la maleza y surcar los campos para distribuir la caña de azúcar que se hacía manualmente. Si no surgía ningún contratiempo, la cosecha estaría lista a principios de otoño. En todo el proceso se requería un gran número de personal especializado, desde jornaleros a ingenieros agrícolas. Para Mady todos eran importantes y no podía prescindir de ninguno. Quería estar presente desde el inicio, no sólo porque deseaba aprender, sino porque le traía buenos recuerdos de la época en que su padre hacía lo mismo, y ella, siendo una niña llena de curiosidad, lo acompañaba. La mujer pensaba mantener la tradición cuando su hijo naciera y le enseñaría a amar la empresa; un legado familiar con mucha historia que había pasado de generación en generación.

Sonrió y se llevó la mano a su vientre; no sabía si sería niño o niña, ni Varek ni ella habían querido saberlo hasta que naciera. Se sentía tan feliz que no podía creérselo, saboreaba el presente con expectación, agradeciendo al cielo haberle brindado la oportunidad de construir amor cada día. Suspiró. Era tarde y Varek la debía de estar esperando, de modo que terminó de hablar con los obreros, a los que agradeció su compromiso con BrowSugar Wilson. Mady tenía muy presente que sin esa gente su empresa no sería nada, por lo que no le importaba pagarles buenos sueldos y hacerles partícipes de todas las decisiones importantes. Se relacionaba con ellos como si fuera una más y no la veían como a la jefa, sino como a una amiga y colega. No era de extrañar que Mady se hubiera ganado la confianza, el cariño y el respeto de todos.

La mujer fue a su despacho a coger el bolso, deseaba llegar a casa y darse un relajante baño; seguramente Várek se lo tendría preparado. Desde que estaba embarazada la mimaba en exceso, sólo esperaba que siguiera haciéndolo cuando no lo estuviera, pues le encantaban sus atenciones.

Era entrada la noche. Mady y sus guardaespaldas emprendieron el camino al coche, al cual no llegaron porque unos desconocidos aparecieron de golpe de entre las sombras. Arremetieron contra ellos con una violencia desmedida. Los guardaespaldas no se acobardaron, hubo una lucha entre atacantes y defensores, puñetazos que partían labios y narices, pistolas con silenciadores que disparaban, filos de cuchillos que brillaban bajo la luna llena y desgarraban las carnes que tocaban... Eran demasiados asaltantes y muy bien entrenados, coordinados y armados hasta los dientes para que sus defensores pudieran tener una oportunidad. Un superviviente intentó sacar a Mady de allí, pero lo mataron en un abrir y cerrar de ojos.

Al final todos los guardaespaldas terminaron cayendo por las heridas. Mady miró con horror la escena y se quedó petrificada, como si la sangre se hubiera coagulado en sus venas. Notó cómo la agarraban con fuerza y la introducían, sin miramientos, en la parte trasera de una furgoneta oscura. Ella no se resistió, consciente del bebé que llevaba en sus entrañas.

Al poco tiempo, el vehículo arrancó con violencia, y debido a la inercia la mujer chocó violentamente en la parte lateral. Fue en ese instante cuando sintió un fuerte dolor en el bajo vientre y se asustó. Se sentó como pudo y se abrazó a fin de proteger su abultado abdomen en un intento de aislarlo de posibles golpes, pues cada vez que el vehículo cogía una curva era desplazada de un lado a otro sin poder evitarlo, pues quien estuviera al volante conducía como un loco.

Después de unos momentos angustiosos, la furgoneta empezó a circular con más suavidad. Mady percibió luces que iban y venían por una pequeña ventana de vidrio esmerilado que había en la separación metálica, la que dividía la parte de la cabina y la zona de carga. Dedujo que debían de ser los faros de

los coches que circulaban en dirección contraria. Gritó a pleno pulmón que la devolvieran a su casa, no le importaba si le perforaba los tímpanos al conductor. Y así estuvo hasta que el vehículo se detuvo con brusquedad y Mady se vio tirada hacia delante, se golpeó la cabeza y se quedó medio aturdida. Con verdadero esfuerzo logró recuperar el sentido, y en ese mismo instante la doble puerta trasera se abrió. Había luna llena, la silueta masculina nimbada por la luz blanca le produjo a la mujer escalofríos. Con el corazón latiendo de puro temor, gateó a un rincón y se acurrucó. No sabía qué hacer ni cómo salir de aquella situación donde parecía que tenía las de perder.

El desconocido encendió la pequeña luz que había en el techo cerca de la puerta, Mady parpadeó un par de veces y, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, comprobó horrorizada que aquella figura tenía nombre: Carlos.

El corazón de la mujer dejó de latir, sus hermosas facciones se descompusieron y adquirieron una expresión llena de pánico: volvía a estar en manos de un loco psicótico. Un dolor agudo se apoderó de todo su vientre, apretó los labios previniendo que se le escapara un quejido. Tenía miedo de estar de parto, y si era así, no quería que ese monstruo se enterara.

—Al próximo grito recibirás la paliza de tu vida —dijo él—. ¿Entendido?

La amenaza envolvió el cuerpo tembloroso de Mady y asintió, pues era incapaz de articular palabra, casi no podía ni respirar. Él le sonrió con los mismos labios cínicos de siempre y que había creído que no contemplaría nunca más. Por mucho que hubiera sustituido a Javier, la esencia de Carlos continuaba dominada por una maldad enajenada. Se llevó las manos a su vientre, sabiendo que lucharía a muerte para proteger a su hijo. Eso lo tenía claro.

Carlos entró en la furgoneta y gateó hacia Mady. Ésta quiso huir, pero ¿adónde cuando no había lugar para escabullirse? De modo que se quedó encogida en el rincón a la espera de una oportunidad. Empezó a llorar; un llanto convulsivo y desgarrador atizado por el miedo y la desesperación.

Carlos agarró un mechón de cabello pelirrojo y lo acarició, miró el vientre que ella se protegía y dijo:

—En cuanto nazca ese gringo bastardo, tú y yo nos lo vamos a pasar muy bien. Esta vez no podrás escapar de mí, lo tengo todo planeado.

Carlos esperó a que se rebelara, pero había conseguido hacerla enmudecer por completo y ella vio la victoria en sus ojos oscuros como el demonio. El hombre salió y dio un fuerte portazo, provocando que la furgoneta se balanceara; Mady se sobresaltó por la violencia y supo que lo había hecho expresamente para asustarla todavía más. Y lo había conseguido, pues temblaba como una hoja, además no podía dejar de llorar. Su hijo y ella estaban en peligro y si no acudían en su ayuda casi se podía dar por muerta. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal y se instaló en su abdomen, que se endureció dolorosamente. Debía sacarse los temores de su cabeza, que la bloqueaban y le privaban de pensar con inteligencia. Aguantaría, sí, aguantaría lo que hiciera falta y sacaría fuerzas de flaqueza: su hijo la necesitaba más que nunca y no podía fallarle.

Suspiró; fue un suspiro largo, desgarrador, lleno de significado; entonces se limpió las lágrimas y susurró:

—No me voy a dar por vencida... —Miró su abultada barriga—. No permitiré que nadie te lastime. Lo juro.

El vehículo se puso en marcha de nuevo. Por suerte lo había hecho con delicadeza, y aun así se ayudó de las manos, que ancló en el suelo para mantenerse firme. Después, algo más calmada, acarició su colgante de sirena y empezó a pensar en una solución; de acuerdo, el futuro se presentaba incierto, pero se negaba a sucumbir, pues no era ninguna cobarde.

Sólo los que miraban directamente a los ojos del miedo y lo desafiaban, sobrevivían.

* * *

Varek, Daniel, Cam, Ben, Ronald, Valeria y George se hallaban en el salón del hogar de Varek. Éste estaba sentado en el sofá, inclinado hacia delante, con los codos hincados en las rodillas, tapándose la cara con las manos con auténtica desesperación. Cam permanecía a su lado, sentada a su derecha, y le acariciaba la espalda consolándole. Daniel se paseaba de arriba abajo por la estancia. George miraba el horizonte a través de las puertas acristaladas que daban al exterior, sus ojos negros estaban fijos y perdidos. Valeria lo contemplaba con lágrimas en los ojos; no sabía si acercarse y brindarle apoyo, pues para él Mady era importante.

Todos estaban agotados, las horas pasadas sin descansar habían dejado secuelas tortuosas en los rostros, el dolor se alargaba cuerpo adentro y los empujaba al abismo de la desesperación. Si a eso se le sumaban las pronunciadas ojeras, la estampa era de todo menos gratificante.

Ben y Ronald intercambiaron miradas; el primero decidió romper el silencio.

—Señor Farrow, no se desespere, tenemos a nuestros hombres investigando el secuestro de Mady.

Varek se levantó y se acercó a él. El abogado tenía los ojos rojos, muestra inequívoca de las horas sin dormir, las lágrimas y el estrés que le suponía no saber dónde estaba Mady.

—Las palabras no me bastan —dijo en un tono roto por el dolor—. Quiero hechos, resultados, algo que nos lleve a dar con Mady.

Ben se compadeció, pues apreciaba a ese hombre y sentía su sufrimiento como propio. Mady era un ser excepcional y no merecía que le sucediera nada malo.

—Sólo un guardaespaldas se ha salvado de la masacre, y lo están operando. En cuanto me avisen del hospital, iré a hacerle unas preguntas.

En aquel mismo momento el móvil del inspector sonó, atendió la llamada y colgó a los pocos segundos.

—Me acaban de informar de que la operación ha ido muy bien. El médico

ha accedido a que le haga unas cuantas preguntas en cuanto despierte. Ronald y yo nos vamos al hospital, no tardará en salir de la anestesia.

Varek suspiró resignado, cada minuto era un tormento y una puñalada a la esperanza. El ambiente del salón estaba saturado, pero no de olores, sino de nerviosismo, y le daba la sensación de que se ceñía en su garganta, apenas podía hablar; a pesar de todo, se obligó a hacerlo.

—Por favor, manténgame informado —dijo en un susurro.

Ronald y Ben asintieron y se marcharon. Varek miró su reloj; en apenas unos minutos amanecería. Se pasó la mano por la cara buscando despejar la mente. Sentía su cuerpo indispuerto, pero aun así, lo ignoró y se obligó a meditar en busca de soluciones, ya que Mady y su bebé lo necesitaban, pues intuía que estaban en peligro. No podía quedarse de brazos cruzados, y menos cuando tenía la sospecha de que Rebeca podía estar implicada en su desaparición. De modo que no le dio más vueltas y decidió que iría a casa de la Holden.

—¿A dónde vas? —preguntó Daniel en cuanto vio que se marchaba muy decidido.

—A hacerle una visita a Rebeca. Y no intentes impedírmelo, esa víbora sabe algo, siempre ha querido lastimar a Mady, y si está implicada, confesará. Más le vale, si no quiere que la hunda en la miseria.

Todos comprendieron lo que quería hacer, pues sabían lo que contenía el *pendrive* que le había proporcionado Harry, antes de suicidarse: utilizaría esa información para amenazarla. Sin embargo, se alarmaron, ya que conocían el carácter de Varek y en su estado podía cometer una locura, como recurrir a un acto violento. Para él, Mady y su hijo eran su vida y haría lo que fuera por ellos. Viendo de lo que era capaz, Daniel dijo:

—Te acompañaré.

—Yo también —informó George.

—Nosotras nos quedaremos aquí por si hay novedades de los inspectores —anunció Valeria. Cam asintió.

Todos estaban dispuestos a dar con Mady y nadie los detendría.

Capítulo 13

Los hombres emprendieron el camino al hogar de Rebeca, Daniel se encargó de conducir. Varek estaba dominado por sus miedos: miedo a perder a Mady y a su hijo, miedo a que el futuro se quedara en nada. No podía sacarse de la cabeza que, tal vez, la estarían lastimando en aquellos momentos y él no estaba a su lado para defenderla. En su cabeza sólo aparecían charcos de sangre, lágrimas de hielo, oscuridad sin fin. No tenía fuerzas para disimular la expresión de dolor de su rostro, aunque lo intentó, pero quedó en nada. Su pesar era íntimo, instalado boca adentro, se había hecho dueño de sus ojos y su rostro, y era incapaz de gesticular con normalidad. Daniel y George lo captaron enseguida: Varek estaba al borde de un ataque de locura por no saber dónde estaba ella.

—Necesitas calmarte, que enloquezcas no la ayudará —dijo George, que estaba sentado en la parte de atrás.

Él no dijo nada, pero Daniel y el mismo George sabían que lo había escuchado. Varek bajó la ventanilla, el aire ayudaba a clarificar las ideas y las renovaba. Respiró hondo varias veces y, llevado por una agitación interior que lo rompía en mil pedazos, se echó a llorar con desconsuelo. Sus compañeros no dijeron nada, conscientes de que necesitaba del llanto para apagar el fuego de la exasperación.

Llegaron a la mansión de Rebeca. Como era de esperar sólo los criados estaban levantados a esas horas.

—La señorita Holden está durmiendo, señores, por favor, vengan más tarde —sugirió una sirvienta.

—Es urgente que hable con ella —dijo sin tapujos Varek.

—Señor Farrow, a la señorita Holden no le gusta que la despierten.

La muchacha le suplicaba con la mirada, además estrujaba su delantal con nerviosismo. Varek la entendía, bien sabía de lo que era capaz de hacerle la déspota de Rebeca si la despertaba. En el mejor de los casos la despediría. En el peor le infligiría un castigo que no quería ni imaginarse, por lo que tomó la decisión de que la despertaría él mismo.

—Tranquila, ya me encargo yo.

Se precipitó escalones arriba como si le fuera la vida en ello, pues cada segundo era importante. Daniel y George fueron tras él. El primero lo detuvo en lo alto de la escalera interponiéndose en su camino, dado que se temía lo peor.

—Varek, deja que hable yo con Rebeca.

El aludido entrecerró los ojos.

—No, lo haré yo —sentenció con dureza.

Daniel lo conocía y sabía que insistir no serviría de nada; además, él, en su lugar, estaría haciendo lo mismo.

—No recurras a la violencia, por favor —pidió Daniel—, hay mucho en juego.

—Lo sé, confía en mí.

Su socio asintió. ¿Confía en él? La verdad era que sí, ahora sí. No hubiera confiado en el Varek de antes de conocer a Mady, ese que se volvía déspota cuando lo provocaban. El que observaba era completamente diferente; el amor lo había transformado y se había convertido en una persona con valores. Sabía a la presión a la que estaba sometido; quizá era lo más difícil de controlar, pero allí estaban él mismo y George para hacerlo reflexionar e impedirle que perdiera los nervios frente a la manipuladora de Rebeca. De modo que se apartó y Varek se dirigió a la habitación y abrió la puerta con tanta fuerza que rebotó en la pared. El sonido despertó a Rebeca bruscamente. El hombre encendió la luz, pues las persianas estaban bajadas.

El abogado se acercó a ella como el león que va a su presa. A Rebeca no le

dio tiempo de reaccionar; Varek la agarró por los hombros, la alzó y la sacudió.

—¡Suéltame! —gritó ella.

En ese instante fue cuando Varek percibió el vientre abultado. Se acordó de Harry y de la promesa que le había hecho, entonces la soltó de golpe.

—¿Dónde está Mady? —voceó Varek.

Rebeca censuró a los tres hombres con la mirada antes de hablar.

—¡Marchaos de mi habitación!

Se levantó y se puso una bata.

—No hasta que me digas dónde está Mady —insistió Varek.

Rebeca no le prestó atención, se acercó a la puerta francesa de acceso a la terraza y abrió la persiana; la luz del amanecer entró a chorros. El día se presentaba tranquilo y luminoso, muy lejos de lo que sentía Varek en aquellos instantes, pues más bien tormentas y oscuridad llenaban su mente.

—No sé dónde está Mady —dijo Rebeca. Se dio la vuelta y se puso las manos en las caderas en un gesto despreocupado—. ¿La has perdido? Quizá esté en la cama con otro —ironizó con sarna.

Varek hizo amago de ir a ella para estrangularla, pero George lo detuvo interponiéndose en su camino. Daniel estaba tras la espalda de Varek, tenso como las cuerdas de una guitarra. La situación empeoraba por momentos, pero había dicho que confiaba en su amigo y lo haría.

Por su parte, Rebeca se acercó al que fuera su prometido, decidida a sacar su orgullo, por lo que apartó a George y se enfrentó a Varek.

—No te tengo miedo, no vas a poder escapar de mí —escupió ella.

Las comisuras de los labios de Varek se alzaron, una curva imperativa se afianzó en su rostro al tiempo que su mirada azul se endurecía.

—Harías bien en tenerme miedo —hizo una pausa—. Harry no murió en vano.

Esas palabras pusieron a Rebeca en alerta. No quiso darles importancia, aunque le resultaba difícil, y se puso nerviosa, pues Harry había resultado ser

un traidor. Aun así, su difunto secretario y Varek nunca habían gozado de una buena relación, de modo que se tranquilizó.

—Harry siempre fue un inútil...

—No supiste valorar su inteligencia, estoy seguro de que ahora se está riendo de ti desde su tumba.

Eso no le gustó a la altiva mujer y lo increpó.

—¡Cállate! ¡Quiero que os larguéis ahora mismo!

—Te lo repito: no nos marcharemos hasta que nos digas dónde está Mady.

—¡Ya te he dicho que no lo sé!

—Claro que lo sabes, siempre la has odiado; eres capaz de cualquier cosa. Si no me dices dónde está, arruinaré tu vida para siempre.

—Reiría si no fuera porque estoy muy enfadada.

—Tengo pruebas contra ti, Rebeca, Harry me proporcionó mucha información.

—Sea lo que sea, Harry te ha engañado.

—Tú fuiste quien orquestó la muerte de Shark, incluso urdiste junto a la gobernadora inculpar a Mady.

Varek no quiso seguir hablando. Le podía restregar que sabía que el hijo que esperaba no era suyo, pero hacerlo significaba ponerlo en peligro. Rebeca podía lastimarlo de muchas maneras si se sentía acorralada y decidía deshacerse del bebé a la desesperada.

La joven Holden lo miraba pasmada mientras su boca gesticulaba levemente, dando a entender que no sabía ni qué decir. Su mente buscaba excusas, una salida, pero la presión podía con ella.

—Todo lo que te contó Harry es mentira —se defendió ella, incapaz de encontrar otra respuesta.

En realidad, necesitaba quedarse sola y buscar una justificación más elaborada, en ese estado de nerviosismo se le podía escapar alguna cosa que después no podría retirar. Varek siempre había tenido la virtud de utilizar las palabras como cuchillos, por esa razón era el mejor abogado del país.

—Me proporcionó un *pendrive* con las pruebas —explicó Varek. Fue consciente del cambio de color del rostro de Rebeca y eso le animó a continuar, pues la tenía acorralada—. En este *pendrive* hay mucha información; habrá consecuencias, incluso políticas a más alto nivel. Recuerda que tienes a familiares en el gobierno, los Holden se replegarán y te desautorizarán. Te convertirán en cabeza de turco, los conozco; en el fondo sois previsibles. Siempre habéis sido así, no tenéis lealtad ni con los vuestros, el poder y el dinero son toda vuestra religión.

Varek vio cómo ella tragaba saliva. La mujer se dirigió a la cama a paso lento, parecía que los pies le pesaban toneladas. Se sentó en el borde, toda ella se mostraba derrotada, se palpaba incluso en los átomos del aire, que se habían espesado como gelatina. Rebeca empezaba a entender que Varek era un rival invencible; Mady le daba una fuerza capaz de mover montañas.

—No te he mentado —dijo ella en un tono apesadumbrado. Sopesaba todas sus alternativas a la desesperada, decidió confesar lo justo—. Pedí a Juan que la secuestrara para alejarla de ti, pero no me ha dicho en qué lugar la tiene. No me interesan los detalles, sino el resultado.

Los tres hombres se quedaron sin habla, la impresión estaba siendo grande y los impactaba muy adentro.

Rebeca se levantó y se acercó a Varek.

—Vamos a tener un hijo —dijo ella.

Agarró las grandes manos del hombre y las puso en su vientre, él las retiró de inmediato.

—Ya puedes rezar para que a Mady y a mi hijo no les haya sucedido nada, porque si no, lo vas a pagar muy caro. Te juro que me dedicaré en cuerpo y alma a destruirte y desearás no haberme conocido nunca.

Los hombres se marcharon. A sus espaldas oyeron los gritos y maldiciones de Rebeca. Cuando ella los perdió de vista, le vino a la cabeza una idea, no todo estaba perdido. Cogió el teléfono, llamaría a Juan para que le dijera

dónde estaba Mady, debía dar con ella antes que ellos para arrancarle el hijo de sus entrañas y matarla.

Mientras, los hombres ya estaban fuera, ajenos a los nuevos planes de la joven Holden.

—Llévame a casa de tu padre —pidió Varek a George—. Llamaré a los inspectores para que también acudan.

—No creo que sea buena idea —sugirió Daniel.

—Cierto, no es buena idea —corroboró George.

Varek maldijo entre dientes.

—Iré solo —increpó éste dándose la vuelta.

—¡Mi padre no te dirá nada! —explotó George.

—Al menos escúchalo —exclamó Daniel.

Varek se detuvo, respiró hondo y se giró. En sus ojos azules había demasiado sufrimiento, George y Daniel enmudecieron impresionados. El primero se obligó a hablar.

—Mi padre es cruel por naturaleza, aunque le des una paliza o le envíes a la policía, no te dirá nada. Se alimenta del dolor, además es muy listo, nadie ha podido con él hasta el momento.

—¡No puedo quedarme de brazos cruzados! —explotó Varek.

—¡Nadie te está diciendo que te quedes de brazos cruzados! —se exasperó George—. Si quieres salvar a Mady debes fiarte de mí; yo me encargaré de mi padre, lo conozco mejor que tú y lograré sonsacarle la verdad.

—No tengo elección, ¿verdad?

—No, si quieres recuperar a Mady y a tu hijo con vida.

Varek se llevó las manos a la cabeza. Su cuerpo barboteaba pesar y le costaba respirar. Saber que ellos estaban en manos de Juan, un loco, había sido un golpe difícil de asimilar.

—Me cuesta tener fe —musitó el letrado—. Carlos se está haciendo pasar por ti y sigue obsesionado con ella, la tiene a su merced y hará con ella lo que le dé la gana...

Las palabras se atascaron en su garganta; Daniel y George también eran conscientes de ello, pero no habían comentado nada con el propósito de no hacerlo sufrir más. Varek se estaba desmoronando, sólo hacía falta verlo: temblaba, sus ojos estaban vidriosos y respiraba con agitación. En ese estado no podía tomar buenas decisiones, por lo que era mejor ahorrarle más dolor, ya que lo único que haría sería llevarle a cometer una locura. Bien sabían que Varek caminaba por la cuerda floja y, hasta el momento, habían podido controlarlo.

—Te llevaré a casa —sugirió Daniel—, deja a George que hable con Juan.

Varek se apoyó en la pared de un muro del aparcamiento de la mansión de Rebeca y empezó a llorar con pesar.

—Tengo miedo —confesó éste llanamente, descompuesto por dentro y por fuera.

—Lo sé —habló Daniel—. Necesitas descansar un rato, y cuando lo hagas lo verás todo más claro.

Varek se dejó arrastrar hasta el coche. Miró a George antes de subir.

—Quiero que me avises cuando le saques la verdad a Juan Hernández —le pidió.

George asintió.

—Te lo prometo —aseguró.

Mientras lo llevaban a casa, Varek recordó el día en que conoció a Mady. Fue un hechizo a primera vista, el amor se cruzó en su camino. La manera en que ella veía la vida lo había hecho más sabio. Incluso en esos duros momentos sentía sus palabras cerca. Ella siempre le decía que no había en la vida terrenal nada eterno, siempre había un final para todo. El hombre sabía que, tarde o temprano, la situación que estaba viviendo tendría un desenlace, y la angustia por que fuera el que no deseaba lo mantenía en un cruel estado psíquico, que lo llevaba al abismo de su aguante mental. Percibía la caída, la oscuridad, el romperse a trocitos. No le quedó más remedio que echar mano a

la poca fe que aún albergaba su corazón. Ésa era otra de las cosas que Mady le había enseñado: no había que perder la fe. Nunca.

* * *

Carlos había dejado a Mady en una cabaña sin ventanas a las afueras de Miami, muy lejos de la civilización y escondida entre la vegetación de los pantanos. En su interior sólo había un colchón y una lámpara de baterías. La mujer estaba amarrada del cuello por un collar unido a una larga cadena sujeta en la viga de madera del techo. Ella intentó liberarse antes de que llegara su secuestrador, pero todo parecía estar en su contra y no había podido. Además, se sentía derrotada y eso la asustaba; a esas alturas temía lo peor.

La verdad era que sus fuerzas empezaban a flaquear, no sólo por la desesperación de escapar, sino porque ya estaba segura de que el parto se había iniciado. Las contracciones venían cada vez más a menudo; algunas le cortaban el aliento, pues le daba la sensación de que se partía por dentro. Hasta el momento lo había podido disimular ante Carlos, pero cuando regresara tendría complicado engañarlo, y más teniendo en cuenta que apenas hacía unos minutos había roto aguas. Por suerte, el líquido se había filtrado entre los renglones deteriorados de madera del suelo y la mancha de humedad quedaba disimulada entre otras de suciedad.

Mady estaba sentada en el colchón, con los pies recogidos, y se ayudaba de la pared para mantenerse apoyada. No se trataba de una postura muy cómoda, pero era todo lo que tenía en aquellos momentos. Además, tenía problemas para moverse dado su estado, y cuando lo hacía, la cadena tintineaba y el corazón se le encogía por lo que significaba. El ambiente estaba cargado y le costaba respirar, no había ventilación; apenas entraba aire por las rendijas de los tablones mal unidos de la pared y no era suficiente. Sólo era consciente del sol que hacía en el exterior, que calentaba la madera provocando que el interior se hubiera convertido en un horno. Sudaba y su ropa se pegaba a su

cuerpo de una manera muy desagradable. Tenía varios mechones de pelo adheridos a su rostro, que ella se despegaba una y otra vez, sin mucho resultado.

Un ruido en el exterior la alertó; sus esperanzas se renovaron. Se levantó, no sin dificultad, y quiso acercarse a la puerta, pero la cadena no era muy larga y se quedó a medio camino; aun así, gritó con todas sus fuerzas para que la ayudaran. Sin embargo, todo su esfuerzo fue en vano, pues se trataba de su secuestrador. Ella dio varios pasos atrás, ya que había amenazado con darle la paliza de su vida si se atrevía a gritar, por lo que tuvo miedo en cuanto vio la expresión severa de su rostro.

—Ya te he dicho que nadie puede oírte —dijo Carlos.

En una mano llevaba una botella de agua y en la otra una bolsa transparente, en cuyo interior había fruta.

—Por favor, tengo sed —suplicó ella observando la botella con avidez.

En ese mismo instante la martirizó otra contracción. Apretó los labios, pero le dolía tanto que lanzó un grito y tuvo que sentarse en el colchón. Las rodillas le temblaban.

—¿Estás de parto? —Su rostro grave se metamorfoseó a uno complacido —. Sí, claro que estás de parto. ¡Qué bien! Así no tendré que tenerte muchos días aquí encerrada, míralo como algo positivo. Parece que la suerte te sonrío.

¿Suerte? Mady se hubiera reído si no fuera porque la contracción la tenía ocupada. Empezó a jadear en busca de canalizar el dolor, tal como le habían enseñado en las clases de preparación al parto. Sin embargo, lo que entonces veía como algo sencillo, ahora se convertía en un martirio; a duras penas lograba recordar los consejos.

—Por favor, necesito un médico —pidió ella en cuanto recupero el aliento.

Carlos negó con la cabeza mientras le alargaba la botella empañada de humedad debido al contraste de temperatura. Mady la agarró como si fuera un gran tesoro y bebió sin parar, sólo se detuvo cuando se quedó sin aire. Respiró con agitación y cuando se recuperó volvió a ingerir, esta vez con más calma.

El líquido estaba fresco y su cuerpo se sintió renacer. En ese instante se dio cuenta de que él se había marchado y su alivio fue enorme. Pero duró poco, porque la puerta de la cabaña se abrió dando paso a Carlos, traía consigo toallas y un gran cuchillo. La respiración se atascó en su garganta, una bola enorme crecía en su pecho y comprimía su corazón, pues no le gustaba lo que imaginaba.

—¿Qué pretendes hacer? —susurró ella con miedo.

—Quedarme aquí hasta que nazca el maldito gringo.

—Te he dicho que necesito un médico. ¿Y si se complica el parto?

—Para eso es el cuchillo.

La risa histriónica de Carlos le puso los pelos de punta. Mostraba la misma enajenación mental de siempre, eso no había cambiado por mucho lavado de cerebro que le hubieran hecho. No le tendría que extrañar, porque Valeria le había contado la manera en que trabajaban en Base Tarántula con gente como Carlos con el fin de utilizarlos. Le habrían hecho creer que estaba cuerdo y que eran los demás los psicópatas. Además, le habrían inculcado que se había convertido en una especie de héroe y que debía salvar a la buena gente como él de las garras de Juan y de un mundo hostil en el cual debía sobrevivir. Casi palpaba la desgracia en el aire que respiraba. Si una cosa tenía clara a esas alturas era que la cosa acabaría mal, para ella o para él. El futuro se presentaba manchado de sangre, las cartas estaban echadas y sólo habría uno que saldría victorioso. Aun así, no perdería la fe por muy asustada que estuviera, porque de lo que estaba completamente segura era de que salvaría a su hijo.

Otra contracción sacudió su bajo vientre, ésta tiró fuerte de sus riñones, se llevó las manos al lugar y empezó a masajearlo al tiempo que jadeaba nerviosamente. Cuando se le hubo pasado, dijo:

—Por favor, Carlos, no le hagas daño a mi hijo. Haré lo que me digas...

—A tu hijo lo quieren vivo, a ti muerta, pero yo decidiré cuándo vas a morir.

Mady se sorprendió.

—¿Quién lo quiere vivo?

Él pensó que podía decirle la verdad, porque una vez el niño naciera y lo entregara, se llevaría a Mady muy lejos de Miami para que nadie nunca la encontrara; todos la creerían muerta.

—Rebeca.

—¿Rebeca?

Ella no podía creérselo, arrugó la frente mostrando incredulidad.

—Fue ella quien contrató a mi padre, quiere al crío y a ti muerta cuando nazca. Pero he decidido engañarlos y no hacerlo. Vas a ser mi puta durante una buena temporada.

Mady no quería escuchar más, se tapó las orejas con las palmas de las manos.

—¡Cállate!

Su secuestrador reía y ella empezó a llorar. Sólo Rebeca podía estar detrás de tanta injusticia y maldad. Se acordó de sus ojos verdes el día que coincidieron en la comisaría; aquella mujer la odiaba. Padecía la misma enfermedad que Carlos, pero con más refinamiento. Tanto él como ella lo habían tenido todo en la vida, lo único que no habían conseguido había sido el amor verdadero. La vida, siempre sabia, no los había recompensado con tan maravilloso regalo, porque quien no amaba con el corazón no podía esperar ser amado. Las flores no florecían regándolas con odio. El sol no brillaba en el infierno. Las sonrisas sinceras no cincelaban las bocas que escupían al prójimo.

Mady no dejaría a su hijo en manos de una mujer que lo odiaría toda la vida. Ojalá pudiera detener el parto, pero la naturaleza seguía su curso y no podía luchar contra ella. Si consiguiera escaparse antes de que naciera... Un milagro, necesitaba un milagro.

Otra contracción, ésta más fuerte que la anterior. Se agarró a la cadena que la mantenía presa y gritó el nombre de Varek.

Sólo él apagaba su miedo y renovaba sus esperanzas.

* * *

Varek, Daniel y George llegaron al hogar del primero. George se encargó de explicar a las mujeres lo que había pasado con Rebeca. Valeria no dejó que él fuera solo a casa de su padre, por lo que para ir más rápido decidieron acercarse en moto. No era la Harley de siempre, pues el hombre se había tenido que deshacer de ella para no dar pista sobre su auténtica identidad. A cambio se había comprado otra no tan espectacular, sino más acorde con el estilo serio de un contable, y que Javier jamás se compraría.

Llegaron y aparcaron, se sacaron los cascos que dejaron sobre el asiento de la moto. Valeria llevaba una pistola en la espalda, que se había tapado con los faldones de la blusa que se había sacado de los vaqueros. La adrenalina corría por su cuerpo, y sus músculos estaban en tensión preparados para entrar en acción. Valeria conocía esa sensación, era la misma que había experimentado cada vez que había entrado en batalla en algunas de sus pasadas misiones. Sabía que se presentaba un altercado de alta tensión, lo palpaba: olía a sangre.

Empezaron a andar camino a la entrada.

—¿No crees que hubiera sido mejor ser tú mismo, o sea Javier, y engañar a tu padre?

—No hay tiempo, me tendría que afeitarme, rapar y prepararme para no cometer ningún error, como que no viera que ya no llevo tatuajes. En cualquier caso, mi padre es demasiado listo y me reconocerá.

—Creo que deberías haber cogido un arma.

—No me gustan las armas, ya lo sabes.

Subieron por unos escalones.

—Siempre dices lo mismo, pero un arma es como contratar un seguro de vida.

—El mejor seguro de vida que hay es la inteligencia.

—En eso llevas razón.

Llegaron a la puerta doble de madera maciza con aldabones de oro. En los laterales tenía dos columnas de estilo dórico de mármol, acrecentando esa sensación lujosa de la que tanto le gustaba alardear al gran Hernández. George aún guardaba las llaves de cuando vivía en la casa, así ambos entraron; los recibió un silencio ensordecedor. Era una sensación que también sucedía en la Hacienda Hernández, pues allí donde estaba su padre, la vida y la felicidad se ausentaban.

—A lo mejor no está —dijo Valeria.

A George le llegó el olor a habano.

—Sí, que está.

Se dirigió al despacho seguido por Valeria. Su padre estaba sentado en su butaca, con un puro en la boca y el móvil en la mano. Cuando los vio se sorprendió.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Por qué te has disfrazado con ese pelo y esa barba? —preguntó mirando a su hijo de arriba abajo, sin entender por qué tenía tal aspecto—. Acabo de hablar con Rebeca, está muy nerviosa y me he visto obligado a decirle dónde estabas, no me ha querido contar qué le pasaba. Precisamente te iba a llamar... —Se detuvo en cuanto se dio cuenta de que algo no iba bien. Dejó el móvil en el escritorio—. ¿Quién es esa mujer, Javier? —preguntó sin dejar de mirarla.

El anciano enfocó sus pupilas, los miró alternativamente y maldijo entre dientes; su instinto le estaba avisando de que la mentira lo estaba apuñalando. Esa mujer le resultaba familiar; por otra parte, su hijo no le cuadraba en la mente.

—¿Javier? —preguntó un Juan temeroso, su cerebro intentaba sacar conclusiones.

—Sí, soy yo.

Juan cabeceó incrédulo, ese Javier parecía tan diferente al del día anterior. Centró toda su atención en la mujer, le resultaba demasiado inquietante. Esos

ojos azules los tenía muy presentes, sólo le hacía falta ubicarlos en los recuerdos para encontrar la respuesta... De pronto supo quién era.

—¡Mimí! —exclamó sorprendido, al borde de entrar en colapso.

—¡Me has reconocido a pesar de ser completamente diferente! —dijo ella con sarcasmo—. En el fondo me agrada que no te hayas olvidado de tu mujercita.

A Juan se le desencajó la mandíbula. Esa Mimí no era la tonta rubia que recordaba, incluso su voz ya no tenía el tono adolescente y chillón que tanto le molestaba. La furia por sentirse engañado por una mujer fue transformando su viejo rostro. Primero las arrugas del ceño se replegaron y formaron un acordeón de pellejos; después sus ojos se encendieron de menosprecio, y por último, apretó los dientes con tanta fuerza que rechinaron.

—Desgraciada hija de puta... —la insultó el anciano en un susurro largo y mortífero, tal como sisearía una serpiente ante su cena.

—Pichurri, me casé contigo para vigilarte, pero apareció Javier y, entonces, se convirtió en mi aliado.

La mujer no quiso entrar en detalles, porque formaban parte de la vida privada de él y de ella, que Juan jamás sabría.

—Lo sé todo de ti —dijo el hijo—, y de tu afición por los muchachitos. No podrías haber caído más bajo. Eres un maldito pederasta, que roba la inocencia a chavales. Al final descubrí lo que te unía a ella y por qué querías que la matara.

—Maldito seas, Javier.

—No la maté, no lo hice porque nunca fui ni seré como tú.

—Mentiroso, he visto con mis propios ojos, apenas hace unos días, cómo torturabas a un traidor y matabas a su gente. ¿Se puede saber a qué juegas?

—¿Acaso no lo has deducido? Te creía más listo. Ése no era yo, sino Carlos, tan todopoderoso que siempre te has creído y al final todos te hemos engañado.

—Traicionado por mis propios vástagos —mencionó, irritado como nunca

antes—. Merecéis que os arranque la piel a tiras.

—Ahora ya no hay vuelta atrás —advirtió el hijo—. Has matado a demasiados inocentes, has violado a críos, has manipulado, has convertido a gente buena en criminales. Me encargaré de que pagues por tus crímenes.

Juan se sentó, mostró ante ellos abatimiento para despistarlos. Su objetivo era coger la pistola que tenía estratégicamente colocada bajo el escritorio. Siempre había sido muy previsor.

—Piensa en nuestro apellido y lo que significará perderlo todo —se entristeció el anciano—. Aún podemos arreglarlo.

—No vengo a hablar de la familia —expuso su descendiente—. De hecho, nunca me consideraré un Hernández, eso ya lo sabes. Si estoy aquí es porque quiero saber dónde tienes a Mady.

—¿Te crees que te lo voy a decir? Antes prefiero morirme.

—Déjame a mí —pidió Valeria—. Sé cómo sacarle la verdad.

George y Valeria cruzaron sus miradas y Juan aprovechó ese segundo en que ninguno de los dos lo contemplaba para alcanzar su arma. Valeria, de soslayo, captó el movimiento, y en lo que duró un suspiro, agarró su propia pistola. No titubeó y disparó en el mismo instante en que Juan se preparaba para hacerlo. El anciano profirió un grito agónico: Valeria le había dado en el pecho. Aun así, la herida no era mortal, puesto que se había asegurado de no darle en ningún órgano vital, ya que lo necesitaban vivo con el objetivo de que les dijera dónde tenían a Mady escondida. El hombre longevo maldijo para sus adentros; no había sido rápido, sus manos eran torpes debido a la edad.

Valeria se acercó con rapidez a Juan y le quitó el arma, que todavía sujetaba con la mano, y la tiró lejos; en su estado no la alcanzaría. George miraba la escena, se sentía culpable por no sentir nada, ni siquiera le impresionó la sangre que cubría la camisa blanca de su padre. Se obligó a reaccionar, aún no le había dicho dónde estaba Mady y no se iría de allí sin la información. Con ayuda de Valeria, lo tumbaron en el sofá que había en el despacho.

—¡Llama a un médico! —gritó el anciano.

Se llevó la mano al pecho, después se miró la palma y se horrorizó al verla completamente cubierta de sangre. Era la primera vez en la vida que el hijo había visto miedo en la mirada de su padre, dedujo que le daba pánico morir y decidió aprovecharse de esa ventaja.

Por su parte, Valeria cogió su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros, pero George se lo arrebató. Ella lo miró con el ceño fruncido sin entender lo que quería hacer.

—No llamaré al médico hasta que me digas dónde está Mady —dijo con voz grave el hijo; mostrando su autoridad y decisión, le enseñó el móvil al padre—. Tú decides.

La mujer comprendió sus intenciones y decidió dejarle hacer.

—¡Maldita sea, soy tu padre!

George se preguntó si Juan alguna vez en la vida habría hecho algo bueno llevado por un sentimiento profundo. Pero se acordó de cómo actuaba cuando apenas era un niño, y jamás su progenitor hizo nada que mereciera la pena recordar. Si hubiera obrado diferente lo tendría muy vivo en su memoria, porque, por aquel entonces, necesitaba una excusa para lanzarse a sus brazos y llamarle papá. La cruda realidad era que nunca ocurrió nada fuera de lo que estaba acostumbrado: a una existencia teñida de sangre y muerte.

—Nunca fuiste mi padre, tú querías un heredero, no un hijo. —Sonrió—. Los segundos pasan y se te escapa la vida...

Juan sabía que su hijo no tendría clemencia, estaba de pie frente a él y sus ojos lo intimidaban. Apretó los labios y decidió no perder más el tiempo.

—La dirección está grabada en el buscador de mi móvil.

—Compruébalo —pidió George a Valeria.

En dos zancadas la mujer se acercó a la mesa y cogió el teléfono. Juan le dijo la contraseña y lo comprobó.

—Sí, no miente, ya puedes llamar a los sanitarios.

George así lo hizo, y cuando él y Valeria estaban a punto de marcharse,

Juan los detuvo.

—¿Vas a dejarme aquí solo?

—Que sea el cielo quien decida si vives o mueres —comunicó el hijo—. Yo tengo que evitar que Mady se convierta en tu última víctima.

—Reza porque esa puta muera, porque si salgo de ésta, no pararé hasta matarte con mis propias manos.

El hijo lo atravesó con sus ojos negros, pero antes de marchar, su progenitor le dedicó la mirada de la venganza. George sabía que si su padre sobrevivía cumpliría su amenaza. Sin embargo, esta vez sería diferente y le plantaría cara, ya que le gustaba su nueva vida y no pensaba renunciar a su futuro, y menos huir. No quiso pensar en ello, primero había que salvar a Mady.

George abrió la puerta y se encontró cara a cara con los sirvientes, supuso que el disparo los había alertado.

—Acabo de llamar a la ambulancia, aseguraos de que lo atiendan.

Todos asistieron, más o menos; en todo caso George pudo percibir en las miradas y medias sonrisas la complacencia de ver sufrir a su jefe. No los juzgaría, pues los entendía y los compadecía; se trataba de gente que nunca había tenido nada y a la que su padre les había arrebatado lo único de lo que eran dueños: la dignidad. En el fondo sabía que deseaban su muerte.

Una vez fuera, la pareja decidió coger el todoterreno que había en el garaje. Entraron en el vehículo e introdujeron las coordenadas exactas, pues no había una dirección como tal, sino que se trataba de un lugar apartado y no habitado. George conducía y Valeria se encargó de llamar a Varek y a los inspectores.

Sólo esperaban llegar a tiempo. Carlos era malvado e imprevisible por mucho lavado de cerebro que le hubieran hecho. Era capaz de cualquier cosa si le provocaban. Había que darse prisa.

Capítulo 14

Rebeca había llegado a la cabaña. Nada más salir del vehículo la molestaron los mosquitos, que ella ahuyentaba a base de manotazos sin resultado. Se colaban por debajo de su vestido blanco de premamá, pero estaba tan obcecada en quitarle el niño a Mady y matarla, que para ella las picadas eran un pormenor que aguantó estoicamente, aunque no sin algún insulto a los insectos.

Carlos ya había salido al exterior alertado por el ruido. Rebeca se acercó a él y, mientras caminaba, se llevó la mano al bolsillo y tocó la pequeña pistola que guardaba. Sentir su dureza la tranquilizó y le dio seguridad. No había tiempo para la educación, por lo que habló sin rodeos.

—¿Está dentro esa desgraciada?

El hombre asintió y se apresuró a obstaculizar la puerta de entrada de la cabaña con su gran cuerpo y ocupó el espacio como si fuera una roca.

—¡Apártate! —gritó furiosa, quitándose las gafas de sol y tirándolas al suelo con rabia.

—No. ¿Qué haces aquí?

—Vengo a llevarme al niño.

—Aún no ha nacido, te dije que te avisaría.

—Ha habido un contratiempo y Varek no tardará en llegar, debemos darnos prisa.

—¿Varek? ¿El maldito gringo? —Rompió a reír a carcajadas—. Bien, tengo una cuenta pendiente con él.

—Tú no vas a hacer nada si no quieres que os retire mi apoyo, no sé qué dirá tu padre si lo telefono y le digo que no estás cumpliendo con nuestro

pacto.

De una manera muy sutil, ella lo estaba amenazando, pero como reprimenda resultó ser muy eficaz, porque bastó para que Carlos tomara conciencia de la situación: su padre no le perdonaría perder la complicidad de la naviera de los Holden, a fin de tener acceso a todos los puertos del mundo, de modo que, con una falsa sonrisa escrita en su boca, se apartó y dejó libre la puerta de acceso. Aunque no quería decir que él claudicara, ni mucho menos, pues estaba tratando de ganar tiempo.

Rebeca entró en la cabaña. Se encontró a Mady con los ojos cerrados, tumbada en el colchón; se sujetaba el vientre con la mano y jadeaba frenéticamente. Rebeca concluyó que estaba bajo los efectos de una contracción. El brillo de un cuchillo atrajo su atención, era todo lo que necesitaba en ese momento; enseguida su mente se puso a elucubrar y sonrió. Se acercó al instrumento, pero agacharse en su estado resultaba una acción complicada cuando se tenía prisa; aun así, logró su objetivo. Con las ideas claras, se dirigió a la mujer que más odiaba en el mundo.

Mady seguía con los ojos cerrados, no era consciente de lo que sucedía a su alrededor, sino que sus sentidos estaban puestos en dar a luz a su hijo. Las contracciones eran muy seguidas y ya venían acompañadas con unas ganas enormes de apretar, notaba la cabeza del bebé encajada. Cuando el dolor disminuyó aprovechó para respirar profundamente. Se obligó a mantenerse serena y fuerte, pues también estaba Carlos en la cabaña y debía permanecer alerta por si se presentaba una oportunidad de escapar. Abrió los párpados y percibió una presencia, creyó que se trataba del loco Hernández, pero cuando enfocó la mirada vio unos zapatos de mujer. Alzó la vista y el corazón le dio un vuelco.

—Rebeca... —musitó con más pena que gloria.

La aludida sonrió, sin embargo, no era una sonrisa dulce que esbozaría una amiga, sino que sus labios se curvaban dando como resultado una mueca macabra, más digna de una mente malvada que estaba a punto de cometer un

terrible acto. Mady lo sintió de esa manera en su cuerpo y le invadió la sensación de tener la muerte demasiado cerca. Quiso escapar de allí y empezó a gatear, pero la cadena y Rebeca, que se arrodilló a su lado y la agarró con dolor del brazo, se lo impidieron. Mady empezó a revolverse en un intento por que su agresora la liberara; sin embargo, su cuerpo sentía el peso del cansancio debido al calor, las contracciones y la tensión de su secuestro, por lo que pronto dejó de luchar. La joven Holden le enseñó el cuchillo y Mady contuvo el aliento cuando la hoja acarició su rostro.

—Tienes algo que me pertenece —amenazó la atacante.

Mady entendió perfectamente sus intenciones, así que se protegió el vientre abarcándolo con sus brazos.

—¿Por qué? Tú también vas a ser madre. No lo entiendo...

—Muy fácil, mi hijo no es de Varek, necesito al tuyo para sustituirlo por el mío.

Mady se quedó impactada. La crueldad de esa mujer no tenía límites, su mirada era un filo verde que la cortaba en trocitos.

—No te lo voy a permitir...

Justo en ese momento otra contracción la sacudió, se contrajo de dolor y gritó de impotencia. Rebeca la agarró por su melena pelirroja y la obligó a que la mirara.

—No sé cómo me lo vas a impedir, puta, pero no temas, en tu ausencia consolaré a Varek.

Carlos se mantenía a distancia, cerca de la puerta de entrada que había cerrado. Sólo la luz artificial de la lámpara iluminaba la estancia. Decidió que era el momento de intervenir, Mady le pertenecía y no renunciaría a ella.

—Rebeca, déjala —dijo Carlos—. La llevaremos a otro lugar antes de que venga Varek. Pronto va a dar a luz, ya has aguantado mucho tiempo, ¿no crees que deberías esperar un par de horas más? Sé razonable y hagamos las cosas bien.

—Morirá de todas maneras —dijo Rebeca sin darse la vuelta, encogiendo

los hombros, satisfecha por la cara de pánico de Mady—. Tenemos el tiempo justo de abrirle el vientre y sacar al niño. Tú puedes deshacerte del cadáver. Cuando venga Varek no habrá nadie aquí.

Carlos supo que ella no cambiaría de opinión, comprendió que era el momento de tomar decisiones. Sólo estaban ellos tres en la cabaña y lo tenía fácil para inventar un relato que convenciera a su padre de que Rebeca había echado al traste sus planes. Juan entendería que ella siempre había sido carne de cementerio desde que pisó su casa; mucho antes lo fueron otros socios suyos, no vendría de uno más.

—Mady me pertenece —enfaticó con dureza él, quitando el seguro de su pistola.

Rebeca se levantó y se dio la vuelta, el brillo metálico del arma de su rival la puso en alerta.

—Está bien, tú ganas —dijo ella, tirando el cuchillo lejos.

—Buena decisión, haremos lo que te he dicho: la cambiaremos de lugar.

Rebeca asintió mientras se llevaba con disimulo la mano al bolsillo donde tenía su pequeña pistola a punto de ser disparada. Debía ser rápida como un vaquero en el salvaje oeste, de modo que, con un movimiento veloz, se sacó la pistola y disparó. Sin embargo, para su desesperación no tuvo muy buena puntería, pues le dio en el hombro derecho, brindándole a Carlos la oportunidad de defenderse. Teniendo en cuenta que éste llevaba toda una vida disparando y matando, le resultó fácil poner la bala donde miraba.

Fue una muerte limpia de un balazo en la frente. A Rebeca no le dio tiempo de verla aparecer, y no tardaría en encontrarse con Harry en el Infierno por todo el dolor causado. Cayó sobre Mady como un fardo pesado atraído por la gravedad, y ésta aprovechó la oportunidad para agarrar el arma de la mano de la joven Holden en el instante en que Carlos corría hacia ella para impedirlo. Las ganas de salvar a su hijo le habían permitido reaccionar más rápido que su agresor.

—¡Quieto, no te acerques! —vociferó con fuerza ella, resuelta a disparar si

la provocaba.

Rezó para que no le sobreviniera otra contracción, porque como Carlos cometiera la locura de querer quitarle el arma, dispararía a matar. Protegería a su hijo fuera como fuese.

El hombre era consciente de que estaba en clara desventaja, además le dolía el hombro y tenía dificultades para sujetar su propia arma. Teniendo en cuenta que los demás llegarían pronto, tenía el tiempo justo para huir.

—Volveré —replicó con su mirada oscura, sentenciándola a un futuro de sufrimiento.

Carlos se marchó y ella escuchó el ruido del coche alejarse. En ese mismo instante le vino otra contracción; fue larga, dolorosa, acompañada por unas irrefrenables ansias de empujar. Se tumbó y abrió los muslos. Su hijo llegaba, lo notaba. Sin embargo, el calor era tan asfixiante que le daba la sensación de estar en una sauna descontrolada, por lo que se estaba mareando y le costaba respirar; no tardaría en desmayarse. Miró a Rebeca, que se hallaba a su lado inerte; tenía los ojos abiertos, sus pupilas no enfocaban hacia ninguna parte y ella le cerró los párpados. Quiso llorar de impotencia, pero no había tiempo para derrumbarse, pues había que abrirle el vientre y sacarle el niño antes de que muriera en su interior. El problema era que sus ataduras le impedían acercarse al cuchillo.

El ruido de un motor la alertó, así que se incorporó todo lo que su lamentable estado le permitió y apuntó hacia la puerta; apretó los dientes intentando controlar otra nueva contracción. La puerta se abrió y entraron George y Valeria; el alivio que sintió fue tan grande que el arma resbaló de su mano incapaz de aguantar su peso y se desplomó sobre el colchón medio inconsciente.

—Dios mío... —dijo George al ver a su amiga en ese estado.

Ambos corrieron a ella, Valeria le mojó el rostro con el agua que quedaba de la botella que reposaba tumbada cerca del colchón. Mady pareció recobrar el sentido al percibir el líquido refrescar su piel.

—Carlos acaba de marcharse —informó Mady—. Ha matado a Rebeca, hay que sacarle el niño... —Señaló en dirección al cuchillo que había en una esquina—. Allí está el cuchillo.

—Ya lo haré yo —dijo Valeria mirando a George—. No es la primera vez que me he visto en esta tesitura. Tú ve tras Carlos, hay que atraparlo antes de que lo hagan los de Base Tarántula, si lo hacen lo protegerán y no tendremos otra oportunidad.

El hombre asintió y salió tras su hermano a toda velocidad con el todoterreno. Era fácil seguirlo, porque la carretera era de tierra y sólo hacía falta seguir la estela de polvo.

Mientras, en la cabaña, Mady seguía con las contracciones, entre una y otra apenas le daba tiempo para recomponerse. Valeria había arrastrado el cadáver de Rebeca lejos de Mady y procedió con habilidad a abrir el vientre. En algunas de sus misiones había tenido que sacar balas y coser grandes heridas a sus compañeros, de modo que no le venía de nuevo. Además, en Base Tarántula los preparaban para tales eventualidades y les habían impartido clases de medicina. En pocos minutos sacó a la niña del vientre de su madre muerta y le cortó el cordón umbilical. Vio las toallas y utilizó una para limpiarle el interior de la boca y nariz, la criatura no tardó en llorar con vigorosidad. Era tan pequeñita que le bastó la otra toalla para envolverla por completo.

—¿Está bien? —preguntó Mady.

Valeria se acercó a su amiga y se arrodilló a su lado.

—Sí, perfectamente. ¿Y tú cómo estás? Aguanta un poco, una ambulancia con un médico está de camino.

—No sé si llegará a tiempo. ¡Oh, Dios! Otra contracción, no puedo aguantar más, no puedo dejar de apretar...

—Bufff, veo que ya no hay tiempo de nada, nadie va a parar el parto, tendré que ayudarte yo.

Valeria acostó a la niña junto a Mady, que no podía detener sus ansias de

empujar. Valeria se ubicó entre los muslos abiertos, el bebé ya estaba coronando y asomaba una mata de pelo castaño oscuro como el del padre.

—Aguanta un poco, Mady.

No había terminado de hablar cuando oyeron el ruido de un coche frenando con brusquedad frente a la cabaña. La puerta estaba medio abierta y un halo de polvo entró por la obertura. Mady no prestaba atención, pues seguía empujando; su rostro se había enrojecido y su cuerpo estaba cubierto de sudor. Valeria echó mano a su pistola y se puso delante de Mady y la recién nacida, protegiéndolos con su cuerpo. Suspiró de alivio cuando la puerta se terminó de abrir y reconoció a Varek. Daniel le seguía a corta distancia.

Varek se quedó impactado nada más puso un pie en la cabaña. Los ojos cegados por la luz exterior se acostumbraron, poco a poco, a la tenue luz de la lámpara, y pudo observar todo con mayor claridad. En primer plano vio a Rebeca con un disparo en la frente y con el vientre abierto, las moscas revoloteaban sobre la herida dándose un festín y estuvo a punto de vomitar. Si bien odiaba a esa mujer, nunca tuvo pensamientos de verla en tal estado. Su corazón se compadeció de ella y rogó por que se arrepintiera de sus pecados allí donde estuviera. Pero cuando visionó a Mady tumbada en el colchón, apoyada por los codos, con las rodillas levantadas y abiertas, todo se diluyó y Rebeca y sus pecados formaron parte de la historia. Corrió hacia su chica y se agachó a su lado.

—¿Estás bien? Creí que te había perdido —musitó con voz quebrada.

Se dio cuenta del bebé que había a su lado, Valeria le leyó la mente.

—Es la niña de Rebeca, tuve que abrirle el vientre para salvarla.

—Varek... —Mady lloraba a pleno pulmón, no podía creerse que la pesadilla hubiera terminado, se agarró a él y éste la abrazó—. Nuestro bebé está de camino, ¡ahhhh!

Otra contracción la asaltó. Gritó a pleno pulmón, dolía más de lo que nunca hubiera imaginado. Además, no sabía si podría aguantar mucho más, pues se estaba quedando sin fuerzas. Varek se desesperó, ya que no sabía qué hacer.

—Vamos a tener que ayudarla nosotros —le dijo Valeria.

—Dime qué puedo hacer.

—Lo más difícil es sacar la cabeza, el resto del cuerpo saldrá con poco esfuerzo. Mady debe seguir empujando, pero está agotada y a un paso de desmayarse. Debes animarla para que no pierda la conciencia. Por cierto, ¿tienes alguna manta en el coche? Cuando salga el bebé necesitaremos liarlo con algo.

—Sí, en el coche hay de todo —intervino Daniel desde atrás, se sentía con el estómago revuelto debido a las circunstancias—. Ya voy yo a buscar las cosas, tú quédate con Mady y ayúdala —dijo mirando a su amigo.

Entonces, Varek empezó a hablarle a Mady a fin de que no se desmayara animándola a que empujara con todas sus fuerzas. Daniel no tardó en regresar con dos mantas, una se la entregó a Valeria y la otra la utilizó para tapar el cadáver de Rebeca. Se sintió culpable por no asaltarle la tristeza, como era lógico cuando alguien fallecía, y más en las circunstancias en las que había muerto. Pero la joven Holden se había ganado a pulso el desprecio de todos; lo más triste era que no había dejado recuerdos hermosos donde agarrarse cuando se la rememorara. Se explicó así su falta de tristeza por verla muerta, aunque no le daría más vueltas al asunto: todo en la vida tenía un final y, a pesar de su dinero y poder, la joven Holden había tenido el suyo como cualquier otro mortal.

Mientras, Varek seguía dándole ánimos a Mady con cariñosas palabras. Y por fin la cabeza del neonato salió. La parturienta sintió un gran alivio, pues el trabajo duro estaba hecho. A partir de entonces, y con la ayuda de Valeria, le requirió poco esfuerzo terminar la tarea de sacar el resto del cuerpecito.

—¡Es un niño! —informó con efusividad Valeria.

No pudo evitar que lágrimas de felicidad se derramaran de sus ojos azules, sabía que ese niño había sido concebido con tanto amor que su vida sería maravillosa. Nunca antes había pensado tales cosas, pero había cambiado y veía el amor como el mejor de los sentimientos.

—Un niño, Varek... —lloraba la mamá, sin fuerzas para decir nada más.

El papá no podía hablar por lo emocionado que se sentía; sus ojos estaban abiertos de par en par observando aquel ser pequeñito como el mejor de los milagros. Valeria se lo entregó y él lo envolvió en la manta. Lo sostuvo lo justo para besarle la frente y la pequeña nariz, e inmediatamente después se lo entregó a Mady. Ella acogió a su hijo en el brazo izquierdo y le pidió a Varek que le colocara la niña en el derecho. La felicidad inundaba el rostro de la nueva mamá, besó la cabecita de uno y del otro, luego cerró los ojos y suspiró. Se había ganado un merecido descanso.

—Felicidades, papás —dijo Daniel emocionado.

La ambulancia, el médico y los inspectores llegaron por fin. Valeria hizo un resumen rápido de lo sucedido, después le pidió el coche a Varek para ir en busca de George.

Más valía que se apresurara, pues no muy lejos de allí se estaba librando una batalla a vida o muerte.

* * *

Carlos circulaba a toda velocidad por una estrecha carretera de tierra, a ambos lados se extendía la inmensidad de los pantanos de Everglades, en cuyas aguas cocodrilos y aligátors amenazaban con su presencia. Carlos los conocía bien, su prótesis era un recuerdo de lo cerca que había estado de la muerte. Su objetivo, en aquellos momentos, era llegar al lugar dónde tenía escondido un *airboat* que le permitiría escaparse y buscar un médico para que le sacara la bala del hombro. Él siempre tenía un plan B por si las cosas salían mal, era algo que le habían enseñado en Base Tarántula, y reconocía que le estaba siendo de mucha utilidad.

Sin embargo, su gemelo tenía el don de conducir con pericia cualquier vehículo, por lo que no tardó en darle alcance. Carlos detectó que alguien lo seguía por el retrovisor y, cuando lo reconoció, se sintió eufórico. Era tan

grande su hambre por matarlo que no pensaba en las consecuencias, pero pronto tomó conciencia de que estaba herido. No le dio más vueltas al asunto; lo más inteligente era huir y recuperarse, ya habría tiempo de buscarlo para matarlo. Ahora sabía que estaba en Miami, cerca de Varek y Mady; lo tendría fácil para dar con él.

George estaba atento a la carretera, ya que para su desgracia era estrecha y no podía adelantarle. No quería caer dentro del pantano y, sinceramente, tampoco lo deseaba para su hermano. No perdía la esperanza de que cambiara y se había dado una última oportunidad para hacerle reflexionar. Creía en los milagros y sólo esperaba que sucediera uno con su gemelo.

Carlos empezó a hacer eses y a derrapar con su vehículo deliberadamente, con el fin de provocar una nube de polvo que dificultara la visibilidad de su hermano. Con un poco de suerte igual se precipitaba al pantano, algo que no sucedió, pues George era demasiado bueno al volante. Carlos maldijo para sus adentros, le dolía el hombro y la herida no paraba de sangrar, notaba cómo la sangre se espesaba y se pegaba a su piel. Girar el volante y mantener su conducción temeraria le resultaba cada vez más difícil. Aun así, la perspectiva de dar esquinazo a su hermano como una manera de derrotarlo, actuaba de anestesia y sacaba fuerzas de donde no quedaban, así que la herida no dolía tanto.

Ambos siguieron circulando como locos durante un buen tramo. Las nubes de polvo que levantaban eran tan enormes que se veían a gran distancia y le servía a Valeria como referencia para seguirlos y para saber, más o menos, la distancia a la que se encontraban. Ella sólo esperaba alcanzarlos pronto, a esas alturas ya sabía que George cometería algún error, que le costaría la vida en su afán por salvar a su hermano de una locura incurable.

Carlos se estaba poniendo nervioso, pues sabía que el camino se bifurcaba pronto y la carretera sería más ancha, con lo cual su hermano podría adelantarle. Intentó con desespero sacarlo del camino, pero fue inútil. Entonces llegó a la bifurcación y fue a la derecha, pues a un par de kilómetros,

entre la espesura de la vegetación de una ciénaga y cerca de un grupo de árboles, estaba el *airboat* oculto. Sólo tendría una oportunidad; debería salir rápido del coche, saltar a la aerolancha y ponerla en marcha.

Ya casi había llegado; a lo lejos veía la densidad verde en la que tenía oculto su vehículo de escape. El hombre estaba tan pendiente de su meta que no vio el bache en la carretera y, cuando la rueda del coche pasó por encima, perdió el control y terminó chocando contra un árbol. George se detuvo al instante, a unos metros, por si el coche explotaba; dadas las circunstancias, toda precaución era poca. Salió del vehículo con intención de ayudar a Carlos, las aletas de su nariz se ensancharon al captar el olor a gasolina y temió lo peor. Había que darse prisa, por lo que corrió y cuando llegó al auto, abrió la puerta y sacó a su hermano, que estaba algo conmocionado. Se alejó de allí con él a cuestas; detrás de ellos explotó el coche y la onda expansiva los empujó hacia delante, provocando que ambos cayeran al suelo.

George quedó algo atontado; sacudió la cabeza, pues le pitaban los oídos. Esos breves segundos fueron suficientes para que Carlos se espabilara y aprovechó para sacarse una pistola que llevaba escondida en sus botas de piel de cocodrilo. Agarró el arma con la mano izquierda, pues con la derecha no podía, debido a la herida del hombro que le impedía mover el brazo con agilidad.

George se recuperó. Estaba tirado todavía en el suelo, su hermano se había levantado y lo apuntaba con la pistola.

—Vaya... —ironizó Carlos—. Estás donde siempre te quise, aunque no creí que fuera a ocurrir tan pronto.

—Siempre deseaste verme muerto.

Se levantó. Su gemelo no le quitaba ojo, por lo que optó por alzar las manos para que viera que no llevaba armas.

—Fuiste un mal hermano —acusó Carlos con rabia, su tono era duro—. Manipulaste a papá en mi contra para conseguir su favor y para que no me quisiera. También lo hiciste con Mady.

—Eso no es cierto, te han dicho una sarta de mentiras. Las cosas no son como te las han contado.

—¡Qué sabrás tú si jamás te interesaste por mí! Me obligaste a vivir en el Infierno y dejaste que Varek me lanzara al pantano para que los cocodrilos y aligátos me mataran. Pero os salió mal y aquí estoy, vivo y dispuesto a matarte.

George bajó los brazos y lo miró con una mezcla de compasión y tristeza sacudiéndole las entrañas. Los ojos de su hermano tenían el brillo del dolor; por más que lo negara no le gustaba sentirse rechazado. De pequeño nunca hablaba con nadie, porque temía ser apartado a golpes, tal como hacía Juan Hernández. Su vida no había sido fácil, pero eso no era excusa para seguir odiando y matando. Tal pensamiento le dio empuje e intentó hacerlo entrar en razón.

—Aún estás a tiempo de elegir una senda diferente a la que has elegido por culpa de nuestro padre y por las mentiras que te hayan explicado en Base Tarántula. Piensa en la vida que llevas y en la existencia que tendrías siendo lo contrario de lo que eres.

Durante un segundo, George contempló el flogonazo del arrepentimiento cruzar los ojos de su hermano. Fue un segundo en el que creyó haber convencido a su gemelo. Un segundo de alivio. Un segundo en la que una ventana se abrió para dejar paso a la esperanza. Un segundo que se fue tan rápido como vino...

Carlos disparó; sin embargo, la bala fue a parar cerca de los pies de su gemelo. El proyectil se incrustó en el suelo e hizo saltar pequeñas piedras y un puñado de polvo. George no se movió ni un milímetro, su rostro era el fiel reflejo de una tristeza instalada en lo más hondo de su corazón. No podía salvar a su hermano, porque no quería que lo salvaran; vivía abrazado a su verdad, una verdad errónea. No había más y debía aceptarlo.

—Como ves, tengo el hombro mal y no puedo sostener la pistola con la mano buena —explicó con mofa Carlos.

—Estás pálido, la mano te tiembla y te tambaleas, has perdido mucha sangre y necesitas un médico. Deja que te ayude.

—No seas hipócrita, tanto tú como yo sabemos que te encanta verme así.

—¡No digas más estupideces!

Otro disparo con el mismo resultado que el anterior. George seguía sin moverse del sitio.

—¿Qué te parece si jugamos un rato a ver si te doy?

Otro disparo, éste rozó el brazo de George y le hizo una herida, apretó los dientes mientras su gemelo reía a su manera enajenada. Sin embargo, no movió ni un músculo.

—¿No tienes miedo? —preguntó Carlos.

George pensó que estaría bien ganar unos minutos. Estaba claro que su hermano no aceptaba su ayuda, era como intentar razonar con un borracho; de modo que se centraría en salvar su propia vida.

—Y tú, Carlos, ¿tienes miedo a morir?

—No —dijo alzando la barbilla en un gesto de orgullo.

—¿De verdad? Si te has convertido en lo que eres es por supervivencia, si no tuvieras miedo a morir no hubieras sucumbido tan fácilmente al maltrato de Juan y al lavado de cerebro de Base Tarántula.

—¡Cállate! —gritó lleno de ira, pues tenía razón, pero no lo reconocería jamás.

George dio unos pasos hacia su hermano con lentitud, Carlos respondió empuñando con más fuerza su arma y apuntándolo más amenazantemente.

—Te lo voy a poner fácil, Carlos, desde esta distancia me darás con facilidad. Pero antes de matarme quiero que me escuches.

—Está bien, te dejaré decir unas últimas palabras.

—Yo siempre quise ayudarte, ser tu amigo, sin embargo, nunca me lo permitiste.

—¿Tú y yo amigos? Nunca. ¡Arrodíllate y pídemme perdón!

—No voy a pedir perdón por intentar ayudarte.

—Maldita sea, ¡voy a matarte ahora mismo!

Con sus ojos inyectados en sangre, desorbitados y perdidos en un odio visceral, quiso disparar, pero George lo embistió con su cuerpo. Ambos cayeron al suelo; aun así, en ningún momento Carlos dejó caer el arma sabiendo que era su salvación, y encañonó a su hermano en la cabeza.

—Buen intento, hermanito, pero esta vez voy a ganar yo —se regocijó Carlos con frialdad mientras se alzaba—. Levántate muy lentamente. —George así lo hizo—. ¡Quédate de rodillas!

Carlos mostraba el típico alarde tan típico de un Hernández. Seguía encañonando a su hermano en la cabeza, que estaba arrodillado en el suelo, y miraba el arma de reojo.

—¡Mátame de una vez! —gritó George, que palpaba la muerte pegarse a su cuerpo.

El sonido mortífero de un disparo atravesó el ambiente, el eco se expandió a lo largo y a lo ancho del lugar. George tuvo la impresión de que el ángel de la muerte se acercaba silenciosamente batiendo sus alas, con su guadaña cortaba el hilo de plata que unía el alma con el cuerpo terrenal y se la llevaba al juicio sumarísimo, donde daría cuentas de sus actos y donde nadie le salvaría de sus pecados.

Carlos, con un disparo en la cabeza, se desplomó al suelo, boca abajo, como si fuera una roca, levantando polvo a su alrededor. George miró el cuerpo inmóvil de su hermano sin saber lo que había sucedido, volteó la cabeza y vio a Valeria; dedujo que le había disparado. Sus miradas se cruzaron, ella pudo apreciar el dolor inundar el corazón de él, temió que la odiara por matar a su hermano.

—Lo siento... —dijo con sinceridad la mujer; dejó que su arma resbalara de su mano y cayó al polvoriento suelo—. Cuando vi lo que quería hacer, tuve que elegir. No quiero perderte, te quiero demasiado, así que lo maté.

El hombre se levantó y se acercó a ella impactado por lo que acababa de confesarle, Valeria le acarició la mejilla.

—¿Qué acabas de decir? —musitó él agarrando las manos de ella, que acunó entre las suyas, creyendo que había oído mal.

—Cuando te he visto tan cerca de la muerte, he comprendido que no quiero fingir más: te quiero. Nunca he tenido nada y ahora lo tengo todo y lucharé por no perderlo.

Él le besó las palmas de las manos.

—Yo tampoco quiero fingir más —dijo él mirándola a los ojos, desnudando su interior para que ella lo viera.

A Valeria se le encogió el corazón por lo que contempló en sus pupilas abiertas: el caudal ruidoso del amor circulaba por su interior. Hasta el momento jamás le había mostrado esa parte de él. Y, a decir verdad, no le podía recriminar nada, pues ella había hecho lo mismo.

—¿Eso quiere decir lo que pienso? —preguntó ella.

George asintió.

—Nunca fingí amarte. Hace tiempo que te quiero, me enamoré de Mimí, y Val me vuelve loco.

Valeria miró en dirección a Carlos.

—Esta Val ha matado a tu hermano, ¿me perdonarás?

—Tú no tienes la culpa, sería injusto culparte, los actos no son otra cosa que el reflejo de lo que se lleva dentro. Carlos no quería salvarse, murió en vida hace ya tiempo, era algo que no quería aceptar, pero que hoy he comprendido.

—Aun así, sé que su muerte te duele, lo siento.

—Duele, pero él escogió su senda, yo también he escogido la mía y espero que la recorramos juntos.

A ella se le saltaban las lágrimas de felicidad, nunca en el pasado llegó a imaginar que sería la protagonista de un proyecto de vida. Y le gustaba esa sensación de plenitud que se había instalado en cada célula de su cuerpo.

—Te quiero.

Se besaron como locos, se abrazaron; sin embargo, duró poco, porque las

sirenas de los coches de policía anunciaron sonoramente su llegada. Javier miró a su hermano y mentalmente cerró la puerta del pasado. Todo había terminado, no como a él le hubiera gustado, pero había hecho lo imposible —y más— para que aquel final no se hubiera producido.

Atardecía, la pareja miró el cielo anaranjado, casi habían perdido la noción del tiempo. Había sido un día muy largo, quizá el más largo de sus vidas.

Valeria se sacó un pañuelo y limpió el rasguño del brazo de George.

—Tal vez necesites un par de puntos.

—¿Y Mady?

—Bien, muy bien... —Sonrió—. Ha tenido un niño precioso; está con Varek. Por suerte a la hija de Rebeca también pudimos salvarla.

—¡Son grandes noticias! —Una sonrisa de tranquilidad se esbozó en sus labios—. La vida siempre se abre paso ante la muerte y eso es bueno.

Ben y Ronald llegaron a ellos, vieron el cadáver de Carlos; George le narró lo acontecido. Los inspectores le pidieron una declaración por escrito y firmada, pero primero lo llevarían al hospital a que le hicieran un reconocimiento y a que le curaran la herida. Ya habría tiempo de arreglar el papeleo. Por suerte todo había acabado bien, de ningún modo se alegraban por la muerte de dos personas, aunque se trataran de un Hernández y una Holden. Los dos inspectores hablaron entre ellos asegurando que se había hecho justicia y que, a veces, cuando era difícil dar su merecido terrenal a los criminales, porque las leyes y las malas artes los protegían, se encargaba el cielo de enviar su sentencia, como era éste el caso.

Ben abrió la puerta para que George subiera al coche, Valeria se sentó a su lado. Mientras los acercaban al hospital, él miró a su chica; lo quería todo de ella, no sólo una parte. La mujer se sintió observada y giró el rostro, sus miradas se encontraron y se posaron una sobre la otra.

—Quiero un para siempre, Val, no me conformo con menos.

Ella sonrió, sabía lo que significaba: su anodino matrimonio dejaría de ser

una farsa para convertirse en uno de verdad.

—Bien, entonces cambiemos el fingir por un «para siempre y hasta que la muerte nos separe». ¿Qué te parece?

—Me parece una gran idea, señora Willis.

—Te quiero, George Willis.

—Repítemelo.

—Te quiero.

George soltó un largo suspiro, abrió su brazo y ella se acomodó junto a él. El futuro les pertenecía, eran dueños de sus vidas.

Capítulo 15

Era media mañana, Mady estaba en el cuarto de los bebés y miraba cómo Sarah y Brandon, sus retoños, dormían plácidamente en sus respectivas cunas. Ya tenían dos semanas de vida y los observaba con ojos amorosos, pero quien captaba su máxima atención era Sarah, la hija de Harry y Rebeca. La acarició suavemente para no despertarla, ya no se imaginaba la vida sin ella. Sólo esperaba que Varek hubiera podido arreglar la adopción, pues los Holden no se lo pondrían fácil, dadas las circunstancias.

No entendía la maldad de esa familia. Por un lado, no querían a Sarah porque no representaba la pureza genética, ni moral, que debía corresponder a un integrante de tan soberbia familia. Por otro lado, tampoco querían que nadie la adoptara y pretendían abandonarla en cualquier centro de menores para que quedara en el olvido. Ni Varek ni ella lo permitirían, lo habían dejado claro, cumplirían la promesa hecha a Harry. Además, amaban esa niña como si fuera suya.

Sin embargo, no todo eran preocupaciones, pues esa misma mañana Mercè y Adela le habían propuesto hacer de abuelas cuando ella estuviera trabajando en BrowSugar Wilson. Estaba encantada con la idea; dejar a sus hijos en unas manos expertas y conocidas le daba una tranquilidad enorme. La verdad era que serían niños con suerte, tendrían a dos abuelas que, sin duda alguna, los malcriarían más de la cuenta. Por otra parte, su madre, María, estaba instalada en la casa y había sido una sorpresa la mejora que había experimentado al verse rodeada de sus seres queridos. Era cierto que nunca volvería a ser la de antes, en su estado no se podían pedir milagros, pero verla tan feliz estaba siendo un gran logro.

Varek la sacó de sus pensamientos, ella se acercó a él y le puso el dedo índice en los labios para que guardara silencio.

—Acaban de dormirse —cuchicheó ella.

Con dos criaturas recién nacidas casi era un milagro que la casa estuviera en silencio. Varek sabía que había que disfrutar de esa calma antes de que se despertaran de nuevo exigiendo su ración de leche. Mady cogió el vigilabebés y la pareja se fue a la cocina.

—Aprovecharé para tomar un zumo de naranja —dijo ella.

Mady necesitaba beber líquidos y dosis de tranquilidad para que su cuerpo produjera leche materna, pues había decidido amamantarlos. Para ella era de vital importancia crear lazos afectivos con sus hijos desde su nacimiento. No había nada más íntimo y hermoso que dar el pecho a Sarah y Brandon, y seguiría haciéndolo hasta que pudiera.

Varek se sirvió otro zumo, ella lo miraba sin perderse detalle, estaba sentada en una de las sillas que había alrededor de la mesa redonda de cristal de la cocina. Estudiaba sus muecas, buscando pistas de cómo había ido la reunión con los Holden antes de preguntarle, pero no logró discernir nada. El hombre se sentó frente a ella, dio un sorbo a su bebida; tanto silencio preocupaba a la mujer y le daba la impresión de que nada había salido como ambos deseaban.

—Estás muy callado —dijo al fin ella. Se estaba poniendo nerviosa y se preparaba para lo peor.

—Lo siento, estoy dándole vueltas a la conversación que he tenido con los Holden, temo que se me escape algún detalle. Suerte que Daniel me ha acompañado y me ha ayudado en todo esto.

—¿Acaso no ha ido bien? —preguntó con miedo.

Varek la miró con intensidad y vio el temor en sus ojos. Le cogió las manos para tranquilizarla.

—Al principio no, temí perder a Sarah y me desesperé, es ahí cuando Daniel me echó un cable.

—No quieren que la adoptemos.

—No. Se creen que nosotros somos como ellos y que los chantajearmos en el futuro.

—¿Y qué quieren hacer con la niña?

—Hacerla desaparecer.

Mady se sobresaltó, su espalda se tensó y su musculatura se agarrotó.

—¿Quieren matarla?

—No de la manera que piensas. Daniel y yo no sabemos exactamente sus intenciones, aunque entre líneas dedujimos que querían internarla en algún centro psiquiátrico abandonado de la mano de Dios.

—La maldad de los Holden no tiene límite.

—No lo sabes bien... Todavía estoy impactado, dicen que entre la loca de Rebeca y el tarado de Harry no puede salir nada bueno, si acaso lo contrario.

—Realmente, los Holden son peligrosos.

—Demasiado, pero los hice entrar en razón.

—¿Y cómo lo conseguiste?

Varek echó el cuerpo para atrás y se acomodó despreocupadamente en la silla.

—Jugando a su juego, ya sabes lo que contiene el *pendrive*, pues utilicé esa información. Tendrías que haber visto la cara que pusieron cuando les enseñé el vídeo sexual de Harry y Rebeca, las conversaciones privadas con la gobernadora, los documentos... Más les vale que nada salga a la luz, porque los Holden tienen mucho que perder, demasiado.

—¿Entonces no objetaron nada cuando propusiste adoptar a Sarah?

—No, pero pusieron condiciones.

—¿Cuáles?

—Que nadie, ni Sarah cuando crezca, sepan que Rebeca y Harry son sus padres.

Mady relajó el cuerpo y sus ojos se iluminaron.

—Bueno, eso no es un problema, nacieron el mismo día y crecerán como

hermanos mellizos. Amo a Sarah tanto como a Brandon, los dos son parte de mí.

—Yo me siento igual, los dos son hijos nuestros, y teniendo en cuenta que nadie, salvo nosotros y nuestros amigos saben la verdad, no tiene que suponer un problema que nadie jamás sepa la verdad.

—En la prensa y en la televisión tampoco han contado nada, sólo que Rebeca y su bebé murieron en un accidente de tráfico y que la policía mantiene en secreto el informe sobre el asunto.

—Y así seguirá, los Holden han controlado la información sobre el asunto desde el primer momento, mintiendo como hacen siempre. Así que los papeles de adopción estarán arreglados en los próximos días. Sarah es nuestra hija.

Mady se levantó, se sentó en el regazo de él y lo abrazó.

—Tenía tanto miedo de perder a nuestra princesita.

—Yo también, pero ahora todo ha terminado y formamos una gran familia.

—¡Me siento tan feliz!

—¿En serio? —Él la instó a que lo mirara a los ojos agarrándola con cariño de la barbilla—. ¿Entonces no crees que va siendo hora de que nos casemos?

—Ahora no tengo excusas.

—¿Eso es un sí o un no?

—¡Un sí, bobo!

Varek soltó una corta carcajada y la abrazó con todo el amor que sentía en su corazón. Acarició su mejilla con los nudillos y ella le compensó con una radiante sonrisa. Fue consciente de que desde que había conocido a Mady, su vida había cambiado totalmente; aún no se creía que fuera tan feliz. Tenía una familia, un futuro, el amor de una mujer excepcional, ¡lo tenía todo! Al cabo de unos segundos tuvo la necesidad de hablar.

—Hubo un tiempo en que creí que ser como los Holden era lo correcto, por lo que no dudé en convertirme en uno de ellos. Centré mi vida personal y profesional en destruir en vez de en construir.

—Por suerte no eres como ellos.

—Gracias a ti. Cuando te conocí salí de mi error; lo opuesto a los Holden es mucho mejor.

—El mérito no es sólo mío. La primera vez que te vi pensé que eras el típico hombre poderoso y egocéntrico que se creía con derecho a todo, tenía la certeza de que los hombres como tú nunca cambiaban. Me has demostrado que se puede cambiar si se quiere.

—¿Sabes lo que más me gusta? Que hemos aprendido juntos a ser mejor personas.

—Todavía estamos aprendiendo a ser mejores.

—Será una buena herencia para nuestros hijos.

—¡Cierto!

—Te quiero, Mady. —Miró su colgante—. Eres y serás mi sirena, la que me hipnotizó con aquel vestido tan sexy en el Crystal Paradise.

Mady se acercó a su boca y con la punta de la lengua acarició los labios masculinos.

—Aún tengo ese vestido.

Las pupilas de Varek se agrandaron, empezó a respirar con pesadez y el deseo se concentró en su miembro. Mady notó la dureza en su trasero.

—Reconozco que es mi vestido preferido —susurró él.

—Me lo creo, lo noto... Vaya si lo noto. Cuando esté recuperada, me lo pondré y bailaré sólo para ti.

Ambos sonrieron como dos adolescentes.

—¿Y no puedes darme un pequeño adelanto? —se quejó él.

En ese instante el llanto de Sarah sonó con fuerza a través del vigilabebés. No tardó en unirse el de su hermano Brandon.

—Tendrás que esperarte, vuelven a tener hambre —dijo la mamá primeriza. Se levantó del regazo de Varek, éste también se alzó.

—Te ayudaré —comentó el papá.

Ambos subieron abrazados por la escalera y se dirigieron al cuarto de sus

hijos. Brandon y Sarah habían hecho que el amor que unía a Mady y a Varek fuera infinito.

* * *

El día de la boda llegó. Mady y Varek no habían querido esperar y se habían unido en matrimonio en apenas un mes. Lo estaban celebrando en El Iber, rodeados de las personas con las que habían formado una gran familia. No habían querido una celebración por todo lo alto ni que hubiera sido un espectáculo mediático, por lo que llevaron a cabo su boda con mucha discreción, y nadie, salvo los interesados, lo sabían.

Mady había recuperado su hermosa figura y vestía un sencillo vestido blanco entallado que realzaba sus suaves curvas. La mujer no necesitaba adornos para brillar con luz propia; toda ella rezumaba verdad y vida, su mirada y su sonrisa eran soles que atraían miradas. Su peluquera de confianza había peinado su melena pelirroja con un recogido muy *vintage* de trenzas, salpicado con pequeñas flores blancas. Por su parte, Cam le había pintado las uñas utilizando técnicas artísticas dando como resultado pequeñas obras de arte. Varek llevaba un traje gris oscuro muy elegante y moderno que realzaba su atractivo varonil; siempre había sido un hombre con clase. De hecho, nunca pasaba desapercibido y atraía las miradas de las féminas, algunas de ellas intentaban seducirlo. Sin embargo, Varek sólo tenía ojos para su sirena.

Los demás invitados se habían ataviado con sus mejores galas; comían, bebían, hablaban, reían y bailaban, disfrutando del momento. En aquel momento, Daniel estaba apartado del grupo, tenía una copa de cava en cuyo interior había zumo de uva, pues no podía beber alcohol debido a su adicción de un pasado ya superado. Apenas hacía un instante acababa de brindar por la felicidad de la pareja y miraba con aire soñador a Mady y a Varek. Ella sostenía en brazos a Sarah y él a Brandon, se los veía tan felices...

—Cariño, ¿te sucede algo? —preguntó Cam que se había acercado por

detrás—. ¿Por qué no estás con nosotros?

Daniel dio un respingo, lo había sacado bruscamente de sus pensamientos.

—Mi bella princesa —susurró agarrándola por la cintura con la mano desocupada, la pegó a su cuerpo—. Sólo estaba admirando a Varek y a Mady con cierta melancolía.

—¿Melancolía? —Ella interpretó mal su comentario—. ¿Acaso no eres feliz a mi lado?

Daniel se sintió mal por haber entristecido a su mujer.

—¡Claro que sí que soy feliz! Tú eres lo más importante de mi vida. Por favor, perdóname, no te enfades. No es nada, no te preocupes.

—No intentes engañarme: sé que te pasa algo y no te dejaré en paz hasta que me lo digas. Si tienes un problema, también es mío, formamos un equipo, ¿recuerdas?

Ella tenía razón; Daniel suspiró, de modo que decidió hablar.

—Está bien, me siento algo frustrado. Veo a Varek y Mady con sus hijos en brazos y no puedo evitar desear tener uno.

Hubo un silencio, ella arrugó el ceño.

—Nunca hemos hablado de ello —dijo ella.

—Lo sé. —La apretó más contra su cuerpo—. No quería sacar el tema y que pienses lo que no es. Por nada del mundo te lastimaría.

—Ahora sí que no te entiendo, Daniel.

—Quiero a Lionel como si fuera mi hijo, pero quiero tener otro contigo, y si no te he dicho nada hasta ahora es por qué no sé cómo abordar el tema sin parecer insensible con respecto a Lionel.

Cam empezaba a entender.

—¿Sabes que a veces actúas como un idiota?

Su esposo alzó las cejas.

—¿Me estás insultando?

—¡Claro que sí, es lo que te mereces! Jamás pensaría que Lionel quedaría desplazado por ti si decidimos tener hijos propios. Además, para tu

información: hace tiempo que Lionel me pide un hermanito.

—Creo que sí que soy idiota.

—Tu problema es que piensas demasiado.

—Cuando se trata de ti, sí; no quiero lastimarte en nada.

—Nunca lo has hecho; me mimas demasiado, y a Lionel también. ¿Sabes?, desde que estamos casados nunca nos hemos peleado como cualquier matrimonio suele hacer por desavenencias.

Daniel hizo una mueca torcida.

—¿Y eso es bueno o malo? —preguntó.

—Malísimo, porque las reconciliaciones entre enamorados son explosivas.

Ella le guiñó un ojo de un modo muy travieso y él soltó una sonora carcajada.

—Lo tendré presente, a partir de mañana te llevaré la contraria en todo.

—Si me lo dices, ya no tiene gracia.

Él rio otra vez, divertido.

—Es imposible que yo me enfade contigo —afirmó él—. Te quiero tanto que todo lo demás no me importa.

Cam lo abrazó y apoyó la cabeza en su hombro.

—Oh, Daniel, bendito el día en que te conocí.

—Y cambiando de tema... —Miró otra vez a la pareja recién casada con sus retoños en brazos. Su esposa ladeó la cabeza y también contempló la estampa familiar—. ¿Qué te parece si aumentamos la familia?

Ella lo miró a los ojos y lo besó profundamente mientras se restregaba con sensualidad en el cuerpo de su marido, al que le provocó una erección. Ésa era otra de las cosas que había cambiado entre ellos, pues Cam se había desinhibido y lo solía excitar a la mínima ocasión. Ella era consciente de su sexualidad y del torrente de emociones que provocaba en su marido. Y le gustaba esa clase de poder.

—Me parece una gran idea —musitó la chica una vez se despegó de sus labios.

—Empezaremos esta misma noche.

—Lo estoy deseando —dijo en un tono sugerente.

Daniel se acaloró y bebió su bebida de un sorbo, después dejó la copa en una mesa. La pareja se volvió a unir a la fiesta, dispuesta a disfrutar de la vida y ansiando que el futuro los recompensara con otro hijo. En ese momento, la gramola cambió de canción y entonces empezó a sonar una balada, *True*.

Sentados cerca de Mady y Varek estaban George y Valeria.

—¿Quieres bailar? —preguntó George cerca de la oreja de su mujer.

—Sí, me apetece.

Valeria estaba muy pendiente de él, pues antes de acudir a la ceremonia se habían enterado de que Juan Hernández había muerto. Había estado ingresado en el hospital desde el día en que ella le había disparado y había estado agonizando hasta el día de su muerte. La herida de bala se había infectado y las bacterias resistentes a los antibióticos lo consumieron lentamente y terminaron por expandirse a los órganos vitales, infectándolo todo a su paso.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó ella.

Hasta entonces no le había comentado nada, pues esperaba que lo hiciera él, porque no quería que el dolor, convertido en rabia, destruyera por dentro al hombre que amaba.

—Sí, muy bien —afirmó George.

—¿En serio? La muerte de tu padre te ha afectado más de lo que te gustaría. Estás triste, lo vería hasta un ciego.

—Ése es el problema: estoy triste, pero no por lo que piensas. La verdad es que no me siento apenado por la muerte de mi padre, como cabría esperar. Es más, considero que el karma ha sido compasivo con él, un mes agonizando en el hospital ha sido poco para todo el daño que ha causado. —Al instante esbozó una sonrisa enigmática—. Aunque reconozco que hay una cosa que me levanta el ánimo...

—¿Qué cosa?

—El clan Hernández ha desaparecido para siempre, no habrá continuidad.

—Lo bueno de todo esto es que nos dejarán de buscar.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Para Base Tarántula ya hemos dejado de ser importantes, sus planes fracasaron en el momento que Carlos murió, ya no les interesamos. Ahora estarán inmersos en la guerra que se ha iniciado entre delincuentes para sustituir a Juan. Tu padre era el rey. En Base Tarántula necesitan a alguien a quien puedan manipular, por lo que estarán tramando en la sombra. No cometerán los mismos errores que con Carlos y con nosotros.

—Nunca se terminará, ¿verdad?

—No, mientras haya poder y dinero que conquistar siempre habrá maldad, traición, mentira, sangre... No existe gente buena encima de la pirámide, no lo permitirían nunca. Piensa en tu padre y tu hermano como a personas que no les enseñaron a amar.

George guardó unos segundos de silencio. Después de todo lo que había pasado, su apellido ya no le hacía daño, era tan sólo una vela apagada, un recuerdo que, con el tiempo, tenía la seguridad de que olvidaría. En el fondo, ser un Hernández había sido una prueba que había superado y lo había convertido en mejor persona, porque jamás se identificó con la maldad de su apellido. Aunque no era un camino que había hecho solo, pues las personas que lo rodeaban habían tenido mucho que ver. Y una de ellas era la mujer que contemplaba, era su pilar, su hombro en el que recostarse, su alma gemela, la persona más importante de su vida.

—Gracias, Val, siempre me has ayudado muchísimo. En fin... ya basta, no vale la pena hablar del pasado, quiero centrarme en el presente, y el presente y el futuro eres tú.

Ella le sonrió y se pegó más a él, ambos se dejaron llevar por la música. Bailaron pegados como la sonrisa y la felicidad. Cuando la canción terminó, ella le dijo al oído:

—Te necesito, me siento piripi, achispada por el cava... Me siento loca, traviesa, muy traviesa. Hoy quiero ser Mimí.

George recorrió el cuello femenino con la punta de la lengua. Su chica olía a sexo duro, eso actuó de catalizador y su excitación se convirtió en una bomba de relojería programada para explotar en los próximos minutos.

—Entonces necesitarás a Javier.

—Quiero follarte hasta dejarte sin aire —susurró cerca de los labios de su hombre.

Disimuladamente, él llevó la mano de su mujer a la bragueta a fin de que viera que estaba listo. Ella abrió los ojos como platos al notar la gran erección.

—Esto promete... —jadeó Valeria.

Mordisqueó el labio inferior de su marido y él gruñó de satisfacción.

—¿Vamos al baño? —pidió George al límite de su aguante.

—Están a punto de traer la tarta de boda.

—Ya estaremos aquí cuando la corten.

Él no podía esperar a enterrarse entre los muslos de su mujercita y ella no se lo pensó: su sexo palpitaba de emoción, por lo que lo cogió de la mano y lo arrastró hasta el baño de chicas. Esa manera que tenían ambos de vivir la sexualidad al límite, donde los dos lo daban todo, era pura adrenalina en sus venas.

Se encerraron en un cubículo; Val desabrochó con ímpetu los pantalones de su amante y se introdujo sin vergüenza en los slips. Su miembro endurecido saltó a su mano, cuyos dedos, ávidos por tocarlo, empezaron a darle placer. Pero no había tiempo que perder: ella se quitó el tanga, George le levantó el vestido, la agarró por las nalgas y la alzó. La penetró de una sola embestida; la mujer gritó ante aquella intrusión violenta que tanto le gustaba, su miembro entraba y salía con fuerza y le exigía darlo todo. Entonces, Val se desbocó tal como solía hacer Mimí.

Follaron como locos, como animales que entendían la cópula como una manera de existir ante un mundo cruel. Dejaron las caricias y la ternura a un lado; sus labios se unieron en una guerra donde morder y exigir fueron sus

metas. Y siguieron danzando el baile de una pasión al límite. Terminaron ahogando los gritos de la culminación en sus bocas a fin de que no los oyeran.

Tal como habían predicho, regresaron a la fiesta en el momento justo en el que colocaban la tarta de boda sobre la mesa. Varek y Mady sostuvieron el cuchillo e hicieron los honores y enterraron la hoja en el pastel entre vítores y aplausos. El resto de la velada transcurrió en armonía, la felicidad era dueña de los corazones de todos los presentes y los lazos entre esta gran familia aún se estrecharon más.

Varek y Mady habían cumplido su más anhelado sueño: casarse y prometerse amor eterno ante los suyos.

* * *

El tiempo transcurrió deprisa para Mady y Varek. Ya casi habían pasado dos años y nada ni nadie había perturbado su felicidad. Cualquier problema lo afrontaban juntos y el día a día resultaba una motivación para seguirse amando. Varek había bañado a sus hijos y les había puesto el pijama, se hallaban en la cocina y el papá intentaba que sus retoños se comieran el pescado que les había preparado para cenar. Sarah y Brandon estaban en sus tronas adaptadas a su corta edad.

—*Quielo cocholate* —dijo Sarah.

—*Yo también* —saltó su hermano.

Varek estaba desesperado, pues no había manera de que cenaran. El filete de salmón a la parrilla descansaba intacto en sus platos.

—Si os doy un trocito muy pequeñito, ¿me prometéis comeros el pescadito?

—¡*Zi!* —gritaron al unísono ambos, eufóricos por haberse salido con la suya.

Los niños alargaron sus pequeñitas manos y sus espléndidas sonrisas acabaron de convencer al padre. Como había dicho, les dio un trozo diminuto con la promesa de que habría más en cuando se terminaran la cena. Los críos

se comieron el dulce sin pestañear, pero pasados cinco minutos el filete seguía intacto en sus platos. Varek suspiró resignado y comprendió con humor que sus propios retoños eran más listos que él. En ese momento entró Mady.

—¡Hola! —Se acercó a sus hijos y los besó en la cabeza con cariño—. ¿Qué tal mis niños?

—Poniéndome de los nervios —se quejó el padre—. Me están volviendo loco.

Mady se compadeció y se acercó a él, lo abrazó y lo besó.

—Siento llegar tarde —se disculpó ella—. Valeria y Cam me han entretenido. Traigo muy buenas noticias, ¡me siento tan feliz! Luego te cuento. —Volvió a besarlo.

—Mami *quiere* a papi —dijo Brandon entre risillas.

—Mami también quiere a Brandon y a Sarah, y los querrá mucho más en cuanto se coman la cena —dijo con autoridad la madre.

Sabía cómo se comportaban sus hijos, eran demasiado pillines.

—No *guzta* pez —se quejó la niña señalando el plato—. *Quielo cocholate*.

—Primero tendrás que comértelo todo, todo —dijo Mady.

—Papi dado *cocholate* —habló Brandon, y señaló a su padre.

—¡Chivato! —soltó Varek.

Su hijo se tapó los ojos con las manos y él tuvo que hacer esfuerzos para que no se le escapara la risa.

Mady se puso las manos en las caderas y miró a su marido con severidad a modo de reprimenda.

—¿Les has dado chocolate antes de que se comieran el pescado?

—¡Sólo un poco! —se defendió su marido.

—¿Pero no sabes que eso les quita el hambre?

—Mami *castigalá* a papi —se mofó Brandon.

—Yo *quielo cocholate* —dijo Sarah.

—Creo que nos están tomando el pelo —bufó Varek, sus hijos eran tremendos.

—Son demasiado listos.

—Han salido a mí.

Mady estalló en carcajadas.

—Anda, sentémonos y cenemos nosotros también, se va a enfriar la comida —sugirió Mady.

—Papi y mami se comen el salmón, está buenísimo, humm —dijo Varek, que se llevó un trozo de filete de su plato a la boca.

Varek y Mady terminaron ayudando a sus hijos a que se comieran el pescado entre juegos y risas.

—¿A que no está tan malo? —le preguntó con mimo Varek a su hijo en cuanto se terminó el último trozo.

El niño negó con la cabeza.

—No *guzta*, ¿y *cocholate*?

—¡Bien, os lo habéis comido todo! Ahora os daré un trocito como os he prometido —dijo Mady. Se acercó a la nevera, sacó la tableta de chocolate y le dio un trozo a cada uno. Miró a su marido—. ¿Tú quieres un trozo?

Varek tiró de ella y la sentó en su regazo.

—Prefiero otro tipo de chocolate —susurró cerca de sus labios—. En cuanto pongamos a dormir a las fierecillas voy a hacerte el amor toda la noche.

—¿Qué *ez hacelte* amor? —preguntó Brandon con la boca llena de chocolate.

Varek y Mady se miraron. El padre revolvió el cabello de su hijo.

—Es quererse mucho —contestó.

—¿Mucho? —quiso saber la niña, alzó los brazos, como queriendo abarcar todo a su alrededor—. ¿*Azí* de mucho?

Mady y Varek se rieron.

—¡Hasta el cielo! —dijo Mady—. Y ya basta de charla, porque es hora de irse a dormir.

La pareja se levantó y cogieron en brazos a sus hijos. Sarah y Brandon

todavía dormían en la misma habitación, de momento los pequeños no querían oír hablar de dormir separados. Mientras Mady se duchaba y se preparaba para meterse en la cama, Varek les explicaba un cuento. No tardaron en dormirse. El orgulloso papá amaba con locura a sus hijos y había decidido disfrutarlos al máximo, sabiendo que crecerían deprisa y no quería perderse nada de sus vidas. De acuerdo que tenía dinero suficiente para contratar un ejército de niñeras, pero tanto Mady como él lo descartaron. Tenían a Mercè y Adela que los cuidaban cuando estaban trabajando y el resto del tiempo se organizaban para ocuparse de sus retoños ellos mismos. Y si alguna noche él y Mady querían tener una velada íntima, Daniel, Cam, George y Valeria hacían de tíos. De momento todo estaba saliendo bien y se sentía el hombre más feliz del mundo.

Sin más preámbulo se fue al dormitorio, que estaba justo al lado del de sus hijos. Abrió la puerta y se encontró a Mady desnuda en la cama, entre sábanas de satén blanco. Su pelo rojizo destacaba y Varek pensó que no había nada más bello en el universo entero. Era fácil amar a una diosa de cabellos de fuego, piel nacarada y labios de fresa. Ella era como el tacto de la lluvia en piel desnuda, que lo estremecía de sorpresa y que le provocaba jadeos profundos.

—Me has prometido hacerme el amor toda la noche... —dijo melosa, apoyada por los codos.

Varek no necesitó nada más y se quitó su ropa en el acto. Se colocó encima de ella, apoyado en las manos y con los brazos extendidos para no aplastarla con su gran cuerpo.

—Por cierto, ¿cuáles son las buenas noticias que me tenías que contar sobre Valeria y Cam?

—¡Están embarazadas!

—¿La dos?

—Sí, ha sido casualidad.

—Una gran noticia, me alegro mucho. Mañana telefonaré a los futuros

papás para felicitarlos.

—Nuestros hijos pronto van a tener compañeros de juegos.

—Para eso aún quedan unos meses. Y hablando de jugar...

Ella rio; era una risa alegre, preñada de la más absoluta felicidad. Pronto Varek la silenció con sus besos, besó su cuerpo, adoró cada curva, recorrió un camino conocido que lo llevó a una línea vertical de azúcar que se deshacía como caramelo caliente a cada lamida.

La penetró con fervor, se adentró en su dulce interior una y otra vez. El amor dejó su huella en cada embestida y los jadeos eran música celestial. La hoguera de la pasión no tardó en prender con ímpetu y las llamas altas los consumieron en su calor. Y aunque fuera de noche, en sus almas brillaba la más grande luz. Se amaban y sus cuerpos hablaban el lenguaje de un amor cocinado a fuego lento, porque sólo el amor verdadero comprendía lo que los ojos no veían. Después de hacer el amor, se abrazaron y las estrellas se encargaron de mecerlos y hacerles soñar.

La vida, al fin y al cabo, debía ser como un gemido desbocado de pasión.

Biografía



Me llamo Encarna Magín, y desde jovencita me he sentido atraída por la lectura; leía de todo y solía imaginar mundos fantásticos. Por una serie de circunstancias tuve que aparcar mis sueños de escribir novelas hasta hace unos pocos años, que, empujada por mis hijos, me aventuré a escribir mi primera historia. Soy consciente de que un escritor necesita unos pilares básicos que sirvan para darle a su trabajo dignidad y calidad, por lo que acudí a varios cursos en Barcelona —sobre corrección de estilo y

narración— y cursé otros tantos a distancia con el objetivo de dar lo mejor de mí. Las clases, mi constancia y mi capacidad de superación me llevaron a publicar mi primera novela, *Suaves pétalos de amor*, que estuvo nominada a los Premios Dama 2010 a la mejor novela romántica erótica y que resultó premiada como tal en los Premios Cazadoras del Romance 2010. Desde entonces sigo luchando y superándome; y es por este afán de ampliar conocimientos y horizontes por el que, en la actualidad, me estoy formando en varios cursos. Soy autora, además, de: *Salvaje*, *Una segunda oportunidad* (nominada al Mejor Romance Actual Nacional 2014 en los Premios RNR 2014), *Indomable*, *Sonrisas y lágrimas*, *Verdades y mentiras*, *Última Navidad en París*, *Misión de doble filo* y de la saga erótica «Tu piel», a la que, junto con *Tu piel desnuda* y *Tu piel ardiente*, pertenece esta novela.

Encontrarás más información sobre mí y mis obras en:

<http://encarnamagin.jimdo.com> y <http://encarnamagin.blogspot.com.es/>

Referencias a las canciones

True, Copyright: © © 2010 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por Spandau Ballet. (*N. de la e.*)

Tu piel de azúcar
Encarna Magín

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Encarna Magín, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-21092-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta